



*Juan Hernández*

# Lágrimas de ángel

**Juani Hernández**

## **Lágrimas de ángel**

**Serie Extrarradio 1**



Ángel Escudero «Jano» es el líder de Extrarradio, la banda de rock que despunta en el panorama musical. Tiene fama, éxito, dinero, mujeres... y, a pesar de eso, sabe que jamás podrá ser feliz.

Aunque sí lo era siendo un chaval de barrio marginal, pues, sin tener casi de nada, la tenía a ella... Hasta que la fatalidad le hizo renunciar a esa felicidad.

Sofía lo había querido toda su vida, pero nunca supo por qué se fue trece años atrás, sin despedirse, sin dejarle ninguna pista de dónde encontrarlo. Y entonces se convirtió en Jano, en alguien inalcanzable para ella, a quien ya no podría acercarse, ni tampoco olvidar... Ahora, el destino, y la casa discográfica, obligan a Ángel a volver a sus raíces, teniendo que enfrentarse a todos esos fantasmas, de los que había estado huyendo, y a ella.

¿Puede un amor de juventud ser lo suficientemente fuerte como para vencer los obstáculos de la vida? Ángel no lo creía así y, sin embargo, ¿durante cuánto tiempo podrá resistirse a ese amor tan profundo que siente por Sofía?

Copyright © 2014 Juani Hernández

Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta: © Alexia Jorques

Imprimido por CreateSpace

ISBN: 1502584166

ISBN-13: 9781502584168

Si la inocencia escapa por el mal que se desata dentro  
y los vientos de tormento quitan el aliento  
cuando miro alrededor y no te encuentro  
siento que algo de mí también partió en aquel momento...

Nach - «ángel»

## INDICE

Nota de la autora

Apuntes sobre el Barrio del Cristo

Capítulo uno

Capítulo dos

Capítulo tres

Capítulo cuatro

Capítulo cinco

Capítulo seis

Capítulo siete

Capítulo ocho

Capítulo nueve

Capítulo diez

Capítulo once

Capítulo doce

Capítulo trece

Capítulo catorce

Capítulo quince

Capítulo dieciséis

Capítulo diecisiete

Capítulo dieciocho

Capítulo diecinueve

Capítulo veinte

Capítulo veintiuno

Capítulo veintidós

Capítulo veintitrés

Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco

Capítulo veintiséis

Capítulo veintisiete

Epílogo

Agradecimientos

Próximamente

Ya a la venta

Sobre la autora

## Nota de la autora

Como a muchos compañeros autores les sucede, esta historia me vino a la mente a raíz de una vivencia personal, una experiencia rebosante de esperanza que perdurará en mi memoria. Ésa es la razón por la que decidí situar la historia en mi pueblo, en mi tierra, para no convertirla en algo «ajeno».

Ahora es cuando toca decir que la trama y todos los personajes son ficticios, al igual que algunos de los escenarios (pocos) a los que hace referencia la novela, aunque estoy segura de que en muchos lugares, ya sean conocidos o desconocidos, habrá un Ángel y una Sofía luchando por su sueño.

Los que os presento en esta historia han sido escogidos al azar, unos cualesquiera, pero me gustaría que los acompañarais, que no los dejarais solos mientras la vida les obliga a deambular por una senda que no es la que ellos habían elegido. Luchar para dirigir sus pasos hacia el camino deseado será una opción que tomarán, o no, escogiendo en cambio la resignación como única solución posible.

Y aquí es donde brilla aquel destello de esperanza...

## Apuntes sobre el Barrio del Cristo

Se dice que el nombre le viene de los *Clavaris* de Aldaia, que paseaban el Cristo hasta las inmediaciones del barrio, que en tiempos adoptó el poco afortunado nombre de «Barrio de aquí no paso». Problemas con la droga los ha habido siempre -50 chavales del barrio están presos en la cárcel de Picassent-, pero hoy en día apenas hay robos o peleas.  
elpais.com – 4 enero 1999

La UD Juventud Barrio del Cristo se fundó en 1994. El club surgió del impulso de un grupo de personas con la intención de inculcar los valores del deporte a los jóvenes del barrio, con tal de evitar la leyenda negra que ha acompañado al Barrio del Cristo durante años (delincuencia, drogadicción y prostitución).

<http://es.wikipedia.org>

«Lo importante no es el premio, lo importante es el subidón de haber ganado», alcanzan a decir Alejandro Simón y Cristian Peñaranda mientras se frotan las manos en un lateral del Museo de las Ciencias. Tienen 15 años y acaban de conquistar el Desafío Robot.

Simón y Peñaranda, los ganadores cuando el estruendo se acalla, estudian último año de ESO en el Beatriu Civera, instituto público del Barrio del Cristo. La barriada encajonada por el polígono industrial de Aldaia que surgió a mediados del siglo XX, fue largo tiempo sinónimo de marginalidad y lucha social, y es hoy una zona humilde de clase trabajadora. Y ahí no se acaba el orgullo del barrio porque los segundos clasificados (hay dos categorías, una prueba de velocidad y otra de habilidad, en la que los robots deben hallar la única salida de un recinto) también son de allí.

elpais.com – 30 mayo 2009

capitulo uno

Ángel se dejó caer de espaldas sobre la cama entre jadeos y sudor. Sólo necesitaba unos cuantos segundos para recuperar el aliento y poder levantarse de la cama.

—Eres lo máximo, Jano...

O escuchar una gilipollez así que lo impulsara a escapar hacia el baño.

Encendió la luz y tuvo que cerrar los ojos, deslumbrado, por lo que pasó el pestillo de la puerta casi a tientas. Se restregó los ojos con la puntas de los dedos y poco a poco sus pupilas se acostumbraron a la punzante luz fría de los halógenos, tras lo que se giró hacia el espejo.

Mierda.

Con semejante aspecto parecía que lo habían apaleado, no que acababa de echar un polvo, y eso que no había estado mal. Se quitó el condón y lo lanzó a la papelera, tirando con él el poco entusiasmo que le quedaba al pensar que podría haber sido diferente; nunca sería diferente. Que en esta ocasión se hubiera tirado a una rubia siliconada con manicura francesa no marcaba ninguna diferencia. La de la noche anterior había sido una morena llena de tatuajes y le he había dejado la misma sensación de hastío.

Plantó la mano en el espejo tapando su rostro, aquella mirada extraña de ojos bicolor que le daba el mal nombre de «Jano», tal y como lo conocían en el mundo de la farándula. Mientras tuviera éxito y la gente recordara su cara tampoco sería distinto, pensó con desgana. Para todos era Ángel Escudero, el líder de Extrarradio, la banda de rock que despuntaba en la actualidad musical del país, abriéndose paso de forma sorprendente entre la música electrónica y las *boybands*. Y ése era el único motivo por el que se le acercaba la gente; si eran hombres, en busca de favores; si eran mujeres, en busca de su minuto de fama y un revolcón rápido.

Se metió en la ducha y giró la llave del agua fría, deshaciéndose del sudor post-coital y de aquellos pensamientos melodramáticos de las tres de la mañana. ¿Acaso no tenía lo que quería? Había salido de aquel barrio de mierda en el que creció y había triunfado gracias a su música, cuando nadie daba un duro por él. Ya había ganado suficiente dinero como para poderse comprar un apartamento en pleno centro de Madrid, y si quería echar un polvo, sólo tenía que guiñarle el ojo a alguna tía del público durante uno de sus conciertos y avisarle a Toni, su manager, de que la dejasen pasar hasta su camerino al terminar la actuación.

Definitivamente, tenía lo que quería y, si no lo tenía, ¿qué más podía esperar un tío como él que con suerte se había sacado el graduado escolar y no sabía hacer la o con un canuto? Nada, y por eso daba igual. Día tras día sería lo mismo y lo único que valdría la pena rescatar de todo aquello era lo que sentía frente a un micrófono, tocando su Gibson o simplemente componiendo.

Cuando los escalofríos comenzaron a recorrerlo, y considerándose lo

suficientemente despejado, salió de la ducha y rebuscó en uno de los armarios hasta encontrar un toalla. Se secó de forma descuidada su ondulado y rebelde cabello oscuro que ya comenzaba a acariciarle la base de la nuca y luego se pasó la toalla por el torso, atándola después a la cintura. Finalmente salió del baño y encendió la luz para ir directo hacia la cama, recuperando su ropa en el camino.

Al sentarse en el borde del colchón para empezar a vestirse, la rubia siliconada comenzó a removerse entre las sábanas como una gata en celo, hasta engancharse de su cuello, sin olvidarse de restregarle los pechos por la espalda aún desnuda en el proceso y hundir las puntas de los dedos en su barba.

—¿Ya te vas? —demandó con voz tan melosa que resultaba vomitiva. Por suerte, había estado calladita mientras follaban.

—¿Qué esperabas? —espetó secamente mientras se colocaba los vaqueros negros con movimientos bruscos.

—Creí que habías pasado un buen rato —alegó ella un tanto cortada al recibir una respuesta tan borde por parte de su ídolo.

—Sí, pero el rato ya hace tiempo que terminó.

Ángel apartó las manos femeninas de él y se puso su camiseta negra, tras lo que se inclinó hacia adelante para ponerse las botas.

—¿Nos volveremos a ver? —le preguntó ella de pronto cuando lo vio levantarse, no queriendo dejar pasar la que parecía ser su última oportunidad.

Joder. Siempre lo mismo. ¿No había dicho ella misma que era cosa de un rato?

—Soy fácil de localizar. No tienes más que venir a mis conciertos —respondió con tono monótono. Demasiado. Resopló.

Se giró hacia ella y trató de esbozar una sonrisa, al fin y al cabo era una fan, pero temió que sólo hubiera resultado una desagradable mueca. Sin embargo, pareció funcionar pues ella le lanzó una mirada felina mientras se mordía el labio inferior. Bien. Su fama y su reputación seguían sin mácula. Cogió la chupa de cuero que había dejado caer en la silla y, sin volver la vista atrás, salió de la habitación.

El frescor de la madrugada golpeó su rostro cuando salió del hotel, así que alzó el cuello de la chaqueta para cubrirse la nuca antes de subir la cremallera hasta arriba. Al meter las manos en los bolsillos encontró el paquete de tabaco así que se encendió un pitillo. Dio una profunda bocanada que le rascó la garganta, inundando su organismo con aquella nube gris que inutilizaba sus pulmones y su consciencia durante un microsegundo y que sólo le dejaba mal sabor de boca. Fumar era una mierda, pero no se planteaba dejarlo, como tampoco se planteaba otras muchas cosas.

El ruido de sus pasos en la acera resonaba como eco en su mente, dando un ritmo monótono a sus pensamientos. No, por ahí no. Se desviaban por derroteros que no quería volver a recorrer, pero era imposible no hacerlo si en pocas horas iba a coger un avión que lo llevaría directo allí.

«Son deseos de la discográfica», había dicho Toni. ¿Deseos? Más bien órdenes. Y por mucho que se le antojara rebelarse, no estaba el horno para bollos. La fama era efímera y el dinero lo era aún más, y ni el mayor subidón opacaba el hecho de que vivir de la música era un sueño convertido en realidad pero con fecha de caducidad.

Dio otra calada profunda en la que la nicotina le golpeó en el centro del pecho. No le quedaba más remedio que agachar las orejas y apechugar. Porque había que joderse. Llevaba trece años huyendo de su pasado y una de las cosas que más amaba en la vida le obligaba a mirar atrás y enfrentarlo de lleno.

Cuando llegó a su apartamento tenía calambres en las piernas. Primero la actuación, después un polvo y luego aquel pateo gratuito, pero necesitaba hacer tiempo hasta que la furgoneta que los llevaría al aeropuerto pasara a recogerlo.

Tiró las llaves en la mesa del salón y se quitó la cazadora antes de dejarse caer en el sofá de cuero negro. ¿Hogar, dulce hogar? Nunca, pero era mil veces mejor que aquellas camas que se sorteaban en la Casa de la Caridad y que tuvo la dudosa fortuna de probar cuando llegó a Madrid con diez mil de las antiguas pesetas y que tuvo que alargar hasta el infinito y más allá. Y debería estar contento, ¿no?

La situación le recordaba esas películas americanas en las que los viejos compañeros de instituto se encontraban al cabo de muchos años y se esforzaban por demostrar ser quien más había triunfado de todos. Ángel Escudero lo había conseguido con creces porque, ¿quién en el Barrio del Cristo había aparecido en la portada de las revistas musicales de ámbito nacional e incluso internacional? Nadie. Pero nadie en el Barrio del Cristo soportaba sobre sus hombros un mundo de pesadumbre y arrepentimiento como él y que le impedía alzar el rostro y mirarlos a la cara.

Apoyó los codos en las rodillas y dejó caer la cabeza sobre las palmas de las manos, dándose cuenta entonces de que le temblaban. Aquella espiral oscura que a veces se abría paso en su interior comenzaba a arremolinarse en su pecho. La rabia y la impotencia era fácil saborearlas, se había acostumbrado a ellas hacía mucho y las tenía más o menos controladas. Los remordimientos eran los más resbaladizos porque atacaban cuando menos lo esperaba, pero soportaba con entereza sus embates a traición. Pero había un regusto dulce que se había incorporado hacía poco tiempo a aquel cóctel molotov en el que se había convertido su conciencia y que era el que le dejaba sin respiración. Y tenía tal cantidad de detalles que era inconfundible. Un aroma; una voz; la negrura de unos ojos; un nombre... y se había convertido en el ingrediente principal de la fórmula que componía su tormento desde el mismo instante en el que supo que tenía que volver.

Ahogando un gruñido en su garganta se puso en pie y fue hacia su habitación. Sacó una bolsa de deporte de encima del armario y metió algo de ropa interior, un par de botas y algunas camisetas y vaqueros, sus favoritos. Con seguridad, la marca de ropa de turno se querría hacer cargo del vestuario del grupo a través del trato mercantil más ventajoso por ambas partes, por lo que era absurdo llevar más ropa de la cuenta.

Tampoco tenían que preocuparse por los instrumentos y el transporte. Atrás quedaron aquellos años en los que una furgoneta hacía las veces de lata de sardinas donde todo tenía cabida, músicos, instrumentos, equipo y lo que se terciase. Ahora, la discográfica los tenía en suficiente estima, sobre todo su balance económico mensual, como para contratar a gente que se encargase de sus instrumentos, de alquilar el resto del equipo a su llegada y de procurarles a ellos billetes de avión en primera clase.

Cerró la cremallera de la bolsa y se sacó el móvil del bolsillo trasero del pantalón. Tenía tiempo de sobra y la inquietud le hormigueaba en las manos y las piernas. Tecleó un mensaje rápido en el *WhatsApp* y fue hacia el salón para recuperar sus llaves de encima de la mesa. Caminó con paso decidido hacia la puerta y, tras echar un último vistazo al que había sido su último y efectivo refugio, salió. Una vez abajo, le entregó las llaves al conserje. Ya tenía las instrucciones pertinentes y ambos eran hombres parcos en palabras, así que una escueta y respetuosa despedida por ambas partes fue más que suficiente.

El cielo ya se vestía de anaranjados y tenues dorados cuando pisó la acera. Puso rumbo hacia la Gran Vía y no pasó mucho tiempo hasta que un automóvil que venía de frente le hizo luces.

—Mira que eres culo de mal asiento. —Fue el recibimiento de Darío mientras cerraba la puerta de la furgoneta.

—¿Has dormido algo? —preguntó Raúl en un tono más conciliador.

Ángel negó con la cabeza.

—Pues el viaje va a ser cortito para una cabezadita —farfulló Darío—. Vaya una mierda, vamos a estar más tiempo en el jodido aeropuerto que en el avión.

—Tendríamos que haber cogido el AVE —le dio la razón su amigo—. Al fin y al cabo tardaremos lo mismo y tendríamos más tiempo para sobar.

—Hay mucha más gente —murmuró Ángel la razón que Toni les había dado más de una vez, y aunque a ninguno de los tres les convencía, tuvieron que tragarse la hora de espera antes de embarcar.

Hacia un tiempo espléndido y el viaje duraría treinta y cinco minutos, eso dijo la voz apenas inteligible de la azafata a través de los altavoces, y Ángel mantuvo los ojos cerrados durante todo el viaje como cuando uno los cierra ante un peligro inminente, aunque la tentación fue mucho mayor una vez la misma chica anunció que procedían a aterrizar.

Al parecer se accedía a la pista de aterrizaje en sentido contrario al que ellos llevaban porque el avión superó el Puerto de Valencia hasta el mar, empezando entonces a girar describiendo una U completa, como si se hubiera arrepentido en el último momento y pusiera rumbo hacia Madrid nuevamente, cosa que no habría estado nada mal. Desde esa altura, *la Ciutat de les Arts i les Ciències* parecía un extraño juguete futurista dejado caer en mitad de la ciudad por la que serpenteaba el antiguo cauce del Río Turia y que el avión parecía seguir como si fuera su ruta, hasta que se inclinó hacia la izquierda.

Reconoció aquella arteria de asfalto a pesar del paso de los años, la A-3, que dejaba a un lado Quart de Poblet y al otro Aldaia y el Barrio del Cristo. El corazón le tamborileó en el pecho al reconocer aquellos edificios, aquellas casitas que se iban agrandando conforme el avión se acercaba a tierra. El cementerio... el descampado de la Pedrota... La vista se le desvió hacia un monumental y desconocido centro comercial y luego vino la primera torreta que marcaba los terrenos del aeropuerto y el extraño zumbido del avión al comenzar la maniobra de aterrizaje, aquellos tres segundos que marcaban el punto de no retorno y que concluyeron cuando las ruedas tocaron tierra firme.

«Valencia», rezaba un gran rótulo sobre el revestimiento de placas metálicas del edificio que tenían justo enfrente, cosa que nunca sería capaz de entender porque el aeropuerto estaba situado en el término municipal de Manises. Los políticos y sus manías.

Descendieron del avión por una estrechísima escalerilla y recorrieron a pie los pocos metros que los separaban del edificio principal del aeropuerto. Toni les había dicho que los esperaría cerca de la puerta de salida y, con suerte, la hora tan temprana habría dejado en la cama a un gran número de fans. Aun así, hubo más de una madrugadora, pero él fue todo lo esquivo que pudo y les dejó el trabajo sucio a sus dos compañeros.

Darío Castro era el batería y «el cachas» del grupo. Era moreno y tenía barba como él, aunque lo que marcaba indiscutiblemente la diferencia era el contorno de sus bíceps. Tenía éxito con las mujeres, como todos ellos, y no le importaba llevar una colgada de cada brazo.

Raúl Monfort era el bajo y «el guaperas», y también se las llevaba de calle con su pelo rubio y la carita de ángel... Al parecer les habían intercambiado el nombre al nacer, porque a él le hubiera quedado mejor.

—¡Jano! ¡Ahí está Jano!

Pero, en cualquier caso, casi nadie lo llamaba por su nombre de pila.

Una extraña anomalía llamada heterocromía hizo que naciera con un ojo de cada color, uno verde y otro pardo para más señas, y algún periodista con inspiración dudosa tuvo la brillante idea de decir en un reportaje que evocaba a Jano, el dios romano de las dos caras, y que eso mismo respondía a su personalidad dual encima del escenario, tan pronto dramática como eufórica. Pero algunos fueron más allá y se habían atrevido a compararlo por su peculiar mirada y su carisma en el escenario con David Bowie... Imbéciles... Ángel jamás sería como él, ni en sus mejores sueños, además de que la anomalía en los ojos del británico se resumía a que su pupila izquierda estaba dilatada de modo permanente a causa de un puñetazo, lo que hacía que sus ojos parecieran distintos... Pero ¿quién se fijaba en esos detalles?

El caso es que aquello trajo un gran número de teorías sobre él, cuál de todas más variopinta. Un día, Raúl llevó consigo al ensayo una de aquellas revistas juveniles en las que, según explicaba el reportaje central, el día que parecía oscurecerse su ojo marrón, él estaba deprimido, y si brillaba más su ojo verde era que estaba animado. Había que joderse... Pues esa mañana estaba de un humor de perros así que debía tener los ojos bien negros.

No, negros no...

Se hizo las cuatro fotos de rigor pero decidió que no se quitaría las gafas de sol, «ah, se siente», y salió cagando leches de allí en dirección a la puerta y la furgoneta que haría las veces de transporte y de salvación.

Iban a alojarse, por lo pronto, en el hotel SH Valencia Palace que estaba muy cerca del centro de Valencia, por lo que iban a volver a tomar la A-3 en dirección a la capital. Hubiera sido más práctico si les hubieran puesto un paracaídas y el avión los hubiera soltado en mitad de la ciudad.

Se acomodó contra el respaldo del asiento y fijó la vista en el exterior, a través de la ventanilla. Sobrepasaron el Barrio del Cristo aunque no se veía nada debido al polígono industrial que estaba al borde de la autovía, pero el palpito en el pecho lo llamó de igual modo. Al cabo de cinco minutos ya estaban en plena Avenida del Cid, en el típico embotellamiento de las ocho y media de la mañana. Eso no cambiaría nunca, ni aunque pasaran mil años. Por suerte, el trayecto no era muy largo, y al cabo de diez minutos, ya estaban en el hotel.

En cuanto entró en su habitación, se dejó caer de espaldas pesadamente encima de la cama, aunque no había cerrado la puerta a la espera de que uno u otro, o los dos, entrasen.

—¿Vamos a desayunar? —Fue el vozarrón de Darío el que sonó desde el umbral.

—Necesito sobar. —Negó con la cabeza mientras trataba de quitarse las botas sin levantarse de la cama.

—Anoche tuvimos actuación. —Escuchó ahora la voz de Raúl—. Si no te hubieras empeñado, hoy habríamos descansado y dejado el vuelo para mañana.

—Ya que sueñas como la voz de mi conciencia, no hace falta que te explique por qué quería llegar hoy.

Sintió que el colchón se hundía levemente a los pies de la cama.

—Pues aun así no lo entiendo —replicó su amigo—. Lo típico es que uno se niegue a acudir al cementerio a visitar la tumba para no admitir así la pérdida del ser querido.

—Tú ves demasiadas pelis americanas. —Ángel se incorporó ligeramente, apoyándose en ambos codos—. Y yo no tengo que asimilar una puta mierda porque sé

perfectamente que Juancar está muerto.

No había reproche o dureza en su voz, sólo una firme aseveración.

—¿Y por qué ahora?

—Porque no he tenido los cojones de hacerlo en trece años —le recordó—. Siempre había alguna actuación, alguna entrevista, alguna excusa conveniente. En trece años no he querido dar ese paso y hoy es el día perfecto para hacerlo, el apropiado.

Sabía que no había convencido a Raúl, llevaban años discutiendo sobre lo mismo, y aunque Darío parecía estar dándole una tregua momentánea, no sabía cuánto duraría. Raúl, sin embargo, no parecía estar por la labor de dejarlo tranquilo.

—Como vuelvas a hablarme de las cinco etapas del duelo te tiro el teléfono de la mesita a la cabeza —le advirtió, alzando un dedo—. Ya sabemos que, además del guapo, eres el listillo del grupo.

—No me estaba refiriendo a Juancar —replicó con retintín.

Y Ángel no dijo nada, pero si las miradas matasen, Raúl habría caído fulminado a dos metros bajo tierra, aunque no pareció inmutarse.

—Haz lo que te dé la gana. —Finalmente su amigo se levantó de la cama encogiéndose de hombros.

—Dormir —suspiró Ángel, dejándose caer de golpe sobre el colchón, y a los pocos segundos, escuchó la puerta cerrarse.

Entonces, echó mano al móvil que tenía en el bolsillo de los vaqueros y activó la alarma. Quedarse dormido sería la peor excusa de la historia para faltar a esa cita a la que, por fin, se había propuesto acudir.

capitulo dos

Sabía que Raúl tenía razón pero no era fácil admitir, y menos en voz alta, que sólo quedaba esa última oportunidad para demostrarse a sí mismo que no era tan soberanamente cobarde como creía. Y con respecto a lo otro, no había nada que decir.

Entró en el negocio de alquiler de coches y su mirada rebelde se detuvo en las motocicletas. Una Honda Shadow VT750 le guiñaba el ojo pero él tuvo que rechazar su oferta. Primero hay que aprender a caminar para poder correr; ese día iba a dar un paso adelante, o eso esperaba, y el escalofrío paralizante que lo recorrió al acercarse a la moto le indicó sin lugar a dudas que ese paso sería de gigante, e iba a tener que conformarse con el de una hormiga.

Finalmente alquiló un Volkswagen Golf. Tal vez no pegaba con el estilo de un rockero, si es que eso existía, pero igualmente le traía sin cuidado lo que la gente opinara de él. Ya tenía más que suficiente con lo que él pensaba de sí mismo.

Trece años no habían sido suficientes para anular su subconsciente, y habría podido hacer la ruta con los ojos cerrados. Pero eso lo hubiera conducido por el camino de siempre y ése era otro paso de gigante que no podría dar, así que se saltó el primer desvío de la A-3 hacia Aldaia.

—Me cago en la puta.

Coger el segundo desvío supuso entrar en un laberinto de rotondas del que parecía imposible salir. Las cosas sí habían cambiado después de todo, pero finalmente encontró la salida que atravesaba el polígono industrial situado al norte de Aldaia y que, sorprendentemente, lo condujo hasta otra rotonda que dejaba a la izquierda el cementerio y a la derecha el descampado frente a la Pedrota. Esquivó aquel tirón que le hacía fijar los ojos en aquella manzana de pisos de Protección Oficial de ladrillo de caravista rojizo y tomó la salida de la izquierda, la que lo conducía a su pequeño paso de hormiga.

Aparcó a las puertas del Barrio del Cristo, el que había sido su hogar durante dieciocho años. Si afinaba la vista, podía ver el rótulo del taller mecánico de su padre y que había echado el cierre hacía ya tanto tiempo. Una cadena de supermercados se había puesto en contacto con él un par de años atrás, mostrando un gran interés y un sustancioso cheque para comprarlo, pero se negó. Si eso hubiera ocurrido cuando se ganaba cuatro chavos tocando en el metro lo habría aceptado sin pensar, pero no fue así. Y, para entonces, eran más fuertes sus ganas de no volver, aunque sólo hubiera sido para ir al notario.

Antes de salir del coche, se ajustó las gafas de sol y se cubrió la cabeza con la capucha de la sudadera que llevaba abrochada hasta arriba. Nadie lo esperaba y tampoco creía que lo reconociesen, pero bien dice el refrán que más vale prevenir que curar. Caminó por la estrecha acera hacia la entrada principal del cementerio. En la puerta, una anciana vendía flores, la señora Encarna. Miles de veces había acudido al taller en busca de su gotita de aceite para engrasar sus tijeras de podar, y no sabía si era de las personas que no lo esperaban o de las que no lo reconocerían, pero el caso es que apenas lo miró cuando le

pagó los dos ramos de claveles reventones que le compró.

Pasada con éxito aquella primera prueba, se adentró en el cementerio. Sólo dio un paso. Los altos y amarillentos muros laterales de los cuarteles de nichos situados a sus costados se cernieron sobre él, como si la losa de culpabilidad que cargaba sobre su conciencia no fuera suficiente. Respiró hondo y el perfume de los claveles le hormigueó en la nariz, recordándole por qué estaba allí. Al menos expiaría una de sus culpas. Tal vez supondría el peso de un grano de arena que apenas liberase su carga, pero algo es algo. Decidió que primero iría a ver la tumba de sus padres y, pasado aquel primer mal trago...

No tenía ni la menor idea de hacia dónde debía ir, pero lo bueno de los cementerios es que sus nichos se disponen en orden cronológico: el de la muerte de los fallecidos. Se sumergió en aquella macabra urbanización de edificios de cinco alturas y lápidas a modo de ventanas, y minutos más tarde encontró un pasillo con fechas del 2005. No le costó mucho hallar la que buscaba.

La lápida de sus padres era de las pocas que no tenía flores pues no había quien se las pusiera, pero le alegraba saber que el seguro de decesos que su padre pagó durante toda la vida había hecho bien su trabajo. No sólo se encargaron de todo sin que él hubiera tenido que volver de Madrid sino que también habían exhumado el cadáver de su madre para colocarlos juntos en el mismo nicho.

Tomó uno de los ramos de claveles y los repartió entre los dos búcaros situados a los lados de sus fotografías mientras una sensación de vacío lo inundaba al fijar la vista en sus rostros. Le hubiera gustado que fuese distinto, que la tristeza hubiera sido el reflejo de lo que significaba su pérdida, pero su madre murió al nacer él y su padre... Prácticamente le había dado una patada en el culo para que cogiera aquel autobús hacia Madrid, tanto en el sentido figurado como literal de la palabra.

Y, sin embargo, allí estaba, plantado, incapaz de moverse y dirigirse hacia el pasillo del año 2000. Fueron un par de viejecitas que comenzaban a acercarse a él las que lo obligaron a moverse. Que después de tantos años, alguien se detuviese frente a la tumba de Marcelino, «el mecánico», sólo podía significar una cosa. Así que huyó en dirección contraria.

«Cuanto antes mejor», se dijo a sí mismo, poniendo rumbo hacia su próxima parada.

Lo encontró antes de lo que esperaba, antes de hacerse a la idea... Su tumba sí estaba limpia y tenía flores, aunque comenzaban a marchitarse. Con una entereza que se sacó de la manga, las quitó del búcaro y colocó los claveles en su lugar. Luego caminó unos cuantos pasos hasta un gran cubo de basura negro donde las tiró.

Cuando volvió, se colocó frente a la lápida, con las manos en los bolsillos... le temblaban, las cabronas... y quiso fijar la vista en la inscripción.

*Juan Carlos Navarro Muñoz*

*\* 08-02-1982*

*† 11-04-2000*

No pudo evitarlo, su vista serpenteó hasta la foto de aquel muchacho con mirada traviesa de dieciocho años que le sonreía con un gesto burlón... El banco de piedra que había justo detrás de él fue el que soportó su derrumbe cuando sus piernas ya no fueron capaces de sostenerlo por más tiempo.

Con los brazos apoyados en los muslos, bajó la cabeza mientras los hombros le convulsionaban a causa de un llanto que le quitaba el aliento. Lo había ahuyentado durante trece años, se había esforzado en esquivarlo todo ese tiempo porque sabía que, cuando lo atrapara, arrasaría con él.

—Imbécil de mierda... ¿Por qué cojones tuviste que morir tú?

No sabía qué era más demoledora, si la pérdida del único y más fiel amigo que podría tener un hombre, o la culpabilidad de sobrevivirlo, de seguir vivo. Se arrancó las gafas de sol de la cara y se cubrió los ojos con las manos, como si quisiera ocultar, devolver a su sitio aquellas lágrimas, aunque sus sollozos ahogados lo delataban, lo ridiculizaban. ¿De qué mierda servía llorar? Pero ahí estaba, moqueando como un bebé de pañales aunque mucho más desamparado. Porque ésa era la moraleja de todo aquello. Esa inscripción señalaba la muerte de Juancar, pero marcaba su vida inexorablemente, una vida que siempre estaría vacía, en la que sólo cabía la soledad.

—Lo siento, tío, siento no haber venido a tu entierro. Siento no haber venido a despedirme...

Alzó ligeramente el rostro y, entre el velo de sus lágrimas, observó de nuevo aquel rostro, aquella sonrisa irreverente detenida en el tiempo, en el pasado, cuando él más de una vez había querido borrarla de la cara de un sopapo.

Empezaron con mal pie. Juancar era el cabecilla del grupo, al que todos seguían, porque no le importaba darse de hostias con el más pintado, aunque fuera a él al que le rompieran la cara. Pero aquello le daba fama de chulito y de macarra, y le venía muy bien, todo lo bien que puede venir teniendo sólo doce años. Además, por un exceso de niños nacidos en el año del mundial y naranjito, no le habían cogido en el Ausiàs March, el colegio que estaba prácticamente al lado de su casa, así que lo mandaron al Vicente Blasco Ibáñez, en el Barrio del Cristo, por lo que las malas compañías estaban aseguradas.

Ángel, por su parte, siempre había vivido en el barrio, aunque en la otra punta, pero cuando su padre decidió comprar el taller que estaba en la salida hacia Aldaia y mudarse al piso que había justo arriba, lo cambió al mismo colegio al que iba Juancar porque estaba más cerca, pasando a ser el nuevo de la clase.

Fue como un choque de trenes. Su mirada bicolor lo tenía acostumbrado a los insultos, desde husky siberiano a semaforito, pasando por lo más inverosímil que podía ocurrírsele a la mente de un niño. Pero Juancar dio un paso más allá y quiso quitarle el bocadillo. Tan sencillo y tonto como eso. Se liaron a mamporros mientras el bocata salía por los aires, ni para ti, ni para mí, pero el combate debía ser bueno porque un gran número de espectadores se reunió a su alrededor... hasta que llegó el director.

El resultado fue un ojo morado para Ángel, un labio partido para Juancar, una semana de expulsión para ambos, y la fragua de una amistad que hubiera sido irrompible si la muerte no se hubiera metido donde no la llamaban. Estaba seguro de que Juancar se había dado de hostias con ella antes de morir, pero no pudo ganar esa batalla. Sin embargo, mientras estuvo vivo, eran inseparables, tanto que nadie le quitaba de la cabeza, ni aún después de tantos años, que Juancar suspendió adrede séptimo curso para repetir con él y seguir juntos en la misma clase. Ya nunca lo sabría, como no sabría otras muchas cosas...

—Tú tampoco sabrás que lo conseguí —dijo en un murmullo trémulo y apenas audible—. Raúl te sacaría de los nervios, pero Darío te habría caído de puta madre.

Se limpió la nariz con la manga de la sudadera y suspiró hondamente.

—Tú no me podrías decir si ella está bien, ¿no?

No supo el tiempo que pasó allí sentado, hablando como un idiota y llorando hasta

que no hubo más lágrimas que derramar... tenía los músculos acartonados y le dolían todos los huesos... aunque el agujero de su pecho se había hecho un poco más pequeño.

«Algo es algo».

—Voy a estar una temporadita por aquí —murmuró poniéndose en pie—. Trataré de pasarme alguna que otra vez antes de irme.

Se acercó a la lápida y con gesto fugaz y disimulo acarició levemente aquella foto ovalada, tras lo que desvió su mano con rapidez hasta el búcaro para ordenar torpemente las flores. Dando un último vistazo se marchó, aturdido, sobrepasado... entumecido. Había derramado todo lo que había en su interior frente aquella lápida y ya ni cautela le quedaba así que la capucha quedó olvidada sobre sus hombros y las gafas de sol en aquel banco de piedra. Fue recorriendo el camino hacia la salida con las manos en los bolsillos y la mirada gacha por lo que no se dio cuenta de su presencia hasta que...

Ese aroma...

Se giró. No pudo evitar mirarla aunque no quería hacerlo, no debía hacerlo, pero su rostro y sus ojos tomaron vida propia y siguieron la estela de aquella esencia que pasaba por su lado. Pero lo peor de todo fue que sus pies se detuvieron en cuanto se percató de que ella también lo estaba mirando.

Sintió como si un rayo lo atravesara cuando aquellos ojos negros como la noche se posaron encima de él. Escuchó el ruido de algo que caía al suelo y después, silencio, pues ninguno de los dos fue capaz ni de respirar durante unos segundos.

Dios... Era incluso más guapa que antes. En su mirada seguía brillando aquella chispa osada y valiente que mucho tiempo atrás lo condujo a la locura de creer que todo era posible... y aquellos labios... entreabiertos, sorprendidos, aunque esperando una respuesta, la que él nunca pudo darle.

—Ángel... —La oyó murmurar, y su corazón que parecía que no iba a volver a latir jamás en toda su vida le dio tal vuelco que creyó que iba a explotarle contra el pecho.

—Pequeña...

No supo por qué volvió a llamarla así, hacía trece años que había perdido el derecho de hacerlo, y sin embargo...

El paso que ella dio hacia adelante fue el que le obligó a él a retroceder, a huir, su especialidad. Aceleró el ritmo de sus zancadas y se alejó, sin girarse siquiera a comprobar si ella lo seguía por miedo a que sus piernas volvieran a detenerse si la miraba de nuevo, pero afinó el oído, y los únicos pasos que se escuchaban sobre el cemento eran los suyos.

En cuanto atravesó las puertas del cementerio, echó a correr para volver al coche y refugiarse en su interior. Le temblaban tanto las manos que apenas atinaba a abrir la cerradura y cerró con el pestillo cuando entró.

—Mierda, mierda... ¡Mierda! —Golpeó el volante con violencia.

El temblor había contagiado todo su cuerpo y la opresión de su pecho no le dejaba respirar. Un sollozo le quebró la garganta y dejó caer la cabeza sobre sus puños que se habían convertido en garras alrededor del volante.

—Sofía... —murmuró su nombre como una plegaria, mientras aquel aroma seguía penetrando en sus entrañas, recorriendo ese camino que conocía tan bien y que llegaba justo hasta su alma.

No podía ser. Después de tanto tiempo no podía ser. ¿Acaso el tiempo no lo cura todo? Y él debería haber estado hasta inmunizado ya, pero, en cambio... No, no podía ser. ¿Es que todo lo que había hecho no servía para una puta mierda? Se marchó sin despedirse, sin ningún tipo de explicación, rompiendo, arrancando de cuajo todo nexo que pudiera

tener con ella. Mejor o peor había rehecho su vida, había triunfado y se había labrado un camino, sin ella, y con infinidad de mujeres que calentaban su cama, aunque jamás su corazón, aquel músculo que se encargaba de bombear sangre y de joderle la vida. Porque él lo había anulado, lo había castrado para que se centrara única y exclusivamente en la tarea fisiológica, pero había hecho falta un instante, un solo instante... Pero con Sofía siempre fue igual, cuestión de instantes...

Juancar estaba entusiasmado con el primer día de curso pues, al ser repetidores, serían los más mayores de la clase, y eso les iba a dar ventaja con respecto a los demás chavales. A Ángel le daba igual pero si significaba que pillarían doble ración de bocadillos, por él, bien.

Su amigo entró primero a clase, con esa sonrisa suya en forma de mueca chulesca y su pecho de adolescente de catorce años henchido a modo de advertencia para todos los presentes. Entonces se condujo por un estrecho pasillo entre las mesas en el que estaba un grupito de chavalas sentadas. Aquello no le sorprendió, como tampoco lo hizo que le pellizcara con fuerza la mejilla a una de ellas. Lo asombroso del asunto fue que ella le dio tal colleja que resonó en toda el aula, pero Juancar ni se inmutó, como ninguno de sus compañeros.

Y después, aquella chica lo miró a él. Sintió que lo atravesaba de tal modo que sus pies se detuvieron en seco frente a ella, ante aquella hostilidad que, de pronto, se suavizó. Aquellos ojos negros parecían sonreírle y él...

—Ángel, tío, ¿vienes de una vez?

Apartó rápidamente los ojos de ella, avergonzado y un tanto culpable, porque si Juancar no le había respondido nada a aquella chica, sólo podía significar una cosa.

—¿Te has enrollado con ella? —le preguntó a bocajarro en cuanto se sentó a su lado.

—¿Qué coño te has fumado antes de entrar? —Lo miró como si hubiera dicho la mayor de las aberraciones, y Ángel no entendía por qué Juancar no se liaría con esa tía cuando era la que estaba más buena de toda la clase.

—Pero si tú le tiras a todo —replicó un tanto molesto, aunque no sabía muy bien por qué, y la única respuesta que recibió por parte de Juancar fue una mueca de asco y repugnancia que se quedó en eso pues, cuando iba a hablar, entró la maestra de lengua.

Lo primero que hizo fue presentarse y comenzar a pasar lista. Juancar se repantigó contra la silla pero él se inclinó hacia adelante, queriendo ganar unos cuantos centímetros para estar más cerca de la voz de la profesora y no perderse el momento en que aquella chica levantara el brazo al decir su nombre.

La lista comenzó a avanzar hasta que llegó a la letra «E».

—Ángel Escudero Martín.

—Yo —exclamó levantando el brazo.

Y entonces, justo después...

—Sofía Ferrer Muñoz.

—Presente. —La escuchó responder unas cuantas mesas por delante de él mientras levantaba el brazo.

Sofía... Se llamaba Sofía.

Juancar ciertamente no parecía tener ningún tipo de interés en ella porque no se le acercó en ningún momento pero, en cambio, Sofía sí estaba interesada en él porque, durante el recreo, no hacía más que cuchichear con sus amigas y mirar hacia donde ellos estaban. Le dio rabia. Le cabreaba que le molase Juancar y que él pasara así de ella, pero la chavala

era insistente, y a la una, cuando sonó la campana de salida, lo esperó fuera de clase.

Siempre iban los dos solos. Juancar lo acompañaba hasta el taller, luego él seguía la calle hasta cruzar la carretera que separaba Aldaia del Barrio del Cristo, y atravesaba el descampado de la Pedrota hasta las primeras fincas del pueblo, o las últimas, según se mirase. Pero aquel día, parecía que los planes habían cambiado y Juancar no tenía pinta de que le importase, pues salió por la puerta de la escuela y ni miró a aquella chica que se había colocado a su lado. Ángel no pudo contenerse más y le dio un codazo a su amigo.

—¿Y esta tipa se nos acopla con todo su morro? —le preguntó por lo bajo.

Juancar frunció el ceño y lo miró como si fuera un bicho raro.

—¿Qué...?

—¿Es que es tu prima o algo de eso? —comenzó a lanzar suposiciones para ver si comprendía aquello de una buena vez.

Y Juancar se echó a reír, deteniéndose, haciendo que tanto él como Sofía hicieran lo mismo.

—Hostia, acabo de caer en que no la conoces.

Le puso aquella sonrisa que tantas ganas le provocaba de arrearle un guantazo.

—Ángel, ésta es Sofía, mi hermana. Mi madre ha conseguido otra casa para limpiar a esta hora y tengo que encargarme yo de ella.

—¿Tu... tu hermana? —titubeó mientras su mente comenzaba a funcionar a mil por hora.

Porque no podía ser, el apellido de Juancar era Navarro y ella se apellidaba Ferrer, aunque sí era verdad que el segundo... Muñoz...

De pronto, ella se le acercó y le dio dos besos en las mejillas por lo que tuvo que tomar aire a causa de la sorpresa y la impresión. Y entonces el aroma más dulce, fresco y atrayente inundó sus fosas nasales, penetrando hasta su cerebro que debió verse sometido a algún tipo de tratamiento de electroshock pues sus pensamientos se silenciaron de repente. Y lo miró, ella volvió a fijar su mirada oscura como la noche en él, dejándolo tan embobado que, hasta que Juancar no tiró de él para retomar el camino de vuelta a casa, la conexión con ella no se rompió.

Su amigo comenzó a explicarle entonces que su padre se había matado al caer de la obra de la que trabajaba cuando él apenas tenía un año y su madre estaba aún embarazada de Sofía. Un antiguo noviete de juventud quiso hacerse cargo y, en el año 83, el registro civil prefería inscribir a un recién nacido con el apellido de un hombre vivo aunque no fuera el padre legítimo, un padre que nunca fue pues, al poco tiempo, se piró.

Así que sólo era su hermana...

Aquella noche, en la soledad de su habitación, había querido traer a su memoria aquel aroma, cerrando los ojos con fuerza y pensando en esa bonita cara. Sonrió al conseguirlo al instante, podía evocarlos con sólo recordarla y, aunque al principio creyó que sería el olor de alguna colonia, pronto decidió que no, que ésa debía ser la esencia propia de su piel...

Le vinieron a la mente entonces las palabras del maestro de naturales, cuando explicó que las flores lanzaban un aroma especial que atraía a las abejas hacia ellas. Refunfuñó mientras se removía en la cama, molesto. Él no era una puta abeja... pero el hormigueo de su estómago se hacía más intenso al pensar en ella y en su aroma de flor.

Apenas tenía catorce años, no era más que un crío, pero a pesar de eso, a pesar de que no tenía ni idea de lo que todo aquello significaba lo supo, supo que era Sofía.

Y diecisiete años después, lo seguía siendo.






Había pasado tanto tiempo en el cementerio y luego encerrado en el coche tratando de calmarse que se le hizo de noche antes de llegar al hotel. Acudió a la habitación de Raúl, consciente de que sus dos amigos lo estaban esperando allí, y era mejor enfrentarlos de una buena vez a tener que aguantarles la mala leche para, finalmente, acabar contándoles toda la historia de igual modo.

En realidad, quería hacerlo, lo necesitaba, aunque jamás lo admitiría. Sabía que pecaba de reservado, y siempre había sido muy celoso ya no de su intimidad, sino de su pasado, pero cierta noche de borrachera, su boca habló más de la cuenta y toda su fachada se fue al garete.

Le sorprendió mucho, de hecho aún lo hacía, la respuesta de sus dos amigos. Ninguno de ellos lo sentenció por lo ocurrido, pero tampoco lo compadecieron, y además entendieron que aquel era el camino que había elegido aunque, eso sí, se hartaron de decirle hasta el cansancio que no estaba haciendo las cosas bien. Y ésa era la mayor prueba de amistad que podían darle ambos, porque jamás le regalaban el oído, decían lo que pensaban o se callaban y lo sentenciaban con la mirada que, para el caso, era lo mismo. Sabía que podía contar con su sinceridad y su apoyo, y eso era mucho más de lo que hubiera esperado.

Cuando llamó a la puerta, Raúl lo recibió sosteniendo un libro en la mano. No era de extrañar, era un lumbreras que había dejado la carrera de Ingeniería de Telecomunicaciones a punto de acabar para enrolarse en el inconstante mundo de la música, pero aun así, necesitaba alimentar su intelecto por lo que siempre estaba leyendo algún libro que luego iba dejando olvidado por ahí.

—Darío está duchándose. —Señaló el baño—. Ha estado probando el gimnasio del hotel.

La verdad es que los tópicos salían por patas en lo que a ellos se refería pues ninguno entraba dentro de los estereotipos, incluido Darío. Le encantaba ir al gimnasio, decía que necesitaba tonificar los músculos de los brazos como si las largas sesiones de ensayo o los conciertos no fuera suficiente, sin olvidar su larga trayectoria como percusionista cuando perteneció, ni más ni menos, a la Real Filarmonía de Galicia, una de las más prestigiosas del país. Como si hubiera sido presa de un día de furia, Darío de pronto decidió cambiar la pajarita y el frac por las camisetas negras y los pantalones de cuero.

Raúl volvía a acomodarse en el sillón orejero donde al parecer había estado leyendo, cuando se escuchó la puerta del baño al abrirse, haciendo Darío su aparición en escena envuelto en una nube de vaho proveniente de la ducha pero que le venía al pelo.

—¿Es que te has perdido? —Fue la mofa del batería a modo de saludo—. Creía que conocías la zona —añadió mientras caminaba hacia la cama donde estaba su ropa, llevando una toalla atada a la cintura mientras se secaba el cabello con otra.

—¿Qué ha pasado? —preguntó en cambio Raúl, lanzándole una mirada de desaprobación a su amigo quien chasqueó la lengua al tiempo que comenzaba a vestirse.

Ángel se dejó caer pesadamente sobre otro de los sillones, quedando frente a ellos.

—¿Has llegado a entrar al cementerio? —quiso saber ahora Darío, dando a entender con su tono de voz que ciertamente estaba muy interesado.

—Sí —respondió, asintiendo con la mirada perdida—. Fui primero a la tumba de mis padres, y luego...

Dejó caer la cabeza contra el respaldo y se apretó los ojos con los dedos unos segundos.

—¿Te ha hecho sentir mejor? —recitó Raúl con cierto toque de esperanza en el sonido de sus palabras.

—La verdad es que sí —admitió inclinándose hacia adelante—. Sé que no sirve de nada, que nada se puede cambiar, pero...

Se llevó la mano al pecho y restregó con la palma de la mano aquella zona, aquel agujero que había disminuido unos milímetros. Raúl debió entenderlo porque le dedicó una mirada condescendiente.

—Al menos...

—La he visto.

—¿Qué? —exclamaron sus dos amigos al unísono, incluso Darío se sentó en la cama como si lo necesitase para escuchar aquello con más claridad.

—Sí, he visto a Sofía —les confirmó.

—Bueno, siendo el día que es, cabía esa posibilidad —dijo Raúl como si eso fuera lo más normal del mundo, recibiendo una mirada matadora por parte de Ángel.

—No habrá horas al cabo del puto día...

—¿Has hablado con ella? —trató Darío de volver al tema en cuestión.

—No —repuso secamente.

—Estaba demasiado lejos —quiso suponer su amigo, pero Ángel negó con la cabeza.

—Casi tropiezo con ella. Ha pasado justo por mi lado.

—¿Te ha reconocido? —preguntó Raúl, inclinándose hacia adelante con interés.

—¿Y no has hablado con ella? —saltó Darío cuando Ángel asintió.

Ángel golpeó el brazo del sillón con el puño fuertemente cerrado, pero no porque estuviera molesto por la insistencia de Darío, sino...

«Putá vida de mierda que nos mueve a su antojo...»

—¿Cómo la has visto? —habló ahora Raúl, y Ángel suspiró hondamente, elevando la vista al cielo, resignado.

—Preciosa —murmuró.

—Estás enamorado de ella hasta las trancas —dijo Darío con voz queda y un tizne acusatorio.

—¿Has descubierto América? —replicó Raúl con sorna, mirándolo.

—El que parece que no se entera es él. —Señaló con el dedo hacia el sillón, pero Raúl alzó ambas cejas con incredulidad, y sorprendido por aquel arranque.

—¿Crees que no sabe que está enamorado?

—Eh, que estoy aquí, par de capullos.

—¿En serio estás aquí? *Manda carallo...* —Darío lo miró ceñudo, escapándosele su acento gallego, como siempre que trataba de ser irónico—. Porque sí, puedo ver tu careto, pero tu mente y tu corazón se quedaron en aquel barrio hace trece años, y no volverás a ser

un hombre en condiciones hasta que no cojas el toro por los cuernos de una puta vez.

La rabia comenzó a arremolinarse en el interior de Ángel aunque no tuvo más remedio que contenerla. Tal vez Darío estaba siendo un jodido entrometido, pero lo que realmente le estaba tocando la moral era que tenía razón.

—¿Desde cuándo te has vuelto todo un filósofo? Creía que eso era cosa de Raúl —quiso ser sarcástico, pero estaba apretando demasiado las mandíbulas.

—Desde que no puedo soportar que seas tan gilipollas.

Ángel bufó.

—Darío...

—¡Habla con ella, hostia! —exclamó. —Tal vez esté casada y tenga veinte hijos y no se haya acordado de ti ni una santa vez en todos estos años. Y ojalá sea así porque, de ese modo, ya no tendrías que sufrir más por ella, podrías dejar de preguntarte día tras día qué habría sucedido si no te hubieras ido, y pasar página de una vez.

El silencio se alzó entre aquellas cuatro paredes. Darío le sostenía la mirada a Ángel, cuyos ojos casi cerrados a causa de la furia se habían convertido en finas líneas, y Raúl parecía estar en un partido de tenis, mirando alternativamente a uno y otro, esperando una mínima reacción por parte de ellos, que saltasen las chispas que le prenderían fuego a todo aunque, sin embargo, con el paso de los segundos, la tensión se fue diluyendo hasta el punto de extinguirse.

—No pienso volver a verla y mucho menos voy a buscarla —habló finalmente Ángel, increíblemente calmado para sorpresa de sus dos amigos—. Grabaremos ese jodido álbum, nos iremos de aquí y yo volveré a sumirme en la mierda. Punto. Si quieres lo coges, y si no...

—Lo dejas —concluyó Darío por él, con tono distendido y sonrisa socarrona, como si él supiera algo que ninguno de sus dos compañeros sabía—. Mensaje recibido. —Se levantó—. ¿Vamos a cenar? Estoy que me cago de hambre.



Sofía se levantó con tal dolor de cabeza que bien parecía la más dura de las resacas, pero es lo que cabe esperar después de una noche sin pegar ojo. Se lavó la cara con agua fría intentando despejarse, sin mucho éxito, y fue a la habitación de su madre para ayudarla a levantarse.

—Buenos días, hija.

—Buenos días, mamá.

—Tienes mala cara. ¿Estás enferma? —preguntó con preocupación.

—Me duele un poco la cabeza, pero me tomo un paracetamol y se me pasa enseguida —añadió una sonrisa a sus palabras para que no se inquietara mientras le acercaba la silla de ruedas a la cama.

No quería decírselo, contarle lo que ocurrió el día anterior aunque, bien pensado... ¿qué narices había ocurrido? Nada. La aparición de Ángel fue como la de un fantasma que se esfumó antes de que pudiera asimilar que estaba allí, que lo tenía frente a ella. Pero luego, cuando pudo recomponerse y recoger las flores del suelo que se le habían caído de las manos a causa de la impresión, caminó hasta la tumba de su hermano y encontró aquellas gafas de sol...

Eso debería haberla convencido de que aquel hombre no era Ángel, porque él no habría ido al cementerio a visitar la tumba de su hermano cuando ni siquiera había ido al entierro. Después de la muerte de Juancar desapareció de la faz de la Tierra, como si se hubiese volatilizado, y era mucho más probable que lo sucedido el día anterior fuera la manifestación de un ser de ultratumba a que hubiera sido Ángel en carne y hueso.

Y cuando ya estaba casi convencida de aquello, su oportuna memoria susurraba una palabra en su oído, una sola. «Pequeña...»

El filtro de la cafetera se le cayó de las manos sobre el banco de la cocina.

—¿Seguro que estás bien, hija? —le insistió, y le lanzó la típica mirada escrutadora con la que las madres lo detectan todo y que debe venir de serie en cuanto una mujer da a luz.

Justo en ese mismo instante, sonó el timbre de la puerta, en el momento más propicio y oportuno.

—Ya está aquí la señora Estela. —Se acercó a su madre y le dio un rápido beso—. Me voy ya, mamá. Tengo que preparar una actividad para los peques —añadió cogiendo el bolso.

—Pero ni siquiera has desayunado —alzó la voz para que la oyera pues ya estaba saliendo de la cocina.

—Me tomaré un café en la guardería. —La escuchó responder justo antes de que se cerrase la puerta.

Entró en su viejo pero fiel Peugeot 206 y apoyó la frente en el volante, mientras aquella palabra seguía campando a sus anchas por su mente. ¿Cuántos años tenía la primera vez que se lo dijo? Catorce, y podía recordar perfectamente qué día fue...

El circo acababa de llegar al pueblo y se había instalado en el descampado de la Pedrota, justo enfrente de su edificio. Ella se moría de ganas de ir pues jamás lo había hecho, pero Juancar se había roto una pierna por lo que no podía acompañarla, y su madre no hacía más que trabajar en aquella época, así que le pidió permiso para ir con Ángel.

Eso fue lo más fácil de conseguir. A pesar de que para todo el mundo Ángel no era más que unos de esos gamberros del Barrio del Cristo, por alguna extraña razón a su madre le caía bien y, tal y como supuso, le dio permiso.

Pero lo más complicado iba a ser que Ángel quisiera ir con ella.

No entendía su actitud. Había veces que lo pillaba observándola, aunque ella disimulaba para no darse por enterada y permitirle que siguiera mirándola... le gustaba que lo hiciera. Pero había otras veces, sobre todo cuando Juancar estaba cerca que no sólo no la miraba, sino que la ignoraba por completo. La sacaba de quicio... Si alguien te cae mal, te cae mal siempre, no a ratos, ¿verdad?

Aquella tarde sabía que Ángel iba a visitar a su hermano, así que estuvo a atenta para ser ella quien le abriera la puerta. Él se limitó a decirle un simple «hola», pero ella le cortó el paso, haciendo que se detuviera.

—Quiero que me lleses al circo —le soltó de sopetón, porque sabía que si se lo preguntaba, le diría que no.

Ángel abrió los ojos como platos y la observó durante unos instantes, sorprendido, más bien impactado, como si acabara de recibir un puñetazo en el estómago.

—Vale —dijo entonces con el tono propio de un autómeta.

—Hay una función a las siete —añadió ella, envalentonada por su respuesta.

Apenas se lo podía creer pero supo que, si dudaba, él se echaría atrás, por lo que huyó hacia su habitación para no darle tiempo a nada más.

Ya encerrada en su cuarto, le vino a la mente que no habían quedado en nada, pero dado que eran las seis de la tarde, lo normal era que bajasen juntos al circo que estaba a pocos metros de su casa. Aun así, estuvo con la oreja pegada a la puerta casi todo el rato, por si acaso Ángel se arrepentía y lo oía marcharse. Pero de pronto, a las siete menos diez, escuchó su voz desde la entrada.

—¡Vamos a llegar tarde!

Se le hizo un nudo en el estómago al ser consciente de que la había esperado, de que finalmente la iba a llevar al circo. Y había sido tan tonta por estar escuchado detrás de la puerta que no cayó en la cuenta de cambiarse de ropa.

—Porras —masculló por lo bajo, pero ciertamente no tenía tiempo de hacerlo así que cogió la cazadora vaquera por si a la vuelta hacía frío y salió de la habitación.

Le sorprendió cuando compró entradas para los dos, y ella lo cuestionó en silencio al alargarle la suya.

—Mi padre ha empezado a darme una paga por ayudarle en el taller —le explicó—. Venga, a ver si pillamos un buen sitio.

Se sentaron a pie de pista, pero en uno de los laterales pues los asientos situados justo al frente de la salida de los artistas estaban ocupados. Ellos tenían que girarse un poco para verlos salir a la arena, aunque eran incómodos en absoluto. Además, Sofía sólo tenía que desviar un poco la vista y, en vez de mirar a los artistas, lo observaba a él.

Le sacaba más de un palmo y era delgado, pero no demasiado, pues los músculos de los brazos llenaban las mangas de la camiseta. Tenía el pelo ondulado y siempre despeinado, aunque por la zona de la nuca lo llevaba bastante corto, y además ya había comenzado a salirle la barba. Pero lo que más le llamaba la atención eran sus ojos... Sabía que a sus espaldas había gente que se metía con él por sus ojos extraños, y a ella le daba mucha rabia porque no entendía cómo podían burlarse de algo tan bonito como aquella mirada bicolor. Para ella eran un enigma, un misterio, porque si centraba su atención en su ojo pardo, le decía una cosa, mientras el verde le transmitía otra... y ella no hacía más que observarlo a escondidas, fijarse en él para conseguir descifrar el mensaje secreto de su mirada.

—Mira los dromedarios. —Escuchó su voz en la lejanía.

—¿Qué?

Ángel chasqueó la lengua y la cogió de la barbilla para obligarle a mirar hacia donde él le indicaba, y Sofía se dejó hacer al tiempo que el corazón comenzaba a latirle de modo extraño mientras la tocaba.

—¿Ves los dromedarios, pequeña?

—¿Cómo sabes que son dromedarios? —preguntó mientras intentaba que el ritmo de su corazón volviera a la normalidad.

—Porque sólo tienen una joroba. —Oyó su voz tras ella, confundida por aquel escalofrío que recorrió su espalda—. Los camellos son los que tienen dos.

—Ya...

Sofía tragó saliva y respiró hondo, no era plan de ponerse como un flan delante de él, cuando entonces...

—¿Me has llamado pequeña? —Se giró hacia él con los brazos en jarras y la barbilla alzada, claramente molesta.

Ángel carraspeó, por un segundo pareció avergonzado, pero pronto se recompuso.

—Sí —respondió con aire chulesco.

—¿Y eso a santo de qué? —demandó más enfadada todavía.

Ya nunca sabría lo que pasó por su mente en ese instante, pero aquellos ojos misteriosos que aprendió a descifrar con el tiempo, le dijeron mucho más de lo que le escuchó decirle.

—Porque lo eres. Eres pequeña y flacucha.

Y tal vez debería haberse sentido mal por sus palabras pero, con el ceño fruncido, alzó un dedo y se lo clavó en el centro del pecho.

—No vuelvas a llamarme así.

Jamás hizo caso de su advertencia, la llamaba así cada vez que se le antojaba, y ella nunca se lo dijo pero le encantaba oírsele decir, la hacía sentirse especial, única... Suya...

Y ahora el sonido volvía a reverberar en su mente. Haber vuelto a escuchar aquella palabra después de tanto tiempo revivía recuerdos felices que se había visto forzada a olvidar al tratar de deshacerse de los malos. Y la hacía sentirse más perdida que nunca. Tras su marcha sólo quedaron heridas que cerrar, un amor que dilapidar, pero ahora, después de tantos años, no sabía qué dolía más, si aquellas heridas que nunca habían cicatrizado, o ese amor herido que nunca quiso darse por vencido.

Llegó a la guardería media hora antes que de costumbre, y Marina, que estaba sentada en la pequeña mesa que había en el centro de la cocina, la miró de arriba abajo al verla entrar.

—No sé qué me asombra más, si que hayas llegado tan pronto o tu mal aspecto —dijo en tono burlón, aunque pronto su semblante divertido se tornó en culpabilidad—. Lo siento. —Se mordió el labio, claramente apenada—. ¿Tan mal fue ayer?

—El aniversario de la muerte de mi hermano siempre ha sido un día duro. —Le sonrió levemente, disculpándola.

—¿Pero...?

—¿Cómo que pero? —preguntó extrañada mientras se servía un café para sentarse frente a ella.

—¿Cuántos años hace que trabajas para mí?

La pregunta sorprendió aún más a Sofía, pero contestó por la curiosidad de ver adónde llegaba aquel interrogatorio.

—Siete años.

—¿Y no crees que te conozco lo suficiente como para saber que hay algo más?

—Marina...

—Sólo he visto esa mirada apagada y gris en tus ojos una única vez, además de hoy —prosiguió a pesar de que el semblante de Sofía se vistió de cautela—. Exacto, sólo te he visto así de destruida cuando volviste de Madrid sin haber podido encontrar a Ángel.

Sofía que había empezado a dar un trago de café con el único fin de ocultar su rostro tras la taza la dejó caer sobre el platillo tan de repente que casi se derrama su interior.

—Somos amigas, ¿no? —preguntó Marina un tanto apenada.

—Por supuesto que sí. —Bajó el rostro, sintiéndose culpable por haberle hecho pensar lo contrario—. Es sólo que no creí ser tan transparente. Ayer vi a Ángel en el cementerio —le dijo de sopetón, porque no quería que creyese que no confiaba en ella y porque iba a reventar si no se lo contaba a alguien.

—¿Cómo?

Ahora, la taza que cayó sobre el plato fue la de Marina.

—Pasó justo por mi lado —comenzó a contarle—. Sólo lo vi un instante pero era él... No el rockero famoso que sale en las revistas, sino el chico que una vez conocí... Iba con unos vaqueros roídos y una sudadera, y parecía tan triste.

—¿Hablasteis?

—No —mintió—. Ya te he dicho que nos cruzamos, fue un segundo.

—¿Y crees que fue a visitar la tumba de tu hermano?

Sofía se giró hacia el respaldo de la silla de donde colgaba su bolso y sacó unas gafas de sol.

—Encontré esto en el banco de piedra que hay justo enfrente de su nicho.

—Tal vez ha vuelto para arreglar las cosas —quiso creer Marina, pero Sofía negó con rapidez.

—Salió corriendo. En cuanto se dio cuenta de que era yo, salió corriendo.

—Tal vez fue la sorpresa del momento —comenzó a buscar justificaciones—.

Quizás había planeado enfrentarte de otro modo y no supo qué decir.

Sí, había sabido qué decir. Una palabra, dijo la única palabra que a ella podía sumergirla en la agonía otra vez.

—No, no creo que haya vuelto por mí. —Dio otro sorbo de café—. Y si de verdad hubiera querido arreglar las cosas, me habría llamado en cuanto se enteró de que estuve en Madrid.

—¿Y si no lo supo?

—¡Venga ya! —exclamó poniéndose en pie para llevar la taza al fregadero—.

Seguridad tuvo que sacarme a rastras de las oficinas de la discográfica a causa del numerito que monté. Alguien debió decirle algo.

—Estoy segura de que todos los días sacarán a rastras a más de una chica —repuso con calma.

—¿De parte de quién estás? —Aferró las manos al respaldo de la silla.

—De la tuya, aunque no lo creas. —La miró fijamente—. Los veinticinco años que tengo más que tú me han dado un poco de experiencia, la suficiente para saber que hay trenes que pasan una sola vez en la vida, y que sólo un milagro hace que pasen una segunda vez.

—Fue Ángel el que se marchó —le recordó con tono duro.

—Pero tú nunca has dejado de esperarlo.

Sofía dio un resoplido y se giró, dispuesta a salir por la puerta, pero Marina la tomó del brazo y la detuvo, obligándola a sentarse de nuevo.

—¿Acaso has tenido algún novio desde que se fue?

—He estado muy ocupada con el trabajo y con cuidar de mi madre —dijo como justificación a la que habría sido una respuesta negativa.

—¿A quién quieres convencer con esa excusa barata, a mí o a ti? —le dijo sin compasión—. Tú no eres de las que se rinden y no entiendo por qué no has tratado de volver a localizarlo después de aquella vez.

—Ahora es un tío famoso con una fila de tipas babeando detrás de él y que ya no tiene tiempo para una pueblerina como yo —farfulló furiosa.

—¿Ése es el hombre que te encontraste ayer? —inquirió con picardía—. Porque mis oídos aún funcionan bastante bien y creo que tus palabras exactas han sido...

—¿Por qué no lo dejas estar, Marina? —Sacudió los brazos exasperada—. Yo ya lo he hecho, he tratado de seguir adelante, de...

—Ahí lo tienes —la interrumpió bruscamente—. Lo has intentado, pero no lo conseguirás jamás, al menos no hasta que hables con él y consigas que te diga la verdad, para bien o para mal. Necesitas cerrar el capítulo que él dejó abierto con su marcha.

—No sé... Yo...

—¿Prefieres mantener viva la ilusión de un amor que pudo ser? No, tú no eres así, y por eso fuiste a Madrid. Sabías que podía darte un no como respuesta y aun así lo buscaste. Porque necesitas saberlo.

Sofía apoyó los brazos en la mesa y hundió la cabeza en ellos.

—Búscalo.

Su orden hizo que alzase la vista hacia Marina.

—Tienes derecho a desprenderte de él, pero no lo conseguirás hasta que remates lo que él se negó a finiquitar. Búscalo.

—Pero no sé dónde.

Marina se puso en pie y le dedicó una sonrisa mordaz mientras llevaba su taza al fregadero. Al pasar por su lado, le dio un par de palmaditas en el hombro.

—¿Por qué crees que te contraté?

De nuevo con los acertijos...

—Eres una chica lista, Sofía. Seguro que se te ocurre algo.

## capítulo cuatro



Aquella entrevista en la radio no estaba prevista, por lo que llegaron a la emisora con muy poco tiempo de antelación. Pero el club de fans se había dado prisa en anunciarlo pues había muchas más seguidoras esperándolos en la puerta de la emisora de lo que imaginaban. Por suerte, estaba en un pasaje peatonal cercano a la Plaza de Toros de Valencia por lo que nadie corrió el riesgo de ser atropellado cuando la muchedumbre se agolpó enloquecida sobre ellos.

Enseguida los tres se abocaron en la tarea de firmar posters y sonreír para las fotos de rigor, pero Toni carraspeó dando la señal aleccionadora que les indicaba que debían darse prisa. Algunas chicas comenzaron a insistir para conseguir algunos segundos más con sus ídolos, pero Darío cortó la improvisada sesión de firmas y fotos con un «luego nos vemos, guapas», aderezado con una de sus sonrisas de medio lado y un guiño que hizo gritar a más de una. Sin duda, era el que mejor conseguía amansar a las fieras.

Tras saludar a los presentes y a Joaquín Herrero, quien les haría la entrevista y uno de los mejores periodistas musicales del mundo de las ondas, los sentaron en una gran mesa redonda con micrófonos y, ciertamente iban mal de tiempo porque, a los pocos minutos, comenzó la entrevista.

—Hoy en «La 97.7 Radio» contamos con la inestimable presencia de los componentes de Extrarradio —los introdujo Joaquín con aquel tono de voz que rozaba lo histriónico—. Buenos días, chicos. Gracias por estar aquí.

—Gracias a vosotros por vuestra invitación —respondió Raúl por los tres. Era quien mejor manejaba la diplomacia.

—Al contrario —insistió el locutor—. En realidad es todo un honor, pues tengo entendido que es la primera vez que Extrarradio pisa la ciudad desde que se formó el grupo y tenemos la suerte de ser los primeros en hablar con vosotros.

—Así es. —Raúl forzó una sonrisa—. No habíamos tenido la oportunidad de conocer esta bonita ciudad.

—Bueno, tú y Darío no, pero por todos es sabido que Jano es valenciano. ¿Cómo ha sido para ti volver a casa? —se dirigió directamente a él.

—Siempre es emocionante volver. —Ésa fue su escueta pero también políticamente correcta respuesta.

—Sobre todo cuando el motivo de nuestra presencia aquí es algo tan importante para nuestra carrera. —Darío salió en su rescate echándole un capote.

—Cierto. —Sonrió el locutor, satisfecho—. No todos los días se tiene la oportunidad de grabar con Marco Farnesi, el mejor editor musical de la actualidad. Y decidme, ¿en esta ocasión también podremos disfrutar de vuestras propias composiciones?

—No creo que nadie tenga la capacidad de ponerse en nuestra piel y expresar mejor que nosotros nuestras vivencias, nuestros sentimientos, lo que queremos transmitir con nuestras canciones —respondió ahora Ángel.

—En cualquier caso, no se puede poner en duda que vuestras composiciones son las que os han llevado al éxito —añadió Joaquín—. Aunque han pasado varios años, es difícil olvidar que vuestro tema «caballo metálico» estuvo durante varios meses en lo alto de las listas y, prácticamente, os catapultó hacia la fama.

—Ciertamente es uno de nuestros temas más conocidos, aunque los trabajos posteriores han sido lo suficientemente buenos como para mantenernos en esas listas —repuso Raúl mirando de reojo a Darío, quien como él también se había tensado en aquella cómoda butaca.

—Tengo entendido que lo compuso Jano. —Joaquín se giró hacia Ángel.

Llegaban a terreno pantanoso...

—Y dicen las malas lenguas que su letra podría hacer referencia a la desgraciada muerte de un amigo de la infancia, y que ese «caballo metálico» fuera una motocicleta...

«Capullo...»

—Pues para alimentar la curiosidad de esas malas lenguas, digamos que también puede que haga referencia a mi posible flirteo con otro tipo de caballo —pronunció con tono sarcástico y mirada virulenta—. La heroína —sentenció.

Ya estaba. Siempre hacía lo mismo. Prefería soltar animaladas como ésa a decir la verdad, a pesar de que Toni le había advertido infinidad de veces que sus arranques podían llenar hojas y hojas de barbaridades que únicamente les perjudicarían.

Con la sala envuelta en un silencio denso y demoledor, Joaquín desvió su mirada más allá del cristal, donde el técnico de sonido, que estaba tan atónito como él, encogía los brazos sin saber qué hacer. ¿Subía la música? ¿Pasaba a publicidad?... Hasta que Ángel rompió a reír, una carcajada que, para alguien que lo conocía tanto como Darío y Raúl, habría sonado falsa y forzada hasta el extremo.

—Discúlpame por tomarte el pelo, pero es que no puedo contarte en qué me inspiré cuando la escribí porque sería como si un mago desvelase el secreto de su truco final —dijo con una sonrisa propia de anuncio de dentífrico, y el locutor resopló tan aliviado que hasta se le acopló el micrófono—. Además, lo que atrae a nuestros fans de nuestras canciones es que siempre encuentran una interpretación que se ajuste a algún sentimiento, a algún suceso de su vida con el que se identifican, apropiándose de la canción como si hubiese estado compuesta expresamente para ellos.

Vale...

Sus amigos compartieron miradas significativas y comenzaron a respirar más tranquilos. No en vano llevaban varios años en ese mundillo, y algo de tablas ya habían adquirido, por lo que consiguieron reconducir la entrevista al terreno meramente profesional y sin volver a acercarse a la zona de peligro.

—¿Qué más tenéis programado durante vuestra estancia aquí? —quiso saber Joaquín—. Vuestros seguidores llevan mucho tiempo esperándoos y queriendo disfrutar de cerca de vuestra música.

—Pues no podemos adelantar mucho pero sabemos que la discográfica va a preparar varios eventos para tener más contacto con nuestros fans. Alguna firma de discos, actuaciones en algunas salas, algo más íntimo con nuestro público —comenzó a explicarle Raúl—, sin olvidar que se grabará un concierto *unplugged* que se pretende añadir como un extra en el nuevo álbum.

—¿Abierto al público? —preguntó el locutor, extrañado—. ¿Ya se han puesto las entradas a la venta?

—Pues vamos a chafar la sorpresa —habló ahora Darío—, pero es muy posible que

nuestro agente esté proponiéndole a tus jefes el preparar algún tipo de concurso radiofónico para repartir esas entradas.

—¡Pues sí que es una sorpresa! —Sonrió Joaquín, complacido—. Podríais ganar un dineral con ese concierto.

—Eso mismo nos ha dicho él, pero su tono de voz no era tan agradable como el tuyo —bromeó Raúl, haciendo que todos rieran.

—¿Sois de los que opinan que el dinero no da la felicidad?

—Ni da la felicidad ni ayuda, como dicen por ahí —volvió a intervenir Ángel, con voz apagada, monótona—. Sólo te pone una venda en los ojos que no te deja ver la realidad, que te aísla de lo que hay alrededor. Y cuando el dinero se acaba, la venda se desvanece y la realidad te engulle.

Y de nuevo el silencio...

—Ése fue Jano, amigos —concluyó el locutor—. El líder de Extrarradio, y un hombre que siempre se ha caracterizado por su versatilidad tanto dentro como fuera del escenario.

Y Ángel le lanzó una mirada de aceptación al haber dicho de modo tan sutil que estaba como una puta cabra.

Cuando la entrevista se dio por finalizada, los tres músicos fueron llevados hasta una sala anexa donde se reunieron con Toni que los esperaba para marcharse.

—¿Te has quedado a gusto? —Fue el reproche de su agente cuando entraron en el ascensor.

—¿Y tú no ibas a controlar las preguntas antes? —replicó Ángel con cara de pocos amigos.

—No ha habido tiempo —masculló Toni, disconforme—. Al menos lo has arreglado...

—He quedado de puta madre, les he dado carnaza para una buena temporada y sigo siendo el jodido excéntrico de siempre al que les encanta escurrir.

—¿Te has levantado con el pie izquierdo? —se mofó en respuesta.

Ángel resopló.

—Me levanto con el pie izquierdo cada día desde que llegamos aquí —dijo resignado y Toni lo observó unos segundos, tornándose su enfado en preocupación.

—Pues vamos a estar una larga temporada, así que más vale que te hagas a la idea —lamentó.

—Ya lo sé.

Salieron del ascensor y los dos guardias de seguridad que había a cada lado de la puerta los miraron y asintieron, preparados para que empezase la hora del show.

Mucha gente había escuchado la entrevista por la radio, así que habían acudido a la puerta de la emisora para esperarlos a la salida. Los guardias, siendo previsores, habían colocado vallas formando un paseíllo hasta el coche así que se acercaron a sus fans y comenzaron otra sesión de fotos y firmas.

Ángel se colocó el primero, como siempre. La gente solía retenerlo por más tiempo por lo que Raúl y Darío se colocaban después de él para forzarlo en cierto modo a que acelerase el paso y no se quedase rezagado. Una cara, tras otra... Una foto, tras otra... Firmas y más firmas... Siempre era lo mismo... Y aunque a veces le agobiaba, era consciente de que aquello formaba parte de su trabajo, trabajo que aquellas personas admiraban y que se tomaban la enorme molestia de ir a verlo y demostrárselo, así que lo menos que podía hacer era sonreírles.

Un chaval le dio un fuerte apretón de manos mientras le pasaba una camiseta con el logo del grupo para que la firmase; una chica le dio un par de eufóricos besos y acercó su mejilla a la suya para hacerles un *selfie* con su móvil, mientras la de al lado le alargaba una foto para que la autografiase... Y en medio de aquel caos de caras desconocidas, distinguió ésa que nunca había ni soñado con ver entre aquella gente que esperaba por él.

Estaba en primera fila, con las manos apoyadas en aquella valla amarilla que le llegaba por la cintura tras la que aguardaba, como si fuera una más... No lo era, pero... Dio un paso hacia ella y alzó la vista hacia su rostro, temeroso del odio que pudieran dedicarle aquellos ojos, y aunque le alivió que no fuera así, tampoco se atrevió a desechar la idea.

Y le entró el pánico.

No podía enfrentarla, no era capaz, y le daba igual estar rodeado de decenas de personas. ¿Qué iba a hacer? ¿Saludarla como si no hubiera pasado nada? Había pasado y mucho, y no era tan caradura como para pretender lo contrario... ¿Fingir que era una fan más, que no la conocía de nada y darle un par de besos? Aquello era bochornoso hasta para él...

Hizo lo de siempre, huir, así que bajó el rostro, avergonzado, y pasó de largo... o lo intentó. Notó sus pequeños dedos como fuego contra su brazo mientras se lo agarraba con firmeza, y él apretó los ojos y los labios fuertemente, tratando de soportar el dolor tan intenso que le producía aquel contacto, aunque no en su piel, sino en su corazón.

La miró. La miró a pesar de que nadie como ella era capaz de descifrar su mirada extraña, y no quería que supiera de aquel torbellino que bullía en su interior. Bajó la vista hasta su mano que aún lo sujetaba. No quería ser brusco pero debía zafarse de ella, de la debilidad que le producía su simple tacto, y trató de hacer resbalar su brazo de entre sus dedos, justo cuando ella le alargó la otra mano, ofreciéndole unas gafas de sol, sus gafas de sol, las que había dejado olvidadas en aquel banco frente a la tumba de Juancar.

Las tomó con gesto trémulo y volvió a mirarla, sin poder ocultar todo el pesar que llevaba arrastrando durante tantos años y del que jamás se desprendería, tratando de esconder ese amor tan profundo que no había podido arrancar de sus entrañas a pesar estar condenado. Y aquellos «y si...» que Darío le reprochaba comenzaron a pasearse de forma burlona por su mente, descubriendo puertas llenas de luz que jamás se habría atrevido a abrir. Pero ella estaba allí, y tal vez...

—Gracias por haber ido a visitarlo —la oyó decir de pronto, mientras su mano lo abandonaba.

Se sintió caer. Perder su contacto fue como si lo hubiera estado sosteniendo al borde de un precipicio y lo hubiera soltado para dejarlo despeñarse.

Alguien tiró de él en busca de aquel instante de gloria, pero Ángel ya no pudo seguir. La vio cruzarse de brazos, sin saber si contenía los deseos de tocarle o de abofetearle, pero ya no le sostuvo la mirada, así que se vio privado de todo lo que le retenía allí. Dio media vuelta y fue hacia el coche, donde Toni ya los esperaba de pie junto a la puerta abierta.

—¿Conoces a esa chica? —le preguntó de repente su manager con gran curiosidad.

—¿Cómo? —Ángel se detuvo mientras trataba de comprender a qué se refería.

—La chica que te ha dado las gafas —le aclaró, y las facciones de Ángel se endurecieron.

—¿Qué pasa con ella? —inquirió a la defensiva.

—Que vino a la discográfica a buscarte —respondió con pasmosa normalidad, pero Ángel se sujetó de la puerta del coche tan fuertemente que se le pusieron blancos los

nudillos.

—Ángel... —Llegó de pronto Raúl señalando hacia atrás, aunque al ver la actitud de su amigo comprendió que su indicación llegaba tarde.

—¿Cómo que fue a la discográfica? ¿Cuándo? —masculló por lo bajo, y Toni lo miró sorprendido, incapaz de entender su reacción.

—¿Qué? —intervino Raúl.

—Pues... —Toni titubeó al no comprender ese acoso por parte de los dos hombres—. Fue poco después de que se formara el grupo.

—¡Hace seis años de eso! —Ángel alzó la voz más de la cuenta.

—Oye, tíos, ¿ésa de ahí no es...?

—Cállate —le pidió Raúl por prudencia.

—¿Por qué no me lo habías dicho? —exigió saber Ángel.

—¿Es que de verdad la conoces? —rió ligeramente, como si le hiciera gracia saberlo—. Me contó toda una historia sobre que era una amiga tuya de la infancia y no sé qué cosas más. Armó tal follón que tuve que llamar a seguridad para que la echaran.

—¿Echasteis a Sofía de la discográfica? —Fue Darío quien rugió ahora.

—Sí, sí, me dijo que se llamaba Sofía —Sonrió al recordar aquel recuerdo, sin prestar atención a la furia que sus palabras provocaban en Ángel.

—Me cago en mi puta vida —blasfemó entrando de malos modos en el coche.

—¿Pero qué coño pasa? —preguntó Toni por fin—. ¿Quién es esa tía?

—Ésa es ella —recalcó Darío la última palabra con su voz de barítono mientras Raúl se acercaba a él, en un gesto que secundaba lo dicho por su amigo—. Ella —volvió a repetirle para que le quedará claro.

Toni palideció. Echó un vistazo al interior del coche y se restregó la nuca volviendo la vista de nuevo a ellos dos.

—Mierda... —murmuró.

Raúl y Darío asintieron con sendas muecas de disconformidad en su rostro. Entonces, mientras ambos subían al coche, Toni aprovechó y sacó con rapidez una de sus tarjetas de visita, escribió algo en el reverso y se la entregó a uno de los guardias de seguridad que estaba cerca del coche y, tras darle las indicaciones pertinentes, entró también.



Sofía ya no pudo volver a verlo. Había demasiada gente, y aunque se apoyó de nuevo en la valla y se puso de puntillas para otear por encima de las cabezas del gentío, ya no lo vio.

«Gracias por haber ido a visitarlo...»

Durante los primeros años tras la repentina marcha de Ángel, vivió imaginando cómo sería ese primer encuentro después de tanto tiempo, aunque en su mente nunca había sido capaz de hallar las palabras adecuadas. ¿Preguntarle qué había hecho durante todos esos años? Estaba más que claro... ¿Pedirle explicaciones? A la vista estaba que no era quién para hacerlo...

Sin embargo, después de aquel intento fallido al haber ido a buscarlo a Madrid, decidió no seguir alimentando la esperanza de volver a verlo algún día, así que trató de

convencerse a sí misma de que, si llegaba el momento, las palabras saldrían solas, surgidas de la emoción del reencuentro, o sea, una bonita y estúpida excusa que le permitiera correr un tupido velo sobre el asunto sin ahondar en la herida más de la cuenta.

Pero el reencuentro soñado, y después malogrado, se frustró cuando fue al cementerio y se topó con él. No pudo decirle nada aunque lo hubiera intentado al salir Ángel huyendo, pero ella tampoco había sido capaz de detenerlo porque la probabilidad de encontrarlo allí era más que remota y no supo cómo reaccionar.

Y acababa de dejar escapar otra oportunidad...

Al salir de la guardería aquella tarde y encender la radio del coche, escuchó que lo estaban entrevistando en una de las emisoras de la ciudad. Las palabras de Marina seguían haciendo mella en ella, así que llamó rápidamente a la señora Estela para decirle que se retrasaría un poco y puso rumbo al centro. Por suerte, la guardería no estaba lejos, pero a esas horas era imposible aparcar. Tuvo que meterse en un parking de pago mientras trataba de no perderse detalle de aquella entrevista, que esperaba que no acabase antes de que ella llegara.

—¿Qué coño dice? —exclamó al escuchar aquella estupidez sobre la heroína.

Ángel nunca se había drogado, y no porque no hubiera tenido la oportunidad, viviendo como vivía en aquel barrio donde la marginación y la drogadicción estaban a la orden del día en aquellos años de su infancia, pero, por suerte, nunca quiso caer en eso. Sí era cierto que le había visto fumando algún que otro porro, pero fue muy de vez en cuando, nada digno de mención. Pero... ¿heroína?

Por suerte, lo había desmentido con el comentario de después, y entonces Sofía comprendió por qué había soltado aquella gilipollez: para desviar la atención de la verdad.

Con el corazón encogido, apagó la radio y salió del coche. Caminó con rapidez por la calle Xàtiva, sin saber si la entrevista habría acabado antes de que ella llegara. Su móvil era tan cutre que ni radio tenía, pero pronto vio que en la entrada del pasaje donde estaba la emisora comenzaba a agolparse la gente. Un guardia de seguridad estaba empezando a colocar vallas para controlar la situación, y ella se escabulló como pudo para ponerse en primera fila.

Miró a su alrededor y se sintió ridícula. Se vio rodeada de seguidores del grupo, como si ella fuera una fan más... ella había sido su primera fan... pero se sujetó de la valla amarilla con fuerza para no caer en la tentación de marcharse. Tenía que verlo, aunque fuera un instante.

Salió del edificio a los pocos segundos sin que ella pudiera volver a plantearse para qué había ido. Estaba de un guapo que tiraba de espaldas, con razón aquellas lomas gritaban enloquecidas, y ella hubiera gritado aún más fuerte que se callaran, que el corazón de Ángel Escudero era suyo, aunque no podía hacerlo porque no era verdad.

Esperó agarrada de aquella valla a que se acercara, preguntándose, temiendo, cuál sería su reacción al verla allí, pero no fue capaz de leer en aquellos ojos que en cierta época fueron tan cristalinos para ella y que la traspasaron hasta lo más hondo cuando se posaron sobre los suyos. Tristeza, eso fue lo primero que la golpeó, y luego, tal vez, nostalgia, gratitud, culpabilidad... Todo eso lo había esperado ya, lo sabía, pero ¿y amor?

Sin embargo, ese amor aletargado que ella, a su pesar, seguía sintiendo por él, se removió malherido en su pecho al ver que él le rehuía la mirada, que volvía a huir de ella. Los ojos comenzaron a arderle mientras se le hacía un nudo en la garganta, pero se obligó a sí misma a tragárselo. No iba a llorar por él, no se lo podía permitir. Hacía años se había propuesto no volver a hacerlo y renunció a las lágrimas al igual que a su primer encuentro

soñado. Ya no hacía falta buscar la frase adecuada, o alimentar una esperanza que él acababa de aniquilar, así que lo que inspiró sus primeras palabras en aquel reencuentro fue lo único que tenían ya en común: el recuerdo de su hermano...

Sofía dejó de estirar el cuello tratando de verlo una vez más y bajó la vista hacia sus manos aún ancladas en la valla. Quiso salir de allí, había hecho el imbécil yendo a verle y sólo tenía ganas de regresar a su casa, encerrarse en su habitación y tratar de borrar de su mente que lo había vuelto a ver. Por suerte, la gente empezó a disgregarse e iba a comenzar a abrirse paso cuando uno de los guardias de seguridad la detuvo.

—Señorita —la llamó muy amablemente.

—Dígame —respondió un tanto extrañada.

—El señor Salazar me ha pedido que le entregue esto —le dijo alargándole una tarjeta de visita.

—¿El señor Salazar? —repitió con incredulidad.

—Antonio Salazar, el manager de los Extrarradio —quiso aclararle.

—Sí, sí —asintió con rapidez, porque por supuesto que sabía quién era él. Había sido aquel gilipollas que no le había permitido hablar con Ángel.

Sin entender para qué le había hecho llegar esa tarjeta, levantó el rostro para agradecerse al guardia pero ya se había ido. Iba a romperla cuando le dio la vuelta y vio que había algo escrito a bolígrafo en el reverso.

«Mañana a las nueve en la Sala Boccanera.

Enséñale esta tarjeta a quien esté en la puerta.»




El ensayo fue un verdadero desastre. No era un ensayo propiamente dicho, pero hacía tiempo que no tocaban en una sala tan pequeña por lo que necesitaban concretar algunas cosas, como el equipo que iban a utilizar, la escaleta de la sesión, y de paso aprovecharon para tocar temas antiguos y refrescar la memoria a la vez que se divertían un rato. Pero Ángel no estaba por la labor.

Después de lo sucedido horas antes a la salida de la radio, creyó que sería buena idea ir a la nave que habían alquilado en un polígono industrial a modo de local de ensayo, y que tocar un rato le ayudaría a no pensar, pero la imagen de Sofía frente a él tras aquella valla no le abandonaba ni un instante, sobre todo, después de saber que ella había ido a Madrid a buscarlo.

Hacía seis años, seis jodidos años que ella había estado tan cerca y él sin tener ni idea. ¿Habría pensado que no quería verla, que había permitido que la echasen del edificio como a un perro? Le dolió, le dolió que por su culpa, aunque él no lo supiera, la hubieran tratado tan mal pero, por otro lado, ¿no quería mantenerla alejada de él a toda costa? Entonces, ¿por qué cojones se le aceleraba el corazón cada vez que le venía al pensamiento que ella había ido a Madrid en su busca?

—Ángel... ¡Ángel! Tú, *noi*, te has saltado dos acordes —le gritó Raúl con ese marcado acento catalán que se le escapaba cuando estaba cabreado. De pronto, paró de tocar, imitándolo Darío.

—Joder...

Ángel rasgó con fuerza las cuerdas de su guitarra en un arranque de rabia e impotencia y alzó la vista hacia aquel techo de uralita.

—Si quieres lo dejamos estar y venimos mañana por la mañana un rato —propuso Darío mientras, sentado a la batería, hacía danzar una de las baquetas entre sus dedos.

—No —dijo por obstinación más que por otra cosa, pero Raúl ya estaba desenganchando la correa de su bajo dejando claro que no iba a tocar más.

—Toni no tuvo la culpa —le murmuró su compañero cuando pasó por su lado para guardar el instrumento en su funda, que estaba encima de una mesa.

—Vienen tías todos los días a la discográfica intentando averiguar dónde pueden encontrarnos, inventándose las historias más estrambóticas —apoyó Darío la opinión de su amigo.

—Ya lo sé —rezongó, dándose por vencido y descolgando también su guitarra de su hombro para guardarla.

—Toni la recuerda porque es la historia más descabellada de todas las que le han contado hasta ahora —añadió Raúl.

—Y porque tu chica montó tal pollo que cualquiera la olvida —quiso concluir Darío con un toque de humor que provocó una carcajada en Raúl y un esbozo de sonrisa en

Ángel, aunque pronto se esfumó.

—Sofía no es mi chica.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Raúl con picardía.

—Comparada con la foto que nos enseñaste, la verdad es que ha mejorado con los años —caviló Darío rascándose la barba, recreándose en la idea.

—Sigue por ahí y te meto las baquetas por el culo. —Ángel lo señaló con un dedo, amenazante.

—Tranquilo, cavernícola —se mofó con socarronería—. Menos mal que no es tu chica.

Ángel lanzó un improperio y se mesó los cabellos mientras se dirigía hacia una pequeña nevera conectada a uno de los enchufes de la pared. Sacó una lata de cerveza y le dio un largo trago.

—¿Por qué no me dejáis en paz de una puta vez?

—Es demasiado divertido como para renunciar a ello —respondió Raúl dejando unas partituras encima de la mesa—. Aunque reconozco que por hoy has tenido bastante. ¿Nos vamos al hotel?

—No, yo voy a quedarme un rato más —negó con rotundidad.

—Pero sólo hemos traído un coche. —Darío lo miró ceñudo mientras se ponía en pie.

—Tranquilos, pillaré un taxi —insistió.

—Ángel... —Raúl se acercó un par de pasos a él—. Te estás empeñando en eludir lo inevitable —quiso aconsejarle—. Puede que, por una vez, Darío tenga razón y debas hablar con ella.

—Capullo —protestó Darío que estaba recogiendo sus cosas para irse—. Siempre tengo razón.

—Debo consultarlo con la almohada. —Ángel trató de sonreírle, pero aquella mueca triste era cualquier cosa menos una sonrisa.

Raúl asintió. Le dio una palmada en la espalda mientras Darío afirmaba con mirada comprensiva.

—Llámanos si necesitas cualquier cosa.

—Tranquilos. Nos vemos mañana —se despidió de ellos antes de que cerrasen la puerta metálica.

Se terminó la cerveza, lanzando la lata vacía a un cubo como si fuera una canasta de baloncesto, tras lo que dirigió sus pasos a un baúl metálico que había en un rincón. Lo destapó y sacó con cuidado una funda de guitarra de cuero envejecido por el paso de los años y que guardaba su mayor y único tesoro. Abrió la cremallera y, con mucho mimo, sacó una antiquísima guitarra española, en cuyo mástil, engarzada entre las cuerdas, había una fotografía.

Fue hacia el sillón que había cerca para sentarse y sostuvo la foto entre sus dedos. Jamás olvidaría el día que se hizo esa foto. Él tenía quince años y ya había entrado al instituto, aunque no le hacía ni puta gracia tener que ir. Se había sacado el graduado escolar porque Sofía se había pasado todo el santo verano yendo a su casa para darle la tabarra y obligarlo a estudiar para septiembre. Pero su padre, viendo su intención de hacer pellas, le dio la charla y le dijo, señalándose sutilmente la correa del pantalón, que debía ir, que era obligatorio hasta los dieciséis años, y no quería que estuviera pululando por las calles y que los servicios sociales le hicieran una visita por su culpa. Ya tenía suficiente con el taller como para encima tener que preocuparse por él.

«Suficiente con el taller y con tus putas», había pensado Ángel, pero no dijo ni una sola palabra porque no quería que aquella correa abandonase el lugar que ocupaba para acabar estrellándose contra su espalda.

Así que no tuvo más remedio que ir a clases aunque seguía siendo una tortura para él y estaba seguro de que no iba a aprobar ni una jodida asignatura. Por eso le dio un no rotundo a Juancar cuando le propuso coger como optativa «Ampliación de Matemáticas» con él y Sofía, tal y como su madre les había exigido, pero iba a ser un coñazo y una pérdida de tiempo, por lo que cogió «Música». Y por extraño que hubiera parecido, le gustó, al igual que la asignatura de «Dibujo Artístico».

Eso del dibujo siempre le había parecido una mariconada de lo más inútil, pero le llamó la atención que Carmina, la profesora, el primer día de clase se hiciera con un viejo radiocasete y lo llevara al aula, y le pareció un trato justo cuando les puso como condición para poner música que cumpliesen con la labor de hacer los trabajos en clase. Fue la primera vez que la tarea no se quedaba sin hacer encima de su mesa. Escogieron una emisora que ponía música de discoteca y no sólo se le pasó la hora volando, sino que se olvidó de todo lo que existía fuera de aquellas cuatro paredes y pudo concentrarse en el ejercicio, dejando que su mente volase y su mano lo reflejase en la lámina de una forma relativamente satisfactoria.

Pero, lo mejor de todo fue cuando salió de allí para dirigirse al aula de Música y vino a descubrir que aquellos sonidos, aquellas canciones que escuchaban en la radio con las que tanto se divertían, la música en sí, fuera cual fuera, se podía plasmar en un papel, tenía su propio lenguaje, y que sólo había que conocer su particular alfabeto para aprender a descifrarla.

Le resultó apasionante, ésa es la palabra. Se obsesionó con saber qué era una negra, una corchea, para qué servía aquel garabato que se llamaba clave de sol y saber a qué nota correspondía cada línea del pentagrama.

A Fernando, su profesor de Música, no le pasó desapercibido aquel interés, siempre iba por delante de sus compañeros, mientras en el resto de asignaturas los suspensos se iban acumulando. Tal vez podría haberle dado la charla para intentar convencerle de que invirtiese el mismo esfuerzo en el resto de asignaturas pero, en cambio, optó por tratar de fomentar las aptitudes que veía en él y de consolidarlas.

Lo forzó a que fuera un paso más allá en la asignatura, todo de modo voluntario, por supuesto, pero cada día le planteaba un nuevo reto que llevarse a su casa: saber interpretar una partitura sencilla, reproducirla con la flauta, al día siguiente una pieza un poco más larga o más rápida... y siempre le pedía que se quedara unos minutos después de clase para que le mostrase si había hecho algún avance.

Aquellos eran los mejores momentos de la semana, aquellos, y cuando Sofía iba a su casa y le preguntaba con curiosidad si había aprendido a tocar alguna canción nueva. Lo miraba embelesada mientras él tocaba con aquella ridícula flauta de tienda de veinte duros, pero se sentía bien, especial... Cuando aquellos ojos negros apenas parpadeaban para seguir el movimiento de sus dedos a lo largo de la flauta, se sentía admirado, orgulloso por primera vez en la vida de lo que hacía. Así que un día cogió el dinero que guardaba en un viejo estuche en el fondo de un cajón y, sabiendo que iba tener que gorronearle el tabaco a Juancar, se hizo con un pequeño teclado marca Casio de lo más cutre y que apenas sobrepasaba los dos palmos. Pero no le dijo nada a Sofía. Esperó a controlar un poco cómo se tocaba ese nuevo instrumento para sorprenderla.

Una tarde, llegó más contenta que de costumbre. Esa mañana les habían entregado

las notas del primer trimestre y, como lo aprobó todo, su madre le dio dinero para comprarse lo que quisiera, y ella lo invirtió en un discman, así que corrió a su casa para enseñárselo. Entonces, después de haber revisado de forma exhaustiva todas las posibilidades que aquel aparato electrónico ofrecía, él sacó el teclado. Los ojos de Sofía brillaron a causa del entusiasmo, y enseguida le exigió que tocara algo... menos mal que se había preparado antes. Tocó algo tan básico como el Himno de la Alegría de Beethoven, pero ella le aplaudió sonriente, emocionada, como si le hubiera obsequiado con el mejor de los recitales... Y entonces, su padre irrumpió en la habitación.

Le exigió ver las notas, como si no supiera que las iba a suspender todas, pero el tufillo a vino de su aliento le dejó claro que no iba a atender a razones.

—¿Solo has aprobado Plástica y Música? —le gritó—. ¿Así piensas hacer algo de provecho en la vida, tocando esa puta flauta de la que estoy hasta los cojones?

Ángel sentía que las mejillas le ardían, enrojecidas por la rabia y la vergüenza; Sofía no se merecía ser testigo de aquella mierda. Pero a su padre no pareció importarle, al contrario, y lo peor vino cuando vio el teclado encima de la cama.

—¿Qué coño es esto? —Lo agarró de un manotazo—. ¿Me has estado sisando dinero de la caja para comprarte esta chorrada? —Se inclinó sobre él, intoxicándolo con aquella peste a alcohol.

—¡Claro que no! —lo encaró—. Lo he comprado con lo que me pagas trabajando en el taller. ¡Y yo con mi dinero hago lo que me sale de las narices! —remató, y como resultado a su envalentonamiento, su padre le rompió la cara de un guantazo y aplastó el teclado entre el suelo y su bota de mecánico. Luego se largó, dando un portazo.

Ángel sintió que el alma se le caía a los pies. Una puta cosa, había encontrado una puta cosa con la que se sentía satisfecho en la vida, feliz, pero un bueno para nada como él no tenía derecho ni a eso.

Se arrodilló y comenzó a recoger los maltrechos pedazos de sus esperanzas y de aquel teclado que era imposible de arreglar, cuando ella también se puso de rodillas a ayudarlo. Sintió un nudo en la garganta y ardor en los ojos... No podía llorar, los hombres no lloraban, y menos delante de una chica.

—Vete —susurró, tratando de controlar así el temblor de su voz.

—¿Qué?

—Que te vayas.

Sofía lo miró confundida, tratando de explicarle con esa mirada que ella no tenía la culpa de lo sucedido.

—Pero, Ángel...

—¡Te he dicho que te vayas!

Nunca le había gritado, se sintió como un mierda por hacerlo, por ver cómo sus preciosas mejillas sonrosadas palidecían, pero la fulminó con los ojos dejándole claro que no la quería allí. Así que ella cogió a toda prisa el discman y salió de la habitación como alma que lleva el diablo.

Durante los siguientes días, apenas le dirigió la palabra. En todo el largo camino que los tres hacían cada día hasta la otra punta de Aldaia, donde estaba el instituto, Sofía no abría la boca. Sabía que era culpa suya, que la había tratado fatal sin ella merecerlo, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

Una tarde, su padre había salido como otras tantas veces, y él estaba enfrascado en la tarea de limpiar un carburador cuando alguien golpeó en el cristal de la puerta del taller. Era Sofía. La puerta no estaba cerrada con pestillo pero, aun así, ella no parecía tener

intención de entrar hasta que no le abriera.

—Hola —la saludó cuando lo hizo, aunque ella se limitó a sacudir la cabeza—. ¿Quieres pasar? —le preguntó.

No era la primera vez que lo hacía, muchas veces iba con Juancar a hacerle una visita cuando tenía que trabajar y no podía salir, y creyó que sería una buena forma de romper el hielo y tratar de dejar atrás lo que había sucedido. Sin embargo, ella se negó y permaneció fuera. Dio un paso atrás estirando el brazo para coger un objeto alargado que estaba apoyado en el muro y se lo entregó.

Ángel estaba pasmado, pero no lo suficiente como para no cogerla de la muñeca y tirar de ella para hacerla entrar en el taller y cerrar la puerta, y sabía que Sofía habría puesto resistencia si aquello no le hubiera pillado desprevenida.

—¿Qué es esto? —le preguntó, pero ella no contestó. Comenzó a restregarse las manos y a morderse el labio.

Sin embargo, Ángel no iba a dejar las cosas así. Volvió a cogerla del brazo y la arrastró hasta una pequeña salita situada al fondo del taller, donde tenían una mesa con un par de sillas y un sofá que había conocido tiempos mejores. La obligó a sentarse a su lado y colocó sobre sus rodillas aquel objeto que le hacía contener el aliento y que el ritmo de su corazón se disparara. Por la forma de la funda era fácil adivinar que era una guitarra.

Abrió la cremallera y sacó el instrumento con sumo cuidado, y lo contempló durante unos segundos, como si tuviera ante sus ojos el bien más preciado. Se notaba que no era nueva pues la caja estaba rozada por el uso, pero era preciosa.

—¿De dónde la has sacado? —preguntó con un deje de exigencia en su voz, tornándose su actitud en dura frialdad.

—Hablé con tu profesor de Música y él me ha ayudado a conseguirla —le dijo en un susurro temeroso, avergonzado, de cabeza gacha.

—Lo que quiero saber es de dónde has sacado el dinero —demandó con impaciencia.

Sofía levantó la cabeza y abrió la boca, titubeante, como si no se atreviera a hablar, pero Ángel clavó su mirada bicolor en ella, inflexible.

—Le vendí mi discman al Jimmy —respondió en un arranque de valentía.

—¿Al Jimmy? —preguntó atónito y enfadado—. Ese capullo te habrá dado la mitad de lo que valía.

—Con eso y un poco de lo que tenía ahorrado ha sido suficiente —replicó, molesta por su actitud y sus quejas.

—¿Te has gastado tus ahorros en esto? —le alzó la voz.

—¡Con mi dinero hago lo que me sale de las narices!

Que Sofía repitiera las mismas palabras que él le había dicho a su padre le cayó como un jarro de agua fría, básicamente porque se estaba portando con ella como un mierda, igual que su padre había hecho con él.

—Puedes tirarla si te da la gana. —Fue la respuesta de Sofía a su silencio, y se estaba levantando del sofá cuando Ángel la cogió del codo y la hizo sentarse otra vez.

Entonces, dejó la guitarra a un lado y la abrazó.

Era la primera vez que lo hacía, nunca antes había notado su cuerpo menudo contra él, tan frágil que si lo apretaba demasiado temía dañarla. Sintió sus pequeñas manos contra su espalda, tímidas. Y ese aroma de flor tan suyo lo asaltó a causa de aquella cercanía, invadiendo su mente y su corazón que latía tan fuerte que el dolor le hizo cerrar los ojos.

La tomó por los brazos y la apartó para mirarla de frente. Hubiera querido decirle

tantas cosas... Un gracias para empezar hubiera estado bien, aunque eso era lo mínimo comparado con lo que aquel gesto suyo provocaba en su interior. ¿Pero cómo explicarle que nunca nadie había hecho algo así por él, que jamás había sentido una alegría como ésa que le hormigueaba por todo el cuerpo, que sólo ella lo miraba de esa forma que hacía que su corazón adolescente anhelase lo que aún desconocía? Y las palabras nunca le echaban una mano.

—También... también te he traído esto —susurró ella vacilante mientras se soltaba lentamente de su agarre y cogía la funda de la guitarra que había quedado olvidada en el suelo.

De su interior sacó un par de fascículos de los que se venden en los quioscos para aprender a tocar la guitarra en plan autodidacta, y una amplia sonrisa se dibujó en los labios de Ángel al abrir uno de ellos y darse cuenta de que comprendía muchos de aquellos símbolos.

—Fernando me ha dicho que puedes pedirle ayuda si la necesitas, pero está seguro de que eres muy capaz de aprender por tu cuenta —le contó mucho más tranquila al ver que después de todo le había gustado.

—Mucho confía en mí —replicó con tono socarrón.

—Yo también confío —le confesó con rotundidad asombrosa—. Estoy segura de que puedes llegar lejos con la música si te lo propones. Podrías ser como Jon Bon Jovi.

Ángel rió nerviosamente, la típica carcajada que pretende ocultar que esa tontería es lo que más se desea.

—Así que te quiero pedir algo a cambio de esto —continuó ella con su postura firme, como si hubiera consultado a un astrólogo de esos de la tele y supiera cuál iba a ser su futuro.

—¿Y qué será? —preguntó él divertido.

—Quiero que nos saquemos una foto juntos, tú y yo solos, para que cuando seas famoso, sea yo la primera chica que tenga una foto contigo.

Le pidió que lo esperara en la calle y, tras subir a casa y esconder la guitarra debajo de la cama, sacó del taller el ciclomotor que él mismo se había hecho con piezas de aquí y de allá y la llevó a la estación de Renfe de Aldaia donde había uno de esos fotomatonos...

Ángel cogió la cartera que llevaba en el bolsillo trasero del pantalón y sacó de su interior la mitad de la tira que aquella máquina escupió aquel día; la otra mitad se la quedó Sofía. No sabía que habría hecho ella con las fotos pero él, al cabo de los años, fue a una tienda de fotografía y pidió una ampliación de la que más le gustaba, y la guardó con la guitarra para no perderla nunca, para conservar juntas las dos cosas que más quería en la vida.

Dejó las fotografías sobre el brazo del sillón y cogió la guitarra, acomodándola entre sus brazos y sobre una de las rodillas. Con delicadeza, comenzó a acariciar las cuerdas del instrumento, haciendo sonar una melodía que jamás había tocado en presencia de nadie. La había compuesto para ella, para la persona que había hecho posible que él fuera quien era, aunque nunca tuvo la oportunidad de mostrársela.

Su voz rasposa y colorida resonó en el interior de aquella fría nave industrial.

*Tú.*

*Mi pequeña, tú.*

*Con labios de miel y mirada de noche.*

*Mi pequeña, tú.*

*Besas mi alma con sólo decir mi nombre...*

Las lágrimas hicieron que muriese la siguiente estrofa. Apoyó el brazo sobre su amada guitarra y dejó caer la cabeza sobre él, liberando aquel llanto lleno de su agonía. Allí no había quien le dijera que llorar no era de hombres.

*capítulo seis*



Mientras conducía de camino a casa, Sofía no podía evitar echarle miradas fugaces a la tarjeta que le entregó el guardia de seguridad y que ella había dejado encima del salpicadero, pero seguía sin comprender su significado. ¿Habría sido cosa de Ángel? El corazón le dio un vuelco al pensarlo, pero pronto se tornó en un soplo frío al recordar cómo reaccionó él las dos ocasiones en que se habían visto. Además, se conocían lo suficiente como para tener que mandar a nadie a hacerle el recado.

Llegó a la conclusión de que, por algún motivo que se le escapaba por completo, aquello había sido idea de su manager, de Antonio Salazar y, tal vez su desconfianza fuera algo irracional, fruto de la forma en la que la trató la primera y única vez que se habían visto, pero no le daba buena espina aquella invitación.

Terminaba de aparcar cuando sonó su móvil y tragó saliva cuando leyó el nombre de Diana en el visor del teléfono. Descolgó sin salir aún del coche.

—¿Por un casual has escuchado la 97.7 esta tarde? —Fue el saludo de su amiga—. Vanessa aún está flipando.

Más iban a flipar las dos cuando supiesen lo que había pasado.

—Sí, ya sé que Ángel está en Valencia. —Jugueteó nerviosamente con las llaves del coche—. Oye, ¿mañana por la tarde trabajáis? —demandó cambiando rápidamente de tema.

—Sabes que no —respondió extrañada—. Es sábado.

—Os espero en mi casa para la hora del café.

—¿Qué pasa? —quiso saber. Que se reuniesen no era extraño, quedaban siempre que podían, pero ese temblor en el tono de su voz...

—Mañana os lo cuento a las dos, ¿vale? —le pidió para que no insistiera.

—Sólo dime una cosa. ¿Es por el regreso de Ángel?

Sofía suspiró.

—Siempre es por Ángel...

A la madre de Sofía le encantaban las películas de la sobremesa de los sábados, aunque fueran de cine Z, así que recibió a las dos chicas en la salita. Ambas la saludaron con sendos besos.

—¿Cómo está el nene? —le preguntó a Vanessa, quien sonrió como siempre que alguien se interesaba por su hijo—. Pensé que te lo traerías.

—Qué va, Merche. —Sacudió la mano como si aquello fuera una locura—. Me habría tenido toda la tarde corriendo detrás de él, así que se lo he dejado a mi madre.

—¿Y a ti cómo te va la carrera? —le preguntó a Diana.

—Lenta... —Resopló.

—Bueno, compaginar trabajo con estudios no es fácil, así que tienes que estar contenta. —Merche le dio un par de palmaditas cariñosas en la mano.

Diana era la única amiga de la infancia de Sofía cuya amistad sobrevivió a lo largo de los años. La enfermedad de Merche había mantenido a su hija enclaustrada en casa mientras el resto de chicas se iba de juerga, por lo que acabó descolgándose del grupo. Diana, sin embargo, seguía llamándola y se veían siempre que sus estudios de Fisioterapia se lo permitían, y acabó convirtiéndose en su confidente y su paño de lágrimas cuando, en sus horas bajas, la nostalgia y el recuerdo de Ángel la vencía. Para Sofía, su amiga era un ejemplo de superación pues, no contenta con haber finalizado la carrera y haber encontrado un buen trabajo en una clínica privada del pueblo, se había empeñado en convertirse también en enfermera.

Aunque, en lo referente a superación, Vanessa no se quedaba corta. Con veintitrés años se quedó en estado de un novio que no quiso hacerse cargo y la dejó, pero ella ni se planteó siquiera la posibilidad de abortar. Sofía la conoció cuando empezó a llevar al pequeño Alejandro de sólo unos meses a la guardería mientras ella trabajaba como peluquera. Su jefa era fiel a la tradición por la que las peluquerías suelen cerrar los martes, así que, para no perder tiempo y dinero, habló con Marina para ofrecerle sus servicios y cortarles el pelo a los peques por un módico precio, cosa que las mamás agradecieron, y ganarse así un sobresueldo que le facilitara pagar el alquiler ya que su padre la había echado de casa en cuanto supo de su embarazo. Después de siete años, las cosas seguían bastante tensas, pero Alejandro consiguió ganarse poco a poco a su abuelo por lo que podía llevárselo a su madre para que se quedara con él. A Sofía le encantaba su actitud despreocupada frente a todo aunque sabía que la procesión iba por dentro. Pronto se hicieron amigas y, al cabo del tiempo, la hizo partícipe de su historia.

Ciertamente, las tres hacían un grupo de lo más variopinto, y ya no sólo por lo diferente de su aspecto físico, pues Sofía era castaña de ojos oscuros, Vanessa los tenía azules y lucía una larga melena rubia y rizada, y Diana era morena y con el pelo corto, sino que la personalidad de las tres mujeres no podía ser más dispar, aunque tal vez eso era lo que afianzaba su amistad.

Terminaba de preparar el café mientras las escuchaba hablar animadamente con su madre. Desde luego, aquellos años habían sido mucho más fáciles gracias a ellas. Llevó la cafetera al comedor para que pudieran tener la intimidad que necesitaban, tras lo que fue a buscarlas.

—Ya he servido el café —les indicó, tratando de que su nerviosismo no se notase más de la cuenta. Aún no quería que se enterase su madre.

Les hizo un gesto con la cabeza para que la siguieran y ni Vanessa ni Diana se hicieron de rogar. Se sentaron y Sofía comenzó a servir el café, mientras Vanessa hacía repiquetear los dedos sobre la mesa con impaciencia.

—Nos tienes en ascuas, Sofía —le reprochó mientras se sacudían sus largos rizos rubios—. ¿Escuchaste ayer la entrevista de la radio?

Sofía dio un sorbo al café y decidió no andarse con rodeos.

—Sólo una parte. El resto me lo perdí porque estaba fuera de la emisora, esperándolo.

—¿Cómo? —exclamó Diana, y Sofía miró aterrada hacia la puerta a la vez que agitaba sus manos para que bajase la voz.

—Y no sólo eso. —Mejor acabar de una vez—. Me lo encontré en el cementerio cuando fui a llevarle flores a mi hermano.

—¿Y a qué esperabas para decírnoslo? —la acusó Vanessa tan sorprendida como molesta.

—A recuperarme del shock —se defendió—, y también de la decepción —añadió cabizbaja.

—¿Por? —inquirió Diana.

—No fue capaz ni de mirarme a la cara —susurró.

—Después de haberse portado como un cobarde no es de extrañar —rezongó su amiga, y Vanessa, que estaba sentada a su lado, le dio un codazo.

—Tampoco tuvo que ser fácil para él.

Diana chasqueó la lengua y le lanzó una mirada acusatoria.

Ése era otro aspecto en el que se diferenciaban sus amigas. Diana se mostraba bastante inflexible en lo que a Ángel se refería, pero Vanessa, en cambio, ejercía de abogada del diablo y, aunque no defendía a Ángel abiertamente, a veces le otorgaba el beneficio de la duda. Sin embargo, en una cosa siempre estaban de acuerdo: ambas querían lo mejor para ella.

—Bueno, ¿y qué te dijo? —Diana se dirigió de nuevo a Sofía.

—Nada —respondió, refugiándose en su taza de café.

—¿Después de trece años sin veros, no te dice nada? —Parecía que Vanessa ya se había cansado de apostar al caballo perdedor.

—Mejor cuéntanoslo todo con pelos y señales —le pidió Diana—. ¿O tenemos que someterte a un tercer grado?

Sofía terminó narrándoles lo sucedido tanto en el cementerio como a la salida de la emisora, incluida aquella invitación por parte de su manager. Sacó la tarjeta del bolsillo de su pantalón vaquero y se la alargó a sus amigas.

—¿Tú crees que es cosa de Ángel? —preguntó Vanessa volviendo a su taza de café.

—No —repuso ella rotundamente—. Sinceramente, no creo ni que lo sepa.

—¿Y entonces...? —Diana seguía mirando aquella tarjeta con incredulidad.

—Tal vez te vio mona y te quiere contratar como modelo.

Esta vez fueron sendas miradas las que cayeron duramente sobre Vanessa.

—¿Se os ocurre algo mejor? —se defendió cruzándose de brazos.

—La verdad es que sólo se me ocurren estupideces como ésa —resopló Sofía, y Vanessa esbozó una mueca disconforme.

—¿Y qué vas a hacer? —Diana le devolvió la tarjeta a Sofía.

—No lo sé. —Estudió aquella letra caligrafiada durante un instante y volvió a metérsela en el bolsillo.

—¿Cómo que no lo sabes? —le cuestionó Vanessa sacudiendo las manos—. Vas a estar en la puerta de esa sala a las nueve en punto.

—Pero...

—No hay pero que valga —insistió—. Ahora mismo te pones bien guapa y te vas.

—¿Y qué hago con mi madre? —la cortó, y Vanessa se mordió un dedo, culpable por haberse dejado llevar por el entusiasmo—. La señora Estela pasa los fines de semana en su pueblo en Cuenca —añadió para rematar.

—Yo me quedaré con ella —decidió Diana, y sus dos amigas se giraron hacia ella con los ojos bien abiertos por la sorpresa—. Tengo que estudiar esta noche, así que me da igual hacerlo aquí o en mi casa. —Dejó la taza sobre el platillo y miró directamente a Sofía—. Si por mí fuera, que le den, pero llevas trece años esperando el momento de volver a verlo, de hablar con él y de exigirle una explicación por haberse ido así. ¡Si hasta fuiste a Madrid a buscarlo, Sofía! —exclamó con impaciencia—. No sé qué narices pinta su manager en este asunto, pero si te da la oportunidad de terminar con esto de una vez por

todas, bienvenido sea.

Sofía sentía que el corazón se le iba a salir del pecho, por tener las mejores amigas del mundo y por esa posibilidad de la que hablaba Diana y que podía darle descanso por fin a su alma y su espíritu.

—Te da miedo que vaya mal —supuso Vanessa.

—No es eso —respondió con rapidez, aunque tuvo que agachar la cabeza porque sí lo tenía—. Imagino que irá mal. Pero llevo años viviendo en una continua incertidumbre y, cuando me dé su no, todo acabará. Y lo que me aterra es el vacío que quedará después en mi interior. He estado tanto tiempo agarrada a su recuerdo que temo no saber vivir sin eso.

—¿Y lo prefieres? —preguntó Diana cautelosa.

—No —contestó con rapidez, alzando de nuevo el rostro—. Necesito saberlo de una vez por todas. No he tenido más narices que conformarme porque no pude remediarlo en su día. Pero, si esta noche tengo la posibilidad de acercarme a él, le pondré fin, para bien o para mal.

Al cabo de un rato, Vanessa y Diana decidieron marcharse, aunque esta última le aseguró que sólo iba a casa a por los apuntes y volvía enseguida, y Vanessa, por su parte, le hizo prometer que al día siguiente les haría un informe completo.

Ahora quedaba lo complicado: decírselo a su madre.

Después de tanto tiempo, no sabía cómo se iba a tomar el regreso de Ángel, pero lo que sí tenía claro era que no quería abrir viejas heridas que dolerían profundamente aunque, tal vez, no iba a poder evitarlo.

Tras despedir a sus amigas, se dirigió a la salita y observó a su madre desde el quicio de la puerta. Había sido una luchadora toda su vida. Tuvo el suficiente valor y coraje de sacar a sus dos hijos adelante ella sola, aunque la muerte le hubiera arrebatado a uno de ellos, y por si eso no fuera suficiente dolor, el destino le tenía reservada aquella silla de ruedas a causa de una neuropatía que apenas le permitía mover las piernas. Pero, a pesar de todo eso, siempre tenía una sonrisa que dedicarle, como en ese instante que se había girado hacia ella, llena de curiosidad.

—¿Por qué me miras tanto? —le preguntó.

—Por nada. —Le sonrió también y se acercó a la mesa, cogiendo una silla para sentarse a su lado.

—Qué pena que se hayan ido ya tus amigas.

—Sí, bueno... —titubeó—. Diana volverá dentro de un rato.

—¿Va a cenar con nosotras? —Por su tono de voz, parecía gustarle la idea.

—En realidad... —Tomó aire.— Mamá, voy a salir esta noche y Diana se va a quedar para acompañarte.

A Merche le cogió por sorpresa aquella noticia, pues Sofía no era de las que salían, aunque a ella no le parecía mal que lo hiciera, pero las escasas veces que lo había hecho, Estela se quedaba con ella.

—No he podido hablarlo con la señora Estela porque es algo que acabo de decidir —respondió a la pregunta silenciosa que leía en la mirada de su madre.

—Sabes que no veo mal que salgas —dijo ahora, sin entender qué le preocupaba a su hija, y algo había porque la notaba inquieta, hasta su postura era encorvada, como encogida—. ¿Qué pasa?

—Hay algo que tengo que decirte, mamá. —Se mordió el labio sin saber cómo soltarle la noticia.

—¿Es malo? —Frunció el ceño.

—No lo sé —respondió abatida— Es... Ángel está en Valencia.  
Su madre se recostó en la silla y asintió lentamente con la cabeza, como si estuviera meditando algo.

—Es el cantante del grupo ése de rock que salió ayer por la tele, ¿verdad?

Sofía se irguió, tensa y profundamente sorprendida.

—Lo sacaron mientras estaba en la radio, haciéndole una entrevista o algo así —le aclaró—. Está muy cambiado. Tiene el pelo más largo y esa barba que no deja ver lo guapo que es, y parecía muy triste... ¿Vas a verlo?

—No... no sé, mamá —casi tartamudeó de la impresión. Su madre se lo estaba tomando mejor de lo que pensaba, aunque realmente no habían hablado mucho del tema en esos años como para poder hacerse una idea.

—Fue muy duro para las dos —dijo su madre como si hubiera leído su pensamiento, siempre parecía hacerlo. —Yo perdí a un hijo, pero tú perdiste a tu hermano y a quien para ti era el amor de tu vida.

Sofía bajó el rostro, entre avergonzada y entristecida, pero su madre alargó la mano para coger una de las suyas.

—En aquellos entonces podría haberte dicho que eras muy joven para saberlo pero, después de tantos años... Sigues queriéndolo, ¿verdad? —Le sonrió—. Que no lo hablemos no significa que no me dé cuenta de algunas cosas.

—Mamá, yo... —Volvió a tomar aire, con la vista fija en sus manos unidas—. Yo nunca he querido que te preocupes más de la cuenta.

—Lo sé, has sido la mejor hija que podría tener. —Le apretó los dedos para que la mirara—. Pero también tienes tu vida y ya es hora de que pienses en ti.

—Mamá, no creas cosas que no son —le advirtió al creer que la estaba malinterpretando—. Ni siquiera sé si conseguiré hablar con él.

—Lo conseguirás. —Sonrió su madre ampliamente, dándole un par de palmaditas traviesas en la mano—. No se me olvida que el tiempo que estuvisteis juntos fue porque tú te empeñaste en que así fuera.

—¡Mamá! —se quejó ella, agachando la cabeza y restregándose la frente con los dedos—. Eso me pasa por habértelo contado.

—Te lo habría notado de todos modos. —se rió ella—. Primero porque estabas más feliz que unas castañuelas y luego porque no parabas de morderte los labios y de tocártelos.

—Era tan tonta que creía que se me notaría que me habían besado por primera vez —refunfuñó, pero su madre le tomó la barbilla y la miró con ternura.

—Sé que lo querías mucho, un amor adolescente, pero amor al fin y al cabo —le susurró—. Y, a pesar de todo, siempre creí que era un buen chico, con una vida difícil, y demasiado joven como para colgarle el sambenito de «delincuente sin futuro» por el simple hecho de haber nacido en el Barrio del Cristo. A la vista está lo que ha conseguido.

—Señaló la televisión inclinando ligeramente la cabeza.

—Tú nunca lo juzgaste mal —murmuró Sofía con reconocimiento y gratitud.

—Porque nunca lo creí culpable —repuso firmemente—. Él también podría haber muerto, pero Dios no lo quiso así —dijo con una resignación que sorprendió a Sofía. —No te confundas. Lamento cada día la muerte de mi Juan Carlos, pero las cosas son como son.

Sofía sintió una lágrima peregrina ardiendo sobre su mejilla y que enjugó con rapidez, así que su madre le apretó los mofletes con la única intención de hacerla reír.

—Tienes treinta años, y ya va siendo hora de que me des un nieto.

La carcajada de Sofía no se hizo esperar.

—Me gustaría casarme antes de ser madre y, para eso, necesito tener novio primero —recitó con sonsonete.

—Tú siempre has tenido novio, aquí. —Le señaló el corazón. —Y creo que debes luchar por lo que quieres. Hubo un tiempo en el que lo hacías.

Sofía apretó los labios y asintió varias veces, y su madre se inclinó para besar en la frente a su hija.

—Gracias, mamá.

—Tranquila, lo pasaré muy bien con Diana.

—No te hagas ilusiones porque dice que tiene que estudiar —le advirtió en un tono más relajado.

—Ya me las apañaré yo para convencerla de que nos echemos unas manos a la brisca —replicó con la sonrisa propia de una bruja manipuladora.

Sofía se echó a reír y le besó la mejilla antes de levantarse.

—Voy a darme una ducha antes de que llegue.

—Vale. —Le sonrió mientras la veía irse.

Merche suspiró largamente. En sus oraciones de cada noche, siempre rezaba por el alma de su hijo y por la felicidad de su hija. Quizás sus ruegos eran por fin escuchados.

El chorro de agua tibia sobre su cara fue como un bálsamo, aunque más le tranquilizaba haber hablado con su madre. Ciertamente, no es que se hubieran dicho mucho, pero su relación siempre fue así, y se entendían con pocas palabras. Además, su madre podía leer en ella como en un libro abierto, y no pudo evitar sonreír al recordar que tenía razón sobre el día que la besaron por primera vez. Y, aunque achacaba a su ignorancia de adolescente el hecho de creer que quien la viera lo notaría, la verdad era que ese ardor que sintió en sus labios aquel día aún seguía marcando su piel.

Apenas faltaban dos meses para que cumpliera los diecisiete y nunca la habían besado, pero ella quería que el primero fuese él...

Esa fría tarde de diciembre cayó la típica tormenta invernal que los iba a tener enclaustrados en casa, pero Ángel les propuso ir todos a la suya. Su padre no iba a estar y no volvería hasta la mañana siguiente... y eso también era ya algo típico.

Él ya iba camino de los dieciocho, así que había dejado de ir al instituto hacía tiempo, pero el grupito seguía unido, y todos juntos acabaron en su comedor dispuestos a beberse unas litronas y pasárselo bien.

Al vaciar la primera cerveza, Esther tuvo la brillante idea de jugar a la botella pues decía que era muy divertido y el funcionamiento más sencillo aún. Sólo había que hacer girar el envase vacío en el suelo y los primeros chico y chica a los que apuntase al detenerse, tenían que entrar en un armario o habitación oscura... y que sucediese lo que quisieran que sucediese.

En el comedor de Ángel había una alacena, o más bien un armario un poco más grande de lo normal pues apenas tenía un metro de ancho por otro de largo, y que usaban para guardar ropa.

Y la botella empezó a girar...

La noche avanzaba y Sofía comenzaba a perder las esperanzas de que le tocara con Ángel. Por suerte, sólo le había tocado con Iván, y él se había apresurado a decirle que le gustaba otra chica por lo que ella se sintió liberada al no tener que rechazarlo. No pasaba nada, de eso se trataba: lo que pasaba dentro del armario, quedaba dentro del armario, para bien o para mal.

La botella empezó a girar de nuevo y todos la observaban con disimulado interés

por ver quiénes serían los siguientes. Sintió que se le detenía el corazón cuando, tras señalarla a ella, la botella volvió a rodar en el suelo y se paró apuntando a Ángel. Hubiera salido corriendo hacia aquel armario, pero esperó a que él hiciera el primer movimiento. Su expresión al mirarla mientras se ponía en pie era difícil de definir, así que Sofía se dio la vuelta y entró primero.

Juancar cerró la puerta tras ellos aunque no quedaron completamente a oscuras porque una pequeña rendija por debajo de la puerta dejaba entrar un diminuto haz de luz, dejando el estrecho habitáculo en una leve penumbra.

Sofía apoyó la espalda contra la pared del armario y se mojó instintivamente los labios. ¿La besaría por fin?

Había soñado con ese momento desde que supo lo que eran los besos, y muchas veces creyó que iba a besarla porque se la quedaba mirando fijamente, no le decía nada, pero parecía querer atravesarla con esos ojos suyos que a ella la encandilaban. Era cierto que se enrollaba con otras chicas, y Sofía se sentía morir, pero le consolaba que siempre tuviera tiempo para ella, para enseñarle sus progresos con la guitarra que ya dominaba perfectamente y porque el interés por aquellas chicas duraba un suspiro.

A pesar de sus miradas, a pesar de que siempre volvía en busca de su compañía, no era capaz de descubrir si sentía algo por ella. Sus silencios le decían que no, pero esos ojos enigmáticos le decían que sí, y por eso, en la oscuridad de aquel armario, donde nadie tenía por qué saber lo que había sucedido, tal vez él se sentiría libre para...

—Dos minutos aquí dentro... Vaya un coñazo —rezongó él de pronto, y ella sintió como si le echasen un balde de agua fría por encima. —No sé para qué he aceptado jugar a esta mierda.

—Pues no parecías tan enfadado después de estar aquí con Esther —espetó cruzándose de brazos.

A pesar de la penumbra, pudo sentir la mirada bicolor de Ángel sobre ella, estudiándola, intimidante. Pero estaba tan enfadada... desilusionada. Había creído que por fin...

—Ha sido sólo un pico —respondió él de mala gana.

«¿Había besado a ésa?»

—¿Estáis saliendo? —quiso saber, cada vez más cabreada.

—Te he dicho que ha sido sólo un pico —repitió entre dientes, y acercándose un pequeño paso hacia ella. —Y porque era tan insistente que me estaba entrando un puto dolor de cabeza.

Cerró los ojos mientras la decepción y la furia se abrían paso en su pecho porque, aunque su respuesta le confirmaba que le daba igual liarse con cualquier tía, ella quería ser la siguiente, la única... y no podía evitarlo, era tan idiota que no podía evitarlo.

—¿Así que sólo tengo que ser insistente para que te enrolles conmigo? —le reclamó, atreviéndose a dar el paso que los separaba.

Ángel dio con el cogote en la pared al huir de ella, y los ojos de Sofía se nublaron por las lágrimas.

—Me largo de aquí —susurró tratando de controlar el temblor de su voz.

Pero de pronto, sintió dos brazos agarrándola que la arrastraban contra la pared, golpeando su espalda fuertemente contra el tabique.

—Sofía, ¿qué coño...?

¿Era confusión lo que había en los ojos de Ángel, en su voz?

—Suéltame —le pidió ella de la forma más firme que pudo.

—Pero Sofía, ¿tú...?

¿Le estaba pidiendo una explicación por lo que claramente le había insinuado?

—Cállate, Ángel —respondió furiosa, por haberse puesto a sí misma en esa situación y por no poder tragarse las lágrimas.

—Sofía...

—Te he dicho que me quiero ir de aquí. —Le golpeó en el pecho, empujándolo, tratando de apartarlo y alcanzar la puerta, y aunque Ángel le soltó los brazos, no pudo moverse porque construyó una jaula a su alrededor al colocar las manos a ambos lados de su cabeza y aplastarla con su cuerpo.

—Ángel...

—Aún nos quedan cuarenta segundos —murmuró con una voz tan grave y rasposa que ella apenas pudo reconocerla.

Sintió cómo su interior se volvía del revés cuando sintió la boca de Ángel sobre la suya, y una descarga le recorrió la espina dorsal mientras su corazón golpeaba fuertemente contra sus sienas. Contuvo la respiración a la espera de que se retirara enseguida, así que cerró los ojos con fuerza y trató de concentrarse, de retener en su memoria el calor y la suavidad de esa piel que comenzaba a acariciar suavemente la suya.

Pero aquello no era un pico. Los labios de Ángel comenzaron a moverse contra los suyos, a presionarlos, a mordisquearlos, a absorberlos, como si quisiera extraer su néctar, su sabor... y ella dio un respingo cuando sintió la punta de su lengua deslizarse por la comisura de su boca y un cosquilleo que se instalaba en su vientre.

—Ábrelos —le pidió con voz ronca.

Obedeció, titubeante por su inexperiencia, pero fue más que suficiente para que Ángel invadiera su boca con su lengua que comenzó a danzar alrededor de la suya en una caricia tan suave, tan cálida, húmeda... íntima. Notaba su aliento masculino golpear contra su garganta y, bajo el regusto a cerveza, ella probó su sabor... ¿Algo podía ser salado y dulce a la vez? Y le gustaba tanto que la atontaba, sentía las entrañas de gelatina y cómo le temblaban las piernas.

Se agarró a su cintura como si temiera caer, pero Ángel le sostenía ahora las mejillas y la apretaba más contra su cuerpo. De pronto, sintió algo duro contra su abdomen y el jadeo de ambos se unió en sus bocas.

—Pequeña... —musitó tembloroso, atormentado, y asaltando de nuevo su boca con ansia.

Pero se escucharon voces fuera que parecían acercarse así que Ángel se apartó. Sin embargo, antes de que a ella le dolieran los labios a causa de su ausencia, él volvió a besarla, presionó su boca brevemente, aunque con intensidad e insistencia, como si quisiera grabar en ese fugaz instante los surcos de su piel en ella, los suyos en él... Ángel ya estaba apoyado contra la pared contraria del armario antes de que Juancar abriera.

—Vaya una mierda de juego... —Ángel salió de allí dándole un empujón a la puerta, haciendo que su hermano tuviera que sostenerse de la hoja para no caer.

Juancar lo miró con cara de pocos amigos mientras él iba mascullando palabrotas, atravesando con largas zancadas el comedor y perdiéndose por el pasillo que llegaba a su cuarto. Luego, se escuchó un fuerte portazo que sobresaltó a todos.

—¿Estás bien? —le preguntó Esther, que la miraba con maldad apenas disimulada.

—Pues no —respondió azorada, tratando de recomponerse a la velocidad de la luz.

—Entre el olor a naftalina, el calor y la mala hostia de Ángel... Un trago de cerveza me vendría bien.

Se sentó en el suelo de vuelta a su sitio y estiró la mano hacia Diana para arrebatarse el vaso de un tirón. Dio un gran trago mientras los acordes de «Bed of roses» de Bon Jovi provenientes de la guitarra de Ángel comenzaron a resonar a través de la pared del comedor y en su cabeza.

Tiempo después supo que esa canción la tocaba pensando en ella y dejándose llevar por el sueño de ser como Jon Bon Jovi algún día. Sin embargo, aquella noche, un sabor agridulce se instaló en su boca. Jamás en su vida había experimentado algo tan emocionante, excitante... aunque lo peor era no saber si lo volvería a sentir de nuevo.

Sofía apoyó la frente contra el frío azulejo de la ducha, dejando escapar un gemido que brotaba del mismo centro de su alma.

Y el sabor agridulce volvía a llenar su boca.

Porque hubo un tiempo en el que fue feliz, pero no sabía si algún día podría volver a serlo.

## ♪ *capítulo siete* ♪



Llegó a Valencia a las nueve menos cuarto. La sala Boccanera estaba situada muy cerca de la Plaza Xúquer, zona que los universitarios escogían para ir de pubs, por lo que imaginó que tardaría en aparcar. Sin embargo, entraba en la calle de la sala, sólo por probar, cuando justamente se iba un coche. Llegar y besar el santo... ¿Sería una buena señal? O tal vez era lo único que iría bien a lo largo de aquella noche incierta...

Decidió esperar dentro del coche para no estar en la puerta como un pasmarote, así que sacó el móvil del pequeño bolso bandolera que había elegido para acompañar su indumentaria formada por una camiseta ajustada con un diseño abstracto en *strass* muy bonito, unos vaqueros de pitillo y unas botas de tacón fino aunque no muy alto, todo ello de color negro, para no desentonar con el ambiente. Abrió el *Whatsapp* y pulsó sobre el grupo en el que estaba con Vanessa y Diana, y les avisó de que ya había llegado. Una sonrisa se dibujó en sus labios cuando sus dos amigas, casi al unísono, le desearon suerte con un montón de corazones y tréboles... todo amuleto sería poco para que los astros estuvieran de su parte.

Bajó la visera parasol y destapó el espejo cuyas luces laterales se encendieron al instante... ¿Tal vez la sombra de ojos era muy oscura? Lanzando un resoplido, le dio un manotazo y volvió a colocar la visera en su sitio. Estaba tan nerviosa que todo le parecía mal.

Quiso convencerse de que no tenía por qué. Ni siquiera sabía si podría verlo de cerca, así que decidió centrarse en el manager, en sus intenciones al invitarla, un primer objetivo en el que ocupar su mente y conseguir dejar a un lado todo lo demás... como si fuera a haber un «demás»...

Faltaban dos minutos para las nueve cuando salió del coche y se dirigió a la sala... un minuto más o menos, daba igual, y ya no podía soportar la impaciencia, convirtiéndose en una angustiada bola en su garganta cuando llegó a la entrada. ¿Y si el tío de la puerta no tenía ni pajolera idea acerca de esa tarjeta? Con un movimiento dubitativo y dedos temblorosos la sacó del bolsillo trasero de los vaqueros y la miró. No perdía nada por probar, únicamente haría el ridículo más espantoso de su vida, pero quitando eso... Así que se plantó delante del portero, cuyos bíceps tenían el mismo contorno que un muslo de ella, y alzó la barbilla buscando sus ojos mientras carraspeaba para recuperar la voz.

—Buenas noches —lo saludó con una firmeza que salió de no sabía dónde—. El señor Salazar me ha pedido que le entregara esto. —Le alcanzó la tarjeta.

El gorila la miró de arriba abajo pero no se hizo de rogar y estiró la mano para cogerla. Y debía saber qué buscar porque con rapidez buscó su reverso. No le dijo nada, pero le hizo una señal con la cabeza diciéndole que la siguiera.

La ley antitabaco implantada hacía un par de años no permitía que se fumase en

locales cerrados, pero las máquinas de humo se encargaban bien de hacer el aire irrespirable y que no se viera más allá de un palmo de distancia. Temió perder al portero, así que apretó el paso para alcanzarlo.

Nunca había ido a esa sala, y le sorprendió lo grande que era para estar dentro del casco urbano. Sin embargo, no pudo fijarse mucho en su interior, primero porque ya estaba lleno de gente y apenas distinguía el escenario al fondo, y luego porque enseguida bordearon lo que parecía una pista de baile hasta llegar a una escalera que tenía cortado el paso por un cordón grueso de esos de terciopelo rojo y el imprescindible gorila que espantaba a los curiosos con su postura disuasoria consistente en piernas entreabiertas, brazos cruzados y cara de malas pulgas. Pero, sorprendentemente se movía, no era un témpano de hielo con traje, pues cabeceó con reconocimiento a su compañero cuando le pidió permiso para que les dejara pasar.

Al subir la escalera, accedieron a la planta superior que volcaba prácticamente sobre el escenario... y en la que no había ni un alma. Estaba tan sorprendida que ni cuenta se dio de que se había quedado sola, hasta que comenzó a girar para observar aquel gran espacio. Las luces de los focos alumbraban hacia la pista y el escenario, así que estaba prácticamente en penumbra; había varias mesas con mullidos sillones y algunos sofás; mesas redondas altas con taburetes; y al fondo, ocupando uno de los rincones, había una barra. Un camarero se dedicaba a secar vasos con un paño, aunque levantó el rostro para ofrecerle una sonrisa que la invitaba a acercarse y pedir algo.

—¿Deseas algo de beber? —preguntó amablemente por encima del nivel de la música.

Sofía dudó un segundo. Una copa en aquel local debía costar como un menú del día en un restaurante de barrio, pero decidió que un día es un día.

—Una cerveza sin alcohol.

El camarero la miró suspicaz, preguntándole si estaba segura.

—Si bebes, no conduzcas. —Se encogió de hombros con resignación.

El joven sonrió, una de esas bonitas sonrisas que seguramente le dejaban más de un billete con un número de teléfono, y se la sirvió.

—¿Cuánto te debo? —quiso saber.

—Apúntalo a mi cuenta —dijo una voz masculina detrás de ella.

El corazón le dio un vuelco. Le habría encantado poder decir que aquella voz pertenecía a Ángel, pero no era así y, cuando se giró, se topó de frente con su anfitrión. Apenas había cambiado desde la última vez que lo vio. Era un hombre de unos cincuenta y pocos, pero su cabello ligeramente largo, aquellos vaqueros y esa camiseta negra de manga corta borraban la edad que pudiera tener y las canas que clareaban sus sienes. Era apuesto y, sin duda, muy seguro de sí mismo. No necesitaba apoyarse en un traje de Armani para dejar claro quién era.

—Tomaré lo mismo que la señorita —le dijo al camarero que se apresuró en obedecer—. Hola, Sofía. —Aquel hombre alargó su mano hacia ella—. Soy Antonio Salazar, aunque mis amigos me llaman Toni.

—Buenas noches, señor Salazar —recalcó el «señor» para que a él no se le pasase por alto lo que opinaba sobre eso, tras lo que aceptó estrechar su mano.

Toni se rió, entre asombrado y divertido, observándola unos momentos, mientras cogía las dos cervezas que seguían en la barra.

—¿Te importaría acompañarme? —Le señaló una de las mesas.

Fingir que vacilaba era una estupidez porque obviamente había ido allí para saber

qué se traía entre manos, así que no dudó en seguirlo.

Los sillones eran tan cómodos como parecían, y dio un trago a su cerveza mientras esperaba que el manager hablase.

—No me andaré con rodeos —anunció entonces, tras haber bebido también un sorbo y dejando después la botella en la mesa, igual que ella—. Ayer al salir de la radio, vine a enterarme de que la historia que me contaste hace algunos años era cierta, y quería disculparme contigo por hacer que te echasen.

Sofía torció el gesto, pero no pudo evitar sorprenderse. ¿Un hombre tan importante como él, disculpándose por haber hecho su trabajo? Y demasiado bien, por cierto.

—Usted hizo lo que debía —le concedió—, aunque a mí no me hiciera ni pizca de gracia. Así que... —Se encogió de hombros con resignación. Sin embargo, de repente, cayó en la cuenta—. Y a todo esto, ¿cómo ha sabido que no le mentí?

—Te vi ayer hablando con Jano y le pregunté si te conocía —le explicó.

—¿Y Ángel...? —recalcó esa palabra. Le chirriaban los oídos cada vez que oía que lo llamaban así... Puñetero dios romano con dos caras—. ¿Él admitió conocerme? —Frunció el ceño con incredulidad.

Toni sonrió. Esa chica estaba llevando las riendas desde el segundo uno, y había marcado las directrices de la conversación en todo momento. Preciosa y con carácter. Entonces, Sofía se cruzó de brazos y se inclinó ligeramente hacia adelante, señalando su impaciencia por oír su respuesta... Ahí estaba otra vez.

—Bueno, él... —comenzó a decir cuando consideró finalizado el escrutinio hacia esa lindura—, casi me arranca la yugular cuando supo que... —titubeó al volver a recordar la parte desagradable de aquello—, que te eché de la discográfica. Pareces sorprendida —aventuró tras su enésima mueca de escepticismo.

—Pues ciertamente, sí —admitió—. Me desconcierta tanto la actitud de Ángel como la suya.

—Yo cometí un error, al igual que él —aseveró, y los niveles de asombro de Sofía comenzaron a rozar el límite.

—¿Es que usted sabe...?

—No todo pero sí lo suficiente —le aclaró—. Lo bastante como para saber que te debo una disculpa, Sofía... Ferrer. Me dijiste que te llamas Sofía Ferrer, ¿no?

—Sí —afirmó ella sin saber a qué venía esa pregunta.

—Mira —Se inclinó hacia ella pero guardando las distancias, quería que confiara en él—, no pretendo justificarme diciendo esto, pero no eres ni la primera ni la última chica que se presenta en las oficinas para tratar de sacarnos cualquier tipo de información sobre los chicos. Son famosos, y todo el mundo quiere acercarse a ellos y compartir aunque sea un instante con sus ídolos.

—Yo no busco mi momento de gloria —espetó con retintín y apretando los labios, notablemente molesta, pero Toni alzó una de sus manos, en un gesto conciliador.

—Si fuera así, no te habría hecho venir —se apresuró a decirle—. Sólo pretendo que disfrutes de la actuación, tus cervezas sin alcohol —Cogió la botella y la observó un segundo para volver a dejarla en la mesa—, y, después, es muy posible que subamos aquí un rato. Tal vez te apetezca charlar con los chicos —añadió con sonrisa maliciosa—. Únicamente si te apetece —remató un tanto tenso al ver un nuevo mohín de disconformidad... no le pasaba ni una—. No te estoy haciendo ningún favor, pero tampoco soy un carcelero que le permite o le impide las visitas a Ángel —decidió usar su nombre para no tentar a la suerte—. No sé si en su día él habría querido verte, aunque tampoco me

preocupé por averiguarlo, así que lo hago ahora.

Sofía sopesó sus palabras durante unos segundos. El tipo sólo intentaba disculparse, ser amable, y ella, a lo mejor, se estaba pasando de borde.

—Te lo agradezco, Toni —le dijo finalmente, y el manager sonrió satisfecho.

—Un placer, Sofía. —Cogió la cerveza y la alzó como si hiciera un brindis antes de beber—. Sofía Ferrer —pronunció entonces su nombre como si lo saboreara, mirándola pensativo—. Es un bonito nombre, y que te puede abrir muchas puertas.

Toda la confianza que el manager había inspirado en ella en la recta final de su conversación corría el riesgo de irse al garete. No quería malinterpretarlo, y sin embargo...

—Parece que nuestra estancia en Valencia, la de los chicos —remarcó para dirigir el discurso por el camino correcto, cosa que ella pareció comprender pues relajó ligeramente su postura y la expresión de su rostro—, va alargarse más de lo esperado. Puede que la discográfica decida buscarles algún apartamento pero, mientras tanto, están alojados en el hotel SH Valencia Palace. Es muy acogedor, y nos encanta ir al bar a tomarnos una copa después de cenar, con tranquilidad. —Toni se dejó caer sobre el respaldo y cruzó una pierna sobre el otro muslo, agarrándose la rodilla—. Porque, ¿sabes lo bueno que tienen esos hoteles con tantas estrellas? —preguntó con una sonrisa divertida y un deje de orgullo. ¿Por fin la había dejado sin palabras?—. Que por muchas fans que haya en la entrada, incluso en el hall de recepción, nadie las deja pasar más allá, a no ser que la persona en cuestión tenga un bonito nombre, de esos que abren puertas.

Toni le guiñó un ojo y sonrió ampliamente, y ella no pudo evitar hacer lo mismo.

—¿No has pensado en ser modelo?

La sonrisa de Sofía se transformó en una amplia y ofendida O, y Toni comenzó a reír al instante mientras alzaba las manos en señal de rendición.

—Sólo era una broma —le aseguró—, pero, igualmente quiero que conserves esto. —Le alargó la tarjeta que ella le había entregado al portero—. Si necesitas algo, un empleo, una cerveza sin alcohol... —bromeó de nuevo y ella sonrió—, no dudes en llamarme.

El manager miró el reloj y torció el gesto.

—Me lo estoy pasando genial pero, por desgracia, tengo que irme—. Soy como un entrenador que necesita darles las últimas palabras de ánimo a sus chicos antes de empezar un partido.

Se puso en pie y ella hizo lo mismo, metiéndose las manos en los bolsillos traseros con cierta inseguridad.

—Yo...

—Disfruta del concierto —le dijo, colocando una mano amistosa encima de su hombro—. Espero verte luego.

Sofía asintió sonriente y, aunque al principio se sorprendió, respondió a los dos besos que él le dio en las mejillas. Cuando finalmente se marchó, ella se dejó caer pesadamente sobre el sillón, soltando de un resoplido todo el aire y la tensión que había acumulado en los pulmones y su cuerpo. Alargó la mano hacia la cerveza y dio un trago, aunque sabía a rayos porque ya estaba caliente.

Estaba mirando hacia atrás, a la barra, decidiendo si se pedía otra, cuando vio que el camarero se acercaba a ella.

—De parte del señor Salazar —anunció con una sonrisa, dejando una cerveza encima de la mesa y recogiendo las otras dos—. Si quieres algo más, corre por cuenta de la casa.

—Gracias —respondió ella, agradecida por aquella consideración.

De pronto, un jubiloso y ensordecedor grito estalló en la planta inferior al tiempo que las luces subían su intensidad durante unos instantes, así que Sofía cogió la cerveza y se acercó a una de aquellas mesas altas con taburetes que estaban pegadas a la barandilla y se sentó.

Un tipo de largas y canosas greñas se acercó al micrófono colocado en el puesto de Ángel para presentar con gran excitación y entusiasmo al grupo y, tras retirarse, el grito que provocó la aparición de los componentes de Extrarradio, amenazó el derrumbe del edificio. El primero en salir fue él, quien apenas saludó, y fue directo hacia el micro. Luego salieron los otros cuatro.

No le extrañó que actuaran dos músicos más. Extrarradio estaba formado oficialmente por Ángel, Darío y Raúl, pero siempre contaban con algún músico local que reforzase el sonido de las guitarras y con un teclista pues, en los últimos álbumes, habían añadido una base de piano o electrónica muy sutil, que no rompía el estilo de su música pero que le daba mucha fuerza a las melodías.

Aunque Ángel era un músico excepcional que no necesitaba aderezos para desgarrar con el sonido de su guitarra y su voz. Muchos críticos decían que sus dedos eran prodigiosos, y su voz rota y llena de matices, inimitable. De pronto, se le escuchó hablar.

—Buenas noches, amigos. Esto es «Caballo metálico».

Ésa fue su escueta presentación, tras lo que empezaron a tocar. Sofía sintió un escalofrío que le recorría la espina dorsal al escuchar los primeros acordes que sonaron de la guitarra de Ángel, escalofrío que se multiplicó por mil al escuchar su voz. Primero, porque ella sí sabía a ciencia cierta que ese tema hablaba de la muerte de su hermano, y después, por volver a oírlo cantar en directo, después de tantos años.

Sofía había sido la primera en hacerlo, y aunque él siempre se tomaba a cachondeo cuando le decía que triunfaría con la música, ella lo supo con certeza esa vez que lo oyó cantar en la soledad del taller.

Habían pasado varios días de aquel arrebatador beso en su casa en los que no volvió a verlo, bueno, sí, lo había visto pero él salía prácticamente huyendo al verla a ella, cosa que la tenía cabreada y muy confundida. Estaba segura de que no era la única que sentía ese cosquilleo en el estómago, aquella emoción extraña que le recorría el cuerpo por el simple hecho de pensar en ese beso que lo había puesto todo patas arriba. Porque ella siempre había pensado que Ángel le gustaba, pero después de experimentar todas esas sensaciones y con tanta intensidad provocadas por esos labios sobre los suyos, supo que estaba enamorada de él.

Con seguridad, la gente mayor le habría dicho que no eran más que tonterías, que a pesar de estar a punto de cumplir los diecisiete años era demasiado joven para entender de ese tipo de cosas, pero su corazón de adolescente se negaba a creer lo contrario. Ángel era el amor de su vida, le pesase a quien le pesase. Aunque lo difícil sería hacérselo entender a él.

Su padre ya había cogido la costumbre de no estar ninguna tarde en el taller, así que sabía que lo encontraría allí, solo. La puerta estaba abierta, así que entró. No lo vio trabajando en ningún coche, así que fue hacia el fondo para mirar si estaba en la salita.

Aunque antes de superar el mostrador, se paró en seco. Ángel estaba tocando la guitarra pero, además, estaba cantando, y el corazón le dio un vuelco porque... lo hacía tan bien...

Se acercó un par de pasos hasta una pared próxima, necesitaba oírlo más de cerca, aunque tampoco quería ir hasta la salita y que la viera. No creía que fuera la primera vez

que cantaba esa canción pues lo hacía con mucha fluidez, como si lo hubiera hecho muchas veces, y supuso que nunca lo hizo frente a ella porque le daba vergüenza.

«With or without you» de U2 seguía llenando el vacío de aquel taller mientras su corazón vibraba de emoción con cada una de sus notas, y aunque él ni siquiera sabía que ella estaba allí, se sintió abrazada, arropada por el sonido de su voz, por él.

De repente, el sonido del teléfono del taller rompió la magia, como cuando explota una pompa de jabón, y estaba tan ensimismada aún que lo primero que hizo fue esconderse detrás de uno de los coches.

Decidió que no quería que la pillase allí, tal vez se hubiera enfadado con ella si creía que lo estaba espiando o algo así, y no habría hecho más que empeorar las cosas.

A los pocos segundos, Ángel salió a contestar la llamada. Al parecer era un cliente preguntando cuándo estaría reparado su coche. Cuando colgó, lanzó un improperio en voz alta y escuchó sus pasos dirigirse de nuevo hacia la salita. Oyó algunos ruidos y supuso que estaría guardando la guitarra, momento que ella aprovechó para escabullirse y salir del taller.

Para su fortuna, Ángel sí se decidió a cantar para ella, sólo para ella... y se sentía flotar cada vez que él apartaba la vista de las cuerdas de la guitarra para mirarla y sonreírle...

Y, ahora, tal vez esa sala estaba repleta de gente, de centenares de personas que tarareaban sus canciones y aplaudían, pero Ángel Escudero cantaba sólo para ella, aunque esta vez tampoco lo supiera.

capítulo ocho



Aquel último acorde marcó el fin del concierto y la repentina desaparición de esa esfera en la que él se introducía y se aislaba del mundo. Mientras estaba subido al escenario, no había nada más, no permitía que lo hubiese; era su momento, su gloria, su Jardín del Edén, y no consentía que nada ni nadie lo mancillase.

Sin embargo, aquella ilusión duraba sólo unas cuantas horas, y Jano, la estrella, se volatilizaba con aquel último acorde, y él volvía a ser Ángel Escudero, el hombre gris y cobarde, lleno de miedos y culpas.

Descolgó su guitarra y se la entregó al técnico, para seguir a sus compañeros hasta el camerino. Cuando llegaron, ya estaba dispuesta la mesa del catering. La mayoría de los artistas lo preferían antes de la actuación, pero él era incapaz de moverse, de sentirse libre con el estómago pesado. Fue directo a por una cerveza fría y la abrió para dar un gran trago.

—Buena actuación, chicos. —Entró en ese instante Toni—. ¿Os apetece celebrarlo con una copa?

Ángel seguía ocupado con su cerveza, así que el manager les lanzó una mirada significativa a Raúl y Darío, quienes no lo entendieron, por lo que decidieron mantenerse alerta.

—Han dejado libre la planta superior completamente para nosotros —les dijo entonces—. Y tiene una barra ampliamente abastecida.

Tanto Raúl como Darío fruncieron el ceño sin comprender nada, así que Toni se puso frente a ellos, aunque dándole la espalda a Ángel quien seguía sin enterarse, y vocalizó en silencio y tan claramente como pudo un «Sofía» más que clarificador. Ambos músicos lo miraron asombrados, pero pronto se hicieron cargo y comenzaron a disimular.

—No estaría mal —habló Raúl—. Podríamos esperar allí hasta que esto se despejara.

—¿Vamos, Ángel? —Darío llamó su atención—. ¿O es que prefieres esperar entre estas cuatro paredes a que el local se vacíe un poco antes de poder irnos?

—No, subamos si queréis. —Se encogió de hombros.

—Eso sí, esta noche, nada de acompañantes femeninas. —Raúl torció el gesto con desgana, aunque lo que no quería era tentar a la suerte si era verdad que Sofía estaba allí.

—Tranquilo —respondió Ángel dejando la cerveza—. No tengo ni putas ganas.

Darío le lanzó una mirada de complicidad a Raúl. ¿A ver si pensaba lo mismo dentro de un rato?

El local tenía un pasillo auxiliar que llevaba desde la zona entre bastidores a la planta superior, sin tener que ser vistos por el gentío que ya comenzaba a abandonar el local, aunque seguía estando abierto por lo que había gente que prefería quedarse y disfrutar de la buena música.

Toni iba primero y Ángel se quedó un poco rezagado, pero sus dos compañeros se empeñaron en que fuera delante. Y él se encogió de hombros con desinterés e ignorancia al

no saber que, en realidad, le habían preparado una encerrona.

Porque en la zona reservada sí que había una mujer...

Estaba de espaldas a él, con ambos antebrazos apoyados en la barandilla e inclinada hacia adelante, observando la multitud. Habían pasado muchos años, y su figura era la de una mujer de treinta años, no de diecisiete, pero la curva de esa cintura y la esbeltez de esas piernas eran inconfundibles para él.

Raúl y Darío pasaron por detrás de él, dándole este último un muy poco sutil empujón... «capullos...» pero entonces, ella debió ver por el rabillo del ojo que llegaba alguien, porque se dio la vuelta rápidamente.

Joder...

Los haces de luces jugueteaban al fondo y formaban un halo a su alrededor que la iluminaba... parecía una diosa... su diosa... En las dos veces que se la había encontrado, no pudo reparar en la maravillosa transformación de sus facciones y su cuerpo, que se veían remarcados por su maquillaje y la luz irreal que la envolvía.

Ángel tuvo que anclar los pies al suelo, apretar las manos contra sus muslos y morderse el labio para no salir corriendo hacia ella, estrecharla entre sus brazos y besarla hasta dejarla sin aliento. Pero sus piernas se habían tomado la tarea muy en serio pues, tampoco quisieron moverse para obedecer su orden de dar media vuelta y escapar de allí. Sin embargo, Sofía supo leer muy bien sus intenciones porque fue ella la que se acercó a él.

Dios, qué guapa era...

—¿Hoy también vas a salir huyendo? —le reprochó a mitad camino entre el enfado y el nerviosismo, el que hacía que su voz temblase levemente.

Se vio atrapado por el brillo de sus ojos negros, dos veces había resistido su embrujo, en el cementerio y en la puerta de la radio. No pudo una tercera. Iba a negar con la cabeza, pero su cuerpo parecía que iba a tomar el mando durante toda la noche. Alzó una de sus manos y le apartó un mechón de la cara para colocárselo detrás de la oreja. Sofía se estremeció, lo notó en el titilar de sus pupilas y el ligero temblor de sus labios, y él se obligó a carraspear para encontrar su voz en el fondo de su garganta y decir algo para romper aquella conexión que los conduciría a un punto al que no quería llegar.

—¿Quieres tomar algo? —susurró tan bajo que dudaba que ella lo hubiera oído, aunque debía haberlo hecho porque asintió con la cabeza.

Caminaron uno al lado del otro. No se tocaban pero sus cuerpos conectaban de igual modo, se reconocían aún después de tanto tiempo. La barra tenía forma de L, y Toni estaba en uno de los brazos en compañía de Raúl y Darío, así que ellos dos fueron al otro lado. El camarero se acercó en cuanto los vio llegar.

—¿Otra cerveza sin alcohol, guapa? —Le sonrió el joven, aunque esa sonrisa murió en sus labios en cuanto sintió la intensa mirada de advertencia de Ángel. Sin embargo, Sofía no quiso darse por enterada, así que se inclinó muy sonriente hacia la barra.

—Hoy he superado el cupo de cervezas sin alcohol, así que me tomaré una tónica.

—¿Y usted? —se dirigió a Ángel con seriedad y respeto.

—Un whisky doble con hielo —respondió bastante seco.

En el momento en el que el camarero les sirvió, Ángel cogió las bebidas y le hizo una seña a Sofía para que la acompañara a una de las mesas cuadradas con sillones, la que estaba más alejada. A pesar de que los asientos eran bastante amplios, ellos se sentaron próximos uno del otro, y casi apoyados en el brazo del sillón para estar más cerca.

Durante unos segundos, no se dijeron nada, se leyeron con los ojos, como si eso fuera suficiente para saber lo que necesitaban, pero Ángel rompió aquel contacto, que ya

empezaba a quemar, al desviar su atención hasta su vaso de tubo al que le dio un trago.

—¿Te ha gustado la actuación? —Fue la forma que escogió Ángel para romper el hielo—. Desde que se creó el grupo, siempre me he preguntado si te gustaba mi música.

—Sabes que me daba igual lo que tocases —le recordó con una sonrisa al saber que en ese tiempo, al menos, había pensado en ella—. Yo siempre te miraba embobada. —No le importó reconocerlo, y la respuesta de Ángel fue una carcajada de complacencia, esa risa que ella tanto había echado de menos—. Me alegra mucho que lo consiguieras.

—No fue fácil. —Bajó la vista hacia el vaso, mientras giraba su muñeca para hacer rodar los hielos—. Los primeros siete años fueron un infierno.

Él se mantuvo en silencio, pensativo, como ausente, mientras seguía observando los cubitos dentro del vaso, y ella aprovechó para darle un trago a su tónica. Le encantaba ese amargor refrescante.

—¿Quieres contármelo? —se atrevió a preguntarle. Trece años daban mucho para hablar, y ése podía ser un tema como cualquier otro. Al menos, aún no había intentado volver a salir huyendo.

—¿Quieres oírlo? —Dio un trago a su whisky, como si tuviera que darle tiempo para responderle.

—Claro que sí —le contestó, y él se encogió de hombros, dispuesto a hacerlo.

—El dinero que me pude llevar no era mucho, así que intenté encontrar trabajo como mecánico—. Dejé el vaso en la mesa y dirigió la mirada a sus manos, que jugueteaban con el hilo de una de la costuras del brazo de sillón. Quería contárselo, pero no podía mirarla a la cara mientras lo hacía—. No me daban trabajo porque era muy joven y no tenía forma de demostrarles la experiencia que tenía, así que cantaba en la calle o en el metro para ganarme cuatro perras y poder comprarme un bocadillo al final del día. Luego iba a la Casa de la Caridad y, los días que tenía suerte dormía sobre blando, y si no...

Ángel apretó los labios. No era tan fácil como había creído. Volvió a coger el vaso y confió en que el whisky le diera un pequeño empujón.

—Descubrí que en la Estación de Atocha las consignas eran bastante amplias, así que siempre reservaba monedas para poder guardar la guitarra dentro y que nadie intentase quitármela cuando... —titubeó—, cuando dormía en la calle.

Sofía no pudo reprimirse más. Él intentaba narrarle todo aquello como si fuera lo más normal del mundo, pero no lo era. Había pasado hambre y frío, había dormido en la calle, ¿y todo por qué? Tomó una de sus manos cuyos dedos habían comenzado otra vez a jugar nerviosamente con aquella hilacha del sillón y le hizo mirarla.

—Ángel...

—Pero no todo fue tan malo. —Trató de sonreírle cuando alzó la vista hacia ella, aunque no apartó la mano, se permitió el lujo de deleitarse con el calor que le ofrecían aquellos dedos—. A los pocos meses conseguí trabajo en un taller y pude alquilarme un piso, un piso de mala muerte, pero con un techo al fin y al cabo. Sin embargo, yo necesitaba tocar. —Su sonrisa se volvió amplia y sincera al decirlo—. Mis vecinos eran unos porculeros, así que los fines de semana, volvía al parque, o al metro, y cantaba para todo aquel que quisiera escucharme. Canciones de otros, canciones que me atreví a componer... total, si no les gustaba daba igual, jamás volvería a verlos, pero algunos se detenían y me echaban algunas monedas. Hasta que un día, quien se paró a escucharme, fue Toni.

Sofía ya sabía que la historia tenía final feliz, a la vista estaba que Ángel había triunfado, pero llegar a esa parte de su relato la hizo suspirar de alivio. Ángel, por su parte, hablaba de su manager con agradecimiento y profunda admiración, y ella se sintió un poco

culpable por haber sido tan desconfiada con Salazar en un principio.

—La discográfica quería intentar explorar otros campos —prosiguió él—, despejar un poco el panorama musical que parecía estancado, siempre con las miras puestas en lo mismo, así que me alargó su tarjeta y me propuso invitarme a un café mientras me contaba lo que tenía en mente.

En ese momento, Ángel apartó la mano de ella para ir en busca del whisky y Sofía lo lamentó. Lo echaba tanto de menos...

—Raúl y Darío querían abrirse paso en el mundo de la música —siguió explicándole, por lo que ella se esforzó en fijar su atención en su voz, en su historia, y no sólo en sus labios moviéndose, deseando que lo hicieran sobre los suyos—, así que habían enviado sus maquetas a la discográfica, por probar suerte. Nos hicieron una prueba juntos, y ya has visto el resultado.

—Espectacular —murmuró ella, y Ángel se irguió, lanzando una carcajada.

—No me pedirás una foto y un autógrafo, ¿no? —bromeó, aunque...— ¿Todavía tienes las que nos hicimos? —El tono de la pregunta bajó una octava.

Sofía había colocado el codo sobre el brazo del sillón, apoyando la barbilla en su puño, en actitud soñadora, pero fue pronunciar Ángel aquellas palabras, y todo el encanto se esfumó. Se removió en el asiento, carraspeó y alargó la mano para alcanzar su bebida y dar un largo trago.

—Las rompí —admitió mirándolo de frente, dolida, reprochándole ser el culpable de que ella actuara así—. Estaba tan enfadada... No podía pagarlo contigo, así que lo pagué con las fotos.

—Entiendo. —Bajó él la vista, un tanto apenado, aunque no tenía más remedio que aceptar que tenía razón—. ¿Tú...? —vaciló—. ¿Qué tal te ha ido?

Durante un instante, estuvo tentada de decirle que su historia no era tan trágica como la suya, aunque no le pareció justo para ella misma. Porque tal vez no había pasado frío y hambre, pero había tenido que enfrentarse a la enfermedad de su madre, a la muerte de su hermano y a la pérdida del amor de su vida, todo en el mismo día, y sin haberlo elegido, sin que el destino le hubiera pedido permiso, o advertido siquiera de que iba a golpearla hasta que no pudiera más. Ángel lo había pasado muy mal, sí, pero había sido decisión suya.

—Todavía hay gente que piensa que con una indemnización pueden hacer que la pérdida de un ser querido duela menos —le soltó con rabia y profunda ironía—, pero nos permitió vivir un tiempo mientras yo conseguí entrar en la universidad a base de becas y trabajando por las tardes para estirar el dinero. —Dio un largo trago a la tónica y se cruzó de brazos, a la defensiva, y retomando su relato con voz dura, acusatoria—. Mi madre trabajó toda su vida pero nunca la contrataron, así que tiene una minusvalía absoluta al estar postrada en una silla de ruedas, pero lo que no tiene es derecho alguno a una paga. Yo soy la única que aporta dinero a casa, y debo pagarle a una señora para que se encargue de ella mientras trabajo, por lo que no puedo plantearme siquiera cambiarnos de piso y añadir un alquiler a los gastos. Porque, si haces memoria, vivo en un segundo sin ascensor, por lo que mi madre sólo baja a la calle para ir a las revisiones médicas, y teniendo que recurrir a ayuda de terceros sin querer hacerlo.

Ángel torció el gesto, y se rascó brevemente la barba, tras lo que quiso alcanzar una mano de Sofía pero que ella rechazó, recurriendo de nuevo a la tónica para dar un sorbo de paso que lo esquivaba.

—Pero no todo fue tan malo —repitió sus mismas palabras con una sonrisa falsa—.

Terminé la carrera de Educación Infantil y trabajo en una guardería aquí en Valencia, en la zona de Archiduque Carlos.

—Así que —habló él con prudencia—, al parecer, tú también conseguiste tu sueño. Sofía lo miró dolida. Bien sabía él que no había cumplido sus sueños.

—Eso parece —dijo sin embargo y, aunque se apreciaba a una legua que no lo decía con convencimiento, Ángel lo aprovechó para relajar su postura, como si pudiera respirar tranquilo.

—Al final, no nos ha ido tan mal —remató, y Sofía explotó.

—¿Eso quieres creer? —Se inclinó hacia él, con un reproche en su voz dura y su mirada oscura—. Porque yo estoy segura de que nos hubiera ido mucho mejor juntos.

Ángel apoyó los codos en el sillón y unió sus dedos en un puño, apoyando la frente en él, cabizbajo.

—Sofía...

—¿Por qué narices te fuiste, Ángel? —alzó el tono, tratando de que la mirara, aunque él no obedeció—. La última vez que te vi, se llevaban el cuerpo de mi hermano cubierto con una sábana blanca mientras a ti te conducían a una ambulancia —le recordó, y las lágrimas comenzaron a agolparse en sus ojos y a anudarse en su garganta, amenazándole con arrebatarse la voz. Pero no, no iba a llorar, e iba a terminar de decirle todo aquello, aunque él no quisiera escucharla—. No volví a saber de ti. Te esperé en el entierro de Juancar, luego a que vinieras a buscarme, a hablar conmigo, y ya al cabo de varios días sin que dieras señales de vida, fui como una idiota a buscarte al taller para venir a saber por tu padre que te habías marchado de casa y que no regresarías jamás. ¿Por qué?

Él no tenía intención ni de contestar ni de mirarla, así que Sofía se abrió paso a través de la barrera que había construido con sus brazos y lo cogió bruscamente de la barbilla, obligándola a mirarle.

—¿Por qué, Ángel? —insistió al borde de la exasperación.

Él sacudió la cabeza y huyó de su agarre, volviendo a refugiarse en el whisky. Se giró hacia la mesa y comenzó a hacer rodar el vaso entre sus dedos, pero no estaba pensando una respuesta, o cavilando, estaba esquivándola, evitándola. Pero era Sofía, debía haber sabido que ella no daba su brazo a torcer tan fácilmente. Volvió a coger su barbilla con fuerza y le giró el rostro hacia ella.

—Creí que me querías, eso me decías. ¿Era todo mentira? —le reclamó en un tono más bajo pero de igual modo exigente—. ¿Me quisiste alguna vez?

Ángel no contestó. Y aunque ella le obligaba a mirarla, él necesitaba escapar de sus ojos, así que cerró los suyos con fuerza, aunque no pudo evitar abrirlos al escucharla hablar de nuevo.

—Aún no me has preguntado si he rehecho mi vida con otro hombre...

El corazón de Ángel dejó de latir durante un segundo, temiendo lo que siguiese a continuación.

—Y no he podido hacerlo por tu culpa —alegó ella con rabia—. Yo siempre te he querido, Ángel, siempre, hasta hoy.

No fue capaz de responderle y, antes de poder hilar un pensamiento con otro, Sofía lo soltó de súbito y se puso de pie.

—Me marchó. —Lo miró desde arriba, fríamente—. Diana se ha quedado con mi madre e imagino que tendrá ganas de volver a su casa.

Aquello hizo que Ángel se levantara también, dibujándose una sonrisa en sus labios.

—¿Todavía sois amigas? —preguntó como si eso fuera una grata sorpresa, la única

que había escuchado en toda la noche—. Dale recuerdos de mi parte.

Sin embargo, a Sofía se le cayó el alma a los pies, incluso sus brazos y sus hombros quedaron laxos, sin fuerzas, mirándolo llena de asombro y desazón... Después de todo, ¿en eso había acabado su conversación? ¿Como si fuesen un par de amigos que no se veían en años y hubieran quedado a tomar unas cervezas para recordar viejos tiempos y ponerse al día?

La decepción y el desencanto se abrieron paso entre todo lo demás. Ya ni siquiera sentía rabia por haber hecho el idiota al haber ido allí a hablar con él. Ángel nunca la había querido, lo que hubo entre ellos fue una tontería, un romance de juventud del que se deshizo en cuanto se fue a Madrid. Ni siquiera le había costado trabajo olvidarla porque no había nada que olvidar. Y ella, como una completa estúpida vivió atada a un recuerdo que no existía, que sólo era real en su imaginación.

—¿Te llamo a un taxi? —le preguntó él entonces, y ella soltó una carcajada irónica, herida.

—He venido en coche. Tranquilo —lo interrumpió alzando una mano, pues claramente iba a decir algo—. Sé perfectamente que no me puedes acompañar, me hago cargo, y siento haberte fastidiado la noche y que hayas perdido tu tiempo conmigo. Adiós, Ángel.

Y eso fue todo.

Sofía giró sobre sus talones y comenzó a caminar hacia la salida, y Ángel sentía que el corazón se le iba haciendo añicos con cada paso que daba. Lo escuchaba, podía oír cada pedazo caer y estrellarse dolorosamente contra el fondo de su alma...

¿Pero no era eso lo que quería? ¿No había puesto tierra de por medio por lo mismo, para alejarla de él? Y ella seguía pensando que era un miserable canalla sin sentimientos, lo que siempre había pretendido, así que, debía estar contento, satisfecho al menos, ¿no?

Sin embargo, los fragmentos de su corazón seguían desprendiéndose y rasgándole el alma una y otra vez, reproduciendo, al golpearla, la melodía de su profunda tristeza y amargura. Y él, él...

Corrió tras ella y la alcanzó en el momento en el que estaba a punto de cruzar la puerta que daba a las escaleras para bajar. Tiró de su brazo y la arrastró hacia el muro, dando con su espalda contra la pared, así que abrió mucho los ojos a causa del golpe y la impresión.

—Ángel...

—Shhhh... Cállate —le ordenó con voz ronca, posando las puntas de los dedos sobre los labios.

Devoró su boca sin compasión, hambriento de ella, sediento, perdido durante trece años en el desierto de su soledad. Mordisqueó sus labios, bebió de ellos, y su lengua le exigió acceso para deleitarse en la miel de su sabor y saciarse así de ella, respirar de su aliento para sentirse vivo otra vez, y fundirse en su piel hasta convertirse ambos en uno solo.

La notó temblar contra él mientras trataba desesperadamente de entregarle lo que le demandaba, y sus lenguas empezaron una batalla por ver quién acariciaba más, quién entregaba más, quién sentía más.

Sí... Su Sofía... Ese aroma suyo de flor inconfundible que le llenaba las fosas nasales hasta aturdirle la razón, el dulce sabor de su saliva que siempre había sido el más atrayente néctar para él, y esos suaves gemidos que le rozaban la garganta, arrancándole los suyos.

Atrapó completamente la fina cintura con los brazos, haciendo que se arquease hacia él, y ella se colgó de su cuello, hundiendo sus manos en su pelo. La necesidad iba en aumento y, mientras sus bocas se amaban, sus cuerpos que tan bien se conocían se extrañaban, se buscaban, reclamaban más contacto, así que en un intento desesperado de acercarse más, Sofía alzó una de sus piernas para rodear su cadera, presionando con su pantorrilla contra sus nalgas, y Ángel obedeció, apretándose sin miramientos contra ella.

Gimieron al unísono cuando su miembro se topó con su pubis, y ambos se buscaron con los ojos, con los labios entreabiertos por la pasión recién compartida y el deseo que empezaba a arrastrarlos. Pero entonces, Ángel cerró los ojos y apoyó su frente en la de ella, lanzando un suspiro lleno de frustración y pesar. Le soltó la cintura que aún apresaba entre la cárcel de sus brazos y le agarró la pantorrilla, deslizando los dedos hasta la parte posterior de su rodilla y más allá, hasta el muslo... para desanclarla de su cadera y librarse de su tentador agarre.

—Adiós, pequeña.

—Ángel...

Dio un paso hacia atrás, dejando los brazos caídos a ambos lados de su cuerpo y la barbilla alzada, mientras Sofía se palpaba los labios y escudriñaba en sus ojos. Había culpa en su ojo verde, mas rabia en el pardo... Ángel se vio en peligro, estaba llegando demasiado lejos, siempre lo hacía, pero antes de poder reaccionar, de poder girar la cara para huir de su escrutinio o gritarle que se marchara de una vez, ella lo hizo por voluntad propia.

El corazón terminó haciéndosele añicos al desaparecer de su vista y un rugido gutural escapó de su garganta a la vez que estrellaba el puño contra el muro. Sintió cómo el dolor le recorría el brazo hasta el hombro y la sangre fresca brotando de sus nudillos, aunque él seguía desangrándose por dentro.

Su alarido alertó a sus amigos, y los tres corrieron hacia él, mientras Ángel tenía la mirada perdida en aquella salida por la que había dejado marchar sus esperanzas.

—¿Pero qué...? —Fue Raúl quien le sostuvo el brazo, aunque los tres lo arrastraron hasta la barra.

—Pon un puñado de hielo en un paño limpio —le pidió Darío al camarero, obedeciendo él con rapidez.

—Mira que eres gilipollas —le reprochó Raúl duramente, colocando con cuidado el hielo sobre sus nudillos heridos.

—Ya lo sé —respondió, dejándose hacer, derrotado.

—Y encima, eres tan irresponsable que vas y te jodes la mano para no poder tocar en varios días —remató su amigo.

Ángel alzó la mirada hacia él... Entonces, ¿lo de «gilipollas»...?

—Sí —comprendió al fin—. Eso también.

♫ *capítulo nueve* ♪



Cuando llegaron al hotel, aún le pulsaba la mano a causa del dolor. También seguían sangrándole los nudillos, pero el hielo hizo bien su función y no se le había hinchado demasiado, aunque tuvo que jurarle y perjurarle a Toni que estaba bien y que podía mover la mano perfectamente. Era mentira pero, por suerte, la próxima actuación era el sábado siguiente, así que ese descanso le vendría de perlas.

Se fue directo al minibar dispuesto a tomarse su medicina: una pastilla antiinflamatoria que le había dado Darío para el dolor de la mano, y un buen lingotazo de whisky para el del corazón. No le gustaba beber. A pesar de lo que la gente creía, o él les hacía creer, con un par de cervezas se apañaba, pero paliar aquella angustia requería de una bebida espirituosa de mayor graduación.

Apuró la botellita, que tiró a una papelera cercana, y abrió otra, tras lo que se dirigió a la cama en la que se sentó. Con el siguiente trago, se dibujó una mueca en su rostro producto del ardor que recorría su garganta, pero dio otro sorbo y se la terminó, aun sabiendo que no serviría para nada. Bien podría permanecer en un estado de embriaguez continuo que jamás olvidaría que, después de tanto añorarla, soñarla, la había vuelto a estrechar entre sus brazos, la había besado, la había sentido estremecerse contra su cuerpo...

Gruñó mientras lanzaba el pequeño envase al suelo, acabando en algún rincón de la habitación, y se dejó caer de espaldas sobre la cama. A pesar del whisky, su sabor de miel seguía llenando su boca, y aún estaba intoxicado de su olor, de la suavidad de su piel...

«Capullo...»

¿Acaso Sofía no estaba a punto de salir por aquella puerta, de su vida, definitivamente? Sólo debía aguantar un segundo más, ése era el tiempo que ella necesitaba para cruzar finalmente el umbral, el punto de no retorno... sólo un paso más... Pero su cuerpo, sus deseos, su razón, su corazón... nada era capaz de resistirse al influjo, al poder que Sofía ejercía sobre él, anulando su voluntad hasta el punto de dejarse llevar y perder la cordura.

¿Qué cojones había hecho? ¿Para qué toda aquella pantomima? La había dejado hablar, que le echase en cara su cobardía, rehuyéndole la mirada para que ella pensase lo peor de él, para que se diera por vencida y se convenciese de que era una causa perdida, él era una causa perdida. Y había estado a punto de funcionar, Sofía casi había desaparecido por aquella salida oscura que la habría alejado de él para siempre... llevándose su alma con ella.

¿Habría sido eso? Tal vez su cuerpo era consciente de que la marcha de Sofía también suponía la pérdida de su alma y había corrido hacia ella para retenerlas a las dos... O tal vez era tan jodidamente egoísta, tan miserable, que necesitaba sentirla una vez más, aunque a ella la destrozase por dentro.

De pronto, recordó la pasión con la que Sofía había correspondido a sus besos, su forma de abrazarlo, de colgarse de él, su cuerpo amoldándose al suyo, como si el hecho de separarse aunque fuera un milímetro pudiera acabar con ellos...

Se giró y hundió la cara contra el colchón, ahogando un gemido de impotencia, de ansias reprimidas. Dios... La amaba tanto... del mismo modo que la deseaba, como jamás deseó o desearía a ninguna otra mujer. Se había acostado con muchas, tantas que perdía la cuenta, y siempre tuvo la esperanza de superar con alguna de ellas el límite, más allá de las estrellas, las que Sofía y él tocaron cada vez que habían estado juntos. Pero aquellas mujeres apenas le hacían despegar los pies del suelo, porque con ellas no era más que simple lujuria, lascivia, un momento efímero de placer guiado por el instinto más básico, primitivo, y nada más. Porque ni aún compartiendo el sexo más salvaje con alguna de sus amantes de una noche era capaz de sentirse vivo. Al día siguiente, sus miedos, sus temores, sus culpas, seguían acechándolo y, para acallarlos, la noche siguiente volvería a follar con la primera que se le pusiera a tiro en un intento de silenciar la voz de su conciencia, o la de su corazón, ya no lo sabía, pero que siempre venía con la misma cantinela: Sofía era la única.

Sofía... Con ella siempre pudo cerrar los ojos y creer que todo era posible, que había futuro para ellos dos, pero no era más que una quimera y en algún momento tenía que volver a abrir los párpados y ver la realidad. Lo malo es que nunca imaginó que sería de una forma tan dolorosa.

De forma involuntaria golpeó la cama y sus nudillos heridos se quejaron... Eso era una nimiedad para el castigo que merecía, y no sólo por haber pecado de débil aquella noche, sino por haberlo sido siempre, toda la vida. Nunca debería haber puesto sus ojos en ella, jamás debería haber permitido que sucediese nada entre ellos. Porque eran unos críos, sí, pero eso no era excusa suficiente. Él siempre había sido un inútil, un bueno para nada, sin estudios, sin oficio ni beneficio, y ella... ella era perfecta. Guapa, simpática, decidida, una buena hija, mejor amiga, una hermana comprensiva y estudiante de sobresalientes... Tenía por delante un futuro prometedor y merecía a alguien mejor que él. Pero ella insistía, lo buscaba, y él la quería con locura. El amor que sentía por Sofía lo volvía ciego, un iluso, un estúpido, porque no era capaz de rechazarla y resignarse a su destino. Lo intentó. Juraría por Dios que lo había intentado, pero lo que sentía por Sofía era más fuerte, y ella nunca quiso renunciar a su amor por él, por eso siempre daba el paso que lo cambiaba todo, el que lo hacía rendirse ante ella...

Era un martes de finales de diciembre, próximo a la Navidad. Después de la fuerte tormenta de días atrás, el sol había decidido obsequiarles con un puñado de días tibios, así que lo que más le apetecía era pillar la moto e irse a dar una vuelta, pero a su padre apenas se le veía el pelo por el taller y de algo tenían que comer. Además, si salía corría el riesgo de verla, y quería evitarlo a toda costa. El beso de algunas noches atrás había provocado que sus sentimientos por Sofía se rebelasen en su interior y trataran de fluir sin control, desbocados como una manada salvaje en plena estampida, y no quería dejarse dominar por sus emociones, no podía... Y si para lograrlo debía decepcionarla, herirla, lo haría... Esther no le gustaba en absoluto, pero sabía que iba detrás de él y la chavala no dudó en decirle que sí. No se paró a pensar en si se arrepentiría o no, únicamente quería mantener a Sofía lejos... como si eso hubiera sido tan sencillo, como si sólo hubiera dependido de él.

Se estaba peleando con una bujía cuando la vio entrar en el taller. Sintió como si el corazón se le fuera a escapar del pecho, pero se obligó a mantener la vista fija en sus manos, rezando para que se marchase.

—Está cerrado —gruñó con voz potente, y creyó conseguir lo que se proponía al ver a Sofía detenerse, aunque luego resopló con disgusto al darse cuenta de que, en realidad, no había vuelto sobre sus pasos para salir del taller, sino que se limitó a pasar el pestillo a la puerta y darle la vuelta al cartelito que rezaba «cerrado», antes de cruzarse de brazos y alzar la barbilla, dejando bien claro que no pensaba marcharse de allí.

Con que ésas tenemos...

Dejó caer la bujía encima de la mesa y soltó el trapo de malas maneras. A pesar de eso y de que se acercaba a ella con la mandíbula tensa y mirada furibunda, Sofía se mantuvo impasible, aunque por dentro seguramente temblaba como una hoja. Ángel pasó por su lado y volvió a abrir la puerta, no sin antes coger un palo con forma de gancho que le ayudó a alcanzar la persiana metálica y bajarla de un tirón. Luego lanzó la barra cerca de la pared y cerró la puerta de nuevo, echando el pestillo.

—¿Qué quieres? —preguntó con tono duro mientras se dirigía al fondo del taller hasta un pequeño lavabo donde comenzó a lavarse las manos.

Estaba de espaldas a ella, pero podía escuchar sus pasos acercándose. Se giró y le lanzó una mirada de advertencia para que se detuviera, tratando de tenerla lo más lejos posible. Pero era tan cabezona... No se paró hasta que quedaron escasos dos palmos entre ellos.

—Sofía...

—¿Es verdad que le has pedido salir a Esther? —inquirió claramente enfadada.

Una mueca de diversión se dibujó en su rostro. Las noticias volaban rápido.

—¿Entonces es cierto? —preguntó ella con pasmosa incredulidad.

—Sí, ¿y a ti qué te importa? —repuso él, encogiéndose de hombros.

—Claro que me importa —se hizo la ofendida—. Sobre todo después de que te enrollaras conmigo.

Abrió los ojos como platos. A Sofía le temblaba tanto la voz que no tenía duda alguna de cuánto le estaba costando decirle todo aquello, pero allí estaba. ¿No se suponía que a las chicas les daba vergüenza hacer ese tipo de cosas? Sí, a ella le daba vergüenza, el rubor de sus mejillas no era a causa del enfado, pero daba la impresión de no importarle con tal de dejarle claro lo que sentía. Visto así parecía tan fácil... y, en cambio, no lo era.

Recostó la espalda en el lavabo y apoyó las manos, en una postura chulesca, de indiferencia, la de alguien a quien no le importa nada ni nadie.

—Tú lo has dicho, sólo nos enrollamos —respondió con desgana.

—Y una mierda —espetó ella, sorprendiéndolo de nuevo—. ¿Vas a decirme que te gustó más el pico que le diste a Esther? —recitó en tono burlesco, cruzándose de brazos—. ¿O es que hubo algo más que un pico, tal y como dice ella?

Él se tensó, aunque trató de recomponerse al instante.

—¿Quién coño te crees que eres para pedirme explicaciones? —contraatacó sin embargo.

Por primera vez, Sofía abandonó la actitud guerrera mientras una sombra de tristeza invadía sus ojos negros.

—Por lo que veo, nadie —pronunció con un tono tan monótono que rozaba lo dramático, incluso había dejado caer los brazos a ambos lados de sus costados—. Y tienes razón. Tú no me debes explicaciones, así que yo tampoco te las debo a ti. Ábreme la persiana —añadió antes de girar sobre sus talones, aunque sus palabras dichas sin pensar la hicieron detenerse.

—¿Qué quieres decir con eso?

Sofía volteó la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—Iván me ha pedido salir y le voy a decir que sí.

Sintió que la sangre le hervía. Sofía iba a retomar su camino hacia la salida, pero él le dio un tirón en el brazo que la hizo girarse bruscamente.

—Eso es mentira —farfulló entre dientes—. ¡Pero si Iván es marica!

—No me lo pareció cuando me tocó estar con él en el armario —contestó ella con una sonrisa que insinuaba más de la cuenta, y el velo rojo de rabia que cubrió los ojos de Ángel la hizo tomarla por ambos brazos y sacudirla.

—¿Te liaste con él antes de enrollarte conmigo?

—Machista de mierda —exclamó ella sin amedrentarse, sosteniéndole la mirada—. Tú te liaste con Esther, y mucho debió gustarte para haberle pedido salir.

—¡Sólo fue un pico! —Su grito retumbó en las paredes del taller—. Y voy a salir con ella porque...

—¿Por qué? —exigió saber ante su repentino silencio, mirándolo duramente, implacable—. ¿Porque tiene un buen culo y un buen par de tetas?

—Cállate —le advirtió él, aunque ya debía saber que Sofía no era de las que obedecían.

—Pues que te lo pases bien con ella. —Sacudió de pronto con fuerza los brazos para soltarse de su agarre—. Yo haré lo mismo con quien me plazca. ¡Y ábreme la persiana de una puta vez!

¿Qué? No... No, ella no podía estar con nadie más...

Así que cuando Sofía se giró, él volvió a tirar de ella tan violentamente que casi la hace caer. Pero sus manos se habían convertido en garras alrededor de sus brazos y la estaban aprisionando contra él, impidiendo no sólo que cayera, sino que escapara de su alcance.

—Tú no vas a ningún lado —sentenció antes de tomar su boca en un beso rudo y exigente.

No fue consciente de lo que hacía hasta que el sabor de Sofía atravesó sus sentidos, aunque era la rabia la que trataba de abrirse paso por no ser capaz de dejarla ir... Pero a pesar de la brusquedad de su caricia, Sofía tampoco se retiró. Enredó su lengua con la suya haciéndolo gemir ante la sorpresa y, al mismo tiempo, ante la certeza de que ambos querían lo mismo. Se dejó llevar. Suavizó la invasión de su boca y lentamente soltó sus brazos que seguramente tendrían moratones al haberse comportado como un troglodita con ella, así que pasó las manos por su espalda, estrechándola cuidadosamente.

—Perdóname. Yo...

—Ahora eres tú quien debería callarse —murmuró ella, exigiendo de nuevo su boca.

Creó que iba a volverse loco cuando sus finas manos se hundieron en su cabello. Había soñado con ella tantas veces... La había imaginado de mil formas distintas, así, entre sus brazos, saboreando aquella boca que lo tentaba una y otra vez sin apenas darse cuenta, acariciándola, sintiéndola... Pero no podía ser, no podía hacerle eso, atarla a él y cortarle las alas. Ella merecía mucho más, y él había vivido evitándola, esquivándola, tratando de no perderse...

Supo que había estado a punto de rebasar la línea al verse encerrado con ella en aquel jodido armario. Rozando los diecisiete años, su cuerpo ya era el de una mujer, y el suyo, al borde de los dieciocho, había reaccionado ante sus besos, despertando, aprendiendo de golpe lo que un hombre siente cuando desea a una mujer.

Y ahora...

Volvía a sentir sus curvas ya bien formadas entre sus brazos, sus pechos firmes y redondeados contra su torso, su aliento cálido y dulce en su paladar, y esa voz en forma de tímidos gemidos que penetraba por su oído hasta su mente y su corazón, tan conocida, tan querida, que lo hacía vibrar ante la maravillosa realidad con la que le obsequiaba aquel sonido. Era ella y nadie más; era su Sofía.

Aunque...

—Esto no puede ser. —Trató de apartarse, aunque Sofía se pegó más a él, impidiendo que su boca se separase de la suya más de lo necesario. Y él era débil, un cobarde, pero no quería dejar de besarla.

Y sin embargo, debía... Lo hizo.

—Sofía, yo...

—¿Te gusta Esther más que yo? —exclamó ella de repente con impaciencia, separándose un paso de él—. ¿Es eso? Ya sé que es mucho más guapa y que se ha desarrollado antes que yo pero...

—¿Quieres dejar de nombrarla de una puta vez? —De pronto se sintió como un animal enjaulado entre aquellas cuatro paredes. Tenía que alejarla, hacer que se fuera...

—¿Es que no lo entiendo! —Sofía buscaba su mirada, insistía—. Cuando nos enrollamos el otro día creí que te había gustado. —Su voz comenzó a temblar—. Creí que yo te gustaba.

Quiso asustarla. Su única intención al hacerlo fue asustarla y que se fuera de una vez. Con una larga zancada se puso frente a ella y con las palmas de las manos le tomó el trasero y la apretó fuertemente contra él, su vientre directamente contra su miembro erecto. Se sintió como un cabrón... Frunció los labios y apretó la mandíbula, conteniendo el acceso de rabia que su propia reacción había provocado en él mismo, mientras su corazón comenzaba a prepararse para romperse en mil pedazos cuando el primer atisbo de miedo o de repulsión asomase a los ojos de Sofía. Y después de eso, ella se iría, tenía que hacerlo.

Y cualquier otra chica lo habría hecho, pero su Sofía no.

Percibió una luz extraña que llamaba al peligro en sus ojos, y el arrebol de sus mejillas se hizo más brillante aún, pero no a causa de lo que él acababa de hacer. Sofía dio un paso atrás, sólo uno, y sin apartar aquella mirada oscura de él, cogió con ambas manos el borde de su suéter y se lo quitó.

¿Por qué su mente y su cuerpo no podían ponerse de acuerdo por una puta vez? Por su cerebro, las palabras «no puede ser» daban la señal sonora de alarma, mientras que su entrepierna palpitaba con impaciente insistencia al clavársele los ojos en la puntilla de aquel bien contorneado y lleno sujetador.

—Mierda... —farfulló bajando la cabeza y poniendo los brazos en jarras. Mejor en sus caderas que en las de ella.

—Mírame y dime que no te gusto.

¿Por qué tenía que ser así? ¿Por qué no podía ser como el resto de chicas que se mostraban temerosas de dar el primer paso? Pero antes de reconocer que era él quien estaba aterrado, decidió tomar el camino fácil, el mismo que ella le estaba poniendo en bandeja.

—¿Con cuántos has conseguido acostarte haciendo esto?

No levantó el rostro, no quería mirarla a la cara, aunque fue peor porque pudo ver un par de gotas estrellarse en el suelo de cemento del taller. Dos lágrimas, nada más. Luego el frufú de la tela del suéter mientras se lo colocaba y sus pasos alejándose hacia la salida, y cuyo sonido competía a muerte con los latidos de su propio corazón que martilleaba

dolorosamente contra sus costillas. Pero fue el ruido de la barra de hierro luchando con la persiana el que lo hizo reaccionar, saliendo disparado hacia la puerta. Le arrebató la barra de las manos y la lanzó contra la pared, volviendo a cerrar la puerta con el pestillo. Y ella lo miraba entre lágrimas de desilusión y sueños rotos.

No pudo soportarlo. Un sollozo se abrió paso en su garganta mientras él la abrazaba desesperado por recomponer lo que sabía que había hecho añicos. Y no era sólo el corazón de Sofía, también era el suyo.

Notó cómo su cuerpo comenzaba a reaccionar, tratando de alejarse de él, pero ahora no podía dejarla ir, así que la apretó más contra su pecho.

—No, por favor. Perdóname —murmuró sintiendo sus delicados hombros temblar entre sus brazos—. No lo he dicho en serio.

—¿Por qué, Ángel? ¿Por qué haces esto?

—Porque soy un gilipollas. —Apretó los ojos conteniendo aquellas lágrimas que tanto escocían—. Porque te quiero, pero no soy bueno para ti.

El llanto de Sofía se intensificó y él se sintió perdido.

—Pequeña...

—¿Me quieres? —Hundió su rostro húmedo contra su pecho, y él suspiró. La quería tanto que su ignorante corazón de adolescente estaba seguro de que no se podía querer a nadie con mayor intensidad.

—Sí. —Fue sin embargo su escueta respuesta, porque no era bueno con las palabras, nunca lo fue.

Así que buscó sus labios y luchó porque ese beso fuera capaz de borrar lo imbécil que era. Aunque Sofía no sólo dejó de llorar, sino que se colgó de su cuello y de su boca como si necesitase de su aliento para respirar. Y, esta vez, él no se reprimió, a la mierda con todo, y fue al encuentro de su lengua mientras aquel oscuro taller se llenaba de sus gemidos.

Acabaron en aquella pequeña salita, tumbados en ese roído sofá en el que apenas cabían de lado. Los cubrió a ambos con una manta mientras Sofía no se perdía ni uno de sus movimientos. Dios, era tan guapa. Con el pulgar secó las últimas reminiscencias de las lágrimas que había derramado por su culpa y luego quiso borrarlas definitivamente con dulces besos en su mejilla, pero Sofía giró el rostro y reclamó sus labios.

Era cálida, dulce, y sabía tan bien... Siempre le había dado asco sentir la saliva de las chicas que había besado, sus lenguas torpes y rugosas... pero la de Sofía era suave y sabía a miel, y cada una de sus húmedas caricias contra la suya mandaba escalofríos por todo su cuerpo y que terminaban concentrándose en el mismo punto. Jamás había estado tan excitado en toda su vida, ni con las películas porno que Juancar le prestaba y que, según él, eran una puta pasada. No, nada se comparaba a la sensación que experimentaba teniendo el cuerpo de Sofía tan cerca.

Desde su espalda, hizo resbalar la mano hasta su trasero y luego por su muslo hasta la rodilla. Entonces le cogió la pierna y la pasó por encima de su cadera... Sus bocas se separaron al escapar sendos gemidos de sus gargantas cuando sus sexos se encontraron y sus ojos se buscaron mutuamente como si leer en ellos les hiciese entender lo sucedido.

¿Cómo se explica esa primera oleada de placer que provocan los torpes movimientos de dos cuerpos al rozarse íntimamente aun por encima de la ropa? El sabor de lo prohibido, de lo desconocido, de la excitación que en forma de cálido hormigueo los recorría por entero.

Él fue el primero en quitarse el suéter, siguiéndole el de Sofía. El calor de sus pieles

los sorprendió a ambos, pero los obligó a unirse y a buscarse con caricias tímidas, propias de la inexperiencia. Aun así sentían aquel lánguido abandono que encerraba el sentido común en el cajón más recóndito y profundo, y que dejaba vía libre a las mágicas sensaciones que sus labios, sus manos, sus cuerpos, eran capaces de provocar y experimentar.

Sofía volvió a clavar sus ojos en los suyos, una mirada que se tornaba lánguida cada vez que la apretaba contra él, en aquel juego de ingenua sensualidad, pero una inquietud se iba alzando más y más en su mirada oscura y, aunque no habló, a Ángel no le hacía falta porque aquella negrura tenía voz propia...

*¿Es algo malo estremecerme así cada vez que me acaricias?*

Él volvía a rozar levemente su piel como respuesta...

*No... No es nada malo, pequeña...*

*Y esta flojedad en las piernas... Me siento flotar a pesar de estar aprisionada contra tu pecho...*

Él se apretaba más a ella, queriendo que sus cuerpos se fundieran...

*Volemos juntos...*

*Y esta descarga en mi vientre cada vez que nuestros cuerpos se encuentran, la humedad que noto entre las piernas... Ángel...*

Y él acrecentaba el movimiento de sus caderas...

*Seguro que lo peor de todo es que no quiero que pares... Por favor, Ángel, no pares...*

*Yo tampoco quiero parar...*

La mano de Ángel se deslizó por su pecho, bajando hasta la unión de sus cuerpos, y su mirada bicolor en forma de plegaria se clavó en sus oscuras pupilas cuando comenzó a jugar con el botón de sus vaqueros. Ella cerró los ojos con fuerza y lo besó, rezando porque entendiera su respuesta y porque no volviera a pedirle ninguna más. No quería pensar, sólo quería seguir sintiéndose así, como nunca se había sentido, y habiéndose cumplido su sueño al ser Ángel quien estuviera bajándole la cremallera y, tras ella, el pantalón.

El miedo asomó en forma de respingo cuando los dedos de Ángel se deslizaron entre sus braguitas hasta su intimidad. Lo miró con los ojos muy abiertos mientras luchaba por llenar de aire sus pulmones, aunque él no dejaba de acariciarla... Pero aquel fuego, aquel ardor... ¿Estaba bien? ¿Debía huir de él?

—¿Te hago daño? —le preguntó él con voz temblorosa y ronca.

Sofía no podía hablar así que negó con la cabeza.

—¿Te gusta? —le cuestionó ahora, como si realmente quisiese, necesitase saberlo, así que ella susurró un tímido «sí» que quedó ahogado en un jadeo cuando Ángel hundió sus dedos un poco más.

—Ángel...

—Quiero hacerlo contigo, pero sólo si tú...

—Sí —asintió ella enlazando los dedos de sus manos por detrás de la nuca de Ángel, agarrándose a él, necesitaba sentirse segura ante aquel torbellino desconocido en el que se iban a sumergir, lleno de miedo, temores, placer y dolor, y Ángel deslizó su otro brazo entre el asiento y el costado de Sofía para poder abrazarla, sostenerla, y sostenerse él.

El pantalón y las braguitas de Sofía acabaron en la otra punta del sofá sin que Ángel dejase de acariciarla y, envalentonada a causa de aquella nebulosa placentera que le embotaba los sentidos y la razón, buscó el cierre del pantalón de Ángel para bajarlo y poder

meter su mano y tocarlo a él, primero por encima del calzoncillo... y luego por debajo.

A Ángel pareció gustarle pues se apretó contra sus dedos, y aunque ella no sabía lo que estaba haciendo, la animó el hecho de que él moviera las caderas buscando su tacto.

—No, así no. —Le escuchó decir de repente entre dientes, y antes de que ella pudiera cuestionarle por qué se movía para alejarse del alcance de su mano, sintió cómo Ángel introducía lentamente un dedo dentro de ella, y provocándole con su invasión una cálida sacudida en el vientre que la asustó.

—Ángel... —susurró ella, agarrándose de sus hombros con tanta fuerza que llegó a clavarle las uñas.

—Shhh, tranquila —murmuró sobre su boca—. Sólo dime si te gusta.

El dedo de Ángel comenzó a recorrerla, muy despacio, acariciando su interior, mientras el pulgar volvía a buscar aquel brote en el que parecían concentrarse todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo.

—¿Te gusta? —volvió a repetirle con aquella voz ronca que reverberaba en su interior haciéndola temblar.

Aunque no podía abrir los ojos sobrepasada por todo lo que estaba sintiendo, notó su mirada bicolor sobre ella, así que asintió, mientras una ola de placer nacía de entre los dedos de Ángel y se extendía por su vientre. Se mordió el labio en un acto reflejo producto del temor y que él pareció entender porque comenzó a besar y lamer suavemente las marcas que había dejado en su piel con los dientes.

—No te asustes —respiró en su boca—. Déjalo ir.

Y le decía aquello mientras sus caricias se hacían un poco más rápidas y profundas. Explotó. De pronto sintió que todo su ser se derramaba en olas concéntricas de placer mientras el primer orgasmo de su vida la sorprendía, lanzándola más allá de los confines de todo lo imaginable.

Y Ángel lo supo al sentir que sus caderas se sacudían en busca de su contacto, haciendo que su propia excitación rozase la línea de no retorno y que se vio cruzada al notar la suave humedad de su placer extenderse en la palma de su mano.

No pudo esperar más. Terminó de bajarse los vaqueros y los calzoncillos y se colocó sobre ella, y aunque Sofía aún seguía en esa nebulosa que apenas comenzaba a disolverse, asintió a la pregunta muda que aquella mirada parda y verdosa le hacía en silencio. Ángel apretó los dientes a la vez que se clavaba en ella como una flecha, y Sofía no pudo ahogar el grito que escapó de su garganta al sentir cómo el dolor la traspasaba, aunque era algo que ya esperaba al haberle hablado alguna que otra amiga sobre eso. Lo que nunca esperó fue lo que escuchó a continuación, mientras Ángel se abría paso más profundamente en su cuerpo, por completo.

—Ahora eres mía.

Y un par de lágrimas adornaron el sollozo que él atrapó de entre sus labios.

—Lo siento, pequeña.

Pero ella negó rápidamente con la cabeza, porque no era el dolor físico lo que había provocado sus lágrimas, fue saberse de él, que la considerase suya.

—Pequeña... —le repitió asustado, porque no entendía lo que estaba sintiendo en ese momento. ¿Y cómo explicárselo si ni ella misma lo comprendía?

—Te quiero, Ángel —le dijo en un susurro y él suspiró profundamente antes de atrapar su boca con la suya.

Quiso creer que el dolor había pasado, así que comenzó a moverse lentamente dentro de ella. Dios... Era una sensación indescriptible sentirla rodeándolo, su calor,

recorrer toda su suavidad una y otra vez mientras ella buscaba sus labios e iba a su encuentro. Movimientos atolondrados, ingenuos y torpes... a ninguno de los dos le importaba. Se sentían, se entregaban, y juntos se convertían en adultos, en un hombre y una mujer que jugaban a lo que los mayores llamaban «pertenerse».

Se separó un instante de su boca y la observó. Los ojos cerrados; la boca entreabierta; las mejillas sonrosadas... era preciosa y era suya, para siempre. De pronto, ella abrió los ojos de par en par, y lo miró entre sorprendida e incrédula, mientras su nombre salía de entre sus labios trémulos...

*Ángel, yo...*

Pero él sonrió. ¿Y por qué no? Que su primera vez fuera perfecta sólo confirmaba que estaban hechos el uno para el otro, así que aceleró el ritmo de sus caderas en un intento de unirse a ella. Instantes después notó cómo Sofía se estrechaba a su alrededor... Y se perdieron. Perdieron la noción del tiempo, el control sobre su cuerpo y sobre el universo entero, y se vieron absorbidos por el placer que explotaba desde sus centros y que los envolvía por completo.

Ángel se derrumbó sobre ella mientras aún palpitaban sus cuerpos unidos, y no fue hasta que recuperaron el aliento que él comenzó a salir lentamente. Lanzando una fugaz mirada hacia abajo, se levantó y fue en busca de una toalla para, al volver, tumbarse de nuevo al lado de Sofía y comenzar a limpiarle de los muslos la sangre de su virginidad.

—He manchado el sofá —murmuró ella demasiado seria.

—Después lo lavaré. Es viejo. No te preocupes por eso —añadió mientras continuaba afanosamente con la tarea, con una inquietud en su rostro que llenó a Sofía de temor.

—Ángel...

—No hemos usado condón —dijo por fin.

—Me tiene que venir la regla en dos o tres días —respondió en un tono bastante más tranquilo de lo que él podía comprender—. Nos dieron una charla de educación sexual hace poco en el instituto. No voy a quedarme embarazada —agregó en vista de su mohín disconforme, y el suave beso que le dio debió terminar de convencerle porque él le devolvió una sonrisa.

—¿Te ha gustado? —preguntó con tono travieso mientras los cubría bien con la manta a los dos.

—Sabes que sí. —Le dio un golpe en el hombro como castigo por ser tan presumido. No había hecho más que preguntárselo una y otra vez.

—¿Y cómo quieres que lo sepa? —se hizo el dolido, restregándose la zona del golpe.

—Pues porque ya sabías lo que hay que hacer —alegó, haciéndole una mueca burlesca. Pero él no sonrió, y fijaba la vista en una hebra de la manta con la que empezó a jugar—. Ángel —pronunció su nombre a modo de pregunta mientras le giraba la cara para que la mirara. Lo hizo, y ella intentó leer en sus ojos lo que él no parecía querer decirle con palabras. Su ojo pardo se había oscurecido y el verde brillaba más de lo normal, y ella supo leer muy bien lo que aquello significaba: vergüenza y liberación. Vergüenza por haberle hecho creer la mentira, y liberación por haberle hecho saber la verdad—. Pero yo he oído hablar a algunas chicas del barrio... Sé que has salido con ellas...

—Nunca ha pasado nada —le aclaró por fin, pero la cara de Sofía hablaba por sí sola—. No me crees.

—No es que no te crea, te creo. —No quiso que quedasen dudas—. Es más bien que

no entiendo por qué no...

Ángel se incorporó ligeramente, apoyó el codo en el sofá y la cara sobre la palma de la mano, mientras con la otra le apartaba un mechón de pelo y se lo colocaba detrás de la oreja.

—Tú tampoco lo habías hecho con nadie.

Ahora fue ella la que apartó la mirada, se tumbó completamente con la vista fija en el techo y se cruzó de brazos.

—Mírame, pequeña...

—Quería que tú fueras el primero, ¿vale? —replicó a la defensiva, lanzándole una mirada fugaz a la vez que acusatoria.

—Y yo quería que tú fueras la primera —contestó él aunque en un tono mucho más suave, tanto que ella temió malinterpretarlo. Así que lo miró de frente para verlo asentir. El ardor de una lágrima furtiva recorrió su mejilla, pero antes de poder girar la cara para que él no la viera, Ángel la tomó por la nuca y la besó—. Te quiero desde que tengo uso de razón. Siempre has estado ahí. Siempre has sido tú.

—Entonces, ¿por qué siempre te has empeñado en demostrarme lo contrario? —preguntó con voz temblorosa.

—Porque sé que no soy bueno para ti. Soy un bueno para nada —dijo las palabras que ella siempre odiaba escuchar de sus labios.

—Eso no es verdad —respondió firmemente convencida—. Tal vez no te va eso de estudiar, pero eres bueno con los coches y las motos.

—Mereces algo más que un simple mecánico. —Hizo un mohín de disgusto.

—Yo sólo te quiero a ti, y sé que tú a mí, así que ya no puedes dar marcha atrás —anunció con tono despreocupado. Sin embargo, sus ojos decían mucho más que su boca.

Le habría encantado decirle que no podría dar marcha atrás ni aunque lo intentara pero, como siempre, no fue capaz. Se inclinó sobre ella y la besó con ternura.

—Además te vas a convertir en un famoso cantante de rock.

La carcajada que soltó Ángel resonó en la pequeña salita, pero ella entrelazó sus dedos con los suyos.

—Verás cómo sí —sentenció.

—¿Y no te pondrás celosa viéndome rodeada de tantas fans? —bromeó queriendo seguirle el juego.

—Ya se me ocurrirá algún truquito para hacerme ver entre todas ellas. —Alzó las cejas haciéndose la interesante.

—¿Y cómo sería eso? —Apoyó la barbilla sobre los nudillos mostrando gran curiosidad.

—¿Cómo suele ir la gente vestida a un concierto de rock?

—No sé —le sorprendió la pregunta—. ¿De negro tal vez?

—Exacto, así que yo iría vestida de blanco, de pies a cabeza.

Ángel comenzó a reírse con más ganas incluso que antes.

—Seguro que así sabrías hacia dónde tienes que mirar...

Durante mucho tiempo Ángel creyó que ella sería su luz en el horizonte, aquel faro que lo guiaría en la distancia, en la oscuridad...

Y ella deseaba tanto serlo, lo habría sido si él no hubiera cerrado los ojos, apartando la vista de ella, alejándose de su norte para siempre...

*¿Por qué? ¿Por qué te fuiste, Ángel?*

En la penumbra de su habitación, Sofía reprimía las lágrimas contra la almohada,

intentando no caer en el abismo. Llorar no le permitía pensar, y necesitaba hacerlo para comprender aquella vorágine de sensaciones que la aturdiría...

Volver a ver a Ángel, tocarlo, besarlo, sentirlo... había abierto aquel pozo oscuro donde quiso desterrar sus recuerdos que sólo le hablaban de un amor malogrado, de un sueño que no se pudo cumplir. Pero, aquella tarde, su primera vez... eso no podría olvidarlo ni aunque pasaran cien años. Y Ángel seguía siendo el mismo de aquel día, su corazón así se lo decía.

Se tocó los labios con la punta de los dedos y cerró los ojos con fuerza... Aún podía sentir los de Ángel sobre los suyos, su sabor en su boca y que el whisky no había podido opacar. Pero sus palabras también retumbaban en sus oídos, aunque lo que más la martirizaba era el recuerdo de su mirada que las negaba.

Porque Ángel le había dicho adiós, pero sus ojos brillaban de rabia y culpa por haberlo hecho, y casi podía asegurar que estuvieron a punto de gritarle que no se fuera.

*¿Por qué, Ángel?*

¿Por qué ese beso no sabía a despedida? ¿Por qué no le dijo simplemente que no la quería? ¿Y por qué ella había hecho caso a sus palabras y se había marchado?

*Adiós, pequeña...*

No, no era eso lo que sus besos, su cuerpo, o sus ojos le decían...

Pero entonces, *¿por qué?*

♫ *capítulo diez* ♫



Al día siguiente, Sofía se despertó un poco más tarde de lo normal, era lo bueno de los domingos, y cuando fue a la habitación de su madre, estaba entretenida viendo la televisión.

La recibió con una sonrisa. Sofía se sentó en la cama, cerca de ella, y Merche le tomó al instante la mano a su hija.

—¿Cómo estás? —preguntó, aunque viendo las sombras debajo de sus ojos era fácil adivinarlo.

—Regular —respondió con una sonrisa triste.

—¿Lo viste? —demandó con cautela, sin pretender forzarla a contarle más de lo que ella quisiera decirle.

—Sí, incluso hablé con él. —Su voz pareció animarse, aunque sólo fue un instante. —Pero no entiendo qué le pasa.

—¿Ha cambiado mucho? —supuso.

—No —negó con la cabeza—. Aunque él se empeñó en que lo creyera. Detrás de esa fachada de artista famoso, de hombre de mundo, sigue siendo el chico sencillo que conocí hace tantos años.

—¿Hablasteis de vosotros? —cuestionó con prudencia y Sofía asintió varias veces.

—Sería una forma de decirlo —dudó después. —Pero estoy segura de que no fue sincero.

Merche suspiró hondamente.

—Lo conozco mamá, y sé que no fue sincero —se defendió.

—Está bien —le concedió ella—. No puedo evitar preocuparme por ti.

—Lo sé, mamá. —Sofía le sonrió, cubriendo ahora entre sus dos manos la de su madre.

—Siempre has sido una niña muy valiente, resuelta, dispuesta a luchar por lo que quieres, aunque me temo que eso no te libra de que sufras mientras lo consigues. —Le acarició la barbilla con la otra mano—. Sé que seguirás adelante si crees que vale la pena, pero no quiero que te hagan daño.

Sofía sonrió de nuevo y se inclinó para besar su mejilla.

—Vamos a desayunar, ¿quieres?

Durante toda la mañana, las palabras que le dijo su madre le rondaban la cabeza. Ella tampoco quería sufrir más, y si Ángel se empeñaba en apartarla de su vida, tal vez era el momento de aceptarlo de una vez. Sin saber muy bien qué decirles, les mandó un mensaje a Vanessa y Diana poco antes de la comida, pero no debió ser muy convincente pues se presentaron en su casa cuando apenas estaban terminando con el postre.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó asombrada al verlas a las dos al abrir la puerta,

aunque iban acompañadas de Alejandro.

—Hola, Sofía —la saludó el pequeño con tono risueño.

—¿Nos dejas pasar o nos sacas el café al rellano? —protestó Vanessa haciendo una mueca.

—Sí, claro, pasad. —Se apartó rápidamente de la entrada.

Antes de cerrar, recibió otra mirada de desaprobación por parte de Diana, quien siguió a Vanessa hasta la salita. Sofía fue tras ellas y comenzó a retirar rápidamente los platos mientras sus amigas saludaban a su madre y Alejandro se dejaba achuchar por ella.

—Hija, id al comedor —le dijo su madre, lanzándole una mirada de complicidad cuando volvió de la cocina—. Yo me quedo con este bombón —añadió, apretando contra su pecho al pequeño que no paraba de reírse.

—El bombón se va a portar bien o me lo comeré con el café. —Sonrió Vanessa, aunque le levantó un dedo a su hijo como señal de advertencia.

Tanto ella como Diana fueron al comedor y Sofía no tardó en llegar con la bandeja.

—No os esperaba —confesó comenzando a servir.

—¿En serio? —recitó Vanessa con ironía, fingiendo hacerse la sorprendida—. Pues no sé lo que sí esperabas después de ese «Hablé con él, pero no sabría cómo definir lo que pasó. Ya os contaré». ¿Qué mierda de mensaje es ése?

Sofía resopló mirándola de reojo mientras se echaba el azúcar en la taza.

—Yo tampoco pude sonsacarte nada anoche, aunque tu cara era un poema. —Diana miró a Vanessa, secundándola—. ¿Qué pasó, Sofía?

—Pasó que me besó —soltó de sopetón, refugiándose con rapidez en la taza de café.

—¿Qué? —exclamaron sus amigas al unísono—. ¿Y eso es algo difícil de definir para ti? —espetó Vanessa.

—Y justo después, me pidió que me fuera. —Sofía arrugó los labios y dejó la taza para cruzarse de brazos.

—¿Cómo?

Sofía alzó las cejas en plan «os lo dije».

—¿Y si empezas desde el principio? —le pidió Diana.

—Pero, esta vez, con pelos y señales —le advirtió Vanessa.

Sofía obedeció, y les narró todo lo ocurrido desde que llegó a la sala, su charla con el manager y lo sucedido con Ángel, incluido su «adiós, pequeña».

—Adiós y una mierda —espetó Vanessa—. ¿Te da un morreo de esos que hacen que se te caigan las bragas y luego te dice adiós? ¡Pero si casi os ponéis a follar allí mismo!

—¡Baja la voz! —le pidió Sofía agitando las manos con nerviosismo—. Y no hubiéramos follado allí mismo —declaró con voz trémula, demasiado.

—¿Había baño en la sala VIP? —se mofó Diana.

—¿Tú también? —Sofía se hizo la ofendida.

—¡Venga, ya! —se rió su amiga—. Está claro que entre vosotros sigue habiendo algo.

—Aunque sean las ganas de quitaros la ropa en cuanto os veis —pronunció Vanessa con picardía, mirando a Sofía por encima de la taza de café que se llevaba a los labios. Diana no pudo evitar reírse ante su comentario, por lo que ambas recibieron una mirada matadora por parte de su amiga—. Sabes que estoy bromeando —rezongó Vanessa, dejando de nuevo la taza en el platillo—. Sin embargo, Diana tiene razón. Reconozco que no entiendo qué le pasa a ese tío pero, tras lo sucedido anoche, no puedes llegar a la conclusión de que todo ha acabado entre vosotros.

—¿Y a qué conclusión debería llegar? —Se cruzó de nuevo de brazos, haciendo un mohín—. Si quiere follar con alguien, que se tire a alguna de sus fans, que más de una habrá dispuesta.

—Después de lo que vivisteis, no creo que sólo sea eso —dijo Diana, y tanto Vanessa como Sofía la miraron asombrada—. A ver... —vaciló, comenzando a jugar con la servilleta—. Sí, he sido testigo de lo mal que lo has pasado estos trece años y, cuando lo pienso, sólo tengo ganas de encontrármelo para cortarle las pelotas.

—Joder, Diana... —murmuró Vanessa.

—Tú deberías estar de acuerdo conmigo en que todos los hombres son unos mierdas —la acusó, y su amiga asintió, aunque la miró como si supiera que había un «pero»...

—No puedo creer que, por una vez, no vayas a meter a Ángel en el mismo saco —añadió entonces Sofía, con incredulidad.

—Es que también conozco vuestra historia, cuando jugabais al gato y al ratón, y el tiempo que estuvisteis juntos —le aclaró Diana, aunque se notaba que le costaba reconocerlo—. Jamás he visto un tío tan colgado por alguien como él lo estaba por ti. Después de que empezara a salir... —De pronto, un recuerdo acudió a su memoria—. Tú es que te perdiste el pollo que le montó Esther cuando la dejó por ti, y cómo te defendió él.

—¿Cómo es eso? —Vanessa se inclinó sobre la mesa, cruzando los dedos de las manos, dando a entender su gran interés por el tema.

Diana miró a Sofía, esperando, por si prefería contarle ella aquel episodio.

—Al parecer, yo le gustaba a Ángel...

—Te quería —Diana le obligó a rectificar—. Ángel te quería.

Sofía resopló, poniendo los ojos en blanco aunque continuó.

—Pero no quería salir conmigo por no sé qué gilipolces, así que le pidió salir a otra chica.

—La tal Esther —dijo Vanessa para asegurarse de que no se perdía detalle, y Sofía asintió—. ¿Y cómo conseguiste que la dejara por ti? —preguntó con curiosidad, y una sonrisa pícaro se dibujó en los labios de su amiga.

—No me jodas —se echó a reír—. Mira la mosquita muerta —añadió señalándola con el pulgar mientras miraba a Diana.

—Y no sabes la que le montó la tipa a Ángel cuando se enteró de que cortaba con ella para salir con Sofía —agregó en tono divertido.

—Deduzco que ya no sois amigas, ¿no? —se cachondeó Vanessa—. Pero ¿qué pasó? —preguntó con impaciencia.

—Esther la llamó de todo menos bonita. —Su amiga sacudió la cabeza, apuntando hacia Sofía—. Creo que puta fue lo más suave.

—Estúpida...

—Creo que nunca había visto a Ángel tan enfadado. —La mirada de Diana se perdió unos segundos en aquel recuerdo—. Ángel siempre tuvo fama de macarra. Juancar y él eran los cabecillas del grupo, y le bastaba lanzar una de sus miradas asesinas para acojonar al más pintado. Esther no hacía más que despotricar y escupir veneno por la boca, así que él se le acercó, casi tocando su frente con la suya, y levantó la mano. —Diana suspiró—. No le pegó, no le creo capaz de pegarle a una mujer, pero mantuvo aquella mano amenazante en alto durante unos segundos, conteniendo su rabia, y luego murmuró con voz ronca, profunda, casi de ultratumba: «Nadie habla mal de mi chica, ¿está claro?». Esther no se meó en las bragas de milagro —concluyó, llevándose la taza de café a la boca.

—Jo... der...

—Se te cae la baba. —Diana le tocó la barbilla a Vanessa, bromeando.  
—Perdona, pero por un tío así, se me cae algo más que la baba —replicó, haciéndose la digna, aunque el comentario fuese para todo lo contrario, así que sus dos amigas comenzaron a reírse—. Pues tú no te rías tanto —le reprochó a Sofía—. ¿No crees que valga la pena luchar por un hombre así?

—Tal vez ese hombre ya no existe —replicó seriamente ahora.

—Pero...

—Tú dices que me quería. —Apuntó hacia Diana—. Tiempo pasado. Y cuando anoche le pregunté...

—No te contestó —le recordó, interrumpiéndola. —Y luego, te besó.

—Tras lo que me dijo adiós —protestó contrariada.

—¿Y ya está? —intervino ahora Vanessa—. ¿Trece años esperando para darte por vencida, así? Sobre todo cuando te está dando razones para no hacerlo.

—¿Qué razones? —exclamó Sofía—. Que me besase no significa...

—Se lo pusiste a huevo, Sofía. —Sacudió las manos, exasperada—. Le preguntaste en su puñetera cara si te había querido, si aún te quería, y no fue capaz de decir que no.

—Eso no fue exactamente lo que yo...

—No me jodas, Sofía —saltó su amiga—. Lo más fácil era decir que no, así todo habría terminado entre vosotros. Fin del problema. Pero lo difícil para él es admitir que sí, aún no tengo ni puta idea de por qué, pero lo que sí sé es que no te pudo mentir, por eso se calló.

Sofía observó durante unos instantes a su amiga, en silencio. Luego se sirvió otro café y tomó la taza, haciendo repiquetear los dedos en ella antes de llevársela a la boca.

—¿Tú también lo crees? —le preguntó luego a Diana.

—¿Y tú? —la retó—. Estás cien por cien segura de que no te quiere. Sinceramente —añadió antes de que le contestara.

—No —espetó, sin tener más remedio que reconocerlo.

—Y tú todavía lo quieres, ¿no?

Sofía le lanzó una mirada amohinada como respuesta.

—¿Y no crees que vale la pena averiguar de una puñetera vez qué narices le pasa? Sácale la verdad a hostias si es necesario.

Vanessa se echó a reír tras ese comentario.

—Yo no estoy de acuerdo con la violencia pero, en este caso, creo que podría hacer una excepción.

Sofía dejó la taza y se apoyó en el respaldo de la silla, suspirando con resignación.

—¿Creéis que debería volver a buscarlo?

—¿Y por qué no? —Diana se encogió de hombros.

—Porque no quiero hacer el ridículo —respondió de mala manera, como si fuera lo más sencillo de ver.

—¿Ridículo? —Vanessa soltó una falsa carcajada tiznada de ironía—. Chata, en cuanto supiste que Ángel era el cantante de Extrarradio, te faltó tiempo para ir a la discográfica y tratar de localizarlo, y anoche mismo te presentaste en el Boccanera sin saber si el tal Toni sólo pretendía tomarte el pelo.

—Ya... —Se mordió el labio.

—Lo estás deseando. —Diana dio un bufido de hastío, y Vanessa se hinchó a reír mientras Sofía las fulminaba con la mirada—. Toni te dijo que lo llamaras si necesitabas algo, incluso te dio a entender que tendrías pase libre en el hotel...

—Aunque yo tengo una solución mucho más divertida —dijo Vanessa echándose hacia atrás en la silla, y cruzando las manos sobre su regazo, como si se regodeara de algo que sus amigas desconocían.

—¿Qué has hecho? —Diana la miró llena de desconfianza.

—Vosotras no oís mucho la radio, ¿no? —se mofó de repente.

—¿A qué viene eso? —Ambas la miraron con extrañeza.

—Bueno —empezó a decir mirándose las uñas, haciéndose la interesante—. Esta mañana, en la 97.7, han hecho un concurso donde repartían entradas para ir a un *unplugged*. Aunque, la primera persona que llamase y contestase algunas preguntas, además de las entradas para ella y dos personas más —Alzó las cejas varias veces para recalcar el dato—, podrían pasar el día completo con ellos. El sábado van a organizar una firma de discos en un centro comercial y, después de eso, los ganadores se unirían a su séquito. Irían a un bonito restaurante a comer, entrarían a la prueba de sonido y tendrían un pase VIP para el *unplugged* de esa misma noche.

Sofía y Diana compartieron miradas a mitad camino entre el temor y la estupefacción.

—Vanessa...

—Me duele este dedo de darle todo el rato a «rellamada» —refunfuñó mientras alzaba el dedo índice.

—Vanessa, ¿no querrás decir que...?

—No hagáis planes para este sábado, preciosas —anunció con notable satisfacción.

Mientras Diana rompía a reír, Sofía seguía con la boca abierta.

—Estás de coña, ¿no?

Vanessa se limitó a negar con mirada perversa.

—Pero ¿te has vuelto loca? —exclamó cabreada, y todo el entusiasmo de Vanessa se esfumó.

—No hace falta que me des las gracias. —Se encogió de hombros, mirando de reojo a Diana un tanto decepcionada por la reacción de su otra amiga.

—¿Las gracias? —repitió Sofía aún más enfadada—. ¿Es que te he pedido yo esto?

—Claro que no —espetó Vanessa quien también empezaba a molestarse por la actitud de su amiga—. Pero sí lo he hecho por ti. Anoche, no sabíamos si podrías hablar con Ángel, y esta mañana, al no tener noticias tuyas, creí que no lo habrías conseguido. Me pareció una buena opción para que pudieras estar con él.

Sofía tragó saliva mientras un gran sentimiento de culpa se le anudaba en la garganta. Sin duda, tenía las mejores amigas del mundo. El comedor seguía en silencio. Diana miraba a una y otra, sin saber muy bien cómo reaccionar, y Vanessa estaba cabizbaja, entristecida por su arranque. Entonces, Sofía se levantó, fue hacia a ella y la abrazó.

—Lo siento —le dijo, arrodillándose para quedar a su altura—. Siento ser una puñetera desagradecida. Sé que lo has hecho por mí y te lo agradezco de corazón.

—Entonces, ¿no estás enfadada? —quiso asegurarse.

—No, cariño. —Le sonrió ella, poniendo una mano sobre su hombro, y buscando con la otra la de Diana—. Al contrario, y soy muy afortunada al teneros como amigas.

Ambas sonrieron ante sus palabras, y Sofía le dio un beso a cada una antes de volver a su sitio.

—Perdonad mi reacción, pero es que... —Apoyó la frente sobre su mano, rascándose las cejas—. ¿En serio has ganado un concurso de la radio?

—¡Sí! —exclamó Vanessa, recuperando su entusiasmo.

—¿Y qué había que hacer para ganar? —intervino por fin Diana.

—Nada. —Agitó su mano como si aquello fuera una nimiedad—. Sólo decir los nombres y apellidos de los tres, fecha de nacimiento y de dónde son.

Tanto Diana como Sofía la miraron pasmadas.

—Ahora mismo me pinchan y no me sacan ni gota de sangre —murmuró Diana por lo bajo.

—A ver, ¿tú no habrías sabido contestar? —Vanessa le preguntó a Sofía, tratando de defenderse.

—Bueno... sí.

—Te interesa el grupo por Ángel, ¿no? —razonó—. Pues a mí me interesa, por tu culpa... Y porque cantan de puta madre y están para comérselos, con todos mis respetos.

Las tres amigas se echaron a reír al unísono.

—No, si te sabrás las canciones y todo. —Diana no salía de su asombro.

—Al dedillo —respondió, orgullosa de tal proeza—. ¿Es que...? —titubeó. Ahora caía en la cuenta de que nunca hablaban del grupo, ni de la faceta de Ángel como cantante. Él sólo era el amor de Sofía, el que se marchó sin despedirse tantos años atrás—. Bueno, ¿a ti no te gusta su música?

—Yo soy a la que le cae mal Ángel, ¿recuerdas? —se echó a reír—. Estoy muy enfadada con él como para prestarle tanta atención.

—A veces creo que eres un poquito injusta con él. —Como siempre, Vanessa salía en su defensa—. Pero, en cualquier caso, sus canciones son geniales. Me las sé todas y, en cuanto suena la batería de Darío, ya sé qué tema es.

—Así que Darío —repitió Sofía con una sonrisa llena de picardía y diversión.

—Es que está cachas, como a mí me gustan —dijo en tono travieso mientras se mordía la uña del dedo índice, y Diana resopló.

—A ver que me aclare, ¿el premio era para Sofía o para ti? —bromeó, y Vanessa le sacó la lengua como respuesta.

—Aunque te digo una cosa. —Levantó un dedo para que constara en acta—. Si se pone a tiro... vamos.

—Increíble —murmuró Diana, negando con la cabeza.

—Creo que a ti también te vendría bien follar de vez en cuando. —Le dio un codazo en un gesto de complicidad.

—¡Vade retro Satanás! —exclamó su amiga, haciendo una cruz con sus dos dedos índices—. Yo paso de los hombres. —Sacudió la mano, como si estuviera apartando un moscón, y volvió la atención a su café.

Ninguna de sus dos amigas dijo nada al respecto. Que tu novio de toda la vida te deje plantada en el altar no ocurre sólo en los culebrones. Diana lo había sufrido en sus propias carnes y fue un golpe tan duro que no sabía si alguna vez lo superaría.

—Perdona, bonita. —Vanessa colocó las puntas de los dedos en su pecho y estiró el cuello, parodiando lo que sería una postura refinada—. Yo también paso de los hombres pero, aunque las dos seamos anti-amor, yo no he hecho voto de castidad como tú, y aquí, la menda, tiene sus necesidades.

—Yo no he hecho voto de castidad —puntualizó Diana—. Es sólo que no me van los rollos de una noche. No soy capaz de irme a una discoteca, conocer a un tío e irme a la cama con él a las pocas horas. Llamadme anticuada, pero no va conmigo.

—Bendita tú que aún puedes esperar a tu príncipe azul —bromeó Vanessa, aunque

era imposible no percibir aquella sombra de tristeza de sus ojos claros.

—Tú también puedes encontrarlo. —Sofía trató de animarla.

—Mira. —Señaló con el pulgar por encima de su hombro—. ¿Has visto la fila de hombres que tengo detrás de mí? Soy madre soltera, chicas, y muy consciente de que el amor no es para mí —dijo con resignación y la mirada perdida—. Aunque eso no significa que, de vez en cuando, me dé una alegría para el cuerpo —exclamó, como si todo su ánimo hubiese regresado a ella de repente.

—Vaya grupito de tres estamos hechas —suspiró Sofía, mirando a sus dos amigas.

—Por nosotras no te preocupes. —Diana le dio una palmadita en la espalda—. Tú dedícate a pensar en este sábado.

—Menudo papelón. —Resopló, echándose luego a reír de puro nerviosismo.

—¿Papelón? Ninguno —replicó Vanessa con energías renovadas—. Si yo fuera tú, me plantaba en la firma de discos con todos los compactos para que me los dedicase, uno a uno.

Ni Sofía ni Diana pudieron evitar reírse.

—¿Te imaginas? —dijo esta última.

—Y no le hagas ni caso en todo el día, pasa de él, ni lo mires —continuó—. Y al final de la noche, cuando esté más confiado, le das la estocada final.

—¿Macchiavello era tu tatarabuelo? —bromeó Sofía, aunque por dentro un repentino escalofrío a modo de presagio la recorrió de arriba abajo.

Ésa sería la última vez que volvería a buscarlo, una única carta a todo o nada. Y sería definitivo.

—

♪ *capítulo once* ♪



Ángel dejó la guitarra encima de la cama. Cogió la partitura donde había estado haciendo anotaciones durante las últimas dos horas y se levantó, comenzando a deambular por la habitación mientras repasaba la melodía y la letra mentalmente.

Era el cuarto tema que componía en esa semana. Sofía siempre fue su musa, para bien o para mal. Le bastaba pensar en ella, recordarla, lo que vivieron juntos, o lo que no, para comenzar a escribir, aunque aquello derivase en textos llenos de desesperanza y agonía. Pero haberla vuelto a ver, tocarla, sentirla, saborearla... su mente volaba sin control desde entonces, y nuevas melodías resonaban contra su cráneo, demasiado insistentes como para ignorarlas.

Se acercó a la mesa, tomó el lápiz que se había colocado sobre la oreja e hizo un apunte sobre la partitura. A Raúl iba a encantarle ese solo de bajo... Era una melodía oscura, que envolvía en la telaraña de melancolía que reflejaba su letra, y emotiva hasta robar el aliento... y la esperanza.

Apoyó las palmas sobre el mueble y suspiró hondamente. No había luz al final del túnel, ni se podía adivinar ese pequeño rayo de sol que terminase derritiendo el hielo. Sólo había frío, desolación, dolor... muerte... ¿Por qué no? Su corazón estaba muerto, al igual que el protagonista de aquella canción.

Se irguió colocando ambas manos en la nuca y comenzó a estirar los músculos. Sería mejor ducharse ya o no estaría listo cuando vinieran a recogerlo, y no tenía ganas de soportar la mala leche que le entraba a Raúl cuando llegaban tarde.

Apenas había dormido esa noche, ni ninguna desde que llegaron a Valencia, así que su cuerpo fatigado agradeció el agua tibia. Sin embargo, un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando el agua entró en contacto con su piel. A pesar de que ya hacía una semana desde que la vio, no había podido deshacerse de su tacto, de su aroma. Y era una tortura, sobre todo al saber que no podría deleitarse en ellos nunca más.

Apoyó las manos en los azulejos, cabizbajo, y dejó que el chorro le golpease en la nuca y la parte superior de su espalda entumecida. Llevaba una semana sumido en aquel dolor... de nuevo. Cada latido era un dardo que se clavaba en su pecho; el aire entraba en sus pulmones en forma de azufre; y en su mente, la misma letanía, la misma palabra se repetía una y otra vez de modo obsesivo y desquiciante: Sofía, Sofía, Sofía...

Ese era su síndrome de abstinencia particular, porque Sofía era como una droga dura para él, una que lo enganchaba, volviéndose imprescindible, esencial, vital... Se sentía como un yonqui que había vuelto a caer, hundiéndose aún más en el abismo con aquel desliz, la caída definitiva que lo llevaría de cabeza a la perdición... a la sobredosis mortal.

No podía pasar de nuevo por aquello, no se sentía capaz.

Hubo un tiempo en el que creyó que lo conseguiría. Nunca podría deshacerse de su recuerdo, pero pudo dominarlo, encapsularlo, así sabía que estaba ahí aunque sin que lo alcanzase. Era su escaparate personal de la tentación: se podía mirar pero no tocar, y daba

igual los deseos que tuviera de romper aquel cristal pues era a prueba de balas... O eso creía...

El sábado anterior se había hecho añicos...

Un beso. Un solo beso hizo que todos esos años tratando de desintoxicarse de ella se hubiesen ido al garete, poniendo el contador de nuevo a cero. Las ansias de volver a tenerla, de volver a pertenecerle rugían en su pecho, se revolvían como un león enjaulado, luchando con uñas y dientes por liberarse. Pero la culpabilidad, la vergüenza y el asco que sentía por sí mismo eran cadenas lo bastante gruesas como para dominar a la bestia. Eso debería bastar... y sin embargo, ¿por qué tenía que recorrer de nuevo aquel Vía Crucis de sufrimiento y desesperación? ¿Es que la agonía de no tenerla no era suficiente penitencia? No. Además debía amarla con todas las fuerzas de su ser para que el suyo fuera el máximo castigo al que podía someterse a un hombre, a la par que retorcido y despiadado pues ni siquiera podía refugiarse en la demencia, conservando su cordura para tener así plena conciencia de todo lo que perdía sin Sofía.

De pronto, a través de la cadencia del agua, le pareció escuchar golpes en la puerta. Cerró el grifo con rapidez y se ató a la carrera, alrededor de la cintura, la primera toalla que encontró. Salía a la habitación cuando volvieron a llamar, aunque esta vez oyó también las voces de Darío y Raúl.

—Ya voy —exclamó, echándole de camino a la puerta un vistazo a su móvil que estaba sobre la mesa y comprobar la hora—. Aún es pronto, cabrones —dijo de malas maneras mientras abría y volvía a escapar al baño para terminar de ducharse.

Raúl fue quien cerró la puerta y Darío empezó a curiosear en aquel desorden, yéndosele los ojos hasta las partituras que había encima de la mesa. Cogió una de ellas y empezó a leerla.

—¿Qué es eso? —se interesó Raúl reuniéndose con él.

Darío sólo le alargó el papel pero su amigo no necesitó nada más para comprenderlo. Tomó la partitura y empezó a tocarla mentalmente.

—Es una puta pasada —murmuró Darío antes de que pudiera hacerlo él.

—Pero no quisiera estar en su pellejo —admitió Raúl, dejando la partitura en su sitio.

—Está así porque quiere —rezongó el batería disconforme, dejándose caer en uno de los sillones.

—Eso lo dices porque no te has enamorado nunca —le rebatió él tras apartar los papeles que había en la cama y sentarse—. Amor del de verdad —añadió antes de que pudiera rechistar.

—Tú tampoco —apuntó Darío con diversión—. Y no sé tú, pero a mí no me llegará el día.

Raúl respondió soltando una carcajada.

—Aún no has conocido a la adecuada.

—¡Venga ya! —se carcajeó—. ¿A cuántas tías hemos conocido a lo largo de estos años?

—Te confundes. —Raúl negó con la cabeza—. Esas mujeres no están interesadas en ti, en Darío Castro, sino en el batería de Extrarradio. Es el personaje quien las tiene conquistadas. A lo mejor, si te conocieran a fondo, les parecerías un palurdo.

—Y tú, un jodido sabelotodo.

—No te digo que no —se rió con más ganas.

—En cualquier caso, sigo pensando que él mismo es el problema y la solución.

—Se encogió de hombros—. Ángel no tuvo la culpa de que Juancar...

De pronto, Raúl lo mandó callar sacudiendo una mano y colocándose el índice de la otra sobre los labios. Efectivamente, el ruido del agua de la ducha había cesado, y Ángel no tardó en salir.

—Y aquí llega la alegría de la huerta —anunció Darío en tono bromista, a lo que Ángel respondió con un gruñido. Se fue hacia el armario y comenzó a buscar ropa limpia.

—Alegra esa cara o espantarás a las fans —le recomendó Raúl, y mientras Ángel se peleaba con las camisetas sin decidirse por cuál coger, giró el rostro hacia ellos, dibujándose en su boca una sonrisa tan exagerada que bien parecía un mueca producto de un espasmo. Sus dos amigos se echaron a reír.

—¿Vas a hacer un casting para el anuncio de una clínica dental? —se burló Darío.

—Mejor te ahorras el esfuerzo —lo secundó su otro amigo—. Además, a ellas les gusta más el Ángel melancólico y taciturno.

—Pues hoy las voy a volver locas. —Hizo un mohín sarcástico. Luego se quitó la toalla que llevaba atada a la cintura y, tras hacer un ovillo con ella, se la tiró a Raúl a la cabeza, quien rápidamente la apartó cogiéndola con dos dedos, fingiendo que era un objeto altamente contagioso.

—Me pregunto cómo serán las chicas que ganaron el premio de la radio —dijo Darío ahora con cierta inquietud.

—Yo, mientras no sean unas histéricas, me conformo —confesó Raúl con un resoplido.

—Pues a mí me preocupa más la actuación de esta noche —sentenció Ángel, quien ya se había terminado de vestir y se sentaba en el otro butacón para ponerse las botas.

—No te vas a escaquear como siempre —le advirtió Darío.

—¿No decís que les gusta mi lado taciturno? —se mofó—. Si hablo, romperé la magia.

—Lo que hay que romper es esa cara tan dura que tienes. —Su amigo le siguió el juego—. ¿Nos vamos ya? Hoy va a ser un día muy largo.



Llegaron al centro comercial puntuales. Entraron por el parking subterráneo y utilizaron un ascensor de servicios para acceder directamente a la última planta que solía estar cerrada al público, pues era donde se situaban las oficinas. Por los altavoces sonaban sus últimos éxitos y desde allí podían verse los carteles promocionales que colgaban de las vidrieras hacia el exterior. Los guardias de seguridad los iban guiando y Toni caminaba unos pasos por delante con el organizador de la firma de discos.

—¿Os apetece saludar? —Se giró entonces el manager hacia ellos.

Llegaron hasta una baranda que recorría prácticamente todo el ancho del edificio y se asomaron. Varios niveles por debajo de ellos, en la planta baja, el gran espacio al que volcaban todos los pisos del centro comercial estaba lleno de gente, infestado más bien. A pesar de que había vallas dispuestas a modo de laberinto para conducir a los fans formando una fila, estaban tan cerca unos de otros que ni se veían.

De pronto, alguien reparó en su presencia y gritó algo ininteligible señalando hacia arriba, desatándose así la euforia de todos los presentes. Unos chillaban, otros aplaudían, otros sacudían posters con la foto del grupo a modo de bandera y algunas chicas levantaban

improvisadas pancartas con las ya acostumbradas declaraciones de amor escritas en ellas.

—Qué miedo... —murmuró Darío, medio en broma, medio en serio, asintiendo sus dos compañeros.

—Vamos al lío —sentenció Ángel.

Llegaron hasta el ascensor panorámico que comunicaba todos los niveles, pero decidieron bajar por la escalera anexa, y cada vez que bajaban un nivel, Darío se asomaba desde el descansillo al amplio patio y comenzaba a saludar, incluso lanzó al aire algún que otro beso, elevando aún más los ánimos.

—Mucho quejarte pero reconoce que te encanta —le reprochó Raúl en tono burlón.

—Nos adoran y yo sólo me dejo querer —respondió, soltando un suspiro dramático, haciendo que sus amigos rieran.

Él fue el primero que salió al gran espacio que habían dispuesto para el grupo, acordonado con aquellas vallas, tras lo que le siguieron Raúl y Ángel. Los gritos de los fans se tornaron ensordecedores y éste alzó su brazo, comenzando a saludar con sincera gratitud y emoción. No importaban sus demonios interiores; se debía a su público, quienes le otorgaban un pequeño destello de luz y calor a la miseria que era su vida.

De pronto, una extraña desazón le anudó el estómago. La gente seguía gritando, llamando su atención para que los mirara, para recibir el saludo esperado... como siempre, pero su corazón comenzó a latir más rápido sin un motivo aparente.

—Vamos —susurró Raúl a su lado, señalándole la mesa dispuesta justo delante de ellos.

Estaba cubierta por un suave paño de terciopelo rojo y en su parte delantera habían colgado posters con las portadas de sus discos. Tomaron asiento, quedado Ángel al final de lo que sería el recorrido de los fans, como de costumbre. Les habían puesto rotuladores y algunas botellas de agua. Bonito detalle. La gente aguardaba tras las vallas, pero en el extremo, un par de guardias de seguridad serían los encargados de dar paso.

Por suerte, la firma de discos comenzó relativamente temprano porque, de lo contrario, con todos los fans que habían acudido, les habrían dado las uvas allí dentro. La mayoría eran mujeres, no es que no tuvieran seguidores masculinos, pues les constaba que así era, pero no eran dados a ese tipo de eventos. Las chicas eran bastante escandalosas y sus reacciones histéricas muy comunes, por lo que gran parte de ellos lo evitaban.

Acababa de darle dos besos en las mejillas a una chavalilla que no tendría más de veinte años cuando recibió un codazo por parte de Raúl.

—¿Qué? —preguntó extrañado, y Raúl se limitó a alzar la barbilla para que mirase en la dirección que le señalaba.

Era... Era Sofía...

Con una gran sonrisa en los labios, se había detenido frente a Darío, que estaba tan conmocionado como ellos dos. Bueno, Ángel no estaba conmocionado, estaba al borde del infarto.

—¿Sofía? —Su amigo no pudo evitar sorprenderse—. Me alegro de verte. Yo soy Darío. —Se irguió ligeramente para darle dos besos, y ella comenzó a reír.

—Me parece que sé quién eres —bromeó—. Lo que me extraña es que sepas quién soy yo.

—Llevamos seis años aguantado que este pelele nos hable constantemente de ti —intervino ahora Raúl, llamando la atención de la chica—. Y en una noche de borrachera conseguimos que nos enseñara una foto vuestra.

—Vaya —asintió ella, divertida... y Ángel no lo podía creer.

Sofía estaba allí, a escasos cincuenta centímetros de él, mientras un sinfín de sentimientos encontrados se arremolinaba en su interior.

Tuvo que morderse las ganas de agarrarla y besarla de nuevo, incluso apretó los puños debajo de la mesa para dominar la tentación. Y sin embargo, ella ni lo había mirado aún. Ahí estaba, hablando con aquellos traidores que se hacían llamar sus amigos, como si se conocieran de toda la vida, riéndose, e ignorándolo completamente. Raúl le estaba dando los dos besos de rigor tras lo que imitó a Darío y comenzó a firmarle los discos... Dios, ¡los había traído todos! Tenía hasta una recopilación de videos musicales que sacaron en *blu-ray* cuando el grupo cumplió cinco años de trayectoria y del que salieron muy pocas copias. Prácticamente era un artículo de coleccionista, pero ella lo había conseguido...

Entonces, Raúl terminó de autografiarle el último disco. Sofía los apiló todos con cuidado y avanzó un paso... Y mientras se los colocaba delante de las narices, Ángel vio cómo aquella amplia sonrisa que le dedicaba a sus amigos, se esfumaba de repente al mirarlo a él.

No había rabia en sus oscuros ojos, ni resentimiento, ni siquiera un mísero reproche, pero habría preferido el más profundo odio a aquella indiferencia que ensombrecía esa mirada carente de brillo alguno. Se sintió un completo extraño ante sus ojos, estaba tan cerca que le bastaba estirar el brazo para alcanzarla y, sin embargo, tan lejana, como una estrella al otro lado del universo, y ajena, como si entre ellos no hubiera sucedido nada, nunca, como si ese amor que compartieron una vez jamás hubiera existido.

—¿Me firmas los discos, por favor? —dijo ella entonces con voz monótona, y Ángel pestañeó varias veces, tragando saliva e incredulidad, y la más absoluta confusión.

No fue capaz de reaccionar, pero Sofía, en cambio, parecía muy tranquila, demasiado. Cogió el primer CD del montón y lo abrió.

—Para Sofía —recitó, dando golpecitos impacientes con la punta del dedo sobre el libreto—. Lo de «con cariño» te lo puedes ahorrar.

Le dolió. Le dolió en lo más hondo su frialdad, el hielo de sus ojos, de su voz, y seguramente su piel era fría como un témpano en ese instante. Sintió que se resquebrajaba por dentro, que lágrimas silenciosas inundaban su pecho mientras espinas dolorosas se clavaban en su corazón.

—¿Ya has terminado? —Escuchó cerca de Sofía la voz de una chica que ansiaba disponer por fin de aquel momento con su ídolo. Aunque Ángel no fue capaz de mirarla. No se giró hacia ella, ni siquiera pestañeó. Le sostuvo a Sofía aquella mirada que, por primera vez en la vida, no le decía absolutamente nada.

—Sí —respondió entonces ella—. Nosotros ya hemos terminado.

Sin esfuerzo alguno, apartó la vista de él. Luego cogió el puñado de discos y se fue, perdiéndose entre la multitud.

—¡Hola, Jano! Me llamo Fanny. —Le pareció oír en la lejanía—. En realidad mi nombre es Estefanía, pero...

Sofía.

Sofía...

Raúl le dio un codazo que le obligó a volver a la realidad y apartar la mirada de aquel grupo de gente por el que se había escabullido. Tratando de disimular, cogió una de las botellas de agua y dio un largo trago.

—Ángel...

Miró fugazmente a su amigo y se obligó a sonreír, intentando por todos los medios volver su atención a aquella chica que esperaba por él. Pero todo sucedía a cámara lenta,

parecía que se había proyectado fuera de su cuerpo, pues aquellos segundos los vivió desde lejos, como si estuviera viendo una película. Cual autómeta, le dio dos besos a la chica y ojeó el libreto fingiendo buscar una página libre, aunque echando una mirada rápida a los autógrafos de sus amigos para ver el nombre que no había sido capaz de escuchar. Luego lo firmó y se lo devolvió con una sonrisa ausente.

—Despierta —le dijo de pronto Raúl al oído—. ¿Qué esperabas, Ángel?

—Sí —murmuró por lo bajo antes de recibir a la siguiente fan—. ¿Qué esperaba?




Cuando Sofía se dio la vuelta, se encontró con la mirada de Vanessa y Diana, quienes la esperaban al otro lado de la valla y habían sido testigos de lo sucedido. Sentía que las piernas le iban a fallar en cualquier momento, así que hizo de tripas corazón para lograr abrirse paso entre la gente y llegar hasta un lugar un poco más despejado. Sus amigas la seguían mientras dirigía sus pasos hacia una gran columna en la que apoyó la espalda, tratando de controlar su respiración agitada.

—¿Te has planteado lo de ser actriz? —bromeó Vanessa cerca de ella—. Has estado de Oscar.

Sofía se limitó a mirarla de reojo con gesto reprobatorio, ya que ella no le veía la diversión al asunto.

—Pues vas a tener que tomártelo de otra forma —añadió su amiga al comprenderla sin necesidad de que dijera nada—. Va a ser un día muy largo y te va a salir una úlcera.

Resopló. Como si la hubiera impulsado un resorte, se separó de la columna y puso rumbo hacia el baño con paso apresurado, acompañándola sus amigas de cerca. Al llegar, abrió el grifo y se mojó la nuca.

—Sofía...

—Dadme un segundo, ¿vale? —Apoyó las manos en el mármol y agachó la cabeza, tomando aire profundamente un par de veces.

—¿Estás bien? —Diana le apartó el pelo de la cara, compartiendo con Vanessa miradas de preocupación. Tal vez...

—Sí, tranquilas —respondió, irguiéndose del golpe—. Es sólo que va a resultar más difícil de lo que yo creía. —Se dio la vuelta y recostó la espalda en el lavabo, suspirando—. Llevo toda la vida enamorada de ese hombre de ahí —Alzó su brazo para señalar en la lejanía—, y cuando lo he vuelto a tener frente a mí...

En un acto reflejo, se llevó una mano al pecho y comenzó a restregar con la palma la zona situada sobre el corazón, como si así pudiera deshacer el nudo que se lo oprimía dolorosamente. Lo amaba. Y era consciente de que, tras todo lo ocurrido, debería odiarlo, por lo que hubiera sido fácil fingir que lo hacía pues le bastaba con recordar su sufrimiento en todos esos años. Pero de ahí, a pretender que le era completamente indiferente, que no sentía nada...

—Mira, yo lo veo así —dijo de pronto Vanessa—. Tienes varias opciones. Puedes pasarte el día de morros y aguarnos la fiesta a todos —Sofía iba a rechistar, pero ella alzó un dedo pidiéndole que la dejara continuar—, o puedes fingir que no ha pasado nada y hacerle ver que sigues coladita por sus huesos.

—No —espetó de súbito, frunciendo los labios—. No puedo negar que quiero estar con él, pero intentarlo abiertamente sería darme contra una pared... otra vez.

—A no ser... que le hagas reaccionar —añadió su amiga con sonrisa malévolamente.  
—Verdaderamente estás disfrutando con esto —murmuró Diana que no podía ocultar que ella también se estaba divirtiendo.

—¿Has visto su cara? —exclamó Vanessa girándose un momento hacia ella sin reprimir una carcajada—. Se la comía con los ojos —agregó, recreándose con el recuerdo—, y les habría arrancado la cabeza a sus compañeros de un zarpazo mientras hablaba con ellos.

—¡Qué exagerada eres! —Sofía no pudo evitar reírse.

—Parecen muy simpáticos, ¿no?

Sofía asintió varias veces, pensativa, tras lo que fue hacia el dispensador de papel para secarse las manos y salir ya del baño. A fin de cuentas, se sentía mejor, por el momento.

—Ya me conocían —dijo mientras se encaminaban hacia un banco cercano—. Al parecer les enseñó una fotografía nuestra.

—¿Y eso no te dice nada? —apuntó Vanessa, sentándose a un lado de Sofía, y haciéndolo Diana al otro—. ¿Qué tío guarda una foto de su ex durante tantos años?

—Partimos de la premisa de que Ángel también la quiere —le recordó Diana.

—Qué bien habla mi niña —suspiró Vanessa de modo exagerado, simulando a una madre orgullosa de su vástago—. Es para que a ella le quede claro —añadió, inclinándose hacia adelante para buscar la mirada aprobatoria de Diana.

De pronto, su teléfono comenzó a sonar dentro del bolso y se apresuró a contestar.

—¿Diga? —respondió poniéndose de pie de modo instintivo y deambulando frente a sus amigas de forma distraída mientras hablaba.

—¿Seguro que estás bien? —aprovechó Diana para preguntarle a Sofía. Le pasó un brazo por los hombros y la acercó a ella—. Podemos irnos si quieres.

—No... —repuso con tono vacilante—. Pensarás que soy una idiota por quererle todavía después de que...

Sofía resopló y agachó la cabeza.

—Lo he pensado muchas veces. —Escuchó que Diana le decía, haciendo que alzase la mirada hacia ella—. Lo siento, ya sabes que peco de sincera.

—Y yo creo que es una de tus virtudes. —Negó, y Diana asintió, sonriendo con pesar.

—Mira, siempre he creído que lo que te pasó a ti no es muy distinto a lo que me hizo a mí Alfonso. Sí —la cortó sabiendo lo que iba a decirle—, a ti Ángel no te dejó plantada en la iglesia, enfundada en tu vestido de novia, pero es del amor roto de lo que te estoy hablando, de la traición por su repentina marcha, por el abandono.

—Ya lo sé —admitió Sofía—, y tienes razón. Sin embargo, nunca he sido capaz de dejar de quererlo por mucho que lo desease. Mi corazón se empeña en mantenerlo vivo en su interior y no entiendo por qué. Y muchas veces reconozco que te envidiaba porque, en cambio, tú...

—Yo odié a Alfonso con todas mis fuerzas —dijo con los labios fruncidos por la rabia que aún sentía—. Sí, yo sí dejé de quererlo, pero no soy merecedora de envidia alguna porque, con cada día que pasa, más convencida estoy de que ese hijo de mala madre secó mi capacidad para volver amar algún día.

—No digas eso, Diana. —Sofía chasqueó la lengua—. Aún tienes toda la vida por delante para encontrar al hombre de tus sueños.

Su amiga comenzó a reír aunque no podía disimular cierta nota de tristeza.

—Por lo pronto, vamos a preocuparnos por el tuyo. —Apretó cariñosamente una de sus manos—. No quiero darle ínfulas a Vanessa, pero creo que podría funcionar. —Miró a su amiga para comprobar que aún estaba demasiado ocupada como para escucharla—. Ángel sólo espera por tu parte reproches, rabia, incluso despecho por lo que sucedió el sábado pasado que, por cierto, le dejó bien claro que aún sientes algo por él. Y de golpe y porrazo, en tan sólo unos días, pasas a la más absoluta indiferencia... Se volverá loco.

Sofía suspiró pesadamente.

—Y que le hagas pasar un mal rato después de todos los años que él te lo hizo pasar mal a ti no es para tanto —añadió con su acostumbrado tono de censura hacia él—. Sinceramente, no tienes nada que perder.

Sofía frunció el ceño, pensativa, mientras asentía levemente. Diana tenía razón. Después de que le pidiera que se marchase tras aquel beso tan estremecedor y apasionado se esfumaron todas sus esperanzas. ¿Qué podía hacer, insistir e insistir? Y él se negaría mil veces. Pero, tal vez así...

—Chicas —les llamó la atención Vanessa que acababa de colgar el teléfono—, tenemos que ir al ascensor que está en el patio de comidas donde nos espera un guardia de seguridad que nos llevará al coche.

—Con escolta y todo —bromeó Diana poniéndose en pie, acercándose a Vanessa, y las dos miraron a su amiga que seguía sentada y con los labios en una mueca torcida.

—Vamos a divertirnos —sentenció de pronto, levantándose con renovado entusiasmo—. Ángel Escudero va a saber quién es Sofía Ferrer.

—Así se habla —la vitorearon sus amigas dirigiéndose ya las tres hacia el ascensor.

Efectivamente, el guardia de seguridad las estaba esperando y, con actitud exageradamente seria y formal, las condujo hasta el sótano inferior, guiándolas por entre los coches hasta una furgoneta negra con los cristales tintados. Justo llegaban cuando alguien salió del vehículo con la intención de recibirlas.

—¡Vaya sorpresa!

—¡Toni! —exclamó Sofía con genuina alegría al volver a verlo.

—No me digas que vosotras sois las ganadoras del premio —dijo sin ocultar ni su desconcierto ni la diversión que aquello le producía.

—En realidad, la afortunada fue mi amiga Vanessa. —La señaló—. Y ésta es Diana. Chicas, os presento a Toni Salazar.

Ambas sonrieron con asombro y un deje de admiración, y las tres recibieron con agrado los besos que él les dio en las mejillas.

—Deduzco que Sofía os ha hablado de mí —supuso mientras la miraba entrecerrando los ojos—, y espero que bien.

—Podría haber sido peor. —Diana frunció el gesto, pero era fácil ver que bromeaba.

Toni sonrió como respuesta. Sin embargo, comenzó a frotarse las manos con cierto nerviosismo y cara de circunstancias.

—Perdonadme —les dijo a las tres, aunque luego se giró hacia Sofía—. Es que, sinceramente, creo que a Ángel le va a dar un ataque.

—Tranquilo —replicó ella en cambio—. Después de lo del otro día, ya está todo más que claro entre nosotros. Ya no soy más que una fan que va a pasar un día magnífico con su grupo favorito. —Y sonrió ampliamente para terminar de adornar aquella mentira.

—Pues espero que sea verdad porque aquí llegan —indicó el manager, mirando por encima del hombro de Sofía.

Todos se giraron hacia ellos que, efectivamente, venían acompañados de dos

guardias de seguridad. Iban charlando muy animados, seguramente compartiendo las anécdotas acaecidas en la firma de discos. Pero, apenas faltaban unos cuantos metros para que llegaran hasta la furgoneta cuando repararon en las chicas. La sonrisa se borró repentinamente de sus caras, de los tres, aunque Raúl y Darío se recompusieron al instante. Ángel, en cambio, se quedó estático, anclado en el suelo, mientras miraba a Sofía como si fuera una aparición. Ella, por su parte, le sostuvo la mirada... con total frialdad.

—Chicos, éstas son Diana y Vanessa —las presentó Toni—. A Sofía, ya la conocéis —añadió con aire pícaro.

Para cuando los dos se acercaron a saludar a las jóvenes, Ángel ya había conseguido reaccionar y se aproximaba a ellos. Besó en las mejillas a Vanessa, y luego se dirigió a Diana.

—Me alegra mucho volver a verte. —Trató de sonreír aunque no le fue fácil.

—No estés tan contento todavía —murmuró ella, aunque aceptó los dos besos que le dio.

—¿La conoces? —preguntó Raúl con extrañeza.

—Sofía y yo somos amigas desde pequeñas. —Fue ella quien le respondió, acompañando su contestación con una mirada significativa, y el bajo miró a su amigo, compadeciéndolo.

—No esperaba volverte a ver... tan pronto —le dijo entonces Ángel a Sofía, aunque ella se limitó a asentir, tras lo que fue hacia donde estaba Toni para colgarse de su brazo... y Ángel sintió en ese instante cómo una fría punzada le atravesaba el corazón.

—¿Y cuál es el planning que nos tienes reservado? —La oyó preguntar con repentino entusiasmo.

—Bueno... —titubeó el representante un tanto incómodo por la situación—. Pues por lo pronto podríamos ir a comer —propuso con una sonrisa forzada—. He quedado con los técnicos a las cinco para la prueba de sonido. ¿Subimos? —concluyó, señalando la furgoneta.

—Esto es muy emocionante —murmuró Vanessa frotándose las manos—. Quiero muchas fotos con vosotros —sentenció, girándose un instante hacia los chicos y señalándolos con el dedo justo antes de subir a la furgoneta.

Darío y Raúl sonrieron. Ángel, en cambio...

—Hoy sólo se escucha a Extrarradio —anunció Toni con diversión desde el asiento del copiloto, metiendo el último disco del grupo en el reproductor.

Las chicas estaban sentadas justo detrás, y Vanessa y Sofía comenzaron a aplaudir secundando su idea, mientras los chicos se acomodaban en el último asiento, y Ángel, que se vio flanqueado por sus dos amigos, se cruzaba de brazos, contrariado ante aquella insólita situación.

—Es que si no lo veo, no lo creo —habló Darío lo suficientemente bajo para que nada más lo escuchasen sus compañeros, incluso se inclinó hacia adelante para que Raúl lo oyese con claridad—. Y por lo que parece, son dos contra ti.

—Sí, porque Diana parece bastante cabreada contigo —apuntó Raúl.

—¿Tú crees? —replicó Ángel con sorna, haciendo una mueca—. Todos pertenecíamos a la misma pandilla y, además, era su mejor amiga.

—Por lo que sabe toda la historia —aventuró su amigo—. Con razón te la tiene jurada.

—¿Tú de parte de quién estás? —le reprochó frunciendo el ceño.

—¿Y la tal Vanessa? —cuestionó ahora Darío.

—A ella no la conocía. —Ángel se encogió de hombros, aunque conocía lo suficiente a su amigo como para saber que había algo más detrás de aquella pregunta—. ¿Te interesa?

—Es un bomboncito —respondió, sacudiendo las cejas.

—Ya me extrañaba a mí que tu periodo de descanso estaba durando mucho tiempo. —Sonrió Raúl.

—Por un espécimen así, vale la pena abrir la veda de nuevo —se regodeó.

En ese momento, como si Vanessa lo hubiera escuchado, se giró unos segundos hacia él, aunque con una sonrisa en los labios que decía más de la cuenta. Cuando ella volvió de nuevo la vista hacia el frente, Darío se repantigó en el asiento y cruzó las manos en la nuca, mirando a sus amigos con suficiencia.

—Pues eso hace que tengas que elegir entre Sofía o Diana —apuntó Raúl con tono divertido.

—Me cago en mi puta vida —masculló Ángel pasándose la mano por la cara, exasperado.

—Más vale que te lo tomes con calma —le recomendó Darío—. Te necesitamos vivo para la actuación de esta noche. —Y Ángel puso los ojos en blanco, dejando caer la cabeza hacia atrás, en el respaldo.

De pronto, Raúl se inclinó hacia adelante, acercándose a Diana.

—¿No te gusta esta canción? —le preguntó curioso al percatarse de que no estaba disfrutando del tema como sus amigas, quienes no hacían más que cantar e imitar sus movimientos con los instrumentos.

—No la conozco —dijo con total indiferencia—. En realidad, no conozco apenas ninguna.

Aquella confesión pilló un poco desprevenido a Raúl.

—A mí me van otras cosas —añadió Diana, no comprendía él si para arreglarlo o dejarlo peor—. Estoy aquí por ellas dos.

Definitivamente, era para empeorarlo.

Se giró hacia Ángel haciendo una mueca... La que les esperaba...



Toni les propuso ir a un restaurante japonés que le recomendaron en la recepción del hotel, y el detalle de que tuviera algunas mesas en reservados le había ayudado a decidirse, pues esa intimidad les permitiría comer con tranquilidad.

—Yo nunca había estado en un japonés —confesó Vanessa entusiasmada mientras observaba todo el local con la boca abierta.

—Pues a mí me encanta la comida oriental —dijo Darío, quien se colocaba a su lado, lanzándole una de sus sonrisas deslumbrantes.

Toni terminó de hablar con el camarero quien los guió hasta una de aquellas mesas que estaban separadas del resto por biombo de madera, aunque le había pedido que fuera la típica mesa occidental, con sillas, pues estarían más cómodos que arrodillados en el suelo.

Él se sentó presidiendo la mesa, y Sofía corrió a sentarse a su lado para asegurarse de tener a alguien con quien hablar, pues Vanessa estaba embobada con Darío y Diana se

había colocado en la otra punta de la mesa para estar lo más alejada posible de Ángel. Porque, sí, él también había tenido la flamante idea de colocarse al otro lado de Toni, por lo que lo tendría justo enfrente.

Iba a ser una comida de lo más divertida... Al menos, esperaba que lo fuera para sus amigas... Por lo pronto, a su lado tenía a Darío dándole una clase magistral a Vanessa sobre cómo comer con palillos. No le veía la cara a su amiga, pero escuchaba su risita cantarina. Enfrente estaba Diana, quien disfrutaba lanzándole dardos envenenados con la mirada a Ángel, aunque tuvo la deferencia de inclinarse ligeramente hacia adelante para esquivar a Raúl que se situaba entre los dos... Y ella iba a tener que mantener la vista fija en el plato para no encontrarse con la de Ángel.

No pudo evitarlo, era imposible. Notaba la calidez de sus ojos bicolor sobre ella y no pudo evitar que los suyos fueran a su encuentro. No pasaba nada, el truco estaba en no hacerle saber cuánto le afectaba, cómo se estremecía con el simple hecho de sentir su mirada traspasándola, y tratar por todos los medios de transformar esa tibieza que la recorría por dentro en indiferencia, en pura frialdad. La soportó estoicamente sin pestañear, casi con descaro, y luego, como si nada, volvió su interés a la carta.

Y Ángel sentía que se moría por dentro...

Creía que ya estaría a salvo y que no la volvería a ver, no había razón alguna para encontrarse de nuevo. Iban a ser unas semanas larguísimas y en las que iba a tener que luchar con uñas y dientes para alejar la tentación de ir en su busca, pero estaba convencido de que lo conseguiría, o eso pretendía. Y sin embargo... ¿Eso era el destino o una jodida burla?

Sin embargo, lo que más lo mortificaba era aquella actitud suya... Era como si no lo conociera, peor, como si no existiera, pues ni siquiera le dirigía la palabra. Con sus amigos charlaba, se reía, y él quedaba al margen, como si fuera un cero a la izquierda... y estaba a un paso de ponerse en pie y agarrarlos uno por uno para obligarles a que la dejaran en paz, que ni la mirasen, pues esas sonrisas eran suyas, Sofía era suya...

Estúpido.

Sofía no era suya, ni lo sería jamás. Él se había encargado de que no lo fuera, y parecía estar funcionando por la forma tan fría e indiferente en la que ella lo miraba... ¿Y no era eso lo que quería? ¿No puso cientos de kilómetros de por medio para alejarla de él? ¿Por qué entonces temía morir a causa de ese dolor que le atravesaba el pecho? Dolor entremezclado con rabia y celos, al verla hablar tan interesada con Toni, o darle una palmada en el brazo a Darío como reproche a una de sus bromas, o sonreírle a un Raúl más encantador que de costumbre.

Y a él... nada. Eso quedaba ya entre ellos... nada.

¿Cómo había podido cambiar tanto en tan sólo unos días? La sintió temblar contra su cuerpo, se entregó a su boca y a las caricias de sus manos, y sus brazos la estrecharon tan fuerte que podía sentir que sus corazones se tocaban... y el de Sofía latía por él, como el suyo lo hacía por ella. ¿Y todo eso había desaparecido?

—¡Tierra llamando a Ángel! —Escuchó mientras Raúl le daba un codazo—. Que qué vas a pedir —le preguntó señalándole al camarero.

—Sopa de *miso* y el variado de *maki* —respondió con desgana, lanzando de malas maneras la carta sobre la mesa.

El camarero, quien tenía la mano extendida al pensar que se la entregaría a él, lo fulminó con la mirada antes de cogerla e irse.

—Madre mía... —murmuró Raúl por lo bajo, resoplando.

—Que se joda. —Escuchó de pronto la voz de Diana en un susurro.

—Veo que, a pesar de los años, sigues muy enfadada con él —apuntó con recelo.

Diana, sin embargo, se limitó a encogerse de hombros. Lo que ese guapito de cara pensase le traía sin cuidado. Seguramente estaba de su parte, así que no valía la pena discutir... Y cuanto menos hablase con él, mejor.

La ponía enferma, literalmente. Estando en la furgoneta, cuando se acercó para hablar con ella, su voz se introdujo en su oído como un desagradable ronroneo que le había producido dolor de estómago, y que aún duraba, hasta el punto de que temía que le sentase mal la comida.

—Pero hay que ver cómo son las cosas —añadió él, inclinándose hacia ella con gesto condescendiente, demasiado sonriente para su gusto...—. Menuda casualidad que os haya tocado el premio a vosotras.

—No ha sido casualidad —replicó Diana un poco más seca de lo normal, pero es que aquel guaperas la ponía extrañamente nerviosa, con sus ojitos claros, su pelito rubio y su sonrisa perfecta, y, la verdad, no le gustaba nada de todo eso, en absoluto—. Me refiero a que Vanessa se pasó toda la mañana del domingo llamando a la radio, intentando que se lo cogieran.

La sonrisa de satisfacción que vio en el músico tras su respuesta le sentó como una patada en su ya maltrecho estómago.

—Baja de tu nube, modesto —espetó ella con ironía—. Vanessa, antes que vuestra fan, es amiga de Sofía. Lo hizo para que pudiera estar con Ángel.

—Para lo que sirve —replicó molesto por su contestación, aunque también le echó una fugaz mirada a Sofía.

—¿Perdona? —Diana cruzó los brazos sobre la mesa y se inclinó ligeramente hacia adelante—. Si tan amigo eres de Ángel, deberías saber que el único capullo de esta historia es él. Aunque, claro, entre hombres os tapáis toda la mierda unos a otros.

—Eh, tranquilita. —Alzó las manos con gesto conciliador—. Seré su amigo, y puede que esté o no de acuerdo con su forma de hacer las cosas, pero ya es mayorcito para tomar sus propias decisiones.

—¿Aunque eso pase por joderle la vida a una mujer? —objetó con rabia.

—¿Jodida? Pues yo la veo estupendamente —replicó con media sonrisa.

—Ah, así que vuestra amistad es de ese tipo. —Lo miró de arriba abajo.

—¿Perdona? —dijo él ahora, repitiendo su misma expresión.

—¿Sois de esos que comparten todo, hasta las mujeres?

Raúl la observó como si acabara de escuchar la más espantosa aberración.

—Oye, pero ¿por quién me tomas? —espetó ofendido.

Ella, sin embargo, lo miró con escepticismo y luego se giró para centrar su atención en el *sushi* que acababa de servirle el camarero.

—Sólo preguntaba —respondió, como si ciertamente su insinuación no hubiera tenido importancia—. Y no sé por qué te escandalizas. Cosas peores se han visto y tú eres un hombre de mundo, ¿no? —añadió esa coletilla con cierto desdén y que a Raúl le chirrió en los oídos.

—No me conoces en absoluto —la acusó.

—Dios me libre —lanzó una carcajada producto del propio nerviosismo. Conocerlo a él, ¿para qué? ¿Qué interés podría tener? Y sentía su mirada escrutadora sobre ella, entrándole unas ganas locas de girarle la cara de un guantazo...

Pero es que Raúl creía estar ante la mujer más singular, por no decir extraña, con la

que se había topado jamás. Podía entender su tirantez con Ángel por lo ocurrido con Sofía, incluso que lo estuviera pagando con él, un espectador inocente que pasaba por allí, pero su forma de hablar, esa ironía en sus palabras, el rencor que de ellas destilaba...

—En cualquier caso, a los hechos me remito. —La escuchó decir entonces—. Veo tu cara en muchas revistas, y nunca te he visto solo en esas fotos.

—Así que ya me has catalogado —supuso con asombro.

Lo que faltaba...

—No creo que sea muy difícil. —Sonrió muy pagada de sí misma—. Sabes de tu atractivo para con las mujeres y no te importa aprovecharlo.

—Gracias por el cumplido. —Alzó las cejas con incredulidad.

—¿Acaso crees que yo...? —Diana rompió a reír—. Es evidente que eres guapo, pero no eres mi tipo, ni de lejos. —Sacudió una mano con total desinterés.

—¿Y cuál es tu tipo? —preguntó, tratando de ocultar su ego masculino vapuleado.

—Un hombre que no existe ni existirá jamás —recitó con lo que a Raúl le pareció resentimiento en estado puro.

—Tal vez seas un poquitín exigente —apuntó un tanto sarcástico.

—Lealtad, sinceridad, fidelidad, amor, compromiso... —comenzó a enumerar—.

Sí, son cosas tan insólitas en los hombres que una tiene que exigíroselas.

—Nos tienes en un concepto bastante pobre...

—Bueno, no te preocupes. —Le dio una palmadita en la mano—. Esta noche, en el concierto, seguro que encuentras a más de una que os tenga en gran estima, aunque la suya esté por los suelos.

—No veo nada de malo en divertirse un rato...

¿Y por qué narices seguía discutiendo con ella?

—Claro que no —respondió Diana con tono indulgente y sonrisa forzada—. Espero que lo pases muy bien.

—¿Eres una de esas moralistas? Me refiero a que...

—Sé lo que quieres decir. —Arrugó la nariz, molesta—. Además de guapo, sabelotodo... Lo tienes todo, majo.

—Te sorprendería —alegó con suficiencia.

—Mejor te lo ahorras y lo reservas para esta noche, para alguna que no sea una estrecha como yo. Porque algo así me ibas a decir, ¿no? —Frunció los labios en una sonrisa sardónica—. ¿O lo ibas a dejar en chapada a la antigua?

Raúl tragó saliva.

—Yo no...

—Tranquilo, ya me lo digo todo yo solita. —Palmeó su hombro un par de veces. Luego tomó su vasito con *sake* y lo alzó, como si le estuviera proponiendo un brindis, a lo que él accedió casi por inercia—. Para que las cosas sigan en su lugar —dijo, tras lo que se tomó el licor de un trago.

Raúl apenas pestañeó mientras hacía lo mismo. Acababa de tener la conversación más extraña de toda su vida con una mujer. Bueno, algo sí que le había quedado claro. Para Diana, los hombres eran la especie más despreciable sobre la faz de la Tierra. ¿El porqué? Era todo un misterio... y, por desgracia, de esos que te hacen querer saber más.




Llegaron al auditorio donde se realizaría el *unplugged* a las cinco en punto. Dado que el concierto iba a grabarse en vivo, la acústica de la sala era muy importante, por lo que no servía cualquier club o sala de fiestas. Y de igual modo era crucial aquella prueba de sonido: todo tenía que ser perfecto.

Los técnicos ya estaban allí, así que, nada más llegar, los chicos se pusieron manos a la obra. Ellas, por su parte, se dirigieron al patio de butacas para disfrutar del espectáculo cómodamente sentadas.

—Menudo rollo —resopló Diana.

Aunque ciertamente no era muy divertido.

Los componentes del grupo, que ahora eran cinco pues se les habían unido los dos músicos de apoyo, estaban en el escenario con los técnicos, liados entre cables e instrumentos. De vez en cuando tocaban algún acorde, y hacían señas y daban indicaciones hacia la ventana del fondo, a la sala de control donde había un par de técnicos más jugueteando con las luces y el sonido. Lo bueno llegaba cuando tocaban algún pedazo de un tema o cuando se arrancaban con algún solo, como en ese momento Darío, que hizo resonar enérgicamente su batería.

—¿Qué tal ha sonado, chicas? —les preguntó desde su puesto mientras rodaba una de las baquetas entre sus dedos y se dibujaba una gran sonrisa de suficiencia en su boca.

—¡Esa tarola apenas se oye, Darío! —exclamó de pronto Vanessa, y a Darío se le escapó la baqueta de la mano y se le petrificó el rostro de la sorpresa. *¿Cómo sabía que se llamaba...?*

Carraspeó, se inclinó para coger la varilla de madera y rectificó la posición de uno de los micrófonos que tenía delante, acercándolo a un pequeño tambor colocado a su izquierda, más fino que los demás y con algunas hebras metálicas colocadas en la membrana inferior.

Por su parte, tanto Raúl como Ángel observaban la escena con igual asombro, aunque pronto continuaron con su propia tarea. Entonces, Darío hizo sonar de nuevo la batería y miró directamente a Vanessa, esperando su aprobación.

—¡Ahora suena genial, guapo! —le confirmó, alzando también uno de sus pulgares, y él sonrió tras lo que le lanzó un beso con la mano.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con nuestra amiga? —Sofía la miró de arriba abajo, como si fuera un bicho raro.

—Me he propuesto que se fije en mí y voy a conseguirlo —respondió con sonrisa malévola.

—Pues sí que te ha cogido fuerte —sentenció Diana, aunque Sofía también miraba a su amiga notablemente sorprendida.

—¿Qué queréis que os diga? —repuso con tono inocente—. Decir que está bueno es quedarse corto, va a reventar la camiseta con esos bíceps —susurró de pronto mientras se mordía el labio inferior, como si estuviera frente al manjar más apetitoso—. ¿Y habéis visto esa sonrisa? Es encantador.

—Cariño, es parte de su trabajo —le recordó Diana—, además de que coleccionar mujeres es su afición favorita.

—Mira que eres aguafiestas —replicó Vanessa cruzándose de brazos y frunciendo el ceño—. Pero tengo muy claro lo que quiere —añadió con seguridad pasmosa—. Los tipos como él los tengo bien calados y sé perfectamente que no soy más que un polvo fácil, lo mismo que él para mí.

—Joder... —murmuró Sofía mirándola con la boca abierta.

—Pero si es la verdad —se rió ella—. Fíjate en cómo me mira.

Sus dos amigas acataron aquella orden y giraron el rostro hacia Darío.

—Dios, te mira como si fueras comida —masculló Diana haciendo una mueca de asco, y Vanessa rompió a reír.

—Él me resulta igual de apetecible, así que estamos a la par.

—Mierda... —farfulló entonces Sofía en un susurro apenas audible, volteando el rostro hacia sus amigas, aunque con la cabeza gacha.

—Sin embargo, Ángel te mira como si fueras la mujer más maravillosa del mundo —apuntó Vanessa, dibujándosele una sonrisa nostálgica en los labios.

Diana echó con disimulo otro vistazo hacia el escenario. Estaba sentado en el borde de la plataforma donde se situaba la batería de Darío, con una guitarra de pie entre sus piernas entreabiertas y ambas manos sobre el clavijero, en las que apoyaba la barbilla. Cualquiera podría pensar que estaba tomándose un descanso, si no hubiera sido por aquella mirada tan intensa que fluía directamente hacia Sofía, mezcla de dolor y devoción.

—Aguanta —le dijo Vanessa por lo bajo—. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó con más brusquedad de la que pretendía, aunque tampoco rectificó—. Con cada minuto que pasa más me convengo de que no tendría que haber venido, que debería haberlo dejado correr. Ángel tomó una decisión hace trece años, y si no me dio opción en aquel entonces para hacerlo cambiar de idea, menos me la dará después de tanto tiempo.

—Creí que estábamos de acuerdo en que no perdías nada —habló Diana ahora—. Como diría mi abuela, ya está todo el pescado vendido.

—¿Y mi salud mental? —espetó, hundiéndose en la butaca—. Me duelen todos los músculos de la tensión, de tener que controlar cada movimiento que hago, cada palabra. Voy a precisar de tus servicios para que me deshagas los nudos que se me están montando en las cervicales. —Se pasó la mano por la nuca, estirando el cuello.

—¡Qué exagerada! —bromeó Vanessa—. ¿No te lo estás pasando bien?

—Sí... de puta madre —ironizó—. Menos mal que Toni es simpático porque, entre que tú has monopolizado a Darío, y ésta a Raúl.

—No me hables de ese imbécil —resopló Diana, cruzándose de brazos con gesto torcido.

—¿Ha pasado algo? —le preguntó irguiéndose, tan extrañada como lo estaba también su otra amiga—. En la comida me ha parecido que charlabais muy animados.

—¿Conoces al chico unas cuantas horas y ya te cae mal? —la reprendió Vanessa.

—Es un engreído prepotente y un listillo —sentenció ella.

—Vaya tela...

—¿Es porque es amigo de Ángel? —Sofía la escudriñó atentamente—. ¿O hay algo más?

Diana la asesinó con la mirada. No en vano eran amigas de la infancia.

—Como también diría tu abuela, te conozco como si te hubiera parido —bromeó.

—Es que me pone nerviosa su ego inflado cual pavo real en celo, me da dolor de estómago —espetó molesta, agitando las manos—. Y ya está, no hay nada más —insistió—. No me miréis así porque yo soy la más objetiva de las tres. Tú estás enamorada de Ángel —añadió señalando a Sofía—, y tú no haces más que babear por Darío. Y yo aquí salgo sobrando.

—Pero ¿por qué te enfadas? —replicó Vanessa tratando por todos los medios de no reírse... Diana a veces era cristalina como agua de manantial—. Sabemos que pasas del grupo, pero siempre es interesante conocer a gente nueva.

—Pues él no lo es —siguió en sus trece—. Y lo he intentado —afirmó con más pasión de la necesaria—. He intentado ser amable y mantener una conversación amistosa con él. Pero me daba grima cada vez que se inclinaba para hablarme más de cerca, con su sonrisa de anuncio de dentífrico, y ese pelo de anuncio de champú...

—Y los ojos de anuncio de lentillas, ¿no? —se mofó Vanessa.

—Es un presumido insufrible —remató—, y espero no tener que volver a verlo.

—Pues la idea es todo lo contrario —le recordó, inclinando la cabeza hacia Sofía.

La animadversión de Diana se desinfló, al igual que su postura. Si Sofía y Ángel acababan juntos, la posibilidad de ver de nuevo a Raúl era de cien sobre cien.

—Creo que sería mejor para ti que trataras de llevarte relativamente bien con él —le aconsejó—. Y hay antiácidos estupendos en la farmacia.

—Tranquila, Diana —dijo Sofía sin embargo—. No creo que la cosa salga como esperamos, así que no tendrás que aguantarlo por mi culpa.

—¿Ya vas a empezar? —refunfuñó Vanessa.

En ese momento, tanto Ángel como Raúl bajaron del escenario, llamando la atención de las chicas que guardaron silencio mientras los observaban... las tres. Raúl estaba señalando hacia la sala de control, y Ángel sostenía un cigarro aún apagado en la comisura de la boca mientras hablaba con él. Sofía se estremeció en su butaca. Nunca le gustó que fumase, de hecho, cuando estaban juntos, él trataba de no hacerlo frente a ella aunque no abandonase el hábito, pero ella debía admitir que siempre le pareció de lo más sexy, sobre todo cuando lo hacía bailar así, entre esos labios que ella quería sentir devorando los suyos...

Entonces, él se metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó un mechero, momento en el que se separó de Raúl para dirigirse a la salida de emergencia con la intención de salir a fumar. Su amigo, en cambio, se encaminó hacia el pasillo lateral que bordeaba los asientos, yendo hacia ellas...

—¿Y éste adónde va? —murmuró Diana por lo bajo, hundiéndose en la butaca, conteniendo el aliento hasta que Raúl... pasó de largo. Ni siquiera las miró.

—Lo tuyo es patológico. —Vanessa la fulminó con sus ojos claros.

Pero Diana giró la cabeza un instante para asegurarse de que seguía su camino, presumiblemente, hacia la sala de control.

—Creo que todas estamos un poco nerviosas con la situación —quiso Sofía justificar a su amiga, aunque la mirada de Vanessa cayó sobre ella como una losa.

—Habla por ti —se quejó desde su asiento—. Yo me lo estoy pasando en grande... y mejor que me lo voy a pasar —añadió, elevándose el tono de su voz una octava a causa

de un repentino entusiasmo.

Tanto Sofía como Diana miraron hacia el escenario... ¿hacia dónde si no? Y comprobaron que Darío también bajaba de la plataforma y se iba hacia la parte de atrás, no sin antes hacerle un inequívoco gesto con la cabeza a Vanessa para que lo siguiera.

—Y sin cortarse un duro... —murmuró Diana, a lo que Sofía asintió, tan atónita como ella.

—Ni falta que le hace —sentenció Vanessa, complacida, poniéndose en pie—. Vosotras seguid en vuestro estado de nervios —dijo con retintín—, que yo sí voy a pasármelo bien un rato.

Y dicho esto, se condujo por el pasillo entre las butacas, y continuó sin detenerse hasta el lateral del escenario, donde Darío aguardaba por ella, con sus musculosos brazos cruzados y una pierna flexionada, con la suela de su bota de militar apoyada en el muro.

—Hola, preciosa —le dijo con su voz de barítono, y ella se mordió el labio inferior mientras lo miraba a través de sus largas pestañas—. Los chicos querían tomarse un descanso, y yo había pensado ir al camerino a tomarme una cerveza. ¿Te apetece?

Y la miraba de arriba abajo mientras lo decía, como si, en realidad, su idea fuera bebérsela a ella. Vanessa no se contuvo... ¿para qué? Se acercó a él lentamente y apoyó la cadera en su rodilla flexionada, colocándose de puntillas para poder así alcanzar con los labios su oído.

—Cerveza no es lo que me apetece precisamente. —Y una risa en forma de gruñido resonó en la garganta de Darío.

—Creo que podremos solucionarlo —sentenció girando el rostro hacia ella, haciendo que sus labios casi se tocasen, tan cerca que podían sentir el calor que desprendían los del otro.

Entonces, Darío le cogió la mano y tiró de ella, arrastrándola hacia el camerino. Cerró la puerta empujándola con la espalda y tomó a Vanessa de la cintura, pegándola a él. Y ella sonrió coqueta mientras apoyaba sus manos en sus hombros y sus senos en sus duros pectorales. Una amplia sonrisa se dibujó en el rostro de Darío.

—Definitivamente, este plan es mucho mejor —murmuró justo antes de asaltar sus labios.

Vanessa se estremeció. Darío era un hombre muy deseable, y ella se había propuesto disfrutarlo desde que supo que tendría la oportunidad de conocerlo... Pero aquella descarga que recorrió su cuerpo al sentir su boca exigente reclamando la suya, sus brazos poderosos hundiéndola contra él, los músculos fuertes y tensos de su espalda y que ella moldeaba con las palmas de sus manos... Se derretía por dentro, la enloquecía con el tacto de su lengua cálida y traviesa y su sabor a hombre... como si nunca hubiera probado ninguno...

Decidió no seguir pensando. No creyó que las cosas fueran a suceder tan rápido, pero ella se moría porque sucedieran, sin ataduras, sin compromisos, y gozando de aquel macho divino que con seguridad sabía transportar a una mujer al séptimo cielo.

Notó cómo sus manos abandonaban su cintura y serpenteaban perezosas hacia sus nalgas... Las masajeó con sus palmas mientras la apretaba contra él, clavando su excitación deliciosamente en su abdomen, y ella gimió sobre la boca masculina, complacida, disipando cualquier duda que Darío pudiera tener.

Ciertamente no tenía ninguna, y quedó patente al buscar ahora su pecho con una de sus manos con la única intención de torturarlo. Vanessa tuvo que sostenerse en él al sentir aquella chispa entre las piernas que le producían sus dedos jugueteando con su pezón por

encima de la camiseta, mientras su boca seguía causando estragos, abandonando la suya y hundiéndose en su cuello, mordisqueando la piel más sensible, y conduciéndola en un rumbo fijo, sin escalas, a la máxima excitación.

Arqueó su cuello y le dio mayor acceso, cerrando los puños entre las hebras de su oscuro y ondulado cabello para alargar aquella caricia que la dejaba sin aliento. Y mientras tanto, los dedos de Darío seguían haciendo magia sobre su pecho, sintiendo el pezón inflamado y duro como un guijarro...

Vanessa no quiso renunciar a darse el gusto. Deslizó una mano entre ellos y capturó con la palma toda su longitud que ya era imponente a través de la tela de los vaqueros.

Darío gimió contra su cuello y le clavó suavemente los dientes, lamiendo después la zona sensibilizada, como si pretendiera aliviarla por su castigo previo, cuando, en realidad, no hacía más que aumentar la humedad que Vanessa notaba entre las piernas.

Jadeó... Curvó el cuello en busca de la caricia de la boca masculina mientras se apretaba contra él, aunque Darío, de pronto, la abandonó, provocando que Vanessa soltase un gemido en forma de queja.

—Nena, creo que tenemos un problema. —Le oyó decir entonces.

Sin embargo, Vanessa cogió su rostro entre las manos y tiró de su barba, buscando sus labios, sin querer que dejara de besarla ni aunque estuviera hablando. ¿Qué interés podría tener lo que tuviera que decirle?

—No llevo ningún condón encima —dijo ahora, y Vanessa sintió aquellas palabras como si fueran un jarro de agua fría.

Ahora fue ella la que alejó su boca, la que lo soltó, mirándolo entre confundida y contrariada. Si no tenía preservativos...

—A pelo, ni de coña...

—No, no —se apresuró él en contestar, tragando saliva con gran esfuerzo.

Su fuerte pecho subía y bajaba a causa de la agitación, y su mirada lobuna le hablaba de una excitación elevada a la enésima potencia. Y sin embargo, Vanessa sentía poco a poco que iba bajando de aquella nebulosa que le prometía el mayor éxtasis jamás vivido... ¿Qué pretendía? ¿Para qué la había hecho ir entonces?

Darío leyó la pregunta en sus ojos y la empujó ligeramente, separándola un paso de él, mientras una sonrisa entre pícaro y vanidosa se dibujaba en sus labios.

—Había pensado que, tal vez, tú...

No continuó, aunque a Vanessa tampoco le hizo falta más.

Con total tranquilidad, separándose ligeramente de la puerta, colocó los brazos en jarra y se echó una significativa mirada al prominente bulto que amenazaba seriamente con reventarle los pantalones...

Y una bofetada le estalló en la cara desinflándole de golpe toda la libido.

—Pero ¿qué coño te pasa? —inquirió él, llevándose la mano a la mejilla.

—Hijo de...

—Esa boquita —la cortó entre asombrado y molesto, alzando un dedo a modo de advertencia.

—Eres un cerdo —lo ignoró por completo, apartándole la mano levantada de un palmazo—. ¿Es que te parezco una puta? —exclamó ella con los músculos del cuello tensos por la rabia.

—Una puta, no —Alzó él la barbilla en actitud chulesca, —pero una caliente...

—Si yo soy una calientapollas, tú eres un calientacoños, porque no has hecho más que desnudarme con los ojos y relamerte desde que me has tenido enfrente —le gritó, y

Darío extravió la voz en algún lugar de su garganta.

*Ala carallo...*

Pues claro que se había relamido al mirarla. Se había puesto duro de sólo pensar en ese cuerpo hecho para el pecado restregarse desnudo contra el suyo...

Y si antes le parecía preciosa, ahora...

Aquella muñequita de curvas voluptuosas y perfectas se había transformado en una fiera, con su melena brillante sacudiéndose y sus ojos claros chisporroteantes de rabia... y de labios carnosos aún más apetecibles...

Carraspeó quitándose esa idea de la cabeza, irguió la postura y se cruzó de brazos dispuesto a no dar su brazo a torcer.

—No creo que eso esté en el diccionario —le soltó, queriendo hacerse el listo... A Raúl le iba bien...

—¡Eso es porque el puto diccionario es tan machista como tú! —espetó ella, roja de la furia.

—¿Machista? —Frunció el ceño con asombro, soltando los brazos para apoyar las manos en la cadera en actitud desafiante—. ¿Qué cojones esperabas que sucediese viniendo aquí conmigo?

—Esperaba pasar un buen rato, so gilipollas —respondió clavándole con saña un dedo en el pecho—. Pero mi concepto de diversión no pasa por tener que arrodillarme, hacerle una mamada a un tío y recibir a cambio una palmadita en la cabeza por lo bien que lo he hecho.

Darío abrió los ojos como platos, atónito ante aquel sermón. Ninguna mujer le había hablado así, nunca. Era Darío Castro, y las mujeres caían de rodillas ante él, tal y como pensaba que ella haría, figurada y literalmente. Y sin embargo...

La oyó resoplar con hastío mientras lo miraba de arriba abajo, esperando una respuesta que él no podía darle pues no tenía muy claro cómo acertar...

¿Acaso tenía que hacerlo...?

Entonces Vanessa comenzó a negar con la cabeza y a reír... una risa desencantada.

—Tranquilo, la culpa es mía. —Encogió los hombros y torció los labios, queriendo mostrar indiferencia—. He sido una imbécil por creer que el ser un buen músico te hacía bueno en todo lo demás, pero, ahora mismo, ni para un polvo rápido me sirves.

Darío apretó los labios en una línea, aunque no sabía qué dolía más, si su ego masculino pisoteado o aquellos ojos que lo sentenciaban a muerte.

—Si lo que quieres es liberar tensiones —continuó ella con voz monótona—, más vale que te hagas una paja o le hagas un agujero a la pared y te la folles, porque yo me vuelvo a disfrutar del espectáculo.

Entonces, de un firme empujón, lo apartó de la salida y abrió la puerta, aunque antes de marcharse, se detuvo a mirarlo.

—Espero que seas tan buen músico como creo que eres y toques como Dios manda. Y, sin más, se fue.

Darío apretó los puños y suspiró profundamente, queriendo sosegar su cuerpo tembloroso. Se sentía como si se hubiera visto azotado por un vendaval... La extrema excitación a la que lo había conducido esa mujer jamás lo consiguió ninguna otra... y a eso tenía que deberse aquel estado de ansiedad en el que se hallaba en ese instante... No era más que asombro ante la inesperada y exagerada reacción de su propio cuerpo y que ella había provocado con sólo...

Sus besos...

Su piel...

Sus palabras...

Una desagradable punzada en el pecho le hizo reaccionar, aunque salió del camerino por inercia, casi como un autómatas. Pero ya no había rastro de ella. Sólo quedaba la estela de su perfume y en el que curiosamente no había reparado hasta entonces...

Gruñó aún más cabreado. Apretó los puños y la mandíbula, y emprendió el camino hasta el escenario.

Cuando volvió a sentarse a la batería, Vanessa ya estaba sentada con sus amigas. Sofía parecía molesta, y Diana agitaba las manos nerviosamente mientras le decía algo, pero ella no parecía escucharla. Se había cruzado de brazos y tenía la mirada fija en él, sin reparos, con descaro. Pero ya no halló la devoción que viera en sus ojos cuando la conoció en el parking del centro comercial, ya no lo miraba desde abajo, hacia lo alto de su pedestal, sino que lo había derrocado, poniéndolo a su mismo nivel; no eran ídolo y fan, sino un hombre y una mujer...

Darío rodó una de las baquetas alrededor de sus dedos y tragó saliva mientras sentía cómo se le formaba un nudo del tamaño de un balón en la garganta. Finalmente, apartó los ojos de Vanessa y maldijo para sus adentros.

No, no podía ser... Sólo estaba deslumbrado por aquella actitud guerrera que resultaría seductora hasta para el más pintado... Era completamente imposible, se repitió, por su bien tenía que serlo... Pues, de no ser así, estaría admitiendo que Darío Castro sí podía enamorarse... y la mujer por la que podía perder la cabeza estaba sentada justo frente a él... odiándolo.

🎵 *capítulo catorce* 🎵



El concierto fue grandioso. El público rugió enloquecido con los últimos acordes de «El fin», la canción que la banda solía tocar como cierre. Ángel se inclinó con agradecimiento mientras el sonido de los aplausos batallaba contra el de su corazón... por fin había tocado para ella. Entonces, hizo una seña a sus compañeros que se unieron a él en el borde del escenario para saludar todos juntos, y él volvió a buscar su cara entre el público.

No era difícil localizarla. El pase VIP le permitió a ella y a sus amigas situarse en primera fila, así que pudo deleitarse y contemplar su rostro todo lo que quiso durante la actuación. Ella seguía interponiendo entre los dos ese muro de hielo, pero decidió que no le importaba. Se jugaban mucho con aquel concierto, debía ser perfecto, y él quería darlo todo, y sabía que lo conseguiría si cantaba para ella... Sofía siempre sacaba lo mejor de él. Así que, todos allí lo escucharían, pero sus esfuerzos y sus energías estaban centrados en ella, al igual que su mirada.

Lo había soñado mil veces, tanto despierto como dormido. Los dos juntos, desnudos en la cama, sus cuerpos enredados entre las sábanas... Ella colocaría su rostro contra su pecho, su oído directamente sobre su corazón, y él susurraría las canciones que siempre escribía para ella, embriagándose con su perfume de flor y delineando con los dedos la curva perfecta de su espalda.

Por desgracia, ni estaban solos ni juntos, pero su voz llegó a ella sin que Sofía pudiera hacer nada por evitarlo, traspasando cualquier barrera de frialdad que hubiera querido levantar. Y pudo hablarle por fin de todo el amor que sentía por ella y que lo consumía, al igual que de ese aniquilador tormento que significaba no tenerla. Debía comprender que se moría por ella, no podía irse de allí sin saberlo...

Levantó el brazo y lo agitó en una despedida definitiva de aquel público que siempre era tan generoso, y al que nunca le molestó que lo usara como intermediario para hacerle llegar a Sofía sus mensajes. Era cierto que no le hacían llegar la respuesta, pero ahí era cuando caía de bruces frente a la realidad: no debía esperar respuesta alguna, porque no la merecía, ni buena ni mala. Sólo merecía aquella indiferencia con la que Sofía le estaba obsequiando durante todo el día, que dolía en el alma, pero que era justa y necesaria.

Con los vítores aún resonando a sus espaldas, se encaminaron hacia la parte trasera del escenario, acudiendo uno de los técnicos para hacerse cargo de su Gibson.

—Habéis estado de lujo, Jano —le dijo, y Ángel no pudo evitar una sonrisa de satisfacción.

—Vuestro trabajo ha sido impecable, así que no os quitéis méritos —le respondió él, reflejándose un deje de orgullo en la mirada del técnico.

Tras saludar a un par de compañeros más, se encaminó hacia el camerino para reunirse con sus amigos. Ambos tenían ya una cerveza bien fría en la mano y Darío le alargaba a él otra para hacer un brindis.

—Extrarradio ha vuelto a triunfar una noche más —pronunció Raúl con cierta solemnidad, a lo que los demás asintieron antes de beber.

—¿Dónde están los mejores músicos del mundo mundial? —irrumpió de pronto Toni en el camerino.

—¿De verdad te pagan por decir esas chorradas? —se mofó Darío.

—Por desgracia, sí —se rió aceptando la lata que él le ofrecía—. Pero en noches como ésta, no me importa hacerlo. Habéis estado bestiales. La gente va a disfrutar mucho escuchando este directo.

—Ya será menos —resopló Raúl, dejándose caer en una silla, y Toni soltó la cerveza encima de una mesa para cruzarse de brazos y plantarse en mitad del camerino.

—Tú te has marcado el mejor solo desde que te conozco —se dirigió a él directamente—, tú casi revientas la puñetera batería —continuó, señalando ahora a Darío—, y tú... joder, Ángel, aún tengo los pelos de punta...

Aquél era el mejor cumplido que podía hacerles, y sin embargo, ¿por qué los tres compartieron miradas de incomodidad, refugiándose en sus respectivas cervezas?

—Si no os hubiera visto con mis propios ojos, creería que mi grupo había sido abducido por unos jodidos extraterrestres —remató, y los tres músicos comenzaron a reírse—. Vamos a tener que invitar a las chicas más a menudo —añadió continuando la broma—, lástima que ya se hayan ido—. Y las risas en aquel camerino se esfumaron de repente, a excepción de la de Toni, que se elevó a la categoría de carcajada—. ¿Así que es por eso? ¿Todo por unas tías? Mira que sois simples...

—¿De qué coño hablas? —espetó Darío, lanzando con fuerza su lata de cerveza vacía a la basura, estrellándola contra el fondo.

—¿Del de Vanessa, tal vez?

—Hijo de...

Ángel y Raúl tuvieron que hacer un esfuerzo sobrehumano para impedir que Darío cogiera del cuello a Toni, quien se había apoyado en la mesa, disfrutando de su cerveza y desternillándose de la risa.

—Si no aceptas ni una puta broma es que te ha pegado bien fuerte —se regodeó—, y ciertamente, me importa una mierda —dijo más serio ahora. Dio un paso hacia el frente y encaró a Darío, que seguía con la respiración agitada, pero ya no necesitaba que sus compañeros lo sujetaran—. Lo que habéis hecho esta noche es lo que llevo buscando en vosotros desde hace seis años —Señaló en la dirección donde se encontraba el escenario, y buscando sus miradas—, y es lo que quiero a partir de ahora, ¿está claro? Siempre he sabido que eráis grandes, pero hoy me habéis demostrado que podéis ser inmensos, y no pienso conformarme con menos.

Entonces, dio un último trago a su cerveza y la lanzó a la papelera.

—Ahora, id a cenar algo y a celebrarlo. —Sonrió levemente—. Nos vemos en el hotel.

—Toni —lo detuvo Ángel cuando estaba ya en la puerta—. ¿Es verdad que se han ido?

El mánager no contestó, pero se echó mano al bolsillo trasero de los vaqueros. Entonces sacó tres pases VIP, y le lanzó uno a cada uno de ellos. A Ángel, el de Sofía; a Darío, el de Vanessa; y a Raúl, el de Diana.

—No se puede ser bueno en todo, chavales —dijo con sonrisa sardónica...

«Pardillos...»

Cuando cerró la puerta tras de sí, el silencio dominó aquel camerino durante unos

largos segundos.

—Joder... —resopló Raúl rompiendo aquel mutismo espeso como la niebla, mientras hacía volar el pase hacia una mesa, imitándole sus dos amigos.

—¿Vas a hacer caso de lo que diga ese imbécil? —exclamó Darío que ahora iba hacia la nevera para coger otra lata de cerveza—. Que lo diga por Ángel, de acuerdo, porque además es la verdad. Has estado de puta madre, tío. —Se giró un momento hacia su amigo—. Pero ¿qué pintamos nosotros dos en todo esto?

—¿Quieres hacer el favor de mirarte las jodidas manos? —replicó Ángel entonces, dejándose caer en un butacón—. Te las has hecho puré a pesar de llevar los guantes.

Aunque ya lo sabía, Darío se miró las palmas de modo instintivo para ver que algunas de las zonas que rozaban con las baquetas estaban llenas de rozaduras y heridas.

—Cállate... —gruñó.

—Y sólo tenía ganas de dejar de tocar para ir a sentarme entre el público y escucharte a ti —le dijo ahora a Raúl, quien había elegido la silla del rincón—. Casi fundes el bajo en el solo de «caballo metálico».

—¿Qué quieres decir? —Darío apretó la mandíbula, molesto.

—Nada en absoluto —respondió con voz monótona—. Pero no se puede negar que esta noche nos hemos salido y yo, personalmente, admito que ha sido por ella. En cuanto a vosotros, no sé si es que las chicas...

—¡A mí no me interesa Vanessa! —espetó Darío con rabia.

—Ni a mí Diana —lo secundó Raúl que también comenzaba a irritarse con el tema.

—Entonces, ¿por qué os cabreáis tanto? —replicó con total tranquilidad.

—Que sólo las hemos visto una vez, joder, y por mi parte, espero no volver a verla nunca más —sentenció Darío.

—Idem —rubricó Raúl.

—¿Lo veis? —insistió Ángel con sonrisa traviesa, y sacudió las manos para callar a sus amigos que tenían toda la intención de replicar—. Tú estás más raro que un perro verde desde que salimos del restaurante —apuntó, señalando con el dedo a Raúl—, y tú estabas de puta madre —continuó, mirando ahora a Darío—, hasta que me he ido a fumar en la prueba de sonido y, a mi vuelta, te habías transformado en el terrible Hulk... Te recuerdo que le has tenido que cambiar el parche a la tarola.

Darío bufó mientras aplastaba la lata vacía en el puño. La tiró a la basura y fue a por otra.

—Y van tres... —dijo Ángel con sonsonete.

—¿Quién coño eres ahora, mi madre? —espetó sentándose en la única silla que quedaba libre.

—Pensaba que vuestro amigo.

—¿Qué narices quieres, Ángel? —preguntó Raúl de mala gana.

—Sólo saber qué os ha pasado con las chicas —admitió sin ocultar su curiosidad.

—Si no hubieras estado tan embobado con Sofía, te habrías enterado —rezongó como respuesta.

Ángel resopló. Sabía que era un golpe bajo, cuyo único propósito era convertirlo a él en el centro de atención.

—Luego os dejaré ensañaros hasta reventar —se cruzó de brazos, inflexible—.

Empezad a hablar. Ya.

Y así fue cómo se enteró de la extraña conversación que Raúl había mantenido con Diana, y lo sucedido entre Darío y Vanessa.

—Vivan los caballeros de casta y cuna —se mofó Ángel que apenas podía creer lo que le había contado—. Te ha faltado llamarla zorra en su cara.

—No te pases. —Levantó un dedo a modo de advertencia—. Me he follado a muchas tías, sí, pero jamás he pensado de ellas que sean unas zorras.

—Para nada —ironizó—. Sólo le dan más valor a tu ego que a su propia autoestima, y no les importa que las uses.

—Dicho así, suena...

—Es la puta verdad, Darío —insistió—. El problema es que, hasta ahora, todas aceptaban las reglas del juego, pero Vanessa se ha cagado en ellas —añadió, conteniendo la risa—. Y no sólo te ha dejado con un calentón de un par de narices, sino que te ha puesto en tu sitio y te has quedado loco —concluyó, sacudiendo las cejas varias veces, y Raúl explotó a reír.

—Creo que has dado con la horma de tu zapato.

—Pues anda que tú —se defendió atacándolo—. Te has topado con la primera tía que no se deja engatusar ni por tu cara bonita ni por tu labia.

Y Raúl resopló como si fuera un toro bravo.

—A esa chica le falta un tornillo —masculló entre dientes.

—¿Sólo porque no ha caído rendida por tus encantos? —se mofó Ángel.

—¿Has oído lo que te he contado? —inquirió molesto—. Por tu culpa ha declarado a los hombres peligro número uno y yo he pagado el pato.

—Pero ¿qué dices? —le rebatió con fastidio—. Ahora va a resultar que el futuro del género masculino está en mis manos, no te jode.

—Pues estoy seguro de que tiene que ser a causa de algún tío —refunfuñó, cruzándose de brazos—. ¿Sabes si tiene novio?

—¿Me has visto hablar con ella para preguntárselo? —respondió con retintín—.

Sólo sé que en aquella época salía con Alfonso, un chico de su barrio que también era de la pandilla. Cuando me fui a Madrid llevarían un par de años pero, como bien sabes, les perdí la pista —agregó haciendo un mohín.

—¿Estás pensando que tal vez tuvo un desengaño amoroso con ese tal Alfonso y crees que eres el apropiado para demostrarle que todos los hombres no somos iguales? —se cachondeó Darío.

—Lo que pienso es que aún tienes toda la sangre acumulada en el nabo —apuntó mordaz, y Darío, lejos de molestarse, se carcajeó con ganas—. ¿De qué coño te ríes?

—Pues que siempre te quejas de que las tipas que conocemos te aburren, y creo que Diana está resultando ser un desafío muy interesante, además de muy guapa.

—Os han cazado... —canturreó Ángel entonces con sorna.

—Ni de coña —espetó Raúl.

—Aquí el único pardillo que sufre por amor eres tú —Darío se unió a su amigo, y Ángel se removió en la butaca.

—Se acabó la tregua, ¿no? —Torció el gesto.

—Es que es para matarte...

—¿Me dices qué cojones he hecho de malo en el día de hoy? —alzó el tono, contrariado—. Tal vez estabas muy ocupado con Vanessa, pero Sofía no me ha dirigido la palabra y apenas me miraba. Y cuando lo hacía, era como si estuviera frente a un extraño. ¿O tampoco te has fijado?

—Pues no te he visto muy afectado que digamos —habló ahora Raúl—. No has abierto la boca.

—¿Y qué tengo que hacer para que estés contento? —Ángel se puso de pie como si lo hubiera impulsado un resorte—. ¿Necesitas que lllore lágrimas de sangre para que te des cuenta de que me desangro por dentro? Amo a Sofía con todas mis fuerzas y siento que cada día muero un poco por no tenerla.

—¿Y por qué no vas a buscarla de una puta vez? —exclamó Darío que empezaba perder la paciencia.

—¡Porque sabes perfectamente que no puedo! —le gritó, agitando los brazos—. ¿Crees que no quiero estar con ella? ¿Crees que soy un puto masoquista que disfruta torturándose?

—Pues nadie me convence de que no estás con ella porque no te da la gana.

—Darío también se puso en pie y se acercó un paso—. No la querrás tanto.

—¿Y qué coño sabes tú del amor? —bramó enfurecido—. A la vista está que, para ti, las mujeres sólo sirven para follártelas.

Darío dio otro paso más, pero Raúl se apresuró a colocarse entre los dos, estirando los brazos para separarlos.

—Tíos...

—¿Sabes cuál fue la última palabra que mi padre me dijo antes de echarme de casa?

—Ángel continuó, sin embargo.

Y Darío palideció, al igual que Raúl, quien también lo miraba ahora con los brazos caídos.

—Ángel, no...

—Asesino...

Lo pronunció despacio, recreándose en las eses que vibraban en su lengua de forma dolorosa, como lo era aquella culpabilidad que le había ennegrecido el alma con el paso de los años.

—Tú no eres un asesino —lo defendió Darío con ardor—. No fue culpa tuya.

—Llevo trece años intentando convencerme de eso, pero aún no lo he logrado... y lo sabéis —respondió, habiéndose transformado la rabia en profunda y repentina tristeza—. Mi padre que fue quien me engendró lo creía, ¿por qué no iba a hacerlo ella?

—Tampoco le diste la oportunidad de decirte lo que pensaba —le recordó Raúl.

—¿Y si me cree culpable, Raúl? —inquirió con la voz rota y los ojos brillantes—. ¿Sabéis lo que pensaba mientras ganaba cuatro duros cantando en el metro? —Apretó los dientes y los puños para reprimir aquel nudo que ardía en su garganta—. Que prefería acabar entre las vías a tener que escuchar de sus labios que me creía culpable.

—Ella no piensa eso —exclamó Darío, y tanto Raúl como Ángel lo miraron con asombro—. Me refiero a que te quiere, Sofía está enamorada de ti. Si te creyese culpable de la muerte de su hermano, no habría venido a buscarte.

—¿Hoy ha venido a buscarme? —preguntó sarcástico.

—El sábado te portaste como un completo gilipollas. ¿O lo has olvidado? —le dijo ahora Raúl.

—¿Y qué querías que hiciera? —le gritó.

—Ángel...

—Veo que no lo entendéis —lamentó mientras las lágrimas se esforzaban por escapar de sus ojos. Las ahuyentó de un manotazo—. Aún no habéis entendido que da igual lo que ella piense, que me crea culpable o no. Porque yo sí lo creo —dijo con la mandíbula crispada, golpeándose en el pecho—, yo si me siento culpable de la muerte de Juancar.

—Pero... tío...

—Es lo que hay, Darío —espetó entre desesperado y furioso—. No soy capaz de mirarla a la cara sin que me asalten imágenes de lo que pasó, sin que piense que yo estoy vivo, y su hermano, muerto, que ese día perdió a una de las personas más importantes de su vida por...

—Te equivocas —lo interrumpió Raúl un tanto cortante—. Ese día perdió a dos de las personas más importantes de su vida, porque también te perdió a ti.

Ángel sintió cómo si le hubieran golpeado en el estómago.

—Y de eso sí que tienes la culpa —añadió su amigo—. Tú has elegido revolcarte en tu dolor, pero a ella no le has dejado más opción que la de sufrir por ti.

—Pues... cuanto antes me olvide, mejor —dijo no sin esfuerzo... le temblaba la voz.

—Es lo único sensato que has dicho en toda la puta noche —replicó en tono mordaz—, y por lo que he visto hoy, parece que lo está consiguiendo, así que puedes estar satisfecho —añadió, escrutando a su amigo con la mirada en busca de su reacción.

No hubo ninguna. Si a Ángel le afectó su afirmación, lo ocultó muy bien... y a Raúl le repateó el hígado.

Resopló.

—¿Sabes qué? Paso. —Sacudió las manos con impaciencia—. Llegará el día en el que te arrepentirás de haber sido un imbécil, y yo estaré allí para reírme en tu cara y decirte «te lo dije».

—Con amigos como tú...

—¡Tú no quieres amigos! —exclamó furioso, dando un paso hacia él—. Sólo necesitas nuestra lástima para regodearte aún más en tu propia mierda. Pero conmigo no cuentas. Ahí os quedáis, me piro al hotel.

—Espera... —le pidió Darío, aunque hizo oídos sordos, así que le siguió—. Te has coronado, macho —le dijo antes de pasar por su lado para ir tras Raúl.

Ángel quedó estático en mitad del camerino, con la mirada fija en la puerta por la que se habían marchado sus únicos amigos. Aunque eran más que eso... en realidad, no tenía a nadie más que a ellos dos. Sintió aquel vacío en el pecho que formaba tándem con la voz de su conciencia, y que le repetía una y otra vez que la había cagado, ese sudor frío que marcaba la diferencia entre lo insignificante y lo irreversible. Tal vez había cruzado el límite...

Daba igual... Si no eran capaces de comprenderlo, mejor si lo dejaban solo, regodeándose en su mierda, tal y como había dicho Raúl...

Se sentó en la butaca. Recuperó la cerveza que dejó en el suelo en algún momento de su conversación con los chicos y dio un buen trago. Estaba caliente, así que volvió a dejarla en el suelo con una mueca de asco y se limpió la boca con el dorso de la mano. Se habría levantado a por otra si no hubiera sentido su alma pesada como una roca...

Se había ido...

Apoyó los brazos en los muslos, con la mirada fija en el desgastado suelo de linóleo... y los hombros empezaron a sacudirse, dominados por un repentino y agónico llanto.

Se había ido...

Sofía se había marchado sin ni siquiera despedirse... como hizo él años atrás. Y si sólo sufrió la mitad de lo que sufría él en ese instante...

*Mi pequeña...*

—Dios, por favor... arráncamela del corazón... déjame olvidarla —suplicó

apretándose el pecho con una mano, y apoyando la frente en la otra, agotado, exhausto, destruido.

Tal vez Raúl tenía razón y Sofía ya lo había superado...

La idea se le clavó dolorosamente en las entrañas, como si fuera una afilada y mortífera daga, y se maldijo mil veces por ser tan egoísta. Debía dejarla ir, igual que estaba dejando libres aquellas lágrimas tan amargas. Estar destinado a vivir con su recuerdo era su castigo, y ella no merecía pagar en su lugar, tenía derecho a liberarse de ese amor condenado... aunque a él se le partiera el alma.

Lloró hasta que se secó por dentro, hasta que sólo quedó ese dolor rancio y acartonado que lo llenó durante tantos años, ése que tan bien conocía y que tanta compañía le hizo, y se propuso firmemente olvidar las dos últimas semanas de su vida, que había visto a Sofía, que la había acariciado, olido, oído y saboreado... y sus sentidos debían volver a su acostumbrado letargo.

Y su corazón dejaría de nuevo de latir...

Con desidia, y ahogando los últimos sollozos, fue en busca de su cazadora que estaba colgada del perchero de la pared y cogió su teléfono de uno de los bolsillos para llamar a la compañía de taxis. Le dijeron que tardarían unos quince minutos en ir a recogerlo, así que se limitó a deambular por el camerino mientras se consumía el tiempo.

Salió por la puerta de atrás. A esas alturas, los fans ya habían desistido, sobre todo si vieron marcharse a Raúl y Darío... Con seguridad creyeron que él salió a la vez que ellos, aunque por alguna puerta de servicio.

El taxista llegó puntual y agradeció para sus adentros que fuera de los callados, y de los rápidos, pues en quince minutos se cruzó toda la ciudad. Sacó un billete de veinte euros y le pidió que se quedara con el cambio, y respiró hondo un par de veces antes de salir del coche. Había fans esperándolo en la puerta.

No estaba de humor, de verdad que no. En otras circunstancias, se habría detenido para firmar algún autógrafa o hacerse un par de fotos, pero esa noche, no. Alzó el cuello de la cazadora de cuero y se cubrió la nuca. Hundió la barbilla en el pecho, con las manos en los bolsillos, y no se detuvo hasta que cruzó la puerta hacia la tranquilidad, pues la dirección del hotel tenía indicaciones expresas de no dejar pasar a nadie más allá del hall.

Fue a recepción en busca de la llave y después directo a los ascensores. Necesitaba darse una buena ducha, acostarse y no despertar en mil años. Pero cuando salió del ascensor y tomó el corredor que llevaba a su habitación, redujo el paso.

Mierda...

Había una tipa esperándolo en la puerta. ¿Cómo coño había logrado entrar?

Debía reconocer que ya de perfil estaba muy buena... Se apoyaba en la pared, con las manos en la espalda y la cabeza gacha, por lo que su pelo suelto no le dejaba verle la cara. Llevaba un vestido negro de tirantes, ceñido, y todo el costado de la prenda lo recorría de arriba abajo una amplia franja de encaje del mismo color que apenas escondía la ropa interior y que, además, dejaba muy poco a la imaginación. Corto por mitad del muslo, unas altas plataformas con tacón de agua estilizaban sus contorneadas y ligeramente flexionadas piernas...

Lástima que no estuviera interesado...

—No deberías estar aquí —dijo desde mitad del pasillo en tono poco amistoso, y ella giró el rostro para mirarlo.

Ángel se detuvo en seco, atónito, incapaz de mover ni un músculo a causa de la impresión. Seguro que estaba boquiabierto como un completo idiota porque ella sonrió

vanidosa mientras caminaba hacia él con las manos apoyadas en las caderas. Hasta que se plantó justo enfrente. Las plataformas hacían que sus miradas estuvieran a la misma altura... y sus bocas demasiado cerca...

—Y tú llegas tarde —susurró ella entonces—, trece años tarde.

—




A Sofía le dio un vuelco el corazón cuando su voz masculina resonó en el pasillo. Tomando aire, giró el rostro para mirarlo... Suerte que estaba apoyada contra la pared porque le temblaba todo el cuerpo por el simple hecho de tenerlo frente a sus ojos. Su pose desafiante, de piernas entreabiertas y pulgares enganchados en las presillas delanteras de los vaqueros, despertaba las mariposas de su estómago, aunque aquella postura chulesca se vino a pique cuando se dio cuenta de que era ella.

Decir que se había sorprendido era quedarse muy corto, parecía en shock, y sólo ver su cara en ese instante ya compensaba el mal rato que le supuso la última hora.

No fue mal, tenía que reconocerlo, aunque el temor a que las cosas no fueran como ella esperaba la tuvo en un estado de nervios desquiciante que empezó desde que pisó el centro comercial aquella mañana y que se acrecentó cuando terminó el concierto, y que marcaba la siguiente etapa de su plan.

Se marcharon sin despedirse. Ni Vanessa ni Diana querían pasar al camerino por razones que desconocía y que pronto averiguaría, pero que precipitaron el siguiente paso.

Sofía entró en su coche, y Diana había llevado también el suyo con toda la intención, por lo que ella y Vanessa la siguieron hasta el hotel de los chicos. La calle donde aparcaron no estaba muy bien iluminada, pero, aun así, sus amigas hicieron pantalla mientras ella se cambiaba de ropa en el coche.

—Ven aquí —le pidió Vanessa que la hizo girar en su asiento para que sacara las piernas del coche y mantuviese su rostro frente a ella.

Entonces, cogió de su bolso uno más pequeño con maquillaje y un cepillo del pelo... e hizo su magia.

—No me oscurezcas mucho los ojos —se quejó Sofía—. Voy a parecer una «devora-hombres».

—Perdona, pero esta noche lo vas a ser. —Continuó ella con su tarea—. A Ángel te lo vas a comer en todos los sentidos de la palabra.

—A no ser que vuelva a echarme... —murmuró mientras Vanessa le ponía la máscara de pestañas.

—Si viéndote así, y después de cómo has estado preparando el terreno durante todo el día, el capullo va y te echa, no será que ha dejado de quererte, es que, directamente, se ha vuelto marica —sentenció ahora Diana.

—Gracias por los ánimos —resopló haciendo una mueca.

—Tranquila, todo irá bien —dijo entonces Vanessa, que la estudiaba con ojo crítico tras haber finalizado de maquillarla y peinarla—. Tienes claro lo que tienes que hacer, ¿no? —añadió acercándole un pequeño bolso negro con cadenita.

Sofía asintió mientras metía su móvil, las llaves del coche y su carnet de identidad.

Pese a ser pocas cosas, apenas cabían en aquel bolso minúsculo.

—Esta vez manténgase informada —le pidió Diana, dándole un beso de ánimos en la mejilla, y haciendo Vanessa lo mismo.

—¡Estás espectacular! —Le oyó decir a ésta mientras ponía rumbo hacia el hotel.

Por suerte, no había estacionado muy lejos, pues con aquellos zapatos su integridad física estaba seriamente en juego. Giró la esquina y se topó con la imagen de un montón de gente que se agolpaba en la puerta, fans que esperaban al grupo. Se detuvo un momento. Tuvo la tentación de volver sobre sus pasos, pero no podía echarse atrás después del día tan infernal que había pasado. Se convenció de que, aunque no le dejaran entrar, podía llamar a Toni y recordarle que le dio permiso para hacerlo si necesitaba algo... y necesitaba cruzar aquella jauría de *groupies* enloquecidas.

Se acercó a la entrada por uno de los costados, y el guardia de seguridad que estaba en ese extremo debió apreciar su actitud decidida porque le salió al paso.

—No se puede pasar, señorita —le dijo amablemente, aunque con firmeza inflexible.

Sofía tragó saliva. No perdía nada por intentarlo, no perdía nada por intentarlo, se decía una y otra vez...

—Me llamo Sofía Ferrer —soltó de sopetón, y la actitud del guardia cambió radicalmente, tensándose.

—Ya... —murmuró, escaneándola con la mirada—. Y eso, ¿quién lo dice?

Como ciertamente esperaba que la mandara a paseo, Sofía tardó un par de segundos en reaccionar. Entonces, sacó su dni del bolsito y se lo alargó, y el guardia comenzó un chequeo exhaustivo de las facciones de Sofía para compararlas con su foto del carnet, y tras varios segundos infinitamente largos, se lo devolvió y se apartó, dándole vía libre.

Mientras cruzaba la puerta, escuchó a sus espaldas los gritos de las fans que le lanzaban maldiciones, pero lejos de amedrentarse, le complació, pues para bien o para mal, ella no era como las demás.

Antes de cruzar el hall, un hombre enfundado en un traje, sin duda algún empleado del hotel, también le impidió el paso, pero procedió de la misma forma que con el guardia, aunque en esta ocasión fue más allá, pues consiguió averiguar el número de la habitación de Ángel. Ciertamente, Toni se había tomado muy en serio su ofrecimiento, hasta el punto de que Sofía estaba segura de que podría haber conseguido también la llave de la suite si se lo hubiese propuesto.

No quiso excederse, aunque tampoco lo creía necesario. Ella se conformaba con esperarlo en el pasillo y deleitarse con su cara estupefacta al verla caminar hacia él, como en ese momento en el que avanzaba por aquel corredor con las manos en la cadera y sintiéndose poderosa al notar que sus ojos la traspasaban en una mezcla de devoción y deseo.

—Y tú llegas tarde —susurró cuando lo tuvo tan cerca que casi se tocaban—, trece años tarde.

Lo vio pasar saliva, apenas podía respirar de la impresión, y ella supo que tenía que dominar la situación... con Ángel siempre funcionaba así.

—¿Entramos de una vez? —Inclinó el rostro en un gesto de impaciencia, y aunque él carraspeó como si tuviera la intención de decir algo, finalmente no lo hizo, accediendo a su propuesta.

Le abrió la puerta y la dejó pasar, colocando la tarjeta magnética en el dispositivo de la pared para poder encender las luces. La habitación era espectacular, pero Sofía no

descuidó su atención fijándose en lo que había a su alrededor, sólo en aquel mueble en el que dejó caer el bolso. Luego, se apoyó en la pared adoptando la misma postura que cuando lo esperaba fuera, y aguardó de nuevo, mirándolo a él fijamente, atenta a cualquier reacción suya.

Se había quitado la cazadora y la lanzaba encima de la butaca, mientras se pasaba con nerviosismo la mano por los cabellos demasiado largos. No que a ella le importase... la tentaban a hundir sus dedos en ellos...

Ángel se apoyó en la pared situada justo frente a ella, apretando los puños tras la espalda, en un estado de confusión, asombro y frenesí, pues el corazón le iba a estallar latiéndole a esa velocidad de vértigo. No pudo evitar recrearse en esa imagen que le deleitaba las retinas, porque decir que Sofía estaba espectacular rozaba el insulto. Ese vestido resaltaba las preciosas curvas de su cuerpo haciéndolas perfectas, y el maquillaje embellecía sus facciones aún más si era posible...

Tenía frente a sus ojos a una mujer sensual y tentadora que se las arreglaba, no sólo para que la amase con locura, sino para seducirlo hasta el punto de hacerle perder completamente el control de su cuerpo y de su mente. Hacía apenas media hora que había justificado frente a sus amigos, con todas sus fuerzas y argumentos, la decisión que tomó trece años atrás y de la que se sentía esclavo, y en solo un minuto, aquellos labios vestidos de rojo carmín estaban a un paso de quebrarlo.

La vio impulsarse ligeramente con el hombro y despegar la espalda de la pared, comenzando a acercarse con movimiento sinuoso hasta llegar al centro de la habitación, donde se detuvo... a mitad de camino entre los dos, y con un claro mensaje en su mirada de gata: si la quería, él tenía que dar los pasos que faltaban... y eran de los de gigante.

Debía haberlo sabido. En todo lo referente a ella, su mente siempre iba por un lado y su cuerpo por otro, y mientras maldecía para sus adentros, Ángel comenzó a recorrer con lentitud aquellos metros que los separaban.

¿Por qué siempre tenía que parecer tan decidida? ¿Por qué a él sin embargo le temblaban hasta las pestañas? ¿Y por qué narices no era capaz de resistirse al poder que ella ejercía sobre él siempre que se lo proponía? Por eso no quiso despedirse de ella cuando se fue; una sola palabra suya le habría hecho quedarse...

Cuando se detuvo, apenas cabía aire entre ellos, y se vio cautivo de su aroma de flor y su mirada oscura que estudiaba la suya, descifrándola, exponiéndolo...

—¿De qué va todo esto? —inquirió él a la defensiva, aunque su tono resultó ser demasiado suave para causar el efecto esperado—. Has estado todo el día ignorándome, volviéndome loco con tu frialdad y tu indiferencia. Y ahora te presentas así...

—¿Lo he conseguido? —preguntó con voz melosa.

—¿El qué? —replicó sin comprender.

—Volvete loco —murmuró tras lo que se mordió el labio inferior en un gesto coqueto.

Ángel inspiró profundamente, dándose cuenta muy tarde de que había sido un error... la calidez de su aroma era demasiado atractiva para sus sentidos...

—¿Eso es un sí? —dijo ella sonriendo, mientras rompía la barrera invisible que los separaba y apoyaba las manos en su torso... y aquel tacto abrasaba. Ángel carraspeó.

—Sofía...

—¿Sabes? Siempre decías que no eras bueno con las palabras, y yo creo que, a veces, abusas de ellas —murmuró, deslizando las palmas hacía arriba, llegando a su cuello. Aunque Ángel, en un arranque de insólita cordura, le agarró los brazos, deteniéndola.

—¿Qué es lo que quieres? —farfulló, apretando los labios.

—¿Y tú? ¿Qué quieres tú? —replicó sin amedrentarse por el brillo de rabia que percibió en su mirada bicolor—. ¿Por qué sigo aquí? ¿Por qué no me has echado aún? —Sacudió ligeramente los brazos que él aún le agarraba—. No me he tomado la molestia de venir hasta aquí para hacerlo por mi propio pie, así que, ¡vamos! —alzó el tono de voz—, no tienes más que tirar de mí y abrir la puerta. ¡Hazlo si es lo que realmente quieres! ¿Quién te lo impide? —añadió notablemente furiosa, impaciente... hastiada.

Ángel le soltó las muñecas al tiempo que bajaba el rostro. No podía contestar a ninguna de sus preguntas porque no sabía cómo hacerlo. ¿Tenía sentido decir que era él mismo quien le impedía echarla de allí, aunque deseaba con todas sus fuerzas que se fuera? Ángel empezaba a tener serias dudas sobre su propia lucidez mental, pues la demencia debía ser la única explicación a su comportamiento errático.

Y para terminar de sumirse en la desesperación, notó el suave tacto de su mano sobre la mejilla...

Cerró los ojos con fuerza, sintiéndose un miserable por gozar tanto de aquella caricia y por importarle una mierda si ardía en el infierno. Inclino el rostro y sus labios fueron al encuentro de sus dedos para besarle la suave piel de las yemas.

La oyó suspirar, y él se giró para mirarla. Tenía los ojos brillantes, llenos de lágrimas y esperanza, la que él no podía entregarle, y que tampoco pudo esquivar, contagiándolo. Y con esa mirada rebosante de anhelo que lo cautivaba sin remisión, se vio transportado a aquella época en la que todo era posible, en la que el amor de Sofía lo hacía invencible, en la que aún podían permitirse el lujo de soñar...

Se dejó llevar. Estaba seguro de que se arrepentiría toda la vida, pero cerró los ojos a la realidad y la dejó a un lado. Le apesó la cintura entre los dedos para aplastarla contra él y la besó.

Sofía gimió en sus labios y él creyó que iba a morir ante la dicha de saborear esa boca de nuevo. Deslizó las manos hasta su espalda y ella las elevó hasta su pelo, acoplándose ambos cuerpos a la perfección en su abrazo, mientras sus bocas seguían besando, mordisqueando, lamiendo, recuperando los besos perdidos que les había robado el paso de los años. Se extrañaban, se necesitaban... se ansiaban... Las manos comenzaban a deambular a lo largo de sus cuerpos en busca de la caricia más estremecedora, la que arrancara el suspiro más profundo, la que acelerara los latidos a la velocidad de la luz... la que exterminase la razón...

—Sofía...

—No, Ángel, por favor... —Le agarró la cara entre sus finas manos y clavó su mirada acuosa en sus ojos huidizos—. No me sueltes, no ahora.

Tuvo que cerrarlos. Apenas podía resistir el amor que irradiaban sus pupilas oscuras como la noche... y él lo necesitaba tanto... Necesitaba alimentarse de él y sentirse vivo aunque sólo fuera un efímero instante, notar de nuevo fluir la sangre por sus venas, y cómo su alma encontraba el camino de vuelta... a pesar de que echaría otra vez a volar en cuanto el sol saliera y trajese con él esa realidad de la que nunca podría zafarse.

—Te haré daño —murmuró advirtiéndole sobre lo que siempre fue su maldición—. Destruyo todo lo que toco...

—Yo sigo en pie... por ti.

Ángel abrió los ojos. A pesar de todo, ¿cómo podía...?

—No lo merezco —gimió con la voz velada por el dolor que le causaban aquellas palabras que deberían hacerlo feliz.

—Eso lo decido yo —sentenció ella con firmeza, aunque acariciando suavemente su barba... y él negó sacudiendo la cabeza.

—Será mejor que te marches ahora que todavía estás a tiempo. —Quiso dar un paso atrás, escapar, aunque ella lo siguió.

—Si quieres que me vaya, tendrás que echarme —alegó con voz dura—. Échame, Ángel, ¡échame!

Y él se giró, queriendo huir de aquella tortura, pero ella insistía en perseguirlo... Obstinate, persistente y testaruda...

—¡Échame!

—¡No puedo! —gritó desesperado, apretando los puños—. Soy tan jodidamente egoísta que no puedo abrirte esa puerta.

Sofía lo miró con los ojos muy abiertos, tratando de entender el enigma de sus palabras y su mirada, pero él no estaba por la labor de permitírsele porque huyó de ella. Chasqueó la lengua de mala gana y fue hasta la cama para sentarse con la cabeza gacha y los brazos caídos sobre las piernas. Parecía derrotado... Sin embargo, ella no había llegado hasta allí para dar su brazo a torcer a la primera de cambio. Siguió sus pasos y se colocó frente a él, dispuesta a todo, incluso a morir en el intento.

—¿Por qué te fuiste hace trece años? —le preguntó a bocajarro, y él masculló una maldición.

—Eso es asunto mío.

—Y mío, pues te recuerdo que fue a mí a quien abandonaste —espetó molesta, y Ángel alzó la vista con incredulidad.

—Siendo así te diré que la razón que nos separó entonces, se interpondrá entre nosotros hoy, y siempre —respondió con voz áspera, mirándola de igual forma mientras se lo decía, y pareció funcionar pues percibió una sombra de tristeza en los ojos de Sofía—. Eso es... —Sonrió satisfecho—, piensa de mí lo que quieras, que soy un cabrón, un jodido desgraciado sin corazón, lo que te dé la gana, pero que te quede claro que lo nuestro se acabó. Jamás volveremos a estar juntos —quiso zanjar así el tema, sentenciándolo a muerte.

Se le retorcieron las entrañas cuando vio que su mirada rebosaba en lágrimas... pero era lo mejor para ella.

—Nunca vas a contarme lo que sucedió, ¿no?

A Ángel casi se le salen los ojos de las órbitas... ¿Es que se había vuelto loca? ¿Necesitaba que le narrase con pelos y señales lo que pasó?

—Deja de torturarte, anda —resopló él con desgana—. Fue todo culpa mía, así que puedes irte tranquila.

La vio alzar la vista hacia el techo unos instantes mientras suspiraba pesadamente, y Ángel supo que estaba tratando de tragarse el llanto.

—Vete de una vez, Sofía —insistió, y ella lo miró con ojos cristalinos.

—Está bien —cedió finalmente, y Ángel esbozó una ligera sonrisa para esconder el dolor que aquello le causaba—. Me iré con una condición.

Ángel contuvo el aliento. No quiso hablar, así que le hizo un gesto para que continuara.

—Voy a hacerte una pregunta y quiero que me digas la verdad. Júrame que me dirás la verdad —añadió antes de que él pudiera contestar—. Júramelo.

—Y te irás. —Quiso asegurarse, a lo que ella asintió—. Entonces, lo juro.

Sofía escudriñó en sus ojos antes de seguir, y no pudo asegurar si eran sinceros o no, pero sólo le quedaban un par de cartas bajo la manga y decidió jugarlas.

—¿Me quieres?

—¿Qué? —exclamó Ángel con una mueca de asombro y estupor cruzándole la cara.

—Te he preguntado si me quieres —repitió sin amilanarse... a lo hecho, pecho—.

Y no me refiero como a una amiga, o una hermana. Quiero saber si me amas, como un hombre a una mujer.

Ángel pasó saliva mientras intentaba controlar el ritmo de su corazón que palpitaba desbocado. Maldita fuera... ¿Es que no podía dejar las cosas como estaban?

—Me lo has jurado —le recordó ella entonces alzando un dedo como advertencia, y él se pasó las manos por la cara en un acceso de exasperación.

—No creo que mi respuesta...

—Ángel...

—¡Sí! ¿De acuerdo? —gritó furioso al verse entre la espada y la pared por culpa de su treta—. Te quiero —declaró con ardor y ojos sinceros, y clavados en los suyos para que no quedase duda alguna—. Y ahora que ya te he contestado, vete —remató, señalándole la puerta.

Sin embargo, ella no se movió. ¿Acababa de decirle que la quería y pretendía que se fuera sin más? Estaba loco si creía que no iba a luchar hasta el final. Llevaba trece largos años esperando oír esas palabras como para rendirse tan fácilmente.

—¡Me has dicho que te irías! —insistió él, tensándose sus facciones a causa de la impaciencia entremezclada con recelo.

—Y me iré —le ratificó—, pero aún no.

Y por si Ángel no estaba suficientemente conmocionado por todo lo que había sucedido a lo largo del día, vio con asombro cómo Sofía estiraba los brazos para alcanzar la cremallera de la espalda de su vestido para bajarla y dejar caer la prenda al suelo.

—¿Qué coño haces? —exclamó desconcertado por esa reacción tan inesperada como inaudita.

Con rapidez, tomó el vestido y trató de subírselo para cubrir su cuerpo desnudo a excepción de un par de minúsculas piezas de lencería de encaje negro...

—Quiero que me folles —espetó ella de súbito, forcejeando con él para permanecer desnuda, y Ángel se detuvo, incapaz de creer lo que acababa de escuchar.

—Pero ¿es que se te ha ido la olla? —La miró estupefacto mientras se ponía en pie para alejar de su visión esos redondeados pechos cubiertos por el sugerente tejido.

—¿No te cepillas a tus fans cada noche? —le reprendió ella con tono duro y de reproche a causa de una repentina decepción—. Pues esta noche, me toca a mí.

—¡Deja de decir eso! —La tomó de los hombros y la sacudió, enrabiado por su actitud y sus palabras—. Ni eres una fan ni puedes compararte con ellas, ¿entiendes?

—¿Y tampoco puedes follar conmigo? —inquirió con las mejillas enrojecidas por el resentimiento y la vergüenza que trataba de tragarse—. Porque hubo un tiempo en el que sí pudiste.

—Yo jamás he follado contigo —siseó ante la repugnancia que le producían esas sucias palabras dichas por aquella preciosa boca—. Para mí nunca fue...

—Para mí tampoco, Ángel —dijo ella con la voz rota por la desesperación.

Él suspiró soltando con lentitud sus brazos, y ella apartó la mirada tratando de reprimir en vano unas lágrimas que ya salían a borbotones.

—Hazme el amor, entonces —susurró de pronto volviendo a mirarle, con un anhelo en sus ojos del color de la noche que estremeció a Ángel de pies a cabeza.

Era un maldito infeliz que merecía pudrirse en el infierno...

Tomó de nuevo sus brazos, pero esta vez con infinita suavidad, y lentamente, la acercó a él.

—Eso sí puedo hacerlo —murmuró sobre su boca, justo antes de devorarla.

♪ *capítulo dieciseis* ♪



Aquello no estaba bien... era una maldita locura que sólo acabaría destrozándolos a ambos... pero a ninguno de los dos le importó.

A Sofía le daba pánico lo que pudiera pasar al día siguiente, cuando aquella ilusión se esfumara al salir el sol, como en los cuentos de hadas; y Ángel temía no poder enfrentar un nuevo día lejos de ella, cuando volvieran a separarse...

Sin embargo, en ese preciso instante estaban juntos, no había mañana, sólo ese presente en el que sus bocas se buscaban con desesperación. Se dieron cuenta muy pronto de que el beso que se dieran en el Boccanera, aun con toda su impetuosa pasión, apenas fue una pincelada de todo lo que reprimían en su interior.

Ángel se recreó en los labios de Sofía, no tenía prisa, mientras los recorría una y otra vez, saboreándolos con insistencia, como si quisiera agotar el néctar que exudaba su piel. Y sin embargo, cuando más bebía de ellos, más succulentos resultaban ser.

Volvió a lamer con la punta de la lengua el carnoso labio inferior, hasta llegar a la comisura, para recorrer el camino de vuelta esta vez por el superior... Y sonrió al escuchar aquel ahogado gemido de impaciencia.

—¿Por qué no vienes a buscar lo que deseas? —murmuró, abriendo ligeramente los ojos para ver su mueca de disconformidad. Pero sus párpados seguían cerrados, y los labios, entreabiertos.

—Porque quiero que me lo des sin que yo te lo pida...

Había tanto significado en esas palabras...

—Esta noche te daré todo lo que quieras, pequeña —susurró con voz ronca, aunque Sofía no supo qué fue lo que la hizo temblar, si aquel tono de voz oscuro que la envolvía, o el sonido de esa palabra que sabía a declaración de amor.

Abrió los ojos para mirarlo. Iba a decir algo, aunque Ángel comenzó a delinear la curva de sus labios con el pulgar, impidiéndoselo.

—Pero sólo esta noche —le repitió, reiterándole su afirmación con la mirada.

Y Sofía asintió levemente con un gesto, mientras cruzaba traidores los dedos a escondidas. Sin embargo, Ángel conocía aquel destello de rebeldía en sus ojos que dejaba de manifiesto que debían aclarar el tema... luego...

Porque Sofía acababa de ir en busca de lo que deseaba, invadiendo su boca con su deliciosa lengua...

Podría besarla mil veces, pero esa dulce miel siempre lo emborracharía. Notó que sus manos se alzaban hasta su cabeza, presionando para hacer más profundo ese beso, y sus finos dedos se enredaban entre los mechones ondulados de su pelo, encerrándolos en sus puños con fuerza, casi con rabia. Él, en cambio, se entretuvo en la suave piel de su espalda... era tan cálida como recordaba, y pronto se cercioraría de que sabía igual.

Aunque, de repente, se separó de ella y, por un segundo, Sofía temió que se hubiera

echado atrás. Sin embargo, no vio arrepentimiento en aquellos ojos extraños que la miraban con adoración mientras comenzaba a esculpir con las yemas de los dedos cada línea, cada curva de su rostro... las cejas, la frente, su nariz, el arco de sus pómulos, los labios, la barbilla... Parecía un ciego que necesitaba tocar cada poro de su piel para reconocerla, para grabársela en la mente, en la memoria.

Entonces dio un paso hacia atrás, alcanzando la cama en la que se sentó. Luego alargó los brazos y la cogió para arrastrarla con él... tras lo que hundió el rostro en su pálido y liso vientre, rodeando su cintura fuertemente con los brazos.

—Ángel... —musitó ella, estremecida por aquel inesperado abrazo, tierno e impregnado de desesperación.

—Cuatro mil setecientos cincuenta y siete... —Lo escuchó murmurar.

—¿Qué?

—Son los días que he soñado con volver a tenerte así —dijo, estrechando aún más su cintura.

Sofía suspiró. Llevó las manos hasta sus cabellos y los enredó con sus dedos, correspondiendo a su caricia y a ese mismo sentimiento de tiempo perdido aderezado de nostalgia.

—Trece años —asintió.

—Y nueve días —añadió él, alzando la vista para encontrarse de lleno con la mirada de Sofía, brillante por las lágrimas—. No —Se apresuró a levantarse, tomándole las mejillas entre las manos—, esta noche no habrá ni lágrimas ni lamentos.

«¿Y mañana?», estuvo ella a punto de decir, pero Ángel se lo impidió capturando su temor y sus labios con los suyos.

Se dejaron llevar, tanto uno como otro, y sus bocas se buscaron con ansia. Era la mejor forma de ahogar esa agonía, y sus cuerpos le otorgarían aquel delirio que desterraría la realidad, echándola de aquella habitación durante algunas horas. Amor, pasión, deseo... eran los ingredientes perfectos para encender aquella chispa que arrasaría con todo. Y aunque sus bocas no pudieran decir lo que guardaban sus corazones, sus pieles, que a pesar del tiempo transcurrido se reconocieron al instante, lo gritarían hasta la extenuación.

El fuego no tardó en arder...

Los besos se tornaban cada vez más osados, compartiendo esa intimidad que sólo habían alcanzado juntos... ardientes, exigentes, de esos que derretían los huesos y debilitaban las piernas, y succulentos, como el más exquisito de los manjares.

A pesar de no estar aún saciado del dulzor de su boca, Ángel la abandonó por un instante para recorrer la línea de su rostro con los labios, hasta llegar al tierno lóbulo de su oreja y apresarla traviesamente con la boca. Sofía dio un respingo acompañado por un suave jadeo...

*Mi pequeña...*

No pudo evitar sonreír sobre su cuello; había cosas que no cambiarían ni en siglos... y ella sería su Sofía, para siempre.

Decidido a arrancarle más de un suspiro, mordisqueó la zona bajo su oreja, esa porción de piel donde se apreciaba de modo más intenso su aroma y el palpitar de su corazón que notaba contra su lengua con sólo presionar sobre su piel. Y volvió a apresar aquel latido con sus dientes, clavándolos un poco más, sólo lo necesario para robarle otro gemido y consolar luego la zona castigada con la calidez de su lengua y de su aliento, suave y escalofriante. Supo que lograba el efecto deseado al sentirla temblar entre sus brazos, y le era fácil imaginársela con los párpados apretados y mordiéndose el labio a causa de la

excitación. No pudo contenerse. Deslizó la mano hasta su intimidad y acarició suavemente y con satisfacción la humedad que ya empapaba la lencería.

—Yo también puedo jugar a ese juego —susurró ella con la voz tomada por la pasión, huyendo del tentador tacto de sus dedos, apartándose. Y él aguardó impaciente, dispuesto a dejarle hacer lo que quisiera.

Se separó ligeramente de él y, sin titubeos, le quitó la camiseta mientras una sonrisa malévolamente se dibujaba en su rostro cuando su mirada se topó con sus pectorales... aunque él sabía que no eran sus músculos lo que le interesaban en ese momento, y una ráfaga de complacencia lo recorrió cuando ella alzó el dedo índice y lo hizo girar, dejándole claro que quería que se diera la vuelta.

Obedeció cerrando los ojos por la anticipación, conteniendo el aliento en sus pulmones que escapó de golpe al notar los suaves labios de Sofía en el centro de su espalda...

Sí... esa noche iba a gestarse una lucha titánica pues ambos conocían a la perfección el Talón de Aquiles de su adversario...

Gimió sin poder contenerse, mientras un latigazo de excitación lo sacudía al tiempo que Sofía delineaba con la lengua su espina dorsal en sentido ascendente, lenta y tortuosamente... y esos malditos tacones le facilitaban la tarea al ponerla a su misma altura. Siguió subiendo por aquella línea desde la que se repartían continuas descargas hacia el resto de su cuerpo, y ella se detenía únicamente para pellizcarle la piel con dientes juguetones, hasta que llegó a su nuca...

Besó su mismo centro, aquel hueco donde parecían acumularse todas sus fibras nerviosas, deslizando su cálida lengua, y enfriando después esa humedad con su aliento...

—Joder... —maldijo él en un gemido ahogado mientras bajaba la barbilla y abría aquel arco, dando mayor acceso a su gloriosa boca que seguía atormentándolo, en un martirio tan placentero que le hizo alzar las manos para apoyarlas sobre la cabeza de Sofía y retenerla, pedirle que siguiera. Lo complació hasta el punto de que todos sus sentidos se centraron en su sensual caricia, y sin prestarle atención a esa mano prófuga que viajaba furtiva hasta su masculinidad, abarcándola con la palma.

—Mierda... —jadeó él, notando los dientes femeninos contra su piel mientras Sofía sonreía satisfecha y presionaba deliberadamente su miembro hinchado que ya rozaba el límite doloroso.

Se giró hacia ella apretando la mandíbula, excitado hasta el punto de rebasar el nivel en el que se despedía de cualquier razonamiento lógico, ése que únicamente había conseguido traspasar con Sofía... maldita fuera... Y esos ojos felinos le confirmaban que así era, que sólo ella le haría tocar las estrellas... y que sólo él la podía llevar hasta el cielo...

Ángel reclamó su boca de nuevo y sus manos se encomendaron la tarea de desabrocharle el sujetador, tocándose la piel de sus torsos ya sin esa barrera. Ahora podía sentir sus pechos turgentes contra su cuerpo, sus pezones endurecidos... Alejó una de sus manos de su espalda para capturar uno de aquellos capullos entre los dedos y tensarlo aún más, y el gemido de Sofía le golpeó la garganta y directamente en la entrepierna. Dios... quería que esa noche fuera eterna, pero, a ese paso, iba a durar un suspiro.

—Ángel... —Se separó de su boca para tomar aire.

—Dime, pequeña —murmuró, volviendo a deleitarse en la piel de su cuello, y ella se obligó a ligar un pensamiento con otro.

—Tienes... ¿Tienes preservativos?

Ángel detuvo sus caricias como respuesta a tan inesperada pregunta.

—¿Es que estás en tus días fértiles? —rió con suavidad ante cierto recuerdo, y ella tampoco pudo evitar sonreír.

—No es la posibilidad de quedarme embarazada lo que me preocupa —alegó con cierto retintín, y él alzó el rostro en el que Sofía pudo ver una mezcla de enfado y decepción—. Soy consciente de que te has acostado con muchas mujeres —añadió sin embargo.

—¿Y me crees tan irresponsable como para hacerlo sin protección? —preguntó lo más suave que pudo, al fin y al cabo, no le faltaba parte de razón pues sí había estado con muchas mujeres... por desgracia. Aunque no contaba con su silencio, así que resopló molesto—. Miraré a ver si tengo alguno en el neceser —dijo de repente, soltándola—, y si no, tiraré abajo la puerta de Darío. Pero esta noche vas a ser mía, Sofía Ferrer —sentenció, clavando su mirada bicolor en ella, haciéndola arder aún más que sus palabras.

Entonces, Ángel se dispuso a ir hacia el baño cuando ella lo agarró con firmeza por el brazo, deteniéndolo.

—No hace falta que vayas —murmuró, mordiéndose el labio, y Ángel volvió sobre sus pasos, con una mueca de asombro en la cara—. Confío en ti —agregó para terminar de convencerlo.

—¿Estás segura? —Miró con disimulo su abdomen—. Me refiero a...

—Existe una posibilidad entre un millón —afirmó con seguridad, acercándose a él y colocando las manos en sus hombros, mirándolo con esos ojos seductores que lo volvían loco—. Pero por un riesgo tan insignificante no voy a renunciar a sentirte completamente dentro de mí.

La respuesta de Ángel fue un beso corto aunque intenso, arrebatador...

—Entraré tan profundo que... Pequeña, no pararé hasta acariciarte el alma —susurró sobre sus labios, antes de besarla otra vez.

Sofía tuvo que colgarse de su cuello, el corazón le iba tan rápido que estaba al borde del infarto. Ángel sabía cómo hacerla estremecer, cómo colmar su interior de emociones con un solo beso, una sola palabra, con sólo una mirada... sólo él... Sus manos se aferraron a ella al igual que su boca, y no se separaron ni un instante mientras él la hacía girar acercándola a la cama para dejarse caer sobre ella, juntos.

Se tumbaron de costado y el deseo hizo que Ángel bajase la mano en busca de su nalga cubierta por la lencería, y ella lanzó la pierna por encima de su cadera, reclamando su cercanía, pero en un gesto tan lleno de sensualidad que Ángel jadeó sobre su boca.

—Me vuelves loco...

—¿Eso es una queja? —Sonrió ella complacida, haciéndolo él también.

—Para nada, pero me encantaría que enloquecieras conmigo —lanzó aquella promesa que revoloteó en el aire, al tiempo que los dedos de Ángel se deslizaban por debajo de su ropa interior.

Sofía contuvo la respiración al notar su piel cálida, y Ángel le arrebató el poco aliento que conservaba con uno de sus besos turbadores... y con la magia de esos dedos que acrecentaban a marchas forzadas el nivel del deseo. Entonces, de súbito, apartó la mano, pero antes de que pudiera extrañar su contacto, notó que le tomaba la pantorrilla con el propósito de alzar más su pierna... exponiéndola de una forma...

Volvió a introducir su mano bajo la ropa interior, pero esta vez su juego no se centró en sus nalgas sino que fue descendiendo peligrosamente.

—Ángel...

—Oh, sí...

Sus dedos alcanzaron su intimidad y una descarga ardiente la atravesó mientras resbalaban deliciosamente por los pliegues humedecidos de su carne.

—Dime que esto es por mí —musitó él en un arranque de vanidad masculina, devorándola con la mirada.

—Es por ti —le dijo, a pesar de alimentar así su ego.

—Bien —Sonrió con malévola picardía—, porque esto también es sólo por ti.

Apartó la mano para buscar la de Sofía y la colocó sobre su miembro endurecido, y ella se mordió el labio, inflamada por el deseo. No se lo pensó. Él le había mostrado el camino y ella iba a recorrerlo. Le desabrochó el pantalón y su mano serpenteó bajo su calzoncillo, alcanzando su erección.

Ángel cerró los ojos aturcido por la plácida sensación, aunque poco a poco se abrió paso entre aquella nebulosa y empezó a acariciarla otra vez.

Gemidos ahogados llenaban sus bocas unidas que acompañaban los movimientos de sus manos, tan insuficiente... casi frustrante, y Ángel fue quien traspasó la barrera. Sacó la mano y se inclinó para quitarle los zapatos y poder deslizar con mayor facilidad la ropa interior, deshaciéndose de ella. Luego alzó la vista y se deleitó en la imagen de su desnudez.

—Tan preciosa como recordaba —murmuró, su mirada bicolor desbordaba en deseo, y Sofía se estremeció a causa de aquel ardor que le abrasaba la piel sin que la tocara siquiera.

Pero lo hizo. Su boca bajó hasta uno de sus pechos para torturar con sus dientes y su lengua aquel duro guijarro en el que se transformó su pezón, mientras sus dedos seguían tentándola, conduciéndola sin piedad al camino del éxtasis. Se retorció disconforme, no era eso lo que quería... pero Ángel lo sabía, ¿acaso no la conocía mejor que nadie? Aunque, lo que ella no imaginó fue que, mientras sus dedos seguían atormentándola, su boca comenzó a descender, con toda la intención de unirse a ellos.

Sofía se arqueó traspasada por la repentina sacudida de placer al sentirlo en ella, y apretó las sábanas entre los puños cuando vio que Ángel se acomodaba entre sus piernas para volver a buscar con su boca aquel botón de carne donde se acumulaban todas sus terminaciones nerviosas... y entonces sus dedos entraron en ella.

—¡Ángel!

Su pelvis se arqueó, su cadera buscó el tacto de sus dedos y la caricia de su boca, el roce de su barba, y sus manos se anclaron a sus cabellos en un ruego de que no parara. Y él sonrió contra su piel, perdiéndose otra vez en ella.

Aumentó la presión de su lengua y curvó los dedos en su interior, intensificando el contacto, y Sofía se retorció contra la cama. Lo soltó como si quemara.

—Para, Ángel —le susurró en lo que trataba de ser una orden, sin mucho éxito.

—Ni loco —alegó travieso.

—Así, no... Ángel, por favor —trató de disuadirlo.

—Así, sí —decidió él—. Y después, como tú quieras.

—¿Después? —Sofía alzó ligeramente el rostro con la intención de encararlo, pero con lo que se topó fue con su boca haciendo maravillas en su intimidad. Error. Era la imagen más erótica que jamás había contemplado en su vida. Cerró los ojos y se dejó caer en la cama—. Ángel...

—No te resistas —habló sobre su piel húmeda, haciéndola jadear—. Sólo quiero saborear tu placer. No puedes haber olvidado cuánto me gustaba hacerlo.

Claro que no lo había olvidado. Era tan...

Ángel introdujo sus dedos profundamente y le arrancó un gemido más intenso que el anterior, haciéndole saber que estaba muy cerca.

—Eso es —murmuró satisfecho—. Dámelo, pequeña... dámelo todo.

Buscó con sus dientes aquel engrosado brote de su carne y lo mordisqueó suavemente, consolándolo después con la lengua, suave, húmeda... fuego... Sofía arqueó la espalda separándola de la cama, y gritó su nombre mientras su interior se cerraba alrededor de sus dedos. Ángel acrecentó la velocidad de sus movimientos y alimentó su orgasmo con su lengua, y el pubis femenino se unía errático a las ondas de ese éxtasis vertiginoso del que él bebió hasta saciarse.

Sofía apenas notó cuando se separó de ella, pues aquella espiral de placer tardó mucho en disolverse. Sin embargo, el colchón se elevó ligeramente y, de pronto, notó que algo cálido, un tejido, la cubría.

Ángel se tumbó a su lado y la colocó de costado, girándola hacia él, y comenzó a frotar su espalda por encima de la manta con la que la había tapado, tratando de darle calor.

—¿Estás bien?

Sólo él podía saber que se quedaba helada tras experimentar un orgasmo...

—Estupendamente. —Sonrió, emocionada por ese detalle que le entibiaba el corazón, y satisfecha por aquel placer con el que la había obsequiado, haciendo que todo su cuerpo vibrara—. Sabes que me recupero enseguida —murmuró coqueta, apartando de un tirón la manta para volver a quedar desnuda frente a él.

Ángel echó la cabeza hacia atrás y rió quedamente y, justo en ese instante, Sofía se colocó sobre él.

—Creo que llevas mucha ropa —habló con aquel tono sensual que a él le hacía olvidar dónde estaba.

—Eso tiene fácil arreglo —apuntó divertido, y la apartó cuidadosamente con la intención de obedecerla, pero ella se lo impidió apartándole las manos.

—De eso nada —le advirtió, y Ángel no pudo evitar reírse. Sabía que era el placer que acababa de disfrutar el que hablaba por ella, la volvía atrevida y descarada... y a él le encantaba.

La vio ponerse de pie y colocarse frente a él, y Ángel se sentó en el borde de la cama; por nada del mundo se perdería el espectáculo. Sofía se arrodilló y le quitó las botas primero, y luego los calcetines, tras lo que alzó las manos hacia la bragueta del pantalón. Tras bajarla, introdujo los dedos por la cinturilla, agarrando tanto los vaqueros como los calzoncillos, y tiró hacia abajo. Se mordió el labio con mirada golosa cuando se posó en su virilidad desnuda y excitada... demasiado.

—Sofía... —pronunció él como una advertencia, pero ella frunció los labios con sonrisa traviesa.

Lo envolvió completamente con la suavidad de sus dedos, y él cerró los ojos un instante, sin poder reprimir un respingo.

—Pequeña...

—Sabes que yo también disfrutaba haciéndolo.

Y antes de que pudiera replicar, lo cubrió con su boca.

—Joder, Sofía...

Echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos ante aquella sensación estremecedora, indescriptible. Su boca era deliciosa... lo acariciaba, lo adoraba, lo amaba... Jamás había permitido que ninguna mujer lo hiciera, la sola idea le repugnaba. Pero, Sofía... Ella era la

única a la que le entregó todo su amor y su cuerpo, sin reservas, por completo.

De pronto, Sofía acrecentó su ritmo, y su lengua... Tenía que detenerse, el placer ardiente comenzaba a arremolinarse en su sexo...

—Para, por favor —masculló, chirriándole los dientes de tanto que los apretaba. Tomó suavemente sus mejillas y la obligó a apartarse de él.

—Pero...

Ángel tiró de ella para tumbarla en la cama, a su lado, y besó sus labios que se fruncían disconformes.

—Pequeña, hace trece años que no le hago el amor a una mujer y no voy a resistir mucho más.

A Sofía le dio un vuelco el corazón... ¿Cómo podía decir que lo suyo no podía ser? ¿Por qué tenía que terminar esa noche?

Dejó de pensar cuando la boca de Ángel asaltó la suya y la cubrió con su cuerpo. Lo abrazó con fuerza y se unió a la pasión que inflamaba el ambiente y sus cuerpos.

Ángel estaba desesperado por fundirse con ella, así que hizo deslizar una mano entre ellos y comprobó con satisfacción que, de nuevo, estaba lista para él. Entonces, abandonó su boca y buscó su mirada pidiéndole permiso, que ella le concedió al instante.

Entrar en ella fue como traspasar las puertas del Paraíso. Sus ojos que seguían fijos en los de ella se cerraron, presos de una emoción que no podían contener, y hundió su rostro en la curva de su fragante cuello para ocultar aquellas lágrimas traidoras. Sin embargo, Sofía apresó su pelo en un puño y tiró para obligarlo a mirarla, enjugando sus lágrimas con la otra mano y comenzando a oscilar sus caderas suavemente, haciéndolo jadear.

—Mi pequeña —le susurró, ahondando más en ella—, con labios de miel y mirada de noche...

—Parece una canción —musitó halagada mientras alzaba los dedos para secar otra lágrima peregrina.

—Tú siempre has sido mi mejor canción —le confesó, y ella suspiró estremecida por su voz cálida y esas palabras que le acariciaban el alma, tal y como le había prometido.

—Te quiero, Ángel —declaró en un murmullo al sentir ese nudo en la garganta—, siempre te he querido.

Ángel cerró los ojos y apoyó su frente sobre la de ella, enmarcando sus mejillas entre las manos... y hundiéndose, adentrándose un poco más... No debía hacerlo, sólo empeoraría las cosas, pero...

—Y yo a ti... Te quiero, Sofía. Siempre.

Sofía volvió a tirar de sus cabellos y clavó sus ojos en él. Ahora era ella la de las lágrimas.

—Repítelo —le exigió con voz temblorosa.

—Te quiero.

—Otra vez —suplicó.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero...

Sofía buscó sus labios con desesperación, en un beso trémulo, de emoción y necesidad, la misma que sentían sus corazones que exigían un vínculo más profundo, completo, fundirse hasta el punto de no poder separarse nunca. Sus movimientos se acompañaron, interpretando aquella sinfonía perfecta de amor, pasión y complicidad... pura magia destilando de su unión.

Sofía tuvo que romper su beso, echando la cabeza hacia atrás en busca de aire,

mientras su cuerpo se arqueaba contra el de Ángel y su boca recitaba su nombre. Y él deslizó las manos hasta la parte baja de la espalda, presionando para que sus caderas se elevasen aún más hacia él, convirtiéndose el roce de sus pieles en una estela de fuego que los devoró sin compasión.

Cayeron, juntos, y se sostuvieron el uno al otro mientras se hundían en aquel pozo de éxtasis. Aunque fue mucho más que eso. El placer fue insuperable, asombroso, inigualable, pero la conjunción de sus almas y sus corazones cual eclipse perfecto... estremecía, aturdía, daba esperanzas que tentaban, que los empujaba a asirlas con ambas manos.

Ángel abandonó su cuerpo con sumo cuidado y se colocó a su lado, cubriéndolos a los dos con la manta, asegurándose de que ella estaba bien tapada. Sofía, por su parte, se abrazó a él, apoyando su mejilla sobre su pecho.

—Me basta con tu calor —murmuró acariciando distraídamente su torso.

Ángel suspiró pesadamente, pero besó su frente.

—Sólo puedo quedarme un rato —lamentó ella—. Mi madre está sola.

Él chasqueó la lengua como respuesta.

—Tal vez deberías irte ya, puede necesitarte —dijo sin poder ocultar su pesar, pero ella colocó sus manos sobre su pecho y apoyó la barbilla, mirándolo.

—¿Me estás echando? —preguntó medio en broma, medio aterrada, y Ángel cerró los ojos con fuerza, aunque no contestó—. Tiene el número de Diana en la marcación rápida del teléfono. Y ella hace años que tiene una copia de las llaves. Ya sabes lo cerca que vive de casa —le explicó, aprovechando para cambiar de tema.

—¿Aún vive en la calle Santa Rita con sus padres? —quiso saber, aunque sólo fuera para evitar lo inevitable, y Sofía afirmó con la cabeza.

—Alfonso la dejó plantada en el altar. No encontró un día mejor para decidirse entre ella y su amante.

Ángel no dijo nada a pesar de lo que le sorprendía aquella noticia. Se limitó a asentir varias veces con la cabeza, casi por inercia, y Sofía lo miró atentamente, aguardando, un segundo, dos, tres...

—Te dije «sólo por esta noche», y aún no ha amanecido, pero puedes irte cuando quieras —murmuró él por fin, con mirada huidiza.

—¿Y si no quiero irme? —tanteó ella.

—Sofía...

—¿Por qué tengo que hacerlo? —insistió—. Cuatro mil setecientos cincuenta y siete —pronunció lentamente, haciendo que él la mirara—. Son los días que me he preguntado si me querías, y ahora que sé la respuesta, no puedes pedirme que renuncie.

—El amor a veces no basta —sentenció aunque el mensaje que realmente captó la atención de Sofía fue el de su mirada contradictoria: su ojo verde brillaba con esperanza, y el pardo se había oscurecido a causa del sufrimiento... ¿Por qué?

—¿Por qué no basta? —demandó ella con impaciencia y rabia.

—Porque no bastó hace trece años —replicó apretando la mandíbula, aunque suspiró hondamente, tratando de ahuyentar la culpa y el dolor—. Vete si quieres —murmuró ahora, aunque quisiera gritar que no lo hiciera.

Sofía miró con disimulo la hora en su muñeca. Aún no era muy tarde, pero sentía que la arena del reloj se le escapaba entre los dedos. Alzó su rostro y rozó suavemente los labios de Ángel con los suyos.

—Lo que quiero es que me hagas el amor como si no pudieras hacerlo nunca más.

Y esas palabras estrujaron el corazón de Ángel de forma dolorosa... Porque, después de esa noche, ya no podría tenerla jamás.

♫ *capítulo diecisiete* ♪



Aquella noche de abril, el cielo descargó toda la lluvia que no había caído en lo que iba de año.

Hacía un buen rato que había acompañado a Sofía a su casa, por lo que le extrañó escuchar su voz al contestar el telefonillo.

—¿Quién coño es a estas horas? —rezongó su padre, quien milagrosamente estaba en casa, asomándose al pasillo.

—Es Sofía —respondió de mala gana—. Vuélvete a la cama.

Le hizo caso, pero dio un portazo mostrando así su malestar, y Ángel tuvo la precaución de abrir la puerta para evitar que Sofía tuviera que llamar al timbre.

La luz del rellano se encendió y escuchó sus pasos subiendo la escalera. No importaba que acabara de estar con ella; el vuelco que le daba el corazón cada vez que la veía era inevitable. Alargó la mano demandando la suya y tiró de ella para darle un sentido beso en los labios y, al abrazarla, notó que estaba empapada a pesar del paraguas que sostenía en la otra mano.

—Ven, pasa y sécate —le pidió, pero ella se clavó en el suelo, negándose.

—¿Has visto a Juancar? —preguntó inquieta.

—No —respondió extrañado, obligándola a pasar e ignorando su reticencia.

—Ya no sé dónde buscarlo —dijo en voz baja, cuando él señaló la habitación de su padre, dándole a entender que estaba durmiendo.

—Estará por ahí tomándose unas cervezas con alguno de estos —supuso mientras cerraba la puerta de su cuarto una vez entraron. «Entre dos tierras» de Héroes del Silencio sonaba de fondo en la radio.

—Eso le he dicho yo a mi madre —concordó con él, recibiendo la toalla que Ángel le daba y que había sacado del armario. Se sentó en la cama y comenzó a secarse el pelo.

—¿Está agujereado el paraguas? —murmuró con sorna, asombrado por lo mojada que estaba, mientras rebuscaba en la cómoda para encontrar algún chándal o algo para que se cambiase.

—¿Es que no has visto la que está cayendo? —Arrugó los labios, fingiendo disgusto.

—¿Y para qué sales entonces? —inquirió un poco molesto, saliendo a flote aquel instinto protector que ella le inspiraba.

Y aunque Sofía le puso mala cara, tenía que admitir que le encantaba que él se preocupase por ella. Por eso se dejó hacer cuando se sentó a su lado y le quitó el suéter para después arrebatarse la toalla y comenzar a secarla con mimo.

—No te enfades —le pidió ella, colocando una mano en su mejilla—. Mi madre me ha insistido para que fuera a buscarlo. Estaba muy preocupada, no me preguntes por qué, pero casi me lo ha rogado —añadió al ver su gesto de extrañeza—, y caían cuatro gotas cuando salí de casa.

—¿Hace cuánto de eso? —Frunció el ceño.

—Un par de horas —respondió, y él dejó de secarla durante unos segundos, aunque ella lo ignoró—, así que lo he buscado por los lugares a los que soléis ir. —Se mordió el labio consciente de cuál iba a ser su reacción cuando prosiguiese—. Incluso he llegado hasta la gasolinera.

—¿Andando y tú sola, tan tarde? —tuvo que contenerse para no subir la voz.

—Está a cinco minutos de mi casa —quiso excusarse.

—Cruzando un puto descampado, Sofía —espetó, lanzando de malas maneras la toalla sobre una silla.

—Te he pedido que no te enfades —susurró, queriéndose así disculpar.

Y él la miró un instante, con la sudadera que pretendía ponerle en las manos, como si se hubiera quedado congelado, hasta que resopló.

—No es que me enfade —dijo ahora más calmado, emprendiendo por fin la tarea de vestirla—. Es sólo que no quiero que te pase nada malo —añadió claramente mortificado, aunque se esforzase por ocultarlo.

—¿Tanto me quieres? —preguntó ella con ojos coquetos, y él no pudo evitar sonreír.

—Presumida —quiso hacerse el duro, arrugándose su nariz con un mohín.

—¿Me quieres o no? —insistió ella, inclinándose hacia él, y Ángel suspiró antes de abarcar sus mejillas con las manos.

—¿No te ha quedado lo suficientemente claro cuando te lo he dicho esta tarde mientras lo hacíamos, aquí, en esta cama? —murmuró con suavidad, acercando su rostro al de él.

—Me gusta demasiado oírtelo decir —le confesó ella.

—Te quiero, pequeña —pronunció sobre su boca.

—Dilo otra vez —le pidió en un susurro, clavando sus ojos en los suyos para estudiar su mirada bicolor mientras lo hacía.

—Te quiero —repitió, atrapando después sus labios.

Sofía se estremeció, pero no a causa del frío, sino de esas palabras, de ese beso que la aturdía y de esos brazos que la estrechaban fuertemente, como si quisiera envolverla por completo. Y, de pronto, notó sus manos que comenzaban a vagar hacia su espalda, esquivando la sudadera para hechizarla con el calor de su piel.

—Ángel...

—Shhh... Cállate —le ordenó dulcemente sin apenas dejar de besarla.

—Tengo que seguir buscando a Juancar —logró replicar.

—Tú no vas a ningún lado hasta que no deje de llover —le advirtió, apretándola aún más... Una de sus manos serpenteó por la senda que marcaba el sujetador, hasta su pecho, y Sofía dio un respingo al sentir sus dedos acariciándola.

—Pero... lo hemos hecho esta tarde —dijo, comenzando a respirar con dificultad.

—Como si pudiera tener bastante de ti —sentenció con voz ronca, empujándola para caer los dos sobre la cama.

La lluvia repiqueteando sobre el cristal de la ventana los arrulló mientras él silenciaba los gemidos de Sofía, atrapándolos con su boca para evitar que su padre los escuchara, y ella clavaba sus uñas en la espalda de Ángel, tratando de contenerse. En los meses que llevaban juntos, sus cuerpos habían aprendido a conocerse, y consiguieron alcanzar a la vez aquel clímax que los dejó sin aliento.

—Yo también te quiero —murmuró ella sobre su pecho cuando Ángel estaba

asegurándose de que estuviera bien tapada. La rodeó entre sus brazos, pegándola más a él, y besó su frente.

—¿Me querrás siempre? —le siguió él su juego ahora.

—Siempre —le aseguró, alzando la vista, y Ángel le sonrió, volviéndola a acomodar sobre él.

—¿Tu hermano se ha llevado la moto? —le preguntó al cabo de unos segundos, a lo que ella negó con la cabeza—. Creo que sé dónde puede estar —le dijo entonces—. Cuando deje de llover, te llevaré a tu casa e iré a ver.

Siempre le resultaba difícil separarse de ella. Una sensación desagradable como de incertidumbre lo invadía cuando la veía entrar al portal de su finca. En aquella ocasión, no fue diferente, y hasta que ella no cerró la puerta y le dijo adiós con la mano a través del cristal, no se fue.

Desde la calle de La Pedrota, giró para coger Santa Rita y luego la calle Coladores. Los semáforos estaban en verde, así que enfiló por la carretera, dejando la gasolinera a la izquierda y saliendo de Aldaia hacia una zona de acequias, cañas y tierra de nadie, para llegar al polígono industrial del Barrio del Cristo. Imaginó que estaría sentado en la puerta de aquella nave cercana a la carretera, la que siempre elegían para, con un par de cervezas, repantigarse en el suelo y observar la barriga de los aviones que pasaban sobre sus cabezas, aventurando de qué lejano país provenían y que difícilmente visitarían.

Sin embargo, a la una de la madrugada, pocos aviones pasaban y, además, una botella de ginebra y un porro sustituían a la usual cerveza. Estaba sentado en el escalón de entrada de la nave, empapado, con la espalda apoyada en la puerta metálica. Ángel aparcó la moto cerca y, mientras se quitaba el casco, lo vio secarse las lágrimas con la manga mientras se sorbía los mocos.

—¿Qué cojones haces aquí? —le preguntó con un toque de humor y un tanto sorprendido al encontrarlo así.

Juancar no contestó y, como no se lo impidió tampoco, se sentó a su lado. Sin mirarlo, le pasó la botella y el porro, pero Ángel no aceptó ninguna de las dos cosas; tenía la ligera sospecha de que su amigo lo necesitaba sobrio.

—¿Me vas a decir de una vez que ha pasado? —insistió—. Tu madre está muy preocupada y tu hermana ha estado buscándote durante horas.

—Tampoco me he ido tan lejos, no te jode —refunfuñó su amigo, dando una calada.

—Ya, pero al menos ella no ha sido tan gilipollas como para venir hasta aquí andando y sin paraguas —espetó—. Dime de una puta vez qué pasa.

—Mi madre está enferma —le soltó de sopetón. Se le sacudían los labios tratando de reprimir los sollozos, pero se los acabó tragando—. Y cuando digo enferma, no me refiero a una gripe.

Ángel lo miró un tanto escéptico, primero porque acababa de estar con Sofía y no le había dicho nada, y segundo... ¿Merche, enferma? No podía ser...

—Mi madre ha aprovechado que Sofía estaba contigo para contármelo —Juancar se hizo eco de sus pensamientos—. Hoy ha ido a un especialista de esos y le ha dicho que tiene no sé qué mierda en el sistema nervioso que la va a dejar en silla de ruedas.

—Estás de coña...

—¿Tengo pinta de que esto sea una jodida broma? —le gritó, girándose hacia él—. No, es una puta mierda. Porque mi madre ha estado limpiando casas toda la vida pero ahora resulta que, como jamás le han hecho un contrato, no va a tener derecho ni a una puñetera pensión.

Ángel resopló. Nunca entendería la forma que tenían los «adultos» de hacer las cosas. A veces eran tan absurdos que parecían bebés de pañales.

—Voy a dejar el instituto —murmuró Juancar al cabo de unos segundos, dándole un trago a la ginebra.

Le habría encantado aconsejarle a su amigo que no lo hiciera, pero el único dinero que entraba en casa era el que traía Merche...

—Le voy a pedir curro al Jimmy —añadió entonces, y Ángel le arrancó la botella de las manos.

—Dime que estás tan borracho que no sabes lo que dices —espetó, endureciendo las facciones, con una mirada de advertencia.

—Dame la puta botella —respondió él en cambio.

—Juancar...

Su amigo casi se le echó encima, forcejeando para alcanzar la ginebra, así que Ángel la lanzó con todas sus fuerzas lejos de ellos, haciendo que el vidrio estallara contra el suelo.

—¿Es estás gilipollas o qué te pasa? —le gritó, dándole un empujón.

—¿Y tú? —Ángel no se amedrentó—. Necesitas pensar con claridad, no ponerte hasta el culo.

—Nos hace falta dinero para el tratamiento de mi madre, para la puta silla de ruedas —comenzó a decirle con el rostro crispado por la rabia y la impotencia—. Y no quiero que Sofía deje de estudiar. Tú sabes bien lo inteligente que es.

—Lo sé perfectamente —levantó también la voz—, pero ¿la única forma que se te ocurre para que lo siga haciendo es trapichear para el Jimmy?

—Es dinero fácil y rápido. —Alzó la barbilla tratando de mostrarse seguro.

—E igual de fácil y de rápido darás con tus huesos en la cárcel de Picassent.

—No te pongas tan dramático —se mofó su amigo, mirándolo con soberbia.

—¿Dramático, yo? —inquirió, señalándose con el pulgar, apuntando su pecho—.

¿Me acabas de decir que quieres pasar droga y yo soy el dramático? Hazme el favor y no te metas en esa mierda, Juancar...

—¡Estamos rodeados por esa mierda! —exclamó furioso, lanzando el porro a la carretera—. ¿Es que no lo ves desde el taller cómo se planta algún tipo en la esquina con la mano extendida y un billete de diez mil doblado entre los dedos mientras otro, con rapidez de prestidigitador, agarra la pasta, dejando caer sobre la palma un paquetito de polvo blanco?

—Sí, vivimos rodeados de esa mierda —admitió con resignación—, aunque eso no significa que nos tengamos que hundir en ella.

Juancar soltó una carcajada, una risa llena de tristeza, observando a su amigo como si fuera un estúpido, un ingenuo.

—Sofía te ha convertido en un gilipollas soñador con todo ese rollo de la música —escupió las palabras, mirándolo de arriba abajo, y Ángel lo cogió por las solapas de la cazadora con gesto amenazante.

—Me da igual que seas su hermano —le advirtió—. Búrlate de mí lo que te dé la gana, pero pásate un pelo con ella y te rompo la cara.

—Tranquilo —le dijo con media sonrisa divertida, y alzando las palmas en señal de rendición—. Si no supiera que está en buenas manos, ya te habría dado una patada en el culo para que te alejaras de ella.

Ángel lo soltó, mirándolo con recelo. Juancar nunca le había dicho qué opinaba

sobre que saliesen juntos, y no porque a él no le preocupase, y sintió que se quitaba un gran peso de encima al saber lo que pensaba.

—Yo tampoco quiero que deje de estudiar —le dijo entonces—. Ella vale mucho y tiene que ir a la universidad. Voy a buscar otro trabajo, mi padre me da una miseria en el taller.

—¿A un gamberro del Barrio del Cristo le van a dar curro? —se carcajeó—. ¿Dónde?

—Donde sea, Juancar —replicó cabreado—. En una gasolinera, lavando coches... Cualquier opción es buena menos la tuya.

Juancar no contestó. Pensativo, sacó el paquete de tabaco de la cazadora y se encendió un cigarrillo, pasándole uno a él y que sí aceptó esta vez.

—Con las notas que tiene Sofía, seguro que le dan beca —susurró Ángel con prudencia, pues sabía que iba por buen camino para quitarle aquella idea absurda de la cabeza.

—Con lo cabezona que es, fijo que quiere dejar los estudios para ponerse a trabajar —murmuró de forma distraída, tras dar una larga calada.

—Yo la convenceré para que se busque un trabajillo por las tardes y que pueda compaginar las dos cosas —le propuso, y Juancar lo miró de reojo.

—Tú lo ves todo muy fácil.

—Joder, Juancar, claro que no es fácil —Sacudió las manos con impaciencia—, pero tú ya tienes los dieciocho, y a mí me queda un mes para cumplirlos. Creo que va siendo hora de dejar de ser unos críos y apechugar con lo que venga.

—Yo sí tengo que hacerlo —admitió con voz grave—. En cambio, tú...

—También —sentenció rotundo—. Eres como mi hermano, y Sofía...

—¿Ella también es como tu hermana? —se burló, recibiendo una colleja por parte de Ángel.

—Capullo... Eres un envidioso de mierda. Sabes que lo que Sofía y yo tenemos, tú no lo encontrarías ni en mil años.

—Puede ser —respondió con un toque de melancolía y la mirada perdida en el cielo encapotado—. En cuanto llegue a casa, hablaré con ella.

—Le va a cabrear mucho que no se lo hayáis contado —le advirtió.

—Seguro —soltó una carcajada.

—Anda, vámonos antes de que empiece a llover otra vez —le sugirió al ver los relámpagos resplandecer en la lejanía.

Su amigo accedió, levantándose antes de dar una última calada, y Ángel también pisoteó su cigarrillo en el suelo, pasándole a su amigo el otro casco, el que solía usar Sofía.

—Este cruce es una mierda —dijo Juancar, mirando distraído el asfalto tan irregular y los restos de lo que parecía el bordillo de una acera.

—Sí, verás que acaban poniendo una rotonda —comentó Ángel con diversión, antes de arrancar la moto y coger de nuevo la carretera.

Era la CV408, con novecientos sesenta metros desde el cruce que acababan de dejar atrás hasta la gasolinera y en los que apenas había un par de curvas, una a la derecha y otra a la izquierda, suaves; ni siquiera había que frenar, por lo que, ¿qué insólito motivo existiría para que el único coche que podría pasar por allí a esas horas de la noche se comiera una de ellas y se metiera en el carril contrario... llevándoselos por delante?

Un frenazo, un derrape y una maniobra brusca para esquivar aquellos faros que se les echaban encima... Ángel sintió que el manillar de la moto se le escapaba de las manos,

golpeándole en el casco, y se vio saltando por los aires mientras toda su vida pasaba por delante de sus ojos.

Unos matorrales amortiguaron la caída... unos puñeteros matorrales, pero aun así, la violencia del golpe lo dejó aturdido unos segundos, o unos minutos, no lo sabía, hasta que por fin pudo moverse. Le dolía todo el cuerpo y, despacio, se quitó el casco.

Entonces, alzó la cabeza y lo vio. El conductor del coche estaba hablando con uno de esos caros teléfonos móviles, agitado, caminando de aquí para allá, sacudiendo la mano libre sin parar. Y, a su lado, estaba Juancar, tirado en el suelo.

Como pudo, casi arrastrándose, llegó hasta él. Sintió que el alma se le iba del cuerpo. Estaba boca abajo, con la cabeza de lado, sobre un charco de sangre. El casco se había partido y podía ver que sangraba por la nariz y la boca, y aquellos ojos...

A Ángel se le helaron sus huesos maltrechos. Sus ojos vivaces, siempre llenos de chulería estaban fijos en algún punto de la cuneta, extraviados, sin brillo, inertes... y vacíos, completamente vacíos.

—¡Juancar! —Comenzó a sacudirle el hombro—. Mierda... Juancar, ¡háblame! —Lo sacudió con más fuerza—. Hijo de puta... No tiene gracia... ¡Háblame de una vez! ¡Juan Carlos!

Pero su amigo no contestaba, no se movía, y la sangre seguía inundándolo todo. Cuando su cuerpo inmóvil se comenzó a nublar frente a sus ojos se dio cuenta de que estaba llorando. Apoyó los brazos y el rostro sobre esa espalda ausente de respiración y de latido, y lloró, rompiéndosele el corazón en mil pedazos al sentir que media vida se le iba con la de Juancar, su amigo, su compañero, su hermano...

Seguía escuchando la voz del tipejo aquel, diciendo cosas como que lo sentía, que no los había visto, bla bla bla... Daba igual lo que dijera... Juancar estaba muerto, y él se hundía en una nebulosa de dolor que lo asfixiaba, en un llanto que le rompía la garganta, en un grito sordo que rompía todo su mundo.

—¡Juan Carlos! ¡No!

*¿Pequeña?*

La voz rota de Sofía se adentró en sus tímpanos y, mientras sumido en la confusión trataba de alzar la cabeza para buscarla, alguien lo agarró por las axilas y tiró de él.

—Vamos, chaval. —Escuchó una voz masculina tras él, y un hombre enfundado en un uniforme blanco le cogía los pies—. Ponle una vía. Está en shock.

*¿Qué...?*

No supo qué había pasado. Al parecer había perdido el conocimiento y, para esos entonces, ya había un par de ambulancias en mitad de la carretera, los de atestados y un coche de policía, cuyos guardias trataban de detener a Merche y a Sofía, que gritaban y luchaban con todas sus fuerzas para que las dejaran pasar.

—¡¡Ángel!! —lo llamó ella a viva voz.

Eso le hizo girar el rostro hacia ella, pero su vista fue a parar al cuerpo de Juancar que estaban cubriendo en ese momento con una sábana blanca.

—¡No! —gritó estirando los brazos, desesperado, tratando de escapar de aquella camilla y forcejeando con los tipos que querían meterlo en la ambulancia. ¿Entonces era cierto? —. ¡No! ¡Sofía!

—Inyéctale diazepam. —Oyó que decía uno de ellos, pero él no quería. Lo que quería era estar con su Sofía que no paraba de llorar.

Su última imagen de ella fue la de su rostro sumido en el llanto mientras trataba de zafarse del agarre de un policía que le impedía llegar hasta él. Luego se volvió todo borroso

y, finalmente, la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, lo primero que vio fue un techo blanco y una luz fluorescente. Le dolían hasta las pestañas, así que movió la cabeza con mucho cuidado. Cortinas de plástico, camillas, medicinas... estaba en el hospital, y su padre lo miraba desde la pared de enfrente donde se apoyaba con los brazos cruzados y cara de pocos amigos.

—¿Qué coño has hecho? —Lo escuchó mascullar por lo bajo, y Ángel en un principio no sabía a qué se refería, pero luego...

Dejó caer la cabeza y se mordió el labio inferior con fuerza; no podía llorar, y menos delante de él, así que apretó los puños para reprimir aquel llanto. Con aquel gesto, la aguja de la vía se le clavó en la mano, traspasando su brazo con una punzada de dolor. Aunque ¿qué era aquello comparado con el que le desmenuzaba el corazón poco a poco?

Justo en ese momento llegó un médico con una carpeta y se acercó a él al ver que estaba despierto.

—Hola, chaval —lo saludó sin ningún tipo de emoción en su tono—. Todo parece correcto —añadió, echando un vistazo a las hojas de la carpeta—. ¿Recuerdas cómo te llamas?

—Ángel Escudero —murmuró.

—Bien... —asintió el médico, comenzando a escribir en el papel, girándose hacia su padre—. Mire, sólo está adolorido por el golpe y tiene algunos rasguños, nada de importancia, así que le recetaré algunos analgésicos y antiinflamatorios. Si tiene mareos o cualquier malestar fuera de lo normal, tráigalo —le explicó—. Ahora vendrá una enfermera a quitarle el gotero y la vía y le traerá el informe para que pueda llevárselo a casa.

—¡Doctor! —lo llamó Ángel con urgencia al ver que se iba, mientras trataba de levantarse.

—Despacio... —le indicó él, volviéndose para ayudarlo.

—El otro chico...

El hombre arrugó los labios, como primera y única muestra de emoción desde que llegara a aquella sala.

—Cuando los sanitarios llegaron al lugar del accidente, ya no pudieron hacer nada por él. Tú has tenido mucha suerte —le dijo con total normalidad, como si estuviera hablando del tiempo y, en realidad, le estaba confirmando a Ángel que su mundo se había vuelto patas arriba, devastado por completo.

El médico dio media vuelta y se marchó, y él decidió tumbarse de nuevo. Era más fácil controlar las lágrimas y así tampoco sentía la mirada inquisidora de su padre sobre él. Por suerte, la enfermera llegó enseguida y, tal y como dijo el doctor, le retiró la vía y le dio un sobre con el alta a su padre.

Entonces, se incorporó, esta vez tratando de bajarse de la camilla. ¿De verdad estaba bien? Porque él sentía como si le hubiera pasado un camión por encima, machacándole los huesos. Se tambaleó al principio, pero pronto controló el mareo, y comenzó a recorrer aquel largo pasillo, apoyándose de vez en cuando en la pared para no caerse. Porque su padre iba por delante, jugueteando nerviosamente con las llaves de su Citroën R5, y ni siquiera se giró a comprobar si necesitaba ayuda.

Al salir del edificio, vio que ya era de día, y se dio cuenta de que estaban en el Hospital General, así que tomaron la avenida del Cid y en menos de diez minutos llegarían al Barrio del Cristo. A él, sin embargo, se le hizo eterno, y no porque su padre no le dirigiera la palabra en todo el camino. Era como si su mente necesitase alargar aquel viaje

antes de llegar a casa, a tener que enfrentar la realidad. Jamás volvería a ver a Juancar, había perdido a su amigo, su confidente, su igual... Era una sensación extraña y repulsiva; estaba vacío por dentro, tal vez era el efecto de las medicinas pero no encontraba su corazón, ni sus pulmones, ni las entrañas... Y sin embargo, le resultaba muy sencillo localizar aquel dolor que lo inundaba todo, estaba por todas partes, al igual que la rabia y la impotencia.

Ya en la A-3, su padre tomó la primera salida hacia Aldaia, ni se planteó siquiera la posibilidad de coger la siguiente aunque eso significase tener que dar un rodeo... ni de coña... y cuando Ángel se giró a mirarlo con un ruego en los ojos, los de su padre le respondieron que por sus cojones iban a volver a pasar por aquella carretera en la que aún había cristales rotos y una gran mancha de serrín cubriendo la sangre de Juancar. Ángel volteó el rostro hacia la ventanilla y bajó el cristal. Cerró los párpados con fuerza, apretando los labios y los dientes para reprimir aquel sollozo que le ardía en la garganta y confiando en que el aire fresco y húmedo por la lluvia de la noche anterior calmase aquellas náuseas.

No lo consiguió, y nada más aparcar en la puerta del taller, Ángel salió corriendo para meterse entre dos coches y vomitar.

—Joder... —farfulló su padre mientras abría la puerta—. Entra de una santa vez.

Ángel se limpió la boca con el dorso de la mano y obedeció. Se fue directo a la ducha. Necesitaba quitarse aquella ropa llena de sangre... y no suya precisamente, y mientras regulaba la temperatura del agua, deseó que, además de la suciedad, borrara también aquel dolor insoportable.

¿Cómo estarían Sofía y su madre? Si él se sentía morir ante su pérdida, no era capaz de imaginarse su sufrimiento.

*Mi pequeña...*

No le habían permitido acercarse a él, y esa insistencia de llevarlo al hospital, ¿para qué? Resultó que estaba bien, así que lo habían separado de ella para nada. Y Sofía lo necesitaba... A pesar de que él apenas podía soportar el peso de aquella pena, la habría consolado, dándole todo su amor y su apoyo... y ahora estaría sola.

Terminó de ducharse con rapidez, debía reconocer que le sentó bien, pero su bienestar no era lo más importante en ese momento. Se fue a su habitación y se puso ropa limpia, rescatando las llaves y la cartera de aquellos vaqueros destrozados, y salió con toda la intención de ir a buscarla. Sin embargo, su padre lo esperaba sentado en un sillón del salón, fumando sus acostumbrados cigarrillos sin filtro y con una expresión indescifrable en el rostro.

—¿A dónde vas? —preguntó con dureza.

—A casa de Sofía, necesito encon...

—¿No crees que ya has hecho suficiente? —inquirió alzando la voz, y Ángel se detuvo en seco.

—¿De qué coño hablas? —Se giró hacia él con una mueca de extrañeza—. Por si no lo sabías, el tío del coche se nos vino encima.

—¿Eso es lo que te dices a ti mismo para tratar de encubrir la verdad? —Apretó los puños encima de los brazos del sillón.

—Paso de tus gilipolleces —espetó con un resoplido—. Me piro.

—Sí, te vas a ir, pero para siempre —subió el tono aún más—, no quiero un demonio como tú en mi casa.

Ángel sintió un escalofrío mortal recorriendo su cuerpo, que por cuenta propia se

detuvo en seco en la entrada del salón. Cerró los puños mientras se giraba hacia su padre, pero no a causa de la rabia, sino del miedo a lo que estaría a punto de salir por aquella boca.

Su padre se había puesto en pie, dejando caer en el cenicero el cigarro aún encendido, como lo estaban sus ojos, que lo miraban con un odio ardiente que Ángel no entendía de dónde salía.

—Eres un mal bicho —escupió entonces Marcelino, mirando a su hijo de arriba abajo, con asco—, como una plaga que destroza todo lo que toca, que jode la vida de los que están a su alrededor.

—Papá... —murmuró con un nudo en la garganta. Aquel sudor frío lo recorría una y otra vez, era como un zumbido que se filtraba en su mente, acompañando aquellas palabras hirientes, llenas de un rencor que no comprendía, que no creía merecer.

—Sí, y por desgracia —espetó secamente—, porque no te queríamos. Tu madre y yo éramos novios cuando la dejé preñada y yo, la quería tanto, que me aproveché de tu existencia para casarme con ella, porque la quería para mí —Se señaló con el índice—. Siempre la quise, y tú me la quitaste —masculló con las venas del cuello palpitantes, tensas de la rabia, y los nudillos blancos de tanto apretar los puños.

Ángel se tambaleó y acabó apoyado en el quicio de la puerta, y su padre dio un paso hacia él, como si quisiera asegurarse de que le daba de lleno con toda esa mierda que le estaba echando encima.

—Eclampsia... Parece un puto trabalenguas pero lo tengo grabado en la memoria —prosiguió su padre, y Ángel vio su mirada vidriosa, por primera vez en su vida—. No pudieron hacer nada por ella, eso me dijeron, y que su ética y su moral les obligaba a salvarte a ti, a pesar de mis deseos, a pesar de que yo quería a mi Rosa conmigo —remató, palmeándose el pecho.

Ángel no pudo evitarlo. Trató con todas sus fuerzas de tragarse las lágrimas, de no llorar frente a aquel hombre que renegaba de él como hijo y que le decía sin tapujos que lamentaba su nacimiento. Seguramente le estaba dando otro motivo más para despreciarlo, pero no podía soportar tanto dolor y permitió que las lágrimas resbalasen libres por sus mejillas.

—A mí me quitaste a mi mujer —continuó su padre sin ningún tipo de compasión, arrojando todo su odio contra él—, y a Sofía le has quitado a su hermano, le has destrozado la vida, ¿y aún quieres ir a verla? —se mofó—. Pues déjame que te ahorre el viaje... Se preguntará, igual que hice yo, por qué cojones no has sido tú, por qué él se ha quedado seco en esa carretera y tú apenas tienes un rasguño... por qué mierda los demás mueren en tu lugar... Es como si les robaras la vida...

Marcelino dio otro paso hacia adelante, apretando la mandíbula, y Ángel tragó saliva. En ese instante, creía a ese hombre, porque llamarlo padre ya no tenía sentido, capaz de todo, incluso de matarlo...

—Maldigo la sangre que compartimos —se hizo eco de sus pensamientos—. Siento náuseas sólo de pensar que es la de un engendro del infierno con esos ojos tuyos, endiablados... la de un demonio, la de un asesino...

Todo se hizo negro. De repente, Ángel dejó de ver a Marcelino, aquel comedor... no había nada, únicamente esa palabra que se grabó en su cerebro como un estigma, como una maldición, y que resonaba en sus oídos una y otra vez, como una antífona maldita.

Asesino... Asesino...

Ahora sabía que, por su culpa, murió su madre dándole a luz... Tal vez, si no se hubieran empeñado en salvarlo a él, ella seguiría viva. Y Juancar también había muerto por

su culpa... él se ofreció a ir en su busca; se llevó la moto por la pereza de no ir andando hasta allí; decidió cuándo volver a casa; él conducía la moto...

Sofía...

Y ella sin duda lo odiaría, como lo odiaba aquel hombre a pesar de haberle dado la vida. Ni aquel nexo indeleble lo salvaba de su desprecio... ¿Qué era el amor comparado con el vínculo tangible, biológico, de carne y sangre, de un padre y un hijo? Ese sentimiento que Sofía y él compartían era etéreo, aire, que podía esfumarse en un segundo, y bien podría transformarse en odio... y con seguridad, mirarlo a la cara sería recordar que su hermano estaba muerto y él, vivo, y lo aborrecería por ello... porque era un asesino, él había matado a Juancar...

Juancar...

Juancar...

—¡Juancar!

La voz de Ángel resonó en la oscuridad de su habitación en el hotel, y él se incorporó en la cama, preso de ese terror que se cristalizaba dolorosamente en sus venas.

—¡Juan Carlos! ¡No! —volvió a gritar al tiempo que un sollozo le rompía la garganta.

Saltó de la cama, pero las piernas le fallaron y cayó al suelo sobre sus manos y sus rodillas, mientras aquel llanto le impedía respirar, sentía que se asfixiaba, que desfallecía... aunque una vocecita en su cabeza le decía que no se preocupase, que era mejor si moría, que así terminaría todo de una vez...

—¡Ángel!

Le pareció escuchar a alguien llamándolo desde fuera, pero no podía hablar; sus gemidos ocupaban su boca. Y tampoco podía moverse; aquel llanto hacía que su cuerpo convulsionara, perdiendo el control de sus músculos, hasta le arrebatava la capacidad de razonar, no podía más que abandonarse a ese sufrimiento que lo entumecía, que lo dominaba.

De pronto, se escuchó un estruendo, y una puerta que se abría violentamente.

—¡Ángel! —Distinguió ahora la voz de Darío.

Seguía sin poder moverse, sin poder contestar, pero notó un par de brazos fuertes que tiraban de él...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Raúl que entró detrás de su compañero.

Darío no contestó. A pesar de la fortaleza de sus músculos ejercitados, Ángel era un peso muerto que parecía anclado al suelo, así que se arrodilló a su lado y trató de sostenerlo. Tenía el cuerpo empapado en sudor, y el rostro rebosante de ese llanto que le partiría el corazón al más duro de los hombres.

—Llama a Toni —le pidió a Raúl, tratando de parecer calmado, pero su compañero no obedeció, sobrecogido por aquella escena demoledora.

Justo en ese instante, llegó un botones del hotel, seguramente advertido por algún cliente que se alojaba en ese pasillo, y se quedó plantado frente a la puerta, atónito al ver el pomo reventado.

—Nos haremos cargo de los desperfectos... —le decía Raúl, mientras Darío intentaba que Ángel lo mirara, que reaccionara, que dejara de llorar y le dijese qué había pasado.

—Ángel, por favor... —Le palmeó levemente el rostro.

—Yo lo maté... yo lo maté... —susurraba una y otra vez, completamente ido, aunque sí buscaba su consuelo porque se abrazó a él.

A Darío se le cayó el alma a los pies al escuchar esas palabras, al verlo llorar así, parecía un muñeco roto que se deshacía en su regazo.

—¿Dónde está Sofía? —le preguntó entonces y, por primera vez, vio que su amigo trataba de mirarlo, desorientado, confuso—. Será un cinco estrellas pero las paredes son de papel... Sé que ha estado aquí contigo esta noche... ¿Dónde está? —le repitió con voz tranquila... aunque le costaba un mundo.

—Ella... yo...

Ángel trató de incorporarse sin conseguirlo, y su cabeza se movía errática, mirando a su alrededor, como si todavía no supiera dónde se encontraba. Parecía un naufrago, indefenso y perdido en aquella vida que injustamente le había tocado vivir. Porque Darío trataba de espantar la lástima que aquella imagen le producía, y dejaba paso a la rabia por aquel hombre que el destino vapuleó a su antojo cuando sólo era un crío.

—Se fue hace rato... —le respondió Ángel cerrando los ojos con fuerza, tragando saliva, intentando encontrar su voz en aquella garganta que ardía.

—Pero... ¿vosotros...?

Y, de pronto, aquel rostro crispado, se relajó... tan bruscamente que parecía un jodido desdoblamiento de personalidad, a lo Doctor Jekyll y Mr. Hyde.

—Yo la quiero, Darío, la quiero de verdad. Pero...

Volvió a derrumbarse, aquel momento de lucidez duró sólo un segundo. Bajo la afligida mirada de Raúl y Darío, Ángel tocó fondo. Se agarró a su compañero con todas sus fuerzas, necesitando un asidero para no perder la cordura, y lloró por aquel niño que nunca tuvo el amor de un padre o una madre, y también por el hombre que no merecía el amor de esa mujer por la que se moría.

Notó los brazos de Darío alrededor de su cuerpo, sosteniéndolo, mientras sentía su musculoso torso vibrar levemente, sin duda contagiado por aquel llanto que a él lo resquebrajaba por dentro.

—Ángel, tío... —Carraspeó para soltar el nudo que le oprimía el pecho—. Sofía te quiere...

Y esas tres palabras fueron el detonante que lo hizo estallar. Darío cerró los ojos, apretó las mandíbulas y tensó todos los músculos de su cuerpo fuertemente para aplacar el forcejeo de aquel animal rabioso en el que acababa de transformarse su amigo. Lo golpeaba, se removía, ansioso y desesperado, y Darío incluso temió que se hiciera daño. Lo apresó entre sus brazos mientras le susurraba palabras de aliento, y miró a Raúl, impotente, con una súplica en los ojos, aunque no sabía exactamente qué le estaba pidiendo. A su compañero tampoco le hizo falta y acudió en su ayuda, arrodillándose al otro lado de Ángel. Comenzó a palmearle la espalda, tratando de que se calmase, transmitirle algo de sosiego...

Y un grito retumbó entre aquellas cuatro paredes.

—¡¡Pero yo no puedo, Darío...!! ¡¡No puedo...!!

♫ *capítulo dieciocho* ♫



Nada más despertarse, Sofía se vio invadida por una sensación agri dulce. La noche que había pasado con Ángel era, por mucho, la más feliz de toda su vida, aunque no estaba segura de haber ablandado su corazón. La quería, eso estaba más que claro, pero no fue capaz de sonsacarle la razón por la que se marchó años atrás, y más difícil iba a ser que ese motivo no se interpusiera entre los dos, tal y como él había dicho... Y cuando Ángel decía algo...

—Creo que será mejor que no vuelvas a buscarme —sentenció mientras se encendía un cigarrillo y apoyaba la espalda contra la mesa. Sólo llevaba puestos los vaqueros.

Ella, sentada en el butacón, apartó la vista del zapato que se estaba poniendo, lanzándole una mirada de completa incredulidad entremezclada con desacuerdo.

—Estoy hablando en serio —insistió él, velándose sus facciones duras tras el humo.

No le respondió. Se levantó y caminó hacia él en actitud segura y confiada. Se plantó delante y le arrebató el cigarrillo de los labios con un deje de descaro asomando por los suyos, tras lo que lo aplastó en el cenicero que había sobre el mueble... y buscó su boca, sin dejarlo reaccionar, mucho menos rechistar. Hundió sus manos en su pelo y se pegó a su pecho desnudo, inyectándole una buena dosis de pasión a ese beso con el que quería que siguiera recordándola el resto de la noche, y olvidarse así de sus propias palabras.

Sin embargo, su expresión al separarse decía otra cosa, así que lo acalló colocándole un dedo sobre los labios mientras alargaba la mano para recuperar su bolso.

—Hasta mañana —le había dicho ella desde la puerta justo antes de irse, con el corazón en un puño...

Sofía suspiró hundiendo la cabeza en la almohada. Sabía que estaba tentando a la suerte, jugando con fuego más bien, e iba a acabar achicharrada. Conocía a Ángel, había vivido con él muchos momentos buenos, pero también de los malos, y siempre parecía un tronco a la deriva... parecía, porque cuando a Ángel le salía ese «demonio» que llevaba dentro, ardía Troya... ¿Cuántas veces hizo que le rompieran la cara a él y a Juancar por no saber controlarlo?

Así que, iría a verlo, por enésima vez, sí, pero con pies de plomo, arriesgándose a encontrarse cualquier cosa... Aunque un escalofrío la recorría cada vez que su mente se detenía en la posibilidad de que Ángel la echara de su vida definitivamente y le destrozara el corazón para siempre.

Les mandó un mensaje a las chicas y quedó con ellas por la tarde. La señora Estela solía llegar del pueblo después de comer, por aquello de evitarse la caravana, y cuando fue a preguntarle, aceptó de muy buena gana quedarse con su madre. Así aprovecharía para contarle todos los cotilleos de aquel pueblucho perdido en el mapa pero que, en cuestión de una semana, fabricaba rumores para llenar, con facilidad, alguno de esos programas de

cotilleo.

Por suerte, su madre se había reservado el interrogatorio porque la conocía perfectamente y le bastaba mirarla a la cara para darse cuenta de que estaba preocupada. Y Sofía, además, estaba demasiado nerviosa como para soportar un tercer grado... por parte de su madre, porque, por parte de las chicas, sería inevitable.

Como hacía buen día, decidieron quedar en uno de los bares con terraza que había en la plaza de Aldaia. A Sofía le venía de paso recoger a Diana a su casa, pero, a pesar del trayecto de cinco minutos andando hasta el bar, su amiga no sacó el tema, y Sofía prefería contar la historia una sola vez.

Al llegar, Vanessa ya las estaba esperando, sola, pues había dejado a Alejandro con su madre. El tema a tratar no era muy apropiado para un niño de siete años.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —Fue su recibimiento mientras les daba un par de besos a cada una—. Seguro que a ti ya te ha contado la mitad de la historia. —Miró a Diana con recelo.

—No ha dicho ni una sola palabra sobre Ángel —negó ella con rotundidad sentándose a su lado—. Así que estoy tan impaciente como tú.

Ambas mujeres miraron a su amiga, por lo que Sofía no se hizo de rogar. Sólo aguardó a que el camarero les trajera las bebidas que pidieron para contarles lo que había sucedido con Ángel la noche anterior.

—Si es que es como ir en bici —se burlaba Vanessa—, nunca se olvida.

—No creo que en aquella época llegaran al triplete como anoche —le siguió el juego Diana.

—Dejadlo estar, ¿queréis? —espetó, sintiendo que se sonrojaba.

—Y tú deberías estar contenta —replicó su amiga haciendo un mohín.

—¿No habéis escuchado lo que os he contado? —espetó un tanto inquieta.

—Sí, y a la única conclusión a la que llego, a la que llegamos —rectificó Vanessa sabiendo que su otra amiga concordaría—, es que lo tienes comiendo de tu mano —añadió extendiendo una palma, y apuntando repetidas veces con el índice sobre ella, y las tres mujeres se echaron a reír a la vez.

—Yo... —titubeó Sofía, más seria ahora—, la verdad es que me tiene confundida.

—Es para darle de tortas —refunfuñó Diana—, y sinceramente, a quien tiene comiendo de su mano, es a ti.

Sofía resopló y Vanessa la fulminó con la mirada.

—Pero ¿no lo veis? —alzó la voz una octava, molesta, indicándoles entonces sus amigas con un gesto que bajase el tono—. Le da el mejor sexo de su vida, le confiesa que todavía la quiere, y luego le dice que no vuelva a buscarlo...

—Pues lo tiene claro si piensa que Sofía va a hacerle caso —respondió Vanessa, curvando los labios en un gesto travieso—, ¿verdad, chata?

—Estás jugando con fuego —le advirtió Diana en cambio, y Sofía resopló porque eso mismo pensaba ella, aunque...

—Diana, hay mujeres que están dispuestas a todo por amor —le reprochó su otra amiga—. Que a nosotras nos haya ido mal, no significa que le tenga que pasar lo mismo a todo el género femenino.

—Pero ¿qué manía os ha entrado con que yo quiero que se propague la desgracia a mi alrededor? —espetó a la defensiva—. Tú es la segunda vez que me lo dices —Apuntó hacia Vanessa—, y tú me lo dijiste ayer. Llevo años sin escuchar el nombre de ese imbécil y, en una semana, ya van tres.

—Bueno... —titubeó Sofía—, tampoco es que pensemos que...

—Que yo no crea en los hombres, no significa que lo tengan que hacer las demás, o vosotras. —Sacudió las manos, molesta—. Pero a los hechos me remito con Ángel, ¿o no?

—Voy a llegar hasta el final, Diana —sentenció Sofía en un arranque de sinceridad y obstinación, y sus dos amigas la miraron con una mezcla de asombro y de envidia, de la sana, siempre.

—¿Y dónde está el final, Sofía? —le preguntó Diana, condescendiente.

—¡No lo sé! —exclamó, removiéndose en la silla con cierta ansiedad—. Sólo sé que Ángel me quiere, y no únicamente porque me lo dijera. Lo sentí. Y lo más gracioso es que yo siento lo mismo por él, así que creo que vale la pena el esfuerzo, si el resultado es poder ser feliz.

Diana se dio por vencida. Tomó su refresco y dio un trago, y Vanessa respiró con cierto alivio. No quería parecer injusta, pero sí creía que la actitud de su amiga tenía relación directa con lo que le hizo Alfonso. Y aunque no podía culparla, debía admitir que no estaba siendo objetiva.

—Entonces, ¿vas a ir a verlo? —le preguntó a Sofía con una sonrisa en los labios con la que pretendía alentarla.

—Pues sí —respondió rotundamente—, aunque creo que ya no voy a necesitar esto.

Sofía le pasó una bolsa con todo lo que le había prestado la noche anterior, y Vanessa le dedicó una sonrisa pícaro, preguntándole de forma silenciosa si estaba segura.

—Tal vez deberías llevarte una muda para acudir al trabajo directamente desde el hotel —apuntó Diana divertida, y la amplia sonrisa que ocupaba el rostro de Vanessa se congeló de pronto, convirtiéndose en inequívoco reproche, mientras sostenía el pequeño bolso negro abierto entre sus manos.

—¿Qué pasa? —preguntó Diana con curiosidad, mientras Sofía le rehuía la mirada en un claro gesto de culpabilidad.

—Según lo que nos has contado, aquí no deberían quedar condones, y siguen habiendo tres —murmuró por lo bajo, inclinándose hacia sus amigas para que sólo la escuchasen ellas, pero la dureza de su voz era tangible, al igual que la de sus ojos—. Dime que Ángel tenía una caja a rebosar...

Y Sofía se limitó a bajar el rostro a modo de respuesta.

—¿Qué coño has hecho? —inquirió Diana, atónita.

—Tranquilas, ¿vale? —Sofía alzó las manos, tratando de calmarlas.

—Tranquilas y un huevo —espetó Vanessa, metiendo de mala gana el bolsito en la otra bolsa—. Habla de una vez.

—Quise probarlo y le pregunté si tenía preservativos —comenzó a explicarles con una forzada expresión de arrepentimiento—. Me dijo que no, y luego no tenía mucho sentido admitir que yo sí tenía.

—Tenía todo el sentido del mundo —replicó su amiga, agitando las manos con nerviosismo.

—¿Qué narices es eso de una prueba? —quiso saber Diana.

—No tenía condones, por lo que no tenía planeado acostarse con ninguna tía, al menos no de forma inmediata —dijo, como si aquel razonamiento fuera la respuesta a todo el problema.

—¡Dejaos de pruebas! —les reprochó Vanessa a ambas—. La única prueba de la que va a tener que preocuparse es del *Predictor*. —Miró ahora a Sofía—. ¿En qué narices estabas pensando? ¿Cuándo te vino la regla la última vez?

—Hará diez días —respondió en un hilo de voz.

—Cojonudo... —Vanessa soltó una carcajada llena de ironía, y Diana, quien hasta ahora no terminaba de admitir la gravedad del asunto, se cruzó de brazos con el «modo verdugo» activado.

—¿Sabías que los espermatozoides pueden sobrevivir hasta siete días en el cuerpo de una mujer? —le soltó el dato tratando indudablemente de impactarla—. Pues a los de Ángel aún les sobran tres para dejarte embarazada.

—No va a pasar nada —se defendió ella con energía—, y si pasa...

—Y si pasa se le saluda, no te jode —se mofó Vanessa, cabreada—. ¿Tú sabes lo que significa ser madre soltera?

—¡Pues claro que lo sé! —espetó Sofía que también comenzaba a enfadarse a causa de aquel juicio por parte de sus amigas—. Por si no lo recuerdas, mi madre sacó adelante a dos hijos, sola, y tú tampoco has hecho un mal trabajo, ¿verdad? —La señaló con el dedo de modo insistente, y Vanessa tragó saliva, mirándola con seriedad.

—Si pretendes ablandarme regalándome los oídos estás muy equivocada —le dijo, con expresión férrea—. Ha sido muy duro, siete largos años de sacrificio.

—¿Y ver la sonrisa de tu hijo no lo compensa? —la acusó.

—No mezcles los churros con las meninas...

—¡No mezclo nada! —aseveró con malestar—. Es sólo que si sucediese, no me pesaría. No fue planeado —agregó antes de que alguna de sus dos amigas dejara de reprimirse y se le echara encima—. Surgió así, no lo pensé. Pero, cuando pude hacerlo, sentí que no me arrepentía de haberme dejado llevar y que la posibilidad de llevar un hijo de Ángel en mi vientre sería algo maravilloso.

Sus dos amigas guardaron silencio y se miraron mutuamente, compartiendo una conversación muda con sus miradas.

—Chicas...

—Lo está deseando, ¿verdad? —le dijo Vanessa a Diana, fingiendo que estaban ignorándola.

—Al menos no tendrá problemas para conciliar familia y trabajo, siendo maestra en una guardería —bromeó Diana impostando la voz, como si quisiese hacerse la interesante, y a Vanessa comenzó a temblarle la comisura de los labios al contener una sonrisa.

—No es que lo esté deseando, y tampoco creo realmente que me haya quedado en estado —replicó, aunque con una sonrisa ilusionada y delatora en el rostro—. Pero he querido a Ángel toda mi vida, y es el único hombre de quien podría tener un hijo.

Vanessa deslizó una mano por encima de la mesa y tomó la de su amiga.

—Perdona si hemos sido muy bordes —se disculpó por las dos.

—Sólo queremos lo mejor para ti —la secundó Diana.

—Lo sé. —Les sonrió—. Sois las mejores amigas que podría tener. Sé que queréis mi felicidad, pero el único que me la puede dar es Ángel, y durante años creí que lo había perdido para siempre. Sin embargo, ahora está aquí, y no puedo evitar que el corazón mande sobre ésta. —Se señaló la cabeza.

—Y entonces...

—Por lo pronto, ahora voy a ir a verlo —afirmó, decidida.

—Tanto va el cántaro a la fuente... —comenzó a murmurar Diana.

—Si se tiene que romper, que se rompa de una vez —alegó con rotundidad—. Pero, mientras tanto, yo necesito estar cerca de él, sobre todo después de lo que pasó ayer. Y no me refiero al sexo. —Les levantó un dedo a modo de advertencia—. Con Ángel, nunca fue

sólo sexo, y anoche no fue la excepción.

—Que lo compre quien lo entienda —farfulló Diana por lo bajo, y Sofía no pudo quitarle la razón.

Queriendo aprovechar para darle una buena dosis de advertencias y consejos, sus dos amigas la acompañaron a buscar el coche, y a Sofía se le crispaban los dedos alrededor del volante a causa de los nervios conforme se iba acercando al hotel.

Aparcó en la misma calle de la noche anterior y, al igual que entonces, la ansiedad y la incertidumbre la recorrían de la cabeza a los pies. No pudo evitar preguntarse hasta cuándo, en qué momento sucedería algo que hiciera explotar por fin la bomba, para bien o para mal. La ausencia de Ángel durante todos esos años fue algo muy doloroso, pero estar tan cerca de él y no tenerlo era un sinvivir.

Giró la esquina para recorrer el último tramo hasta la entrada. En esta ocasión, no había decenas de *groupies* queriendo abrirse paso, aunque, cuando entró, sí había un guardia controlando el acceso al hall. Sofía sonrió con alivio al comprobar que era el mismo de la noche anterior, por lo que sería mucho más fácil entrar. Sin embargo, no se sorprendió cuando aquel hombre le dio el alto.

—Buenas tardes. —Le sonrió ella—. Tal vez no me recuerde. Soy Sofía Ferrer.

El guardia de seguridad la miró de arriba abajo, desconfiando. Su indumentaria, compuesta por unos vaqueros y una camiseta, distaba mucho del atuendo de la noche anterior, así que le costó un poco reconocerla.

—Buenas tardes, señorita Ferrer. —Le devolvió una tenue sonrisa—. Lo siento mucho, pero no puede pasar.

Hay situaciones en las que quieres creer que lo sucedido no es más que un malentendido, una complicación que tiene una fácil solución. En cambio, un desagradable escalofrío que te recorre el cuerpo por entero es la señal inequívoca de que ése es el fin, de que lo que parece un simple aleteo de mariposa va a desatar el caos.

—Tenía entendido que el señor Salazar...

—Mis órdenes ya no vienen dadas por el señor Salazar, señorita —le aclaró con tono indulgente—. Vienen directamente del señor Escudero.

El aleteo de la mariposa acababa de transformarse en un tornado devastador.

—¿Cómo? —preguntó Sofía sin terminar de comprender.

—El señor Escudero nos ha prohibido expresa y terminantemente que la dejemos pasar —le explicó con cierto pesar.

Sofía se obligó a tomar aire pues los pulmones le habían dejado de funcionar, como el resto del cuerpo. Necesitó algunos segundos para reaccionar, para asimilar lo que estaba sucediendo...

El Demonio de Ángel acababa de despertar, e iba a ser implacable.

♩ *capítulo diecinueve* ♪



Sofía carraspeó y trató de esbozar una sonrisa. Ése fue su modo de despedirse del guardia, quien se hacía cargo de la situación, dadas las circunstancias. Y ya no sólo por el bochorno del mal trago, sino por la desilusión que se reflejaba en el rostro de la joven y que no podía disimular.

Con un temblor en las piernas que apenas le permitía caminar, Sofía salió del hotel y alargó el brazo hacia el mármol de la fachada, donde apoyó la espalda mientras trataba de recuperar el aliento. Si Ángel no quería que ella lo viera tenía todos los medios a su alcance para conseguirlo... Miró a la puerta del hotel y recordó la escena de la noche anterior. Iba a formar parte de aquellas mujeres que trataban de hacerse un hueco a base de codazos para verlo de más cerca.

No, no lo haría. Ella amaba al hombre, y no tendría suficiente con el músico. Ése era el fin, lo que él había elegido para los dos... y era una sensación tan conocida...

Cuando Marcelino le dijo que Ángel se había marchado para no volver, y que no sabía dónde encontrarlo, se sintió completamente perdida y como si le hubieran arrancado una parte esencial, vital de su cuerpo. Creyó que no lo superaría, que aquella tristeza terminaría tragándose la sin piedad, sin dejar nada de ella... que acabaría muriendo con el corazón roto, y debía estarlo de verdad y no en el sentido figurado de las novelas, porque ese dolor tan intenso era literal, tangible y fácilmente localizable... y sin tratamiento posible. A no ser que él...

Pero había vuelto a hacerlo. De nuevo se esfumaba de su vida sin una explicación, sin un adiós, sin encararla y decirle la verdad... y rompiéndole de nuevo el corazón.

Sacó su teléfono móvil y comenzó a buscar en los contactos. Si quería volver a hacerlo, iba a ser de frente, dando la cara, no actuando como un completo cobarde.

—¿Sofía?

Ella apenas podía escucharlo, se oía un gran barullo y música de fondo, así que tuvo que afinar el oído.

—¿Toni? Soy Sofia —respondió en voz alta, mirando a su alrededor al llamar la atención de los viandantes.

—Dame un segundo, salgo a la calle...

Sofía inspiró profundamente. Al menos, Toni le había cogido el teléfono...

—¿Qué pasa, preciosa? —preguntó ahora, escuchándose perfectamente.

—¿Estás con Ángel? —inquirió sin querer perder tiempo.

—Sí, claro —respondió un tanto extrañado—. Tenemos una fiesta en el Memphis. Ya sabes, llena de gente que desea ver y ser vista.

Sofía iba a decir que no, que no sabía a lo que se refería, pero su madre veía demasiados programas del corazón. Esas fiestas solían estar llenas de modelos que

buscaban su minuto de gloria con alguna celebridad, que bien podía ser desde una simple foto para una revista... a algo más.

—¿Sabías que Ángel me ha prohibido la entrada al hotel? —tanteó ella.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado? —quiso saber, y a Sofía, su sorpresa le pareció genuina, aunque no sabía si era algo bueno o malo.

—Eso quisiera saber yo —repuso inquieta. Se abrazó el cuerpo con la mano libre. De pronto, esa tarde de abril se había tornado muy, muy fría...

—No tendrá nada que ver con el pollo que montó a las cuatro de la mañana —aventuró, dubitativo—. Los chicos me aseguraron que era una mala borrachera...

—Toni... —lo cortó, cada vez más nerviosa e impaciente—, me dijiste que te llamara si necesitaba algo... Por favor, tengo que verlo.

Lo escuchó resoplar al otro lado de la línea, y ella se temió lo peor.

—Llámame cuando llegues y saldré a buscarte —le indicó de pronto y, mientras Toni le decía la dirección del club, ella sentía que, tal vez, tuviera una oportunidad.

Tras colgar, Toni volvió a entrar al club y se fue directo hacia la barra. Nada más llegar, Ángel se había clavado allí con un whisky en la mano, y tanto Darío como Raúl estuvieron a su lado todo el tiempo, como dos perros guardianes.

No se creyó ni por un segundo la excusa de la borrachera. No era normal que los chicos ni siquiera le dejaran hablar con Ángel cuando acudió de madrugada a la habitación alertado por un botones; de hecho, no le había visto el pelo en todo el día, y desde que llegaran a la fiesta, se mostraba sospechosamente esquivo.

Llegó hasta Raúl y le hizo una señal para que él y Darío lo siguieran. Ambos miraron a Ángel con recelo, pero el cantante ni se inmutó, fija su vista en el whisky de su vaso, por lo que obedecieron. Se alejaron unos cuantos pasos, tampoco hacía falta más pues, con el estruendo de la música era imposible que Ángel les escuchara. Toni se cruzó de brazos en actitud inquisitiva y ambos supieron lo que se les venía encima.

—Me vais a explicar ahora mismo qué narices pasó anoche y por qué ha vetado a Sofía —les exigió, señalando a su compañero.

—¿Vetarla? —preguntó Raúl, extrañado.

—Los guardias de seguridad del hotel le han prohibido pasar por orden suya —respondió molesto—. ¿Qué pasó anoche? —insistió, empezando a perder la paciencia.

—Después del concierto, Sofía lo estaba esperando en el hotel —reconoció Darío, recibiendo un palmazo en el brazo por parte de Raúl como un reproche—. Ya sé que nos pidió que no le dijéramos nada, pero no está actuando con la cabeza y lo sabes. No sé qué pasó exactamente entre ellos —continuó dirigiéndose de nuevo al manager—. Sin embargo, después de que ella se marchara, debió tener una pesadilla horrible pues le provocó una crisis de ansiedad muy fuerte.

—Así que...

—Fui yo quien rompió la puerta al ir a auxiliarlo —admitió el batería, mortificado por haberle mentido.

—¿Y por qué no me lo dijisteis? —les reprendió Toni, colocando los brazos en jarras con un deje de impaciencia.

—Él nos lo pidió, prácticamente nos lo suplicó —le explicó Raúl, recriminando a su amigo con la mirada.

—Si le ha prohibido el paso a Sofía es que piensa cometer el mismo error de hace trece años —lo encaró él—. Y sabes tan bien como yo que está equivocado.

—Sofía viene para acá —dijo Toni de repente, atrayendo la atención de los dos

hombres.

—¿Qué? —inquirió Raúl, abriendo ambos los ojos como platos.

—Anoche no estaba borracho pero, ahora, es el cuarto whisky que se toma —le advirtió Darío.

—Pues ya está en la puerta. —Toni sacó el móvil de su bolsillo y les enseñó la pantalla iluminada.

—Habrá que decírselo a Ángel —propuso Raúl.

—¡No! —espetó su compañero—. Que le ponga narices al asunto y lo enfrente de una vez. Sofía tiene derecho a terminar con esta historia y que él no tuvo cojones a finiquitar como Dios manda trece años atrás.

—No olvides que sí la quiere —le recordó Raúl mientras veía a Toni marcharse hacia la entrada.

—Es el puto perro del hortelano, Raúl, no me jodas —objetó molesto—. Ni contigo, ni sin ti... y no creo que sea justo para Sofía, sobre todo si no es lo que ella quiere.

—No somos quiénes para decidir —insistió su amigo, haciendo sin duda alguna de abogado del diablo.

—¿Y él sí tiene derecho a decidir sobre la vida de Sofía sin darle una puñetera explicación? —exclamó furioso.

Raúl iba a contestarle, pero se detuvo al ver a Toni llegar hasta ellos acompañado de la chica, y le dio una palmada en el hombro a Darío para llamar su atención.

Se la veía muy nerviosa, con los ojos vidriosos y las facciones desencajadas, nada que ver con la mujer segura y divertida del día anterior.

El bajo les salió al paso a pesar de la reticencia de su amigo. No advertirían a Ángel de su presencia, aunque no estaría mal ponerla a ella sobre aviso.

—Sofía...

La chica dio un respingo al verlo pues ni cuenta se había dado de que estaban ahí al tener la vista fija en Ángel, quien seguía en la barra ajeno a todo.

—Déjala —intervino Darío, sosteniendo a su amigo del brazo.

—Chicos...

—No es el mejor momento para que mantengan esta conversación —se explicó Raúl, aunque Sofía no estaba dispuesta a ser disuadida.

—Voy a hablar con él, Raúl —le aseguró ella.

—Ha bebido, Sofía —quiso justificar a su amigo—. Tal vez te diga cosas de las que luego se arrepienta.

—Y yo no quiero pasarme otros trece años preguntándome qué coño hice o he hecho de malo para que me abandone sin dignarse ni a decírmelo a la cara —espetó enfadada, y alterada por aquella situación que se le iba de las manos—. Si no quiere verme más, que sea él quien me lo diga.

Tal vez los propios nervios le dieron fuerzas para apartar a aquellos dos mastodontes, pero el caso es que de un empujón se abrió paso entre ellos. Llegó a la barra casi a la carrera y le dio unos toques ansiosos con los dedos a Ángel en la espalda, quien se dio la vuelta con un gesto aburrido en la cara y que se convirtió en estupefacción al ver a Sofía frente a él.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malas maneras, dejando con un golpe el vaso en la barra.

—La primera vez te fuiste sin una explicación, y estás muy equivocado si piensas que vas a hacer lo mismo ahora —aseveró con la barbilla alzada y los brazos cruzados en

una postura intransigente.

—No tengo nada que explicarte —alzó el tono de voz, apretando los puños—. Te dejé muy claro anoche que lo nuestro no puede ser. Creí que lo habrías entendido, al igual que el mensaje que te he dejado con los de seguridad del hotel.

—También me dijiste que me querías —le reprochó airada.

—Las típicas tonterías que uno suelta mientras folla —dijo con una sonrisa, como si se estuviera regodeando por ello, y Sofía sintió que se le licuaban las entrañas al escucharlo.

—¡No te creo! —le gritó ella mientras repentinas lágrimas velaban sus ojos—. Yo te sentí, sentía que...

—Follo de maravilla, pequeña —le soltó, alzando las cejas con aire de suficiencia, y apoyando los brazos en la barra—. He aprendido mucho en estos años.

Sofía dio un paso hacia atrás, horrorizada y asqueada por lo que estaba oyendo... No era posible, no era posible que él...

—Estás borracho —lo acusó, mirando el vaso de whisky.

—A lo mejor —respondió soltando una malsonante carcajada—, aunque no lo suficiente como para olvidar que te dejé bien claro que lo nuestro terminaba anoche —añadió, tensando ahora las facciones con dureza, y avanzando una zancada hacia ella en actitud amenazante.

—Sí, pero luego...

—¡Basta, Sofía! —le gritó—. Déjame en paz de una santa vez... ¡Te dije que no volvieras a buscarme! —añadió, apretando la mandíbula y agitando las manos con ansiedad... Decir que estaba furioso era quedarse corto—. ¿Por qué tienes que ser tan pesada? ¿Por qué nunca haces caso de lo que te digo?

—¡Tal vez porque haces lo contrario de lo que dices! —se defendió ella con ardor, herida—. Pareces un niño pequeño que no sabe lo que quiere.

—Pues observa lo que hago ahora, a ver si te lo dejo claro —siseó con una mueca mordaz.

Ella era incapaz de entender lo que le estaba diciendo. Pero antes de poder replicar, él alargó la mano y atrapó el brazo de una tipa que pasaba por allí, una rubia oxigenada que sin duda era modelo porque ese vestido blanco de lycra daba perfecta cuenta de sus medidas... y Ángel tiró de ella.

Sofía se tensó. No, él no podía...

Estampó su boca contra la de la chica y forcejeó con la lengua contra sus labios para que ella los separase y poder así metérsela hasta la garganta. Aunque, no contento con eso, comenzó a magrearle el trasero con una mano y a manosearle un pecho con la otra, por encima de aquel minúsculo vestido...

Y Sofía sintió una bola de náuseas subirle hasta la boca. Creía estar inmersa en una pesadilla en la que todo sucedía a cámara lenta, e iba viendo cómo el mundo a su alrededor se iba desmoronando, como un cristal al quebrarse y que va cayendo poco a poco, con peligro letal. Y ella deseaba tanto morir...

«Ángel... no...»

En su retina llorosa se clavó la imagen de los labios de Ángel devorando los de esa tipa. Sus ojos bicolor, que tan extraños se le antojaban ahora, la miraban fijamente, asegurándose de que no se perdía ni un detalle del espectáculo... y ella sintió que su sangre se llenaba de esos cristales que le rajaban las venas y los pulmones a su paso, sumiéndola en el dolor...

Y mientras, aquella zorra se le colgaba del cuello, y Ángel se lo permitía, dejándole que comenzara a restregarse contra él...

Sofía seguía resquebrajándose por dentro, habría jurado que acababa de escuchar su corazón reventar en un latido doloroso con aquella puñalada a traición, incluso se llevó la mano al pecho como si así pudiera sofocar aquel sufrimiento, y un llanto de rabia se agolpaba en sus ojos y su boca a causa de aquel acto tan cobarde con el que Ángel estaba alejándola de él.

Sin embargo, no iba a irse sin más. Si él recurría a algo tan bajo con tal de no decirle la verdad, ella no se iría tragándose aquellas palabras que le ardían en la garganta.

Agarró con fuerza el pelo de la falsa rubia y le dio tal estirón que casi la tira al suelo. La modelo se llevó las manos a la cabeza y trataba de zafarse de ella, pero Sofía consiguió apartarla de Ángel, dándole un empujón. Y le habría sacado los ojos si Darío no llega a sujetarla de los brazos.

—¡Lárgate, guarra! —le gritó ella a aquella chica que realmente no entendía nada, ni el morreo del cantante, ni la agresividad de aquella loca—. ¡Te he dicho que te largues! —chilló con la cara enrojecida a causa de la rabia, y luchando por librarse del agarre de Darío.

Entonces, la modelo miró a Ángel quien se limitó a lanzarle una mirada de repulsión y a limpiarse la boca con el dorso de la mano. La chica no tardó en captar el mensaje, así que se marchó mascullando un par de palabras malsonantes.

—Suéltala, Darío —le ordenó a su amigo, apoyando de nuevo los codos en la barra en actitud indolente—. Y tú también te puedes largar —sentenció, mirando a Sofía con infinita y dolorosa frialdad.

—Claro que me voy —le aseguró con una mueca de repugnancia en los labios, destensando con una sacudida los brazos tras liberarse de los de Darío. Luego, avanzó los dos pasos que la separaban de Ángel y, tomando impulso, lo abofeteó con todas las fuerzas de su ser.

Ángel giró la cara a causa de la violencia del golpe, cerrando los ojos un instante, y Sofía supo que no podría mover la mano en varios días, aunque no le importó.

—Eres un hijo de puta —escupió las palabras con todo el asco que se le removía por dentro, y Ángel le sostuvo la mirada con el rictus crispado, aunque sin mover ni un solo músculo—. Bastaba con que me hubieras dicho que no me querías... «no te quiero, Sofía»; cuatro simples palabras que me habrían ahorrado el tener que soportar esta escena de cine porno barato.

La congoja se abrió paso entre sus palabras, y los sollozos entremezclados con las lágrimas apenas le dejaban hablar, pero ella continuó.

—No eres más que un cobarde de mierda, un cabrón sin corazón, y yo una gilipollas por haberte querido toda mi vida cuando, en realidad, no mereces ni mi amor ni el de nadie. Y ya sé la verdad sin necesidad de que tú me la digas —le anunció apretando los dientes con rabia, y aunque Ángel abrió más los ojos con espanto, Sofía no se dio por enterada.

»Seguro que Juancar te puso al tanto de la enfermedad de mi madre y, con la muerte de mi hermano, nos viste como un jodido problema, que tendrías que hacerte cargo de nosotras... ¡Pues ni te necesité entonces, ni te necesito ahora! —le reprochó, enjugando de un manotazo las lágrimas que rodaban a raudales por sus mejillas, sin percatarse de que Ángel apretaba los puños para no secárselas él—. Pero tranquilo que nunca más te buscaré ni sabrás de mí, porque, desde este instante... ¡estás muerto para mí, Ángel Escudero! —le gritó aquello como la estocada final.

Y realmente lo era, Ángel la sintió hundirse lenta y fulminantemente en su pecho y, aunque llevaba mucho tiempo esperándola, no estaba tan preparado como creía.

Se apoyó en la barra en busca de algo que sustituyera sus temblorosas piernas y la vio marcharse, mientras su amigo lo asesinaba con la mirada.

—Eres un desgraciado —sentenció Darío, recorriéndolo de arriba abajo con aversión. Y aunque Ángel hubiera querido decir algo, no habría podido pues el batería ya corría detrás de la joven.

En ese momento, Ángel sintió pavor. La había herido en lo más profundo, estaba tan cegada por el dolor que... ¿Y si le pasaba algo? Casi rezó para que Darío le diera alcance y que pudiera así asegurarle después que ella estaba bien...

¿Y qué derecho tenía él de preocuparse? Si algo le pasaba, sería por su culpa... Otra más que añadir a la pesada losa...

«Olvídate de mí, de que alguna vez existí, y sé feliz, pequeña», pensó cabizbajo, preso de una congoja que le asaltó de repente.

El temblor de su cuerpo lo separó de la barra y sus piernas no realizaron su labor debidamente, así que dio con sus huesos en el suelo...

Se hizo un ovillo mientras se recreaba en la idea de que era un canalla, hasta que notó que alguien tiraba de él: Raúl y Toni trataban de levantarlo.

—Vámonos al hotel —decidió el manager—. Se acabó la fiesta por hoy.

♫ *capítulo veinte* ♫



Darío tuvo que apretar el paso para intentar alcanzarla, incluso casi se lleva por delante a una pareja que entraba agarrada tan tranquilamente al club. Sin embargo, la perdió una vez hubo salido a la calle, así que comenzó a mirar de un lado a otro de la calle tratando de encontrarla.

—Mierda...

No había rastro de ella, ¿cómo pudo desaparecer tan rápido? Pero de pronto, escuchó el claxon de un coche y un frenazo, así que se giró hacia aquel sonido y la vio pidiendo disculpas al conductor sin apenas detenerse y llegando al otro lado de la carretera.

Sin perder más tiempo, fue tras ella y cruzó a la otra acera. Corría como alma que lleva el diablo, así que tuvo que apretar el paso para no perderla de vista otra vez. Entonces, la vio detenerse en un coche y pelearse con su bolso para sacar las llaves. Por suerte, tres zancadas de ella eran una suya, así que la alcanzó a tiempo, impidiéndole entrar.

—Sofía, espera...

Darío alargó el brazo, sosteniendo la puerta para que no la abriera, y se le cayó el mundo encima cuando ella alzó su rostro hacia él y vio en sus ojos llenos de lágrimas aquella tristeza infinita, aquel dolor tan intenso que podría destrozarle el alma a cualquiera.

No pudo evitarlo. La cogió suavemente de la nuca y la llevó hasta su pecho, donde ella descargó aquel llanto que le rasgaba la garganta, y a él, el corazón. Le acarició la espalda suavemente y que le convulsionaba con aquellos sollozos que la dejaban sin aliento. Y él lo sentía tanto, se sentía tan culpable...

—Perdóname, Sofía. Si llego tan siquiera a imaginar que podría pasar algo así, no te hubiera dejado hablar con él.

Ella no contestó, supuso que no podía hablar, pero sí negó con la cabeza. Él chasqueó la lengua contrariado y la encajó entre sus brazos, esperando, confiando en que derramase todas las lágrimas que le provocaba aquella tristeza de la que él había tenido parte de culpa.

—Ángel es un gilipollas —masculló entre dientes—. Tener el amor de una mujer como tú y dejarte escapar por unos remordimientos infantiles y estúpidos...

Sofía alzó tímidamente la vista hacia él. Los sollozos habían bajado de intensidad aunque aún se le sacudían los hombros.

—No sé de qué hablas —logró decir—. Ángel no me quiere... si me quisiera... no habría...

Darío supo que el recuerdo de su amigo liándose con aquella tía había vuelto a la mente de Sofía porque giró la cara mientras reprimía sin éxito un sollozo desgarrador.

—Olvídalo, no ha sido más que una pantomima. —Le sostuvo él la barbilla para que lo mirara—. Me consta que Ángel te quiere...

—¿Cómo puedes decir eso después de...? —Una mueca de asco se dibujó en su rostro, señalando con la mano en la lejanía, hacia el club—. Ángel no me quiere, ¡no me ha querido nunca! —exclamó con la voz rota.

Joder...

¿Iba a tener que hacer lo que Ángel no se había atrevido en todos esos años?

La tomó de los hombros, enderezándola, y bajó su rostro para ponerlo a la altura de la chica.

—Puedo decirlo porque sé exactamente lo que pasó esa noche —le anunció, y a Sofía se le congeló el llanto en la cara.

—¿Cómo que tú...?

Darío la soltó, negando con expresión sombría, y ella tuvo que apoyarse en el coche, expectante, casi rogándole con la mirada que continuase.

—Seis años compartidos con él dan para mucho, incluso para que se sincere en un momento de debilidad —le explicó.

—¿Sabes por qué se marchó? —preguntó con ansiedad, enjugándose con rapidez las lágrimas que apenas caían ya, como si no quisiera perderse detalle...

Sin embargo, pronto volvieron a inundar su mirada al saber todo el calvario por el que Ángel pasó aquella noche. Sabía de la naturaleza cruel de Marcelino, pero sus palabras...

Sofía se giró hacia el coche y apoyó los brazos para descansar sobre ellos la frente y deshacerse en ese llanto, en esa verdad que tanto le dolía. Porque nada de aquello era cierto y porque todos esos años de infelicidad no eran más que un capricho del destino. ¿Que Ángel tenía la culpa de la muerte de su propia madre, de la de Juancar? Por Dios Santo...

Jamás lo hubiera creído, y jamás lo pensó. ¿Cómo iba a culparlo por sobrevivir de milagro al ser embestidos por un coche sin control? Porque ella había sufrido mucho por la muerte de su hermano, sí, pero se alegró de tal modo al saber que él estaba vivo que hasta se sintió culpable. Y lo necesitó tanto... Esa noche perdió lo que más quería; a su hermano del alma, su protector, su ejemplo, la figura paterna que nunca tuvo, su guía... y también perdió a Ángel, el amor de su vida, sus sueños, sus ilusiones, el camino a la felicidad, su destino... Porque era él y nadie más que él.

Aunque, si Marcelino fue culpable con su crueldad, también lo fue Ángel con su debilidad. ¿Por qué no fue a hablar con ella? ¿Es que creía que su amor por él era tan frágil como para romperse por una jugarreta de la fatalidad? Lo que sentía por él no era un enamoramiento juvenil, ni la exaltación de las hormonas de una adolescente... Era un amor maduro, seguro, fuerte, y la prueba estaba en que había resistido al paso de los años y al abandono...

—Para Ángel, estos años han sido un verdadero infierno, día tras día. —Escuchó la voz de Darío detrás de ella. Tratando de calmarse para encararlo, respiró hondo. Luego, se giró apoyando la espalda en el cristal y volvió a enjugarse las lágrimas, mirándolo con seriedad.

—Lo mismo que para mí —le aclaró ella con voz dura y herida—. La diferencia es que yo no sabía por qué estaba cumpliendo ese castigo, ni hasta cuándo. Y fue él quien me arrojó a esa vida miserable.

—Sofía...

—A mi hermano lo mató un tipo que hablaba por el teléfono móvil mientras iba conduciendo —lo cortó con aspereza—. En aquel entonces no existía el manos libres —agregó con un toque sarcástico—. Se le fue el coche y no pudo controlarlo porque había

llovido. Y ellos tuvieron la desgracia de estar en el lugar equivocado a la hora equivocada para que se los llevara por delante. ¡Y ya está! —Sacudió las manos, exasperada—. Marcelino le aseguró a la policía que Ángel se había marchado con su consentimiento y ellos ni se molestaron en buscarlo porque el caso estaba claro, así que el tipo dio con sus huesos en la cárcel. Fin de la historia.

Darío puso los brazos en jarra y cambió el peso de una pierna a otra, resoplando con malestar.

—Tal vez si Ángel hubiera sabido...

De pronto, Sofía lanzó una carcajada amarga, aderezada con lágrimas renovadas, como si nunca se fueran a extinguir.

—¡Ya da igual, Darío! —replicó con el rostro contraído a causa de la congoja. Trataba de secarse las lágrimas de sus mejillas, pero eran más rápidas que ella—. Nadie en su sano juicio le habría perdonado lo que me hizo. Trece años de completa ausencia, sin buscarme, sin una mísera llamada, sin preocuparse si estaba bien o mal... —Sofía se colocó una mano en la garganta, tratando de contener los sollozos—. ¡Y yo lo habría perdonado! —exclamó de pronto, apretando los puños con rabia al aceptar que así lo hubiera hecho—. Sólo me ha faltado suplicarle para que volviera conmigo —admitió con vergüenza, cerrando los ojos—. Pero lo de esta noche... lo de esta noche...

Ahogó un quejido en la garganta, tapándose la boca con una mano... y se derrumbó, incapaz de aguantarlo más.

Cayó de rodillas mientras la imagen de Ángel besando a aquella mujer volvía a golpearle con una brutalidad que no pudo soportar. Porque ahora no tenía duda alguna de que había sido una sucia treta para alejarla de él... ¿Cómo podía renunciar a ella tan fácilmente? ¿Cómo podían unos absurdos remordimientos sin base ninguna tener más valor que ella, que su amor? Y la respuesta era muy sencilla: porque, aquel amor, no era tal. Ella sí lo había querido con todas sus fuerzas y, en cambio, para él no fue más que un tonto de juventud, ni siquiera el primer amor... nada... ¡Nada!

Sintió un par de brazos que la sostenían y la ponían en pie, manejándola como si fuera una muñequita de trapo, pero ella estaba tan destruida, tan cansada...

—Sofía, por favor...

Sin embargo, ella negaba con la cabeza, ahogándose en su propio llanto, dándose golpes en el pecho para que aquel corazón tan lleno de él dejase de latir. Y necesitaba abrir los ojos, porque las tinieblas que le devolvían sus párpados cerrados le traían a la mente con crueldad la mirada fría de Ángel atrapando la suya sin piedad mientras su boca se retorció sobre la de esa mujer.

—Me cago en... —Darío comenzó a blasfemar sin saber qué hacer. Porque no hacía más que cagarla a cada minuto que pasaba por no cerrar aquella boca suya...

No. Él no era el culpable. Tal vez Raúl tenía razón acerca de que no debían meter las narices en el asunto, pero nada de eso habría sucedido si Ángel hubiera actuado como un hombre, enfrentando esa verdad que lo perseguía durante tantos años. Y si Raúl tenía razón en algunas cosas, él la tenía en otras, pues esa mujer tan maravillosa no merecía ese sufrimiento, y menos así, sin ni siquiera saber por qué...

Con decisión aunque sin brusquedad, la condujo hacia la puerta del copiloto y, tras abrirla, la hizo entrar en el coche y sentarse. Incluso llorando era guapísima, y en su corazón habitaba esa fuerza arrolladora que la hacía capaz de luchar contra todo y contra todos con tal de salvar ese amor tan inmenso que la unía a Ángel... Aunque el problema residía en que él era su enemigo número uno, el mismo hombre que lo hacía palpar y que

no había dudado en pisotearlo, y en destrozarla a ella.

Nunca... Darío no se había topado jamás en su vida con un sentimiento tan puro e intenso, no conocía más que el lado zaino y traidor de aquello que llamaban amor. Pero aprendió una cosa esa noche, viendo a aquella mujer deshacerse en lágrimas con la cabeza apoyada en la ventanilla y las manos cubriendo un llanto que no podía contener: por un amor así derramaría hasta la última gota de su sangre, con tal de conservarlo para siempre.

Y odió a su amigo por eso...

Tragándose un gruñido de rabia, se acomodó en el asiento del conductor y le quitó como pudo el bolso a Sofía y que aún llevaba colgado, rescatando las llaves del coche y cogiendo de paso el teléfono móvil. Se metió en el menú de los contactos, sabiendo con certeza a quién debía llamar... No tardaron en responderle.

—¿Sofía? ¿Cómo es que...?

—Hola, Vanessa. Soy Darío —le aclaró él con voz seria. Al otro lado de la línea se hizo el silencio durante unos segundos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al fin, percatándose él de que trataba de no aparentar angustiada—. ¿Por qué tienes el teléfono de Sofía?

—Tranquila —quiso calmarla de igual modo—. Estoy con Sofía en su coche y...

—¿Es ella a quien escucho llorar? —inquirió entonces, alzando una octava el tono de voz—. Darío, ¿qué está pasando? —exigió saber.

Él se giró hacia la chica cuyo llanto desconsolado estaba lejos de calmarse. Alargó la mano para volver a reconfortarla, mas se contuvo, sintiéndose impotente.

—¡Darío!

—Las cosas con Ángel no han ido muy bien que digamos —contestó finalmente, resoplando enfadado.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó ella con incredulidad—. Pero si anoche estuvieron... bueno, ya me entiendes... Pensaba que podían solucionarlo...

Durante unos segundos, Darío se sintió tentado a contarle a Vanessa todo lo sucedido, tanto con Ángel la noche anterior en su habitación, como con Sofía ahora... Y sin embargo... ¿y si realmente ya había abierto su boca más de la cuenta?

—Iba a llevarla a su casa —dijo en cambio—. Pero sé que su madre está enferma y no creo que sea prudente que la vea así.

—No —concordó con él—. La llamaré y le diré que se queda a pasar la noche con Ángel —decidió—. Prefiero contarle una mentira piadosa a tener que explicarle lo que en realidad no sé y que no me corresponde hacer. Y avisaré a Diana para que se quede con ella. Vive en el mismo barrio que Sofía.

—De acuerdo, ¿entonces...?

—¿Podrías... traerla a mi casa? —titubeó.

—Por supuesto —repuso con firmeza—. Dame un segundo para que conecte el navegador de mi teléfono móvil y me dices tu dirección.

En cuanto lo programó y éste le indicó la ruta, se dio cuenta de que, en realidad, estaba bastante cerca.

—Estaré allí en cinco minutos —le anunció.

—Estupendo —respondió ella, con un hilo de voz.

—Ahora nos vemos —se despidió antes de colgar, y las palabras murieron en los labios de Vanessa.

La joven se metió el teléfono en el bolsillo de los vaqueros y apoyó el costado contra la pared del comedor, aturdida, pues el llanto de Sofía la había sobrecogido... al

igual que la actitud de Darío.

Sin darse apenas cuenta, se pasó la yema de los dedos por los labios. A pesar de haber pasado todo un día, aún ardían por aquellos besos tan apasionados y que tanto la habían afectado. Aunque le dolió aún más esa actitud suya tan machista, tan humillante... No quería quitarle su parte de culpa, no. Sabía perfectamente que las mujeres lo tenían acostumbrado a eso, pero aquello no justificaba que las tratase a todas, a ella como si fuera una cualquiera.

Recostó la espalda en la pared y alzó la vista al techo, lanzando un suspiro. ¿Por qué se había sentido así? Fue una mezcla entre rabia y desilusión. Joder... ¡Ni que fuera la primera vez que le hacía una mamada a un tío! Y sin embargo, no sabía por qué, pero en su mente, con él, se lo había imaginado de otro modo... Algo un poco más...

El timbre del telefonillo evitó que su mente deambulara por terreno pantanoso. Corrió a abrir y fue entonces cuando reparó en la pinta tan lamentable con la que iba a encontrársela, aunque ya era un poco tarde para solucionarlo... ¿Y por qué habría de hacerlo?

Cuando abrió la puerta, Darío y Sofía acababan de salir del ascensor, y su amiga corrió a echarse en sus brazos, llorando. Vanessa le acarició suavemente la espalda mientras fijaba su mirada en Darío, cuyos ojos parecían querer hablarle, observándola tan profundamente como lo hacían.

—Cariño, ¿por qué no pasas al comedor? —susurró, separando ligeramente a Sofía de su cuerpo. Su amiga sacudió el rostro bañado en lágrimas a modo de afirmación y se adentró en el pasillo.

Ni siquiera se despidió de Darío, quien cerraba la puerta de la entrada tras de sí, pero a él tampoco le molestó, dadas las circunstancias. Luego, volvió a dirigir la vista a Vanessa, quien lo estudiaba recelosa, con los brazos cruzados en pose disconforme, una actitud que, con certeza, no era a causa de Ángel. Darío, sin embargo, irguió los hombros y la postura, con seguridad y dominio de la situación.

—Toma —dijo alargando la mano, ofreciéndole a Vanessa las llaves del coche de Sofía—. Lo he aparcado un par de portales más abajo.

Vanessa asintió con la cabeza un tanto sorprendida y dejó el llavero encima del recibidor.

—Gracias —murmuró. Con ella se había comportado como un completo gilipollas, pero tenía que reconocer que lo que había hecho por Sofía era algo que jamás habría imaginado.

—¿Hay alguna parada de taxis por aquí? —Su voz profunda la devolvió a la realidad, o más bien la confundió porque olvidó por completo la parte del «gilipollas».

Alzó una mano pidiéndole que aguardase un momento y sacó su móvil del bolsillo trasero de sus vaqueros.

—Hola, buenas noches. Necesito un taxi en Archiduque Carlos...

Mientras Vanessa terminaba de dar las indicaciones para que el taxi fuera a recogerlo, él se entretuvo mirándola. Llevaba puesta una camiseta que había conocido tiempos mejores, unos vaqueros desgastados y unas zapatillas de deporte bastante castigadas, pero estaba preciosa. Su cuerpo reaccionó aunque no de la forma esperada, pues en vez de ponerse duro como una roca, un pesado nudo se le cerró en el estómago.

—Estará aquí en cinco minutos —le indicó ella una vez hubo terminado la conversación y volviendo a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Darío asintió varias veces con la cabeza y colocó los brazos en jarras, resoplando

como si algo le molestase.

—Escucha. Sé que Sofia ahora te necesita —alegó con voz firme—, pero tú y yo tenemos una conversación pendiente —agregó apuntando primero hacia ella y luego a sí mismo, con el índice.

Entonces, Vanessa alzó la barbilla y lo miró con cierta suficiencia, cruzándose de brazos.

—¿Es que vas a disculparte? —inquirió, recorriéndolo con los ojos de arriba abajo.

—Además de otras cosas —replicó dando un paso hacia ella, haciéndola estremecer con su voz grave y el poder que emanaba de su magnífico y fornido cuerpo y que ocupaba casi todo el espacio del recibidor. Y esa mirada... Parecía que fuego crepitaba de sus pupilas, rodeado por la oscuridad de esos ojos que la traspasaban. Aunque, de pronto, su mirada oscura se desvió por encima de su hombro, al fondo del pasillo.

Eso hizo que Vanessa se girara, y vio a Alejandro avanzar hacia ella con expresión somnolienta, restregándose los ojos.

—¿Qué le pasa a tía Sofia? —iba diciendo—. Está tirada en el sofá, llorando. ¿Está enferma?

Y tuvo que llegar hasta Vanessa para venir a percatarse de la presencia de Darío. Verlo tuvo un potentísimo «efecto despertador», pues el niño abrió la boca y los ojos como platos. Tiró de la camiseta de su madre y la hizo inclinarse para ponerse a su altura. Sin dejar de mirar a Darío, buscó su oído y comenzó a cuchichear, tapándose la boca con una mano aunque estiró su pequeño dedo índice hacia él. Tras unos segundos, Vanessa comenzó a asentir con la cabeza, y él la imitó con gesto rotundo, irguiéndose ella ante esa señal. Entonces, Alejandro dio un paso al frente y alargó su mano, ofreciéndosela al batería.

—Hola, Darío. Me llamo Alejandro.

El joven no pudo evitar sorprenderse, primero por su presencia y luego por su actitud tan resuelta, pero no dudó en aceptar su mano, estrechándola con firmeza.

—Hola, chaval —lo saludó con amabilidad—. Encantado de conocerte.

El chico sonrió ante su respuesta y volvió a colocarse al lado de su madre.

—Ve a hacerle compañía a tía Sofia que yo enseguida voy —le pidió ella en tono dulce.

Alejandro la miró, asintiendo, pero volvió a girarse hacia Darío.

—Mi canción preferida es «Rosas negras» —le dijo, y Darío no pudo reprimir una carcajada.

—Me lo pones difícil, colega —replicó en tono cómplice. Ese tema tenía una batería muy potente y acababa exhausto cada vez que la tocaban—. También es mi canción favorita —añadió guiñándole el ojo, y Alejandro se despidió con una sonrisa, sintiéndose más que satisfecho.

Vanessa observó a su hijo marcharse, sintiendo cierto orgullo henchirle el pecho, y dibujándosele una sonrisa en los labios que se esfumó cuando volvió a encarar a Darío. Su expresión era insondable. No podía deducir si estaba molesto por lo que acaba de ocurrir o si era curiosidad ese brillo extraño que vio en sus ojos, pero estaba decidida a no andarse con rodeos.

—Alejandro es mi hijo —le soltó de sopetón—. Su padre me abandonó en cuanto le dije que estaba embarazada y nunca más supe de él.

Darío frunció los labios y su mirada se ensombreció, y Vanessa quiso adelantarse y ahorrarle así el esfuerzo.

—Imagino que nuestra conversación pendiente termina aquí, ¿no?

Darío no contestó. Estiró un brazo y le apresó la cintura, tirando de ella para pegarla a él... Y la besó.

Vanessa apenas era capaz de entender lo que había sucedido, sólo era consciente de esa boca que exigía la suya y, aunque su beso era intenso, también era cuidadoso, considerado... dulce. Le pareció tan distinto a los que compartieran en el camerino... En aquella ocasión, sabía que los labios masculinos reaccionaron al más primitivo instinto, al deseo en estado puro, y ahora... su boca parecía adorarla. Era un beso que complacía, que acariciaba, al igual que esa mano que caía suavemente sobre su mejilla.

Y ella tembló, a causa de ese beso y de la rabia, pues llevaba todo un día maldiciéndolo por haberse comportado como un hombre de las cavernas, y ahora permitía que volviera a hacerla estremecer con un solo beso. Sin embargo, no habría podido evitarlo aunque lo hubiera intentado, y no porque su poderoso brazo la aferrase como si quisiera encastrarla a él, sino porque ese beso parecía parte de un hechizo que anulaba su sentido común.

No se vio libre de su embrujo hasta que se quedaron sin aliento y se separaron, y aunque Darío no la soltó, ella se esforzó en recuperar la compostura o aparentarlo al menos, al verse afectada por su cercanía.

—¿Qué estás haciendo? —le reprochó todo lo serio que pudo, y dejando caer los brazos laxos a ambos lados de su cuerpo, evitando tocarlo a toda costa.

—Tratar de demostrarte que no soy el gilipollas que tú crees —replicó, abrumándola con la intensidad de sus palabras y su mirada, que se centraba peligrosamente en sus labios. Y seguramente la habría vuelto a besar si no hubiera sonado el timbre.

—El taxi —supuso ella en un hilo de voz.

Sosteniendo aún su cintura posesivamente con el brazo, alargó el otro hacia el telefonillo para cogerlo y contestar.

—Enseguida bajo —dijo con voz firme, como si no le hubiera afectado en absoluto lo ocurrido, pero sus ojos que se volvieron a centrar en ella decían lo contrario.

Tras colgar, Darío llevó la mano hacia su trasero, haciéndola dar un respingo, aunque Vanessa pronto vino a darse cuenta de que estaba sacándole el teléfono móvil del bolsillo. Comenzó a teclear un número y, a los pocos segundos, una melodía de Aerosmith empezó a sonar en alguna parte.

«¿I don't wanna miss a thing? Amo a este hombre aunque lo negaré de por vida», pensó ella mientras la mano masculina serpenteaba de nuevo hasta su bolsillo para dejar el móvil donde estaba.

—Llámame si necesita... si necesitáis cualquier cosa —le aclaró, tras comprobar que había quedado registrado el teléfono de Vanessa en el suyo—. Nunca le he dado este número a nadie —añadió en tono condescendiente, y ella no supo si se refería simplemente a que confiaba en ella o a que la consideraba diferente al resto de las mujeres...

—Yo tampoco he dado nunca el mío —alegó entonces, un tanto molesta por aquella duda que había hecho mella en su mente en cuestión de un segundo.

—Eso está bien —respondió él, con media sonrisa pícaro.

Vanessa quiso replicar, pero Darío la soltó de repente y su cuerpo acusó violentamente su ausencia. Él abrió la puerta y cuando volvió a mirarla, una atmósfera de gravedad lo envolvía.

—¿Finalmente Diana se quedará con la madre de Sofía? —cambió de tema tan rápidamente que la dejó aturdida, así que, aunque todavía no la había llamado, se limitó a asentir—. ¿A qué hora entráis a trabajar?

Vanessa tragó saliva para volver a poner en marcha su voz.

—Diana a las ocho y Sofía a las nueve —le informó—. Mi jefa no abre la peluquería hasta la diez —detalló su profesión como si así pudiera ahuyentarlo antes de que fuera demasiado tarde... para ella.

—Dile a Diana que iré a las siete y media a buscar algo de ropa para Sofía. Por favor, mándame un *Whatsapp* con su dirección —le pidió, y ella no pudo ocultar su asombro.

—¿Cómo? ¿Vas a...?

—Servicio completo, muñeca —respondió demasiado serio, como si tuviera algo en mente que ella no alcanzó a entender—. Luego, si quieres, podríamos desayunar juntos —añadió saliendo ya al pasillo, aunque ella no pudo contestar porque, justo en ese momento, volvió a sonar el timbre—. Tendré que darle propina —dijo entonces en voz baja—. Hasta mañana —se despidió así, sin más... ni un beso ni una caricia, ni una mísera palabra que le aclarase en qué punto se encontraban, aunque aquellos ojos oscuros la traspasaron por última vez antes de que Darío se metiese en el ascensor.

Vanessa cerró despacio, dejando caer la frente sobre la puerta y respirando profundamente. Tuvo que tomar aire otra vez para calmarse un poco. Su amiga la necesitaba y debía centrar todos sus sentidos en ella. Se sacó el teléfono del bolsillo, buscó el número de Diana y se dirigió al comedor.

capítulo veintiuno



Ángel se enjuagó la boca tras haber vomitado por cuarta vez. Con pasos aletargados y apoyándose en la pared, volvió a derrumbarse en el butacón.

Sabía que no era a causa del whisky. Tras ir al baño la primera vez, se le había vaciado el estómago y también la mente de aquella nebulosa que le produjo el alcohol. Sin embargo, por el retrete no se fueron los recuerdos de lo que había hecho.

Otra arcada le contrajo la garganta al volver a su memoria lo ocurrido, aunque se llevó la mano a la boca y consiguió controlar las náuseas. Sin embargo, las imágenes se seguían sucediendo en su cabeza y no era capaz de dominarlas, de dejarlas fuera y que pararan de torturarlo. Si debían aniquilarlo, que lo hicieran de una buena vez... aunque no, él no merecía una muerte rápida, merecía morir a fuego lento, desangrándose poco a poco y de forma dolorosa, sufriendo el mayor tormento al que se pudiera someter a un hombre. Y ciertamente lo aceptaba, sentía la necesidad imperiosa de cumplir aquella condena pues, de no ser así, ya habría abierto la ventana de esa habitación situada en el quinto piso para arrojarse al vacío y morir reventado contra la acera.

Apoyó el codo en el brazo del butacón y dejó caer la frente sobre la palma de la mano, cerrando los ojos con fuerza y encontrándose nada más hacerlo con el rostro de Sofía. Jamás podría olvidar su cara... era la cara del dolor más profundo, de la tristeza infinita... y las palabras decepción, repulsión, desprecio y rencor quedaban como algo minúsculo comparado con lo que le gritaba su mirada.

Era irónico... ciertamente lo era... Nunca quiso enfrentarla para evitar todo aquel odio cuando lo acusara de la muerte de su hermano y, sin embargo, igualmente había ocurrido lo que llevaba trece años tratando de esquivar... una señal inequívoca, divina o maligna, de que sus destinos iban por separado.

Se llevó una mano al pecho y la apretó en un puño. Un sollozo le vino a la boca que no quiso reprimir, y amargas lágrimas empezaron a caer de nuevo sobre los vaqueros.

¿Algún día podría dejar de llorar?

Dolía... dolía y mucho. Aunque siempre supo que jamás la tendría para él, eso mismo conllevaba que no podía perderla... porque no era suya. Pero, por encima de todo, lo que terminó de sentenciarlo fue que ya no era sólo él quien afirmaba que Sofía y él nunca estarían juntos... era el universo entero, por lo que ya no tenía más remedio que rendirse ante lo evidente.

Se abrazó las costillas adoloridas a causa de los espasmos producidos por los vómitos y, ahora, por aquel llanto en el que le hubiera gustado naufragar, ahogarse y desaparecer. Por no poder tener el amor de Sofía y por ser un malnacido. ¿Cuál era el peor calificativo con el que se podía definir a un hombre? Miserable, rastrero, desgraciado tal y como le dijo Darío... hijo de puta y cabrón como le había dicho ella con aquella preciosa boca que se había ensuciado con esas inmundas palabras por su culpa... esa boca que él

amaría para siempre.

«Ya está, Ángel», se dijo. Ya no existía motivo alguno para darle más vueltas. Cometió la estupidez de dejar aquella historia inconclusa cuando se marchó sin despedirse años atrás y, esa noche, había sido coronada con la más espectacular de las despedidas. Así que debía estar tranquilo, había conseguido lo que siempre deseó...

Entonces, ¿por qué se sentía el hombre más desdichado sobre la faz de la Tierra? ¿Por qué a pesar de su futuro prometedor y su carrera llena de éxitos se sentía perdido, sin rumbo, como si nada de eso tuviera valor alguno? Y pasaría tanto tiempo hasta que su alma volviera a aletargarse, hasta que su corazón se acartonara para dejar de sentir de nuevo...

De pronto, unos golpes en la puerta le hicieron resoplarse de hastío. Seguramente era Raúl de nuevo, o Toni. Habían insistido en entrar cuando lo acompañaron hasta la habitación pero prácticamente los echó a patadas.

—¡Ángel! —resonó el vozarrón de Darío en el pasillo, y su respuesta casi inconsciente fue erguirse y secarse las lágrimas, aunque no se levantó de la butaca.

Mientras decidía qué hacer, escuchó que se le unía Raúl y empezaba a discutir con él. Pero Darío seguía aporreando aquella puerta que habían reparado tan rápidamente los de mantenimiento y que pronto tendrían que arreglar otra vez pues, a ese paso, su amigo iba a reventarla.

Y de pronto... Fue inevitable sentir el mismo pavor que cuando la vio marchar tan alterada... ¿Y si le había pasado algo? ¿Por qué si no estaría llamándolo Darío de modo tan insistente?

Eso fue lo que le impulsó a moverse, pero le dolían demasiado todos los huesos como para hacerlo rápido. Y su compañero seguía despotricando en el pasillo.

—¡No me hagas reventar la puerta otra vez! —Lo oyó gritar cuando ya estaba alcanzando el pomo, y apenas la abrió cuando Darío la empujó con tal ímpetu que lo hizo caer de espaldas.

—¿Qué coño te pasa? —exclamó desde el suelo, viéndolo ir hacia él con el rictus crispado y resoplando como un toro en plena estampida.

Y aunque Raúl entró detrás de él, no pudo impedir que Darío lo enganchara de la camiseta y tirara de ella para ponerlo de pie.

—¿Y qué coño te pasa a ti? —le reprochó a viva voz, hinchándosele las aletas de la nariz a causa de la furia—. ¿Quién mierda te crees que eres? ¿Dios?

Ángel no terminaba de entender a qué venía todo aquello, pero antes de tratar de entenderlo, empujó a su amigo con todas sus fuerzas para quitárselo de encima.

—¿A qué viene esto, Darío?

—No te las des de inocente —espetó, cerrando los puños—. ¿Y me acusas a mí, me criticas por lo que, según tú, yo les hago a las mujeres? —Lo recorrió con una mirada cargada de desprecio—. Yo al menos voy con la verdad por delante, saben a lo que atenerse. En cambio, tú... Qué asco me das... No eres más que un fante... Poco hombre...

—Darío...

—¡Tú, cállate! —le exigió a Raúl que trataba de colocarse entre los dos, apartándolo de en medio con un brazo—. Si a ti te parece bien lo que ha hecho, es tu problema, pero yo me consideraría tan poco hombre como él si no le digo en la cara lo que pienso.

—¿Y a ti que cojones te importa lo que yo haya hecho? —se defendió Ángel, envarándose.

Darío estaba tan estupefacto que se le escapó una carcajada.

—Primero te la follas, le dices que la quieres y luego te morreas con la primera tía que pasa, delante de ella, así, como si nada —le recordó, llenando sus palabras de ironía—. Jamás en mi vida había conocido a alguien tan retorcido como tú. Has reducido a cenizas a una mujer maravillosa y aquí estás, tan tranquilo.

—Dejadlo ya —volvió a intervenir Raúl que se sentía impotente, y temeroso de meter las narices y perderlas en aquel choque de trenes.

No era la primera vez que entre los tres había una discusión. En esos seis años habían tenido tiempo para demasiadas cosas, pero nunca llegaron a las manos. Sin embargo, esa trifulca podía desembocar en algo más gordo, quebrando aquella premisa. Y si bien Darío le ganaba en músculo, Ángel tenía mucha más experiencia en lo que a darse de hostias se refería, pues por su propia boca sabían ambos que nunca le había importado enfrentarse al más pintado aunque le rompieran la crisma en el proceso.

—¿Tranquilo? ¿Crees que estoy tranquilo? —Ángel dio un paso hacia Darío, dolido y furioso, apretando los dientes.

—Pues te veo muy entero en comparación a cómo la he dejado a ella —lo acusó duramente, y las facciones de Ángel reflejaron miedo.

—¿Le ha pasado algo? ¿Está bien? —preguntó con voz temblorosa, y Darío soltó una risotada.

—Flipo contigo, colega... ¿Primero la destrozas y luego te preocupas por ella? Pero sí, deberías estar retorciéndote de dolor... En realidad, lo harás, y suplicarás su perdón por haber cometido el peor error de toda tu vida y haber dejado escapar a una mujer como ésa.

En ese momento, Raúl sacó el teléfono y comenzó a marcar.

—¿Qué haces? —preguntó Darío enfadado al ver que estaba llamando a Toni, aunque su amigo lo ignoró y se apartó un par de pasos para seguir con aquella llamada—. ¡Pues me da igual quien venga! —sentenció—. Ya pueden mandar al séptimo de caballería que yo no me muevo de aquí hasta decirte cuatro verdades.

—¿Qué verdades? —Ángel abrió los brazos, como si le pidiera con ese gesto que se las lanzara todas—. ¿Qué mierda sabrás tú de mí?

—Pues por lo pronto que no eres más que un niño, un gilipollas inseguro, y lleno de miedos que jamás has sabido enfrentar —escupió con desprecio—. Te regodeas en tu mierda cuando no es más que un reflejo de ti mismo y de tu incapacidad para aceptar que siempre te creíste un don nadie; ni éxito ni fama, no hay nada en este mundo que te haga lo suficientemente bueno para ella.

—¡Claro que lo sé! —gritó, golpeándose en el pecho—. Siempre he sabido que merece alguien mejor que yo.

—¡Eso es mentira! —respondió Darío, elevando también el tono—. Sofia es de esas mujeres que nos dan alas, que nos vuelven fuertes, casi invencibles, que nos hacen sentir que somos capaces de todo. —Apretó un puño, alzándolo—. Pero una mujer como ésa a ti te viene grande porque eres débil, no tienes coraje para enfrentar la vida con entereza, levantando la frente, como un hombre. Y te excusas en la muerte de Juancar para ocultar lo que realmente eres.

—¡Será mejor que te calles! —le advirtió Ángel, cortándosele la voz a causa de la rabia, con la cara enrojecida y los músculos del cuello tensos como el arco de un violín.

Justo en ese instante, Toni llegó a la habitación. Cerró la puerta despacio y se acercó con cautela, observando la escena. Raúl se reunía con él y, mientras, Darío y Ángel permanecían clavados en mitad de aquella habitación en la que se palpaba la tensión.

Parecían dos fieras retándose, estudiándose para saltar una encima de la otra en cualquier momento. Ángel tenía los puños apretados frente a él, la vena del cuello palpitaba crispada, y los molares le iban a reventar a causa de la presión de sus mandíbulas. Darío parecía más calmado, pero era esa calma que precede a la más devastadora de las tempestades. De hecho, se giró un instante hacia ellos, y les advirtió con mirada fulminante que permanecieran al margen.

—Tú todo lo alegras con el silencio, sin hablar, sin despedirte, sin decir la verdad —se mofó, y Ángel bufó furioso, aunque Darío ni se inmutó—. Y sin escucharla... —continuó—. Temías que Sofía te llamase asesino... —Lo miró haciendo una mueca burlona, y Ángel dio un paso hacia él con mirada amenazante, aunque su amigo prosiguió, sin amedrentarse—, y eres tan inútil que no te has parado a pensar que Sofía ha tenido decenas de oportunidades de escupírtelo en tu estúpida cara durante estas semanas y no lo ha hecho. Porque esa verdad de la que tú huyes, ni siquiera existe...

—¿Qué estás diciendo? —preguntó alterado, tanto que se le sacudió todo el cuerpo, y Raúl y Toni dieron un paso hasta ellos, temiéndose lo peor.

Sin embargo, Darío hinchó el pecho, mirando a su amigo con suficiencia y desdén.

—Mejor te diré lo que ella me ha dicho a mí —dijo en tono chulesco—. A pesar de que su hermano estaba muerto, allí, tirado en la carretera, Sofía estaba tan feliz de que tú estuvieras vivo que hasta se sintió culpable.

—¡Mientes! —gritó Ángel de pronto, con el rostro desencajado y ojos de loco.

—A ver si te atreves a ir y a preguntárselo —replicó con gesto burlón.

—¡Mientes! —insistía, nervioso, frenético, tanto que hasta le golpeó el pecho con las manos, dándole un empujón—. ¡No puedes saber eso!

—¿Crees que vengo de dar una vuelta? —espetó indignado—. Vengo de hablar con ella...

—¿Qué le has dicho? —Volvió a empujarlo, aunque Darío ni se estremeció, de hecho, lo ignoró.

—Estaba tan afectada que se habría matado por ahí si la hubiera dejado coger el coche —continuó, haciendo oídos sordos a los gruñidos de su amigo—. No era capaz de calmarla, me ha costado un mundo consolarla.

—¡Que qué le has dicho! —repitió empujándolo más fuerte—. Y consolarla... ¿Cómo? ¿Qué has hecho?

—Sólo he sido para ella el hombre que tú nunca fuiste —sentenció, y el rugido que rasgó la garganta de Ángel le dio la señal de que venía lo que tanto esperaba desde que salió del club, lo que deseaba, esa mínima excusa para romperle la cara.

El puño de Ángel se estampó en su pómulo y, aunque le hizo tambalearse, alcanzó a devolverle el puñetazo, golpeándole de lleno en la barbilla.

—¡Chicos! ¡Parad! —les ordenaron tanto Raúl como Toni que corrieron hacia ellos para intentar separarlos.

Tuvieron que forcejear con aquellas dos bestias en que se habían convertido esos dos hombres y Toni temió tener que llamar a seguridad para que tomara cartas en el asunto.

—¡Dejadlo de una vez, joder! —les exigió, tironeando del brazo del batería—. Darío, coño, sois amigos, actuad los dos con sensatez.

Finalmente, consiguieron separarlos, pero antes de apartarse el uno del otro, Ángel le hizo una brecha en la ceja a Darío, y él, a cambio, le rompió el labio.

—¡Basta ya! —Raúl alargó los brazos, posicionándose entre ellos—. ¡Parecéis dos críos! Tú, por meterte donde no te llaman —Se giró hacia Darío por cuya ceja brotaba la

sangre—, y tú, por gilipollas. —Crucificó a Ángel con la mirada, quien se limpiaba con los nudillos el reguero que le caía por la comisura de la boca.

—Raúl...

—No, Toni —lo cortó haciendo un gesto brusco con las manos—. Este problema acaba aquí y ahora.

Miró a sus amigos cuya respiración aún estaba agitada, aunque no apreció rencor en sus ojos por los golpes recibidos, sino más bien pesar por los dados.

—Puede que Darío se haya extralimitado al meterse en tus asuntos —Alargó una mano un momento hacia el batería conteniendo su intención de replicar—, pero servirá para que aceptes la verdad de una santa vez, y de la que hemos tratado de convencerte todos estos años.

—¿Qué...?

—A Sofía jamás se le pasó por la cabeza culparte ni de la muerte de su hermano ni de nada, ¿te enteras? —le gritó Darío—. Si aquel día no hubieras sido un jodido cobarde y, en vez de salir huyendo, hubieras ido a hablar con ella, ahora serías el hombre más feliz de la Tierra —espetó—. Y si no lo aceptas, ya es tu jodido problema.

—Pues no lo acepto —masculló entre dientes, y Darío miró hacia el suelo negando con la cabeza, y riendo por lo bajo.

Era mejor dejarlo por imposible, porque un labio partido no iba a borrar de golpe y porrazo lo que ese hombre había estado creyendo durante toda su vida, lo que le habían obligado a creer.

—Eres mucho mejor persona de lo que piensas —le dijo, colocando los brazos en jarras, mirándolo condescendiente, y Ángel palideció—. ¿Vienes al botiquín a que te miren ese labio? —Alzó el dedo, señalándolo.

Raúl miró unos instantes a Toni, atónito. Por un instante creyó que esa amistad de tantos años se iba al garete, pero para Darío todo seguía como si nada hubiera sucedido y Ángel volvía a encerrarse en su consabida concha, como de costumbre...

Y entonces... ¿toda esa violencia gratuita?

Un viejo resquemor trató de abrirse paso desde lo más profundo de su corazón hasta la superficie pero, con una rápida maniobra, volvió a confinarlo en la oscuridad a la que pertenecía.

—¿Vienes o no? —decidió preguntarle a Ángel con, tal vez, demasiada brusquedad, aunque a su amigo no pareció afectarle, ya que se limitó a negar yendo hacia el butacón y a derrumbarse en él—. Pues vamos nosotros a que te miren esa ceja —le ordenó a Darío—. A ver si tus fans ya no te van a encontrar tan atractivo —trató de bromear mientras iba hacia la puerta, viendo por el rabillo del ojo que Toni caminaba hacia Ángel.

—Tal vez sea todo lo contrario y me dé más pinta de malote —dijo Darío con guasa, uniéndosele, y Raúl no pudo evitar reírse. A pesar de lo sucedido, todo seguía igual.

El hotel contaba con un servicio de enfermería en el que siempre había alguien de guardia, y un par de puntos arreglaron aquel desaguisado, o no todo, pues iba a tener la cara hinchada durante algunos días a causa de los mamporros, así que iban a recetarle algunos antiinflamatorios.

Mientras tanto, Darío le narró a Raúl lo sucedido con Sofía, su conversación y que había terminado llevándola a casa de Vanessa.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó de pronto su amigo, sorprendiéndolo.

—¿Qué va a pasar? —Lo miró extrañado desde la camilla en la que aún estaba sentado a la espera de que le trajesen la receta.

—Te ha cambiado la cara cuando la has nombrado —respondió en tono suspicaz.  
—La cara me va a cambiar mucho en estos días hasta volver a su estado natural —se cachondeó, aunque ese nudo que se negaba a desaparecer le apretaba aún más el estómago.

En ese instante, como si la hubiera llamado con la mente, su móvil sonó. Apretó los labios para reprimir una sonrisa de gozo y cogió el teléfono, aunque el tono alegre se esfumó de su voz cuando supo quién hablaba al otro lado de la línea.

Con expresión circunspecta, bajó de la camilla y se dirigió al exterior del gabinete, haciéndole un gesto a Raúl para que esperara allí.

Tardó lo suficiente como para que únicamente estuviera él cuando volvió el médico con la receta y unas cuantas pastillas para que Darío pudiera tomárselas hasta que fuese a la farmacia, y como Raúl ya no tenía razón alguna para permanecer allí, salió.

Darío ya no estaba hablando por teléfono. Tenía la espalda apoyada en la pared y la cabeza y los hombros caídos. Levantó un instante el rostro hacia él conforme se acercaba y pudo apreciar tal dolor en su mirada que lo sobrecogió.

—Darío...

—Tengo que volver a casa —le dijo con tono sombrío.

—¿A Madrid? —Frunció el ceño sin comprender.

—No, a casa... a Pontevedra.

—¿Qué...?

—Amigo, necesito que me hagas un favor...



Raúl bostezó de nuevo y los ojos se le llenaron de lágrimas que se secó rápidamente para no perder de vista la carretera. Apenas había pegado ojo en toda la noche... Primero la pelea entre sus amigos, y, luego, lo de Darío... Y obviamente no había podido decirle que no cuando le pidió que fuera a casa de Sofía a por su ropa.

¿Quién lo mandaba hacerse el caballero andante? Sobre todo cuando no podría cumplir su palabra y lo había pringado a él. Y lo peor de todo era que iba a tener que ver de nuevo a Diana y no le hacía ni pizca de gracia.

Lo confundía, jamás lo habría aceptado cuando Darío lo dijo estando en el camerino la noche del *unplugged*, pero le resultaba imposible no sentir esa curiosidad, disfrazada de algo más que nunca diría en voz alta, y que ella le inspiraba con sus respuestas fuera de lugar, su actitud inestable cual veleta y ese rencor profundo que asomaba de vez en cuando a esos grandes ojos.

Se restregó los suyos con los dedos y se dijo que estaba más cansado de lo que creía. Por suerte o por desgracia, Darío estaba a punto de coger un avión, así que se acabaron las heroicidades. Y estando las cosas conforme estaban, o ya no estaban, entre Sofía y Ángel, dudaba seriamente volver a verla algún día.

Siguiendo las indicaciones del navegador de su teléfono, llegó al portal del edificio donde vivía Sofía y no le costó mucho encontrar sitio para aparcar, tras lo que le mandó un mensaje a Diana para que bajara.

Llevaba puesto un chándal, calzaba deportivas y tenía el pelo recogido en una pequeña coleta... y sus grandes ojos lo escudriñaron contrariados al encontrarlo apoyado

contra el coche, esperándola.

—Creí que vendría Darío. —Fueron sus buenos, o más bien enfurruñados días.

—Ha surgido un imprevisto y va camino de Pontevedra, de su casa —añadió al ver extrañeza en la mueca de su boca.

Luego, ella encogió sus hombros y su actitud pasó a ser la de alguien indiferente, como si le trajera sin cuidado ese imprevisto, así que Raúl agradeció no haber hablado de más y contarle el motivo del viaje de su amigo.

—Bueno, imagino que es la última vez que nos vemos, ¿no? —preguntó ella, y él sintió un repentino e incomprensible acceso de rabia al no poder discernir si había alivio o decepción en su voz y sus palabras.

—Eso parece —se limitó a asentir.

—Pues, entonces...

Como siempre con ella, no fue capaz de adivinar su próximo paso. De pronto Diana estaba tendiéndole la mano y, al segundo siguiente, alzaba el rostro como si esperara que le diera dos besos para despedirse... Y qué mejilla iba a ofrecerle primero, ¿la derecha o la izquierda...? Finalmente ninguna porque aquel beso torpe y titubeante fue a parar al centro, en plena boca.

Ella se apartó como si sus labios la hubieran quemado, cubriéndoselos con la mano. Y Raúl escuchó un *click* en su pecho que echó a andar una maquinaria que no se había puesto en funcionamiento jamás. ¿Acaso no estaba dañada de modo irreparable?

—Yo... —comenzó ella a balbucear, sonrojada a causa del bochorno, o... ¿del beso, tal vez...?—. Yo tengo que irme a trabajar —dijo finalmente.

—Sí, sí... —Raúl sacudió la cabeza como si acabara de despertar de un trance, y recibió el bolso que ella le ofrecía con la ropa de Sofía.

La vio colgarse una mochila en los hombros todavía aturdido, sin saber muy bien qué decir... ¿Debería pedirle perdón? Aunque, qué sentido tenía pedir perdón por algo que ciertamente no lamentaba... Porque eso era lo que menos sentido tenía de todo... Ese efímero segundo, ese fugaz contacto seguía presente en sus labios.

—Bueno, me voy —volvió ella a decir, titubeante, pasándose un mechón que había escapado de la coleta por detrás de la oreja—. Adiós —dijo ahora con decisión, echando a andar.

—Nos vemos —respondió él cuando ella pasaba por su lado, girándose para verla marchar.

Ella se volteó un instante, parecía que iba a replicar, pero se mordió el labio y volvió a despedirse con la mano.

Él, sin embargo, se negó de nuevo a decirle adiós.



Eran las ocho menos cuarto de la mañana cuando Vanessa recibió el mensaje. Con el corazón latiendo a mil por hora lo abrió, deteniéndose casi al instante.

«Me marcho a Galicia, es una emergencia. Te llamaré cuando vuelva».

Un nudo le cerró la garganta. Era una estúpida, como siempre. Las cosas funcionaban así y no iban a cambiar por mucho que ella lo soñase.

Borró el mensaje, y luego se fue al menú de los contactos obedeciendo su impulso

de borrar también su número de teléfono. Aunque, ciertamente, era absurdo... ya se lo sabía de memoria.

*capítulo veintidos*

Sin apenas poder abrir los ojos, Ángel alargó la mano hasta la mesita de noche para coger el móvil y ver la hora... Las ocho de la mañana...

Resoplando, apartó la colcha y se levantó, consciente de que esa noche en vela le pasaría factura. Se puso la camiseta que había dejado encima de la cama y fue hacia el mueble donde tenía el tabaco. Hizo una mueca de asco a causa de su olor al ponerse la boquilla en los labios, y ese simple movimiento hizo que una punzada de dolor le atravesara la cara, cayéndose el cigarro al suelo. Con pereza, lo recogió del suelo, lo aplastó con la mano echándolo al cenicero, tras lo que se fue hacia el baño.

Casi se espanta al ver su aspecto tan deplorable. Ojeroso, demacrado y con la cara molida; moratones aquí y allá y ese corte en el labio que terminaba de armonizar la composición «deconstruida» de su rostro. Sonrió amplia y dolorosamente mientras se palpaba la barbilla.

—Ese Darío tiene un buen rechazazo...

Escuchó de pronto una voz masculina que provenía del cuarto y, conteniendo el aliento a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad, asomó la cabeza y miró en dirección a la puerta, como si alguien hubiera podido entrar sin que se hubiera dado cuenta.

—Nos hubiera venido bien en nuestros tiempos mozos...

La voz no resonaba en la puerta, sino desde el otro lado, en la ventana. Giró el rostro en esa dirección y dio un respingo al ver a un tipo sentado en la butaca que estaba situada en ese rincón. Tendría más o menos su edad, pelo oscuro, un poco largo, pero bien cuidado, y sus facciones le resultaban familiares. A pesar de estar repantigado contra el respaldo y con los brazos cruzados, apreció que llevaba puesta una camiseta del grupo, por lo que supuso que debía ser un seguidor, y bastante grillado como para haber entrado allí sin permiso.

—¿Quién te ha dejado entrar en mi habitación? —exclamó molesto, apretando los puños.

—Si quieres hacerte el chulito, más valdría que te pusieras los pantalones porque, así, no hay quien te respete... perrito.

Ángel se tensó, sintiendo que se le secaba la boca... Sólo una persona se había atrevido a llamarlo así... Bueno, en realidad dos. El primero fue un gilipollas de una pandilla rival que decía que era el «perrito de Juancar» porque siempre iban juntos, pero le rompió la boca de un puñetazo y jamás osó volver a decírselo, al menos no a la cara, así que Juancar adoptó aquel insulto como propio para soltárselo cuando quería hacerlo cabrear...

De pronto, aquel tipo se levantó de la butaca y caminó hacia la cama, con paso confiado y actitud arrogante. Con los sentidos alerta, lo vio coger sus vaqueros y, con una sonrisa presuntuosa, fue hasta él, ofreciéndole la prenda.

No supo por qué pero aceptó su indicación, tal vez porque tampoco se sentía cómodo estando delante de aquel desconocido en camiseta y calzoncillos, pero cuando alzó la vista tras subirse la cremallera, se topó con la mirada de aquel tío, fija en la suya.

—¿Tanto he cambiado en estos años que no me reconoces?

Ángel tragó saliva y dio un paso atrás... y luego otro... y otro... Su espalda impactó contra la pared, aunque él ni siquiera pestañeó. Su vista seguía ligada al brillo travieso de esos ojos que reconocería entre un millón... y esa sonrisa chulesca de su boca...

Cerró los ojos con fuerza; aquello no era más que una mala pasada de su subconsciente. Estaba tan entumecido por el dolor que su mente estaba acusando aquel sufrimiento enviándole alucinaciones, y ésa, en concreto, era demasiado real.

—Tal vez quieras mojarte un poco la cara, o pellizcarte en un brazo...

Demasiado real... y burlona.

—¿Quién coño eres tú? —preguntó apretando los dientes. Sentía un sudor frío bañando su cuerpo—. ¿Y cómo narices has entrado?

La alucinación no sólo le tomaba el pelo sino que se descojonaba de él en su cara.

—Sabes perfectamente quién soy... y la segunda pregunta no te la respondo porque le quita la gracia al asunto.

Ángel negaba con la cabeza. No podía ser... seguramente era un fanático que lo había estado investigando con no sabía qué intención, porque lo que su mente le decía era imposible...

—Al final tuviste razón —soltó aquel tipo de pronto, mostrándose serio por primera vez—. Se dieron cuenta de que era un cruce de mierda y pusieron una rotonda.

Lágrimas comenzaron a escocer en los ojos de Ángel, y tuvo que reprimir un gemido que inundaba todo su pecho...

No podía ser... ¡No podía ser! Aquello tenía que ser un sueño, o peor, se estaba volviendo loco, pues no había otra explicación lógica para lo que estaba sucediendo. Aquellas palabras... Aquellas palabras fueron las últimas que Juancar y él compartieron antes de que él...

—Me alegra ver que lo conseguiste —continuó hablando aquel hombre en tono calmado—. Raúl ciertamente me pone de los nervios, pero me gusta porque tiene dos dedos de frente. Y, sí, Darío me cae de puta madre, y más después de haberte dejado la cara como un mapa.

De la garganta de Ángel escapó una dolorosa exhalación, y tuvo que dejar arrastrar la espalda por la pared para desplomarse contra el suelo ya que las piernas le fallaron.

—Hola, amigo mío.

—Juancar... —estalló su voz en un sollozo, y aquel hombre sonrió.

—Mira que te ha costado... —rió mirándolo desde arriba.

—Esto no puede ser... —balbuceaba.

—¡Claro que no puede ser! —exclamó de pronto, sobresaltando a Ángel—. Con lo bien que estaba yo allí arriba... Pero si no fueras tan gilipollas...

Ángel comenzó a hipar a causa del llanto.

—¿Qué...?

—¿Y si dejas de llorar como una nenaza y nos sentamos? —se mofó de él, y Ángel comenzó a sacudir la cabeza, secándose los regueros de lágrimas y tratando de controlar los sollozos.

Entonces, Juancar le alargó la mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Acaso puedes...? —Señaló su mano confuso.

—Así que comenzamos con las preguntas —se regodeó—. Eso es señal de que empiezas a creer. Claro que puedo tocarte, así que, agárrate.

Como si de un monigote se hubiera tratado, tiró de él sin apenas esfuerzo y lo ayudó a ponerse de pie. Luego, señaló la cama, y Ángel asintió a pesar de su recelo, tras lo que se sentaron, girando ligeramente sus cuerpos para quedar uno frente a otro.

Ángel aún no terminaba de creérselo. Estaba seguro de que pronto despertaría, quedando aquello en un simple sueño. Y, aun así, no podía dejar de mirarlo, reconociendo segundo a segundo todos sus rasgos, incluso las marcas, las cicatrices que le dejó alguna que otra pelea cuando eran unos chavales, cuando él estaba...

—Te queda bien la barba —murmuró, estudiándolo él también—. ¿Hubieras preferido que mi aspecto fuera el de entonces? —le preguntó con divertida curiosidad—. He supuesto que me tomarías más en serio si me presentaba ante ti como un igual.

—¿Es que puedes...?

—¿Cambiar de forma? —Sonrió con suficiencia—. Mi madre prefiere verme como cuando me fui. Siempre seré su niño.

—¿Te le apareces a tu madre? —inquirió estupefacto, y su amigo se echó a reír.

—Y a Sofía también, pero no pasan de ser sueños. —De pronto, su expresión se tornó seria—. Éste es un caso especial y me han concedido ciertas libertades.

—¿Libertades? —demandó suspicaz, y la respuesta de Juancar fue estamparle un puñetazo en plena cara.

—¡Eres un capullo, Ángel!

Su primera reacción fue alzar su propio puño, pero Juancar le levantó un dedo como una advertencia.

—Ni se te ocurra pegarle a un ángel o te mandarán derechito al infierno —se burló, y Ángel desistió mientras se palpaba el pómulo maltrecho.

—No, si tendrás alas y todo —masculló por lo bajo, y su amigo se inclinó sobre él como si fuera a contarle un secreto.

—Si te portas bien, te las enseño —se cachondeó, así que Ángel lo empujó, haciendo que se irguiera—. En serio, tío... ¿cómo puedes ser tan subnormal de apartarte así de Sofía?

—No me jodas, Juancar —espetó furioso—. Tú mejor que nadie...

—¡Sí, capullo! —alzó la voz—. Yo mejor que nadie sé que tú no tuviste la culpa de lo que pasó. ¡Fue un puto accidente! Y tú te salvaste de milagro, Ángel.

—¿Por qué? —inquirió, sintiendo que esta vez se le llenaban los ojos de lágrimas pero a causa de la rabia.

—Porque tenía que ser así —respondió Juancar con una rotundidad demasiado forzada.

—No me vengas con gilipolleces —ironizó su amigo—. ¿Bajas de tu jodida nube para soltarme una chorrada como ésa?

—¡Es que tenía que ser así! —insistió—. Tú tenías que marcharte, teníais que luchar por separado, cada uno por vuestro lado para lograr ser lo que sois ahora —le dijo con expresión sombría—. Y también tenías que volver... verla otra vez... Pero esa mierda de pesadilla que te hizo recular no estaba prevista —le confesó.

—¿Qué me estás queriendo decir? —masculló con incredulidad y un deje de repugnancia—. ¿Tenías que morir tú para que...?

—Pues soy afortunado, ¿sabes? —exclamó, molesto—. O lo era hasta que lo jodiste todo, porque yo estoy muy bien donde estoy, y sabía que la felicidad de mi hermana y la

tranquilidad de mi madre estaban muy próximas... ¡Hasta que tú decidiste cagarla!

—¡Yo no he decidido nada! —Agitó las manos con ansiedad, removiéndose en la cama.

—¿Alguien te puso una pistola en la sien para que te enrollaras con esa tipa, so cerdo? —le reprochó duramente, y Ángel lo agarró de la camiseta.

Una risotada resonó en la habitación.

—Eso es... Reacciona de una puta vez. —Juancar apretó los dientes—. ¿O es que quieres malgastar tu vida y verla pasar, cruzado de brazos? Porque es demasiado corta, Ángel. Estás vivo y, de repente, al segundo siguiente, estás muerto.

Su amigo lo soltó, rehuyléndole la mirada y apretando los puños en su regazo.

—Después de todo lo que has conseguido, no puedes seguir pensado que eres un bueno para nada —sentenció Juancar, haciendo que Ángel levantara el rostro hacia él con ojos disconformes—. Si te dieras una vuelta por el Barrio del Cristo sin esas gafas de sol, te asombraría el orgullo con el que te mirarían. Porque gente como tú es lo que necesitan para demostrarse a sí mismos y al mundo entero que ya no es aquel barrio marginal al que se referían como «Barrio de aquí no paso», aquel caldo de cultivo de delincuentes y drogadictos. Ahora es un barrio de gente trabajadora, que le pone ganas y empeño para salir adelante. Tenías razón, Ángel...

Puso una mano sobre su hombro, apretándola en un gesto paternal, y vio un leve brillo de esperanza en los ojos bicolor de su querido amigo.

—Vivir rodeado de esa mierda no significaba tener que hundirse en ella... Tú saliste a flote, te has labrado un futuro, una carrera brillante, imparable, y viniendo de abajo. No mereces más que admiración.

Ángel bajó de nuevo la mirada, pero Juancar le sacudió el brazo, obligándole a mirarlo.

—Él jamás se portó como un padre contigo —le dijo, sabiendo que echaba sal en esa herida que había cicatrizado en falso y que siempre dolería—. No era más que un infeliz que descargó toda su frustración en quien tenía más a mano. No eres un asesino, Ángel —aseveró, y su amigo cerró los ojos, como si así pudiera dejar de escucharlo, aunque Juancar no tenía intención de callarse—. Ni me mataste a mí, ni mataste a tu madre.

De pronto, Ángel abrió los ojos, y Juancar adivinó lo que significaba aquel destello en su mirada y reprimió una sonrisa.

—No puedo responder ciertas preguntas, así que mejor no digas nada —le advirtió con tono serio, aunque pronto dio rienda suelta a aquella sonrisa—. Pero, como te conozco tan bien, sé que te gustaría saber que ella está en paz, y convencida de que harás lo correcto.

—¿Y él...?

Juancar hizo una mueca, cerrando los ojos un segundo y alzando una mano a modo de recordatorio, y Ángel no prosiguió.

—No está arriba con nosotros —le dijo, y luego se guiñó el ojo, aligerando la tensión del momento—. Y si te alegras sólo un poquito, no será pecado.

Ángel no pudo evitarlo y comenzó a reír, y Juancar lo imitó, palmeando su brazo.

—Vas a volver con mi hermana, ¿verdad?

—Después de lo que le he hecho... —Ángel se mesó la barba con nerviosismo, negando con la cabeza—. Ni siquiera sabría cómo enfrentarla.

—Pues con un par de cojones, y con el corazón en la mano, chaval —se mofó—. Porque la has cagado pero bien. Aunque... ¡eres Jano! —Extendió los brazos ampliamente

un instante—. Un músico de puta madre y por el que se pelean las tías, así que no creo que te falten recursos.

—A tu hermana no le interesa el músico —replicó abatido, con los hombros caídos.

—En eso, como en muchas otras cosas, te equivocas —le aseguró haciéndose el interesante—. Ella ama tu música simplemente porque es tuya. Y siempre te quiso por lo que eres, de pies a cabeza, incluso tu lado macarra... Aunque, ahora que lo pienso...

De pronto, se cruzó de brazos, llevándose un dedo índice a los labios, dando golpecitos y escrutándolo con la mirada, y Ángel sintió que el corazón se le quedaba en suspenso.

—No termina de hacerle gracia que fumes —declaró entonces, con sonrisa burlona.

—Vete a la mierda —resopló, llevándose una mano al pecho.

—Venga ya —se carcajeó Juancar—. Tú mismo me lo dijiste esa noche. Lo que Sofía y tú tenáis, yo no lo habría conseguido ni en un millón de años, y es la pura verdad.

—¿Tú...?

Ángel no sabía si estaba volviendo a romper la regla de las preguntas inadecuadas, así que señaló varias veces hacia el techo con el dedo.

—No es exactamente igual —le respondió su amigo, comprendiendo—, pero me siento pleno.

El suspiro que liberó de su pecho le dio a entender a Ángel que así era, y una sonrisa genuina se dibujó en sus labios al saber de la felicidad de Juancar, allá donde estuviera.

De pronto, lo vio girar levemente el rostro, como si estuviera prestando atención a algo que Ángel no percibía.

—Sabes que tengo que marcharme ya, ¿no?

Y el corazón de Ángel comenzó a martillar en su pecho mostrando su desacuerdo.

—Lo sé —tuvo que reconocer—, pero... ¿necesitas algo?

Los ojos de Juancar se abrieron como platos.

—¿No creerás que soy uno de esos espíritus errantes que se niegan a abandonar la Tierra hasta que no cumplan con su cometido?

Y aquel temblor en la comisura de sus labios le hizo comprender a Ángel que se estaba cachondeando de él, así que le golpeó en el hombro.

—Y ahora no es pecado porque lo tienes bien merecido —le advirtió, y Juancar rió con ganas.

—Bueno, ya que lo nombras, el nombre de Juan Carlos para mi primer sobrino estaría genial —le dijo, frunciendo los labios con gesto pícaro, y Ángel sintió mariposas revolotear en su estómago ante la idea de tener un hijo con Sofía—. ¿Y me has visto cara de folclórica? —espetó su amigo de repente, sobresaltándolo—. Claveles reventones... ¿En serio? ¿No había otra cosa que comprarle a la señora Encarna? —inquirió, haciéndose el indignado, y Ángel se rascó la nuca con aire de culpabilidad.

—Es que los crisantemos son de muerto...

La carcajada que soltó Juancar se debió escuchar en recepción y, aunque Ángel en un principio también rió, su expresión no tardó en tornarse sombría.

—¿Te volveré a ver...?

De súbito, aquella amplia sonrisa se esfumó de los labios de Juancar, curvándose con pesar, y una bruma de tristeza se instaló en sus ojos de los que rodaron repentinamente un par de gruesas lágrimas por sus mejillas y que cayeron sobre la sábana.

Juancar echó la cabeza hacia atrás, pestañeando con rapidez, para no dejar escapar

ninguna más. Luego, volvió a bajar el rostro, y lo que sí no pudo reprimir fueron las ganas de abrazar a su amigo del alma una vez más.

Se fundieron en aquel abrazo que, tal vez sólo duraría unos segundos, pero que sería eterno en sus corazones.

—Lo bueno es que sabrás que son algo más que sueños... —Ángel le escuchó decir, y él asintió con la cabeza varias veces, mientras ahogaba un sollozo con el que se negaba a empañar esa despedida—. Seguro que puedo traer a la señora Rosa alguna vez, aunque sea de extranjos.

Y Ángel rió, con tristeza, pero rió.

—Estaría bien —susurró cuando ya se separaban.

Juancar se quedó observándolo durante algunos segundos, como si estuviera memorizando su rostro, y una sonrisa se dibujó en el suyo.

—Prefiero las margaritas —murmuró entonces, y Ángel asintió sonriente—. Hasta pronto, perrito...

A Ángel se le escapó una risotada. Juancar nunca cambiaría, ni aun siendo un ángel.

—Hasta pronto —le respondió mientras su amigo se ponía de pie y caminaba hacia el centro de la habitación—. ¡Juancar! —exclamó de repente.

—Dime —le dijo en tono travieso, girándose completamente hacia él.

—¿Me las enseñarías? —le pidió con sonrisa pícaro, y quien rió ahora fue Juancar, aunque se mantuvo un momento en silencio, como si estuviera sopesando la idea.

—Si me prometes que no le contarás nada de todo esto a nadie.

—¿Y qué me encierren por loco? —espetó con falso malestar, aunque luego levantó la mano derecha en gesto solemne—. Palabra de macarra.

Juancar volvió a reírse, pero le hizo un guiño a Ángel, preguntándole en silencio si estaba preparado, a lo que él asintió.

De pronto, desde la espalda de su amigo se desplegaron un par de alas de gran envergadura, y recubiertas de largas plumas, blancas y brillantes, tan majestuosas que dejaron a Ángel sin respiración.

—¿A que molan? —Juancar le sonrió con esa chulería suya que lo caracterizaba.

—Molan —admitió él con una sonrisa de sinceridad.

—Ahora, deberías cerrar los ojos —le indicó mientras extendía los brazos, dándole a entender que el momento de irse había llegado.

—Ni de coña —replicó en tono desafiante, y Juancar se rió.

—Como tú quieras...

En ese mismo instante, el pecho de su amigo comenzó a emanar una luz radiante y cegadora, que invadía toda la habitación. Ángel trató de mantener los ojos abiertos, pero llegó un momento en el que tuvo que cerrarlos por miedo a que aquel resplandor le abrasase las retinas...

Tal y como imaginaba, Juancar había desaparecido cuando los volvió a abrir, y cierto resquemor se instaló en su corazón. No dudaba de lo que allí había ocurrido, pero sí temía pestañear y, al abrir de nuevo los ojos, darse cuenta de que todo había sido un sueño.

Se giró hacia el lugar donde estuvo sentado su amigo y trató de grabarse en la memoria todo lo que le había dicho, lo que había hecho, sus gestos. Y, de repente, su vista se centró en un destello que resplandecía levemente sobre la sábana.

Se inclinó, alargando la mano y lo que vio hizo que el corazón le diera un vuelco. Eran un par de brillantes en forma de lágrima, pero de un azul muy pálido, como las aguamarinas, y de un tallado perfecto. De hecho, dudaba que ningún maestro joyero

pudiera realizar un trabajo tan delicado y magnífico, sólo una mano divina sería capaz de crear algo así.

Ángel sonrió con regocijo y los ojos llenos de lágrimas, aunque no de tristeza, de felicidad... Se podía llorar de felicidad... Y tal vez lo sabía, pero lo había olvidado por completo... hasta entonces.

Tomando con manos temblorosas y sumo cuidado aquellas piedras preciosas, se fue hacia el mueble, depositándolas sobre su superficie. Cogió el paquete de tabaco y, sin vacilar, vació completamente su contenido en la papelera, tras lo que dejó caer en su interior aquellas dos lágrimas. Luego fue hacia el baño y guardó el paquetito en un bolsillo con cremallera de su neceser.

Su vista voló sin proponérselo hacia el espejo. Su cara seguía teniendo mal aspecto, aunque las ojeras habían desaparecido, y aquellos colores tan extraños de sus ojos lucían distintos, más llenos de luz... de esperanza.

De nuevo en la habitación, se quitó los vaqueros y la camiseta y se tiró en la cama, dispuesto a dormir aunque fuera un par de horas. Tal vez serían pocas, pero descansaría mejor que en toda su vida.

En cuanto cerró los ojos, los de su amigo se colaron por su mente para hacerle un guiño travieso y cederle el paso, inmediatamente después, al rostro de Sofía.

Tan solo unas horas antes, se preguntaba cuál sería el rumbo que debía seguir, y, en ese instante, supo cuál era el sentido de su vida, su propósito: luchar por conseguir su perdón.

No le importaba cuánto le costase, no tenía nada mejor que hacer, y pelearía por enmendar su error mientras viviese.

Tomó aire profundamente y, por primera vez en su vida, se sintió lleno de paz. Y con una sonrisa en los labios, se durmió.

*capítulo veintitres*



Finalmente durmió más de la cuenta y se saltó el desayuno. Ni Raúl ni Toni quisieron molestarlo tras lo sucedido la noche pasada en su habitación. De hecho, se sorprendieron mucho al verlo de tan buen talante cuando se reunió con ellos en el restaurante del hotel.

—¿Qué tal, chavales? —los saludó con una sonrisa que dejó a ambos hombres con la boca abierta, viéndolo sentarse a la mesa con ellos.

—¿Quién eres tú, y qué has hecho con Ángel? —se cachondeó Toni.

—Pues sí, podéis despediros del Ángel que conocíais. —Les guiñó el ojo con sonrisa traviesa—. Tomaré lo mismo que ellos —se dirigió entonces al camarero que se había acercado hasta él para tomar nota de lo que quería para comer.

—¿Los puñetazos de Darío te han mostrado el camino del Nirvana? —se mofó Raúl con incredulidad.

—Pues algo de divino hay, no te creas —dijo más para él que para sus amigos—. Por cierto, ¿dónde está? —preguntó, tornándose ahora su expresión seria. Tal vez se encontraba mal por los golpes, o se había enfadado irremediabilmente con él. . .

—Se ha ido a Pontevedra. Su hermana lo llamó anoche —repuso Raúl igual de serio que él y, Ángel no supo qué le sorprendía más, que se hubiera marchado a casa, o esa llamada telefónica.

Guardó silencio unos segundos, hasta que el camarero le dejó el primer plato, y luego se inclinó ligeramente hacia su amigo, con declarado interés.

—Después de tantos años. . . —Negó lentamente con la cabeza—. Tiene que ser algo serio.

—Es su abuela —le confirmó, y Ángel se irguió haciendo con una mueca de pesar.

La señora Carmen era la típica abuela «matriarca» que hacía las veces de pilar maestro en la familia, como si sus brazos se extendieran como lazos para mantenerla unida. Y sabía lo importante que era en la vida de Darío, ya no sólo por su papel de abuela, sino porque fue la única que lo apoyó cuando decidió ir a Santiago de Compostela a estudiar, y cuando. . .

Ángel no se lo pensó dos veces. Cogió el teléfono y lo llamó.

—¿Qué pasa, chaval? —le contestó su amigo cuando descolgó. Su tono era afable, como siempre, lo que alivió a Ángel, aunque no se le escapó ese tizne de tristeza.

—Espera, que activo el altavoz —decidió, para que, así, los tres pudieran seguir la conversación—. Acabo de enterarme de que te has ido a casa. ¿Qué le ha pasado? —preguntó sin andarse con rodeos.

—El corazón —le dijo con voz plana.

—Joder. . . Darío. . .

—Tranquilo —lo calmó, aunque se notaba que él estaba lejos de hacerlo—. Está en

la U.V.I. pero saldrá de ésta. En cuanto esté mejor, volveré. Ya lo hablé con Toni, y los del estudio...

Ángel chasqueó la lengua con impaciencia, y Toni sacudió las manos... Como si eso importara ahora.

—Pero ¿tú cómo estás? —quiso saber con urgencia palpable.

—Pues deseando pirarme de aquí... —Resopló con hastío—. En cuanto abra los ojos y me diga que va a seguir dando guerra, me largo.

Ángel vio cómo Raúl apretaba los labios y negaba con la cabeza.

—Si necesitas algo...

—Nada, no te preocupes —repuso, tratando de aparentar normalidad—. ¿Y tú, qué tal? —preguntó entreviéndose cierta extrañeza en su tono.

—De puta madre —se regodeó, escapándosele una sonrisa. Sin embargo, se sintió culpable al instante al ver que su amigo lo estaba pasando mal—. Esta tarde voy a ir a hablar con Sofía.

—¿Perdona?

—¿Qué...?

Sus amigos no eran capaces de ponerse de acuerdo en sus exclamaciones, aunque su asombro sí era igual en los tres.

—Raúl... —lo llamó Darío—, ¿qué mierda se ha fumado éste?

Ángel no pudo evitarlo y se echó a reír.

—Pues yo diría que nada —le siguió Raúl la broma—. Es más bien algo así como una reencarnación en vida.

—¿Es que eso existe? —preguntó su amigo con diversión.

—Ni idea —respondió, sonriendo también—, pero aquí tenemos un claro ejemplo digno de estudio.

—Menos cachondeo, anda... —Ángel se hizo el molesto.

—Para nada —Darío trató de controlarse—. Espero que te vaya bien esta tarde.

—Y tú, avísanos de cualquier novedad, ¿vale? —le pidió él en cambio.

Tras despedirse de su compañero, se apresuró en comer. No quería que se le hiciera tarde.

Fue al local de alquiler de coches y, aquella Honda Shadow volvió a guiñarle el ojo como la vez anterior. Era verdad que era un nuevo Ángel, un hombre que ya no se conformaba con los pasos de hormiga, así que dio su primer paso de gigante en años.

La sensación que lo invadió al subirse en aquella belleza de metal y cuero resultó agrisado, aunque no amarga. Ni su corazón ni su alma iban a sanar de un momento a otro, pero aquella paz seguía sin abandonarlo y eso le dio el último empujón para arrancar aquella moto y salir a la carretera.

Ciertamente había olvidado la libertad que siempre sintió subido en su Vespino hecha de piezas de desguace, y aunque fue inevitable que su mente viajase hasta aquella trágica noche, centró sus emociones en la nostalgia. Le faltaban los muslos de Sofía contra sus caderas y sus brazos rodeando su cintura.

Sabía que no lo perdonaría, al menos, no esa tarde, ni la siguiente... La conocía demasiado bien como para subestimarla. Había ido a buscarlo una y otra vez desde que volvió... Nunca, desde que se conocían, le importó hacerlo con tal de obtener lo que quería, lo que, en realidad, querían los dos. Sin embargo, había superado el límite que marcaba su dignidad, y él, para terminar de rematar el asunto, la había humillado de la peor forma posible.

Y ella se lo haría pagar. No sabía cómo, pero lo haría.

Centró de nuevo su atención en la carretera. La Avenida del Cid acababa de transformarse en la A-3. Un escalofrío lo recorrió por entero. Estuvo tentado de dejar pasar aquel desvío y coger el siguiente, pero, si quería enfrentar a Sofía como el hombre que ella quería, debía dejar atrás todos sus miedos, tragárselos, y convencerse de que era capaz de hacerlo.

Puso el intermitente a la derecha y entró en la vía de servicio. Contuvo el aliento unos instantes y disminuyó la velocidad hasta llegar a una curva que se transformaba poco a poco en un puente para cruzar al otro lado de la A-3, justo hacia el polígono del Barrio del Cristo.

Las fábricas seguían igual... Aquella puerta metálica seguía siendo la misma aunque acusaba el paso del tiempo. Y una sonrisa nerviosa se instaló en sus labios al toparse de frente contra aquella rotonda.

«No si el capullo tenía razón y todo», pensó al sobrepasarla, y todos sus músculos se tensaron cuando, al superar una segunda rotonda, entró en aquella carretera.

La habían arreglado. El pavimento estaba en perfecto estado y habían añadido un carril bici al margen derecho, aquel en el que apareció él, sobre los matorrales, mientras que el cuerpo de Juancar quedaba extendido e inerte sobre la calzada. La congoja que se apoderó de su corazón hizo que le temblaran las manos, soltando ligeramente el puño de manillar, por lo que la moto bajó el ritmo. Pero fue sólo un instante, sólo unos segundos los que necesitó para reaccionar y volver a acelerar.

Metió la mano por debajo de la visera del casco y se secó con rapidez un par de lágrimas peregrinas. Aquel lugar marcaba el fin de la vida de Juancar, pero también el inicio de la suya, de un nuevo rumbo, de un destino que le hizo ir a la deriva por no sentirse con derecho a manejar el timón. Sin embargo, lo peor no era que casi se hundiera en el proceso, sino que arrastró a Sofía con él en su naufragio. Y aunque Juancar le hubiera asegurado que era una especie de «complot divino», el precio estaba siendo demasiado alto.

Superando el punto de no retorno, Ángel notó su corazón sosegarse y un ligero y suave regusto a triunfo en la boca. Tal vez era pequeño, pero debía ser el primero de muchos. Antes de llegar a la gasolinera, entró en su campo de visión el barrio de La Pedrota, y su corazón volvió a martillar dolorosamente contra su pecho al ser consciente de que no era empresa fácil enfrentar a Sofía.

Era irónico... Años huyendo de su juicio y su condena cuando nunca fue tal, y ahora, iba derecho al patíbulo, siendo consciente de que su pecado era muy real.

Dejó la moto frente al portal de Sofía que estaba abierto, y subió de varias zancadas los escalones hasta el segundo piso. Se plantó frente a la puerta de su casa, se recompuso el cuello de la cazadora de cuero y se aclaró la garganta antes de llamar.

Le abrió una mujer entrada en años que no conocía y que lo miró con cara de pocos amigos, hasta el punto de que le costó reaccionar y acordarse de que Sofía tenía a alguien contratado para que cuidase de su madre.

—Buenas tardes —la saludó educadamente—. Quisiera ver a la señora Merche.

—¿Quién es? —Se escuchó de pronto una voz desde el interior del piso.

Ángel estiró el cuello para observar por encima de la mujer y, al fondo del pasillo, vio cómo avanzaba hacia él, en silla de ruedas, esa mujer que siempre lo vio como algo más que un gamberro. Se le cayó el alma al suelo...

—Ángel... —murmuró ella a media voz, visiblemente emocionada y sorprendida.

Apartó una mano de la mantita que le tapaba las piernas y la alargó, temblorosa,

llamándolo con ese gesto y con los ojos llenos de lágrimas, y él se abrió paso, apartando a aquella mujer con toda la delicadeza de la que fue capaz, hasta llegar a ella en un par de zancadas.

Se arrodilló frente a ella, y Merche abrió los brazos, inclinándose hacia él. Ángel nunca supo a qué sabía el abrazo de una madre, pero los de Merche siempre fueron dulces, cariñosos y reconfortantes.

—Ya iba siendo hora de que volvieras a casa —susurró contra su pelo.

—Lo siento mucho —respondió él apretando los párpados.

No quería llorar, no quería que pensase que le daba lástima verla en esa silla de ruedas pues, lo que sentía, en realidad, era rabia.

—Yo ya soy vieja. —La escuchó decir, haciéndose eco de sus pensamientos—. Vosotros sois los que debéis encauzar vuestra vida.

Le cogió el rostro y lo apartó para observarlo con detenimiento durante unos instantes y, de vez en cuando, se le curvaba la comisura de los labios en una sonrisa de reconocimiento.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó con un deje de diversión en los ojos.

—Ya sabe lo cabezota que soy a veces —bromeó mientras ella le echaba un vistazo al labio—. Pero, por eso mismo, soy un cabeza dura, así que no se preocupe.

Ella, sin embargo, le hizo un mohín de desacuerdo.

—Anda, pasemos al comedor —le propuso, y alzó un momento la vista hacia la puerta.

—Yo voy un momento a mi casa y vuelvo enseguida —decidió la señora Estela, agradeciéndole Merche con un gesto su intención de dejarlos solos.

Ángel se puso en pie y se colocó tras la silla para empujarla y guiarla hasta el comedor. La casa seguía teniendo el mismo aspecto. Los mismos cuadros de paisajes valencianos colgados en las paredes del pasillo, el embellecedor del pomo de la puerta de la cocina al que le faltaba un trozo... aquel aroma a hogar... Era como si se hubiera detenido el tiempo.

Fue inevitable que volvieran a él los recuerdos, todas las tardes que pasó en esa casa huyendo de la suya, yendo a ver a Juancar y, como quien no quería la cosa, probar suerte y tratar de verla a ella. Siempre la quiso, a pesar de ser un crío y no saber lo que eso significaba, sentía que algo lo unía a ella, que los volvía cercanos pero no como lo son los parientes, algo diferente que se fue convirtiendo en un amor de adolescencia que jamás se extinguió.

Merche giró el rostro y alzó la mirada hacia él, devolviendo a Ángel a la realidad. Cuando pasaron al comedor, comprobó que también tenía el mismo aspecto, con aquellas cortinas blancas con grandes ramos de flores azules, y la mesa redonda en mitad de la estancia con aquel tapete de ganchillo. Sólo cambiaba la televisión que era más moderna que antaño y vio algunas fotos de Sofía de adulta. Y una de Juancar dominaba la estancia, la misma que estaba en su lápida, pero más grande.

Merche le indicó con la mano el lugar donde debía colocar la silla y aprovechó para apagar la televisión con el mando a distancia cuando él acomodó una silla para colocarse cerca de ella.

De pronto, mientras se sentaba, la vista de Ángel fue a parar a una revista situada encima de la mesa y se le encogió el corazón. Era una de esas publicaciones llenas de cotilleos y, en plena portada, con rótulo en fosforescente, había una foto suya besándose con la modelo rubia...

Joder...

«¿El nuevo amor de Jano?»

Debería haberlo pensado... ¡El club estaba lleno de fotografías! De eso se trataban ese tipo de fiestas... Y les faltó tiempo para montar una historia a costa de su inconsciencia.

—Señora Merche...

—Anoche no se quedó contigo, ¿verdad? —preguntó, sometiéndolo a su escrutinio.

—Tengo entendido que se quedó en casa de Vanessa —le confesó, rehuyéndole la mirada.

—Mi Sofía no es buena para mentir —le cortó con cierto reproche en su voz—.

Puede que me haga la tonta, pero también supe que Diana me ocultaba algo cuando vino a quedarse conmigo. Y esta mañana, cuando Estela me ha traído la revista y he visto esto...

—Podría decirle que no es lo que parece —lamentó él—, pero es mucho peor.

—¿Es verdad que estás con esa chica? —inquirió ceñuda, señalando con fastidio la foto.

—No, no —negó él con rapidez, agitando las manos.

—Entonces, Sofía te vio, ¿no? —supuso, frunciendo los labios y, cuando él asintió, ella dejó escapar un suspiro de pesar—. Mira, yo nunca he querido meterme...

—Lo sé —asintió con rotundidad—. No... no he venido aquí por eso —admitió, y su mirada se ensombreció—. Yo... quisiera pedirle perdón —dijo, cortándosele la voz.

—¿Y qué te tendría que perdonar yo? —preguntó sin ocultar su sorpresa, hasta que la mirada de Ángel le habló por sí sola—. Tú no tuviste la culpa de lo que pasó aquella noche.

Ángel cerró los ojos un instante, pero era tal el peso de aquel sentimiento... Apoyó los codos en la mesa y apretó las manos en un puño sobre el que descansó la frente.

—No me digas que eso es lo que te ha tenido tanto tiempo alejado de nosotras —murmuró, posando una mano sobre su brazo.

Él no dijo nada, sólo afirmó con la cabeza porque los labios le temblaban, y contrajo el rostro con la esperanza de no dejar escapar aquellas lágrimas.

—Jamás se te debería haber pasado algo así por la cabeza —continuó ella con su tono suave—. Era como tu hermano y, conociéndote, hubieras preferido mil veces ser tú, ¿verdad?

No pudo reprimirse por más tiempo y un sollozo se abrió paso a través de su garganta mientras asentía una y otra vez.

—Pero no fuiste tú —lo consoló ella, acariciándole el cabello con ternura—. Dios sabe por qué hace las cosas. Me quitó a mi niño, pero tengo la esperanza de que mi hija pueda ser feliz.

—Yo... yo la quiero tanto —le confesó entre lágrimas, y tapándose la cara por la vergüenza de haberla hecho sufrir tan injustamente, y durante tantos años.

—Le has hecho creer demasiado tiempo que no —le recordó ella muy a su pesar.

—Puede que sea tarde, pero debo intentarlo —decidió, pasándose las manos por el rostro para secar los regueros húmedos—. Ella me esperó durante trece años, yo puedo esperar lo que me queda de vida para que me perdone.

Merche le pasó el pulgar por la mejilla, terminando de enjugarle una lágrima mientras le sonreía con cariño y benevolencia.

De pronto, un teléfono sonó, sorprendiendo a ambos, y ella alargó la mano para coger el inalámbrico que estaba en una mesita auxiliar.

—¿Sí? Dime, hija...

Ángel se irguió y la miró con atención, negando con la cabeza para que no le dijera que estaba allí.

—¿Y tienes que esperar a la grúa? —continuó diciendo y, ahora, él se tensó, por lo que Merche agitó una mano para que se calmara—. No te preocupes, avísame cuando vayas a venir.

—¿Qué ha pasado? —preguntó alterado en cuanto colgó el teléfono.

—Nada —replicó, quitándole importancia—. El coche no le arranca, así que está esperando al de la grúa.

—Está en la guardería —supuso él, a lo que ella asintió—. ¿Se sabe la dirección?

Ángel miró la hora cuando volvía a entrar en la Avenida del Cid. La grúa, a esas horas de la tarde, podría tardar bastante, y él tenía la ventaja de que podía esquivar el tráfico al ir en moto. Giró en la Avenida de las Tres Cruces y enseguida entró en Archiduque Carlos.

No sabía con certeza dónde estaba la guardería, así que, en el primer semáforo que se puso en rojo, pidió indicaciones al coche que se detuvo a su lado, y sólo un par de calles más allá giró, entrando en la calle.

Le gustaba el barrio, no había grandes manzanas ni edificios muy altos, como en el centro de la ciudad, por lo que le daba un toque más acogedor.

Disminuía la velocidad para no pasarse la guardería, cuando se percató de que una grúa iba por delante de él. Su primera reacción fue acelerar, tal vez Sofía necesitaba ayuda con el papeleo.

Sin embargo, tuvo que parar a un par de coches de distancia al sentir que una pesada piedra le hundía el estómago.

Sofía estaba acompañada por un hombre joven, con actitud muy amistosa, demasiado, y que, vestido con aquel traje hecho a medida, no tenía pinta ninguna de ser el conductor de la grúa.

## capítulo veinticuatro



Decir que estaba teniendo un día de perros era quedarse muy corto. Como era lógico, no había pegado ojo en toda la noche, por lo que sabía de antemano que empezaría con mal pie.

Después, al pasar por el quiosco antes de entrar en la guardería, se topó de lleno con las portadas de varias revistas del corazón con la foto en primera plana de «Jano» dándose el lote con la rubia... así que, el interrogatorio de Marina fue ineludible.

Decidió contarle todo lo ocurrido a la hora de comer, así que se le removió el estómago y no fue capaz de tomar bocado.

Y para más inri, no le arrancaba el coche... cuando lo que más deseaba era llegar a su casa, meterse en la cama y dormirse con la esperanza de que todo fuera un sueño.

Volvió a girar la llave en el contacto, pero sólo se escuchó un gemido lastimero por parte de su coche, que seguía sin intenciones de arrancar.

—¡Venga ya! —exclamó golpeando el volante con las palmas de las manos.

Iba a tener que llamar a la grúa... Sólo esperaba que la reparación no le costase un ojo de la cara.

Resoplando, salió del coche y cerró la puerta de malas maneras y, justo en ese instante, Marina iba hacia ella, acompañada de su hijo Javier.

Tenía un par de años más que Sofía. De pelo castaño bastante corto y ojos color miel, trabajaba en una gestoría, por lo que la corbata siempre formaba parte de su atuendo. Aquella tarde, como hacía una vez a la semana, se había acercado para hacerse cargo del papeleo de la guardería. La empresa ciertamente no era muy grande y, en un par de ratos perdidos en su casa, podía revisarlos y llevarlos al día.

Sofía siempre pensó que era guapo, pero constantemente rechazó sus indirectas, y sus directas, y nunca quiso salir con él, ni como amigos, tal y como él decía.

No era que en aquellos años en los que Ángel estuvo fuera ella le guardó fidelidad absoluta... bueno, lo hizo durante una temporada, hasta que se convirtió en Jano y comenzó a ver sus fotos en las portadas, en la misma actitud que en la revista que seguía colgada en la puerta del quiosco. Así que «intentó» salir con otros hombres, primero por la rabia y los celos, y luego porque tenía derecho a rehacer su vida, hasta que se dio cuenta de que se engañaba a sí misma al igual que a ellos, pues siempre acababa buscando algo de él en esos hombres... un gesto, una caricia, un guiño que le recordase a Ángel.

Así que decidió dejar de «intentarlo». No quería creer que no encontraría a alguien para ella que la hiciera feliz, simplemente quedaría a la espera de que llegase ese hombre que le arrancase definitivamente a Ángel de la cabeza y el corazón... aunque, por desgracia, nunca sintió que Javier pudiera ser ese hombre.

—¿Qué te sucede? —preguntó con preocupación e interés cuando la vio sacar los

papeles del coche de la guantera.

—No quiere arrancar —repuso dando un portazo—. Perdonad, es que...

—A nadie le haría gracia, mujer —la excusó Marina, quien sabía perfectamente por lo que estaba pasando—. ¿Vas a llamar a la grúa?

Ella asintió y marcó el número de la compañía de seguros, y se apartó unos pasos de Marina y Javier que decidieron esperar. Tras decirle dónde se encontraba, llamó a su madre para tranquilizarla.

—¿Ya vienen para acá? —quiso saber Javier.

—Sí, aunque a saber cuánto tardan —respondió, apoyándose en el coche y cruzando los brazos mientras resoplaba con hastío.

—Yo... —dudó Marina—, bueno, yo me quedaría, pero sabes que tengo cita con el médico.

—No, no. —Sofía se enderezó dando un respingo—. Vosotros marchaos —les pidió a ambos—. Ya he avisado a mi madre, así que no os preocupéis.

—Yo me quedo —decidió Javier con tono rotundo. Sofía iba a protestar, aunque él no tenía intención de ceder—. No es bueno que te quedes aquí sola.

—Entonces, yo me voy o llegaré tarde —les dijo Marina, poniéndose de puntillas para besar a su hijo en la mejilla—. Espero que no sea una avería muy seria.

—Ni muy cara —rogó ella, alzando la vista al cielo—. Nos vemos mañana.

Marina se alejó despidiéndose de ellos con la mano, y nada más la hubieron perdido de vista, Sofía comenzó a sentirse incómoda. Tratando de alejarse un poco de Javier, se apoyó de nuevo en el coche.

—En serio, no tienes por qué quedarte —volvió a probar suerte—. La grúa puede tardar horas.

—No exageres —exclamó él soltando una carcajada—. Cualquiera diría que quieres que me vaya —añadió con media sonrisa en los labios y las manos en los bolsillos del pantalón, con cierto aire presuntuoso.

—No... no es eso —titubeó ella, avergonzada al disimular tan mal.

—¿Temes que te vuelva a pedir por enésima vez que me des una cita? —preguntó, yendo directo al grano, y para hacer la situación más incómoda todavía, se colocó a su lado, apoyándose también en el coche.

—Mira, Javier —empezó a decir ella, intentando ser lo más considerada posible—, me caes muy bien, y no quisiera que hubiera ningún malentendido entre nosotros porque eres el hijo de mi jefa, pero, las mismas veces que me has pedido una cita, te he respondido que no funcionaría.

—Sí, y nunca me has dicho por qué —objetó él con voz calma y segura, como si supiera que iba a convencerla—. ¿Hay otro hombre?

A Sofía la pilló por sorpresa y apartó la vista. No era el mejor día para tocar ese tema...

—No es que quiera meterme en tu vida —dijo él a modo de disculpa, creyendo que la había ofendido—. Pero no insistiría tanto si no me interesaras de verdad, así que me gustaría saber el motivo si tengo que dejar de intentarlo.

Sofía suspiró sin saber qué responder. Tal vez su corazón sí lo ocupaba otro hombre, pero, en realidad, ese hombre ya no existía.

—¿Es que un «no me interesa» no es suficiente? —inquirió frunciendo el entrecejo con disgusto.

Y, aunque Javier quiso replicar, la llegada de la grúa dio la conversación por

finalizada.

Observó que se paraba varios metros más allá, así que Sofía se separó del coche y caminó unos pasos a la espera de que el conductor de la grúa bajase. Y como por arte de magia, una moto se abrió paso entre ambos vehículos y se subió a la acera, deteniéndose justo al lado de ella.

Sofía estaba atónita por la repentina aparición de aquel individuo y por su maniobra tan brusca, y estaba a punto de reprimirlo cuando el tipo se quitó el casco. Las palabras murieron en su boca y todos sus esfuerzos se centraron en mantener sus piernas firmes, pues todos sus músculos y huesos parecían haberse convertido en gelatina.

«Ángel...»

—Hola, pequeña —la saludó él con ambas manos apoyadas sobre el casco y su mejor sonrisa.

Y Sofía sintió un acceso de rabia que le dejaba un regusto amargo en la boca. Se fijó en las magulladuras de su cara, pero estaba demasiado cabreada como para pararse a pensar en eso.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de malas maneras y en tono elevado, llamando la atención de Javier, quien estaba hablando con el de la grúa.

—¿Sucedo algo? —quiso saber, caminando hacia ellos, y estudiando abiertamente a Ángel y con gran recelo—. ¿Lo conoces?

—Sí. Éste es Jano —le dijo rápidamente Sofía, y a Ángel le rechinó en los oídos que lo llamase así... Primer golpe bajo—. Es el cantante de...

—Sé quien es —la cortó Javier, alargándole una mano a Ángel, de modo educado a la vez que desconfiado.

—Él es Javier, el hijo de mi jefa —añadió ella, queriendo llamar la atención de Ángel cuyos ojos comenzaban a chisporrotear, y no de alegría precisamente—. ¿Qué haces aquí? —le repitió—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

El tono incisivo de sus palabras hizo que la atención de Ángel volviese a Sofía, soltando de golpe la mano de aquel hombre que le provocaba unos repentinos deseos de estrangularlo.

—Tengo mis recursos —le respondió él con suficiencia.

—Has ido a ver a mi madre —Sofía no preguntó, lo afirmó, aunque él ignoró su mirada condenatoria.

—¿Qué le pasa a tu coche? —preguntó entonces, bajándose de la moto, y yendo hacia el automóvil.

El conductor de la grúa se dirigía a la puerta con la intención de probarlo, pero Ángel se le adelantó para ser él quien tomara asiento... y Sofía no podía creer lo que estaba sucediendo.

Trató de arrancarlo un par de veces mientras le ponía atención al sonido del vehículo. Luego, salió y abrió el capó delantero.

—Es la batería —indicó con rapidez el conductor de la grúa, quien temía quedar como un novato ante la soltura de aquel chaval.

—Eso parece, jefe —respondió él, haciendo hincapié en esa última palabra—. No tendrá un téster en la cabina, ¿verdad?

Un poco más conforme, el hombre asintió con la cabeza y fue a buscarlo.

—¿Pero qué narices hace? —murmuró Javier con cierto disgusto.

—No lo sé —admitió ella—, pero tranquilo que él sí lo sabe.

—Vaya —exclamó de pronto el de la grúa, mientras Ángel le mostraba el resultado

del potenciómetro—. La batería está para cambiar así que no puedo arrancárselo con las pinzas —le informó entonces a Sofía.

La cara del señor era un poema, pero a Sofía aquella noticia le supo a gloria pues la avería era menos seria de lo que pensaba.

—Puedo llevar el coche al taller que usted quiera —añadió el hombre.

—En Aldaia hay una Peugeot —repuso ella con alivio—. Yo le puedo ir indicando el camino...

—Lo siento señorita, pero no puedo llevarla en la cabina, a no ser que el trayecto sea mayor a quince kilómetros, y Aldaia está como mucho a diez —le explicó él mientras se subía a la grúa para empezar la maniobra—. La compañía de seguros no me lo permite.

—¿Cómo? —inquirió indignada—. ¿Y cómo se supone que debo volver a mi casa?

—Yo te llevo —decidió Ángel, mientras se frotaba las palmas de las manos para quitarse el polvo, caminando hacia ella.

—¿Estás de coña? —exclamó ella alterada—. Mira, no sé a qué coño ha venido este numerito de caballero andante aunque te lo podías haber ahorrado. Las cosas quedaron muy claras entre nosotros anoche, ¡así que ya te puedes ir largando!

Ángel se colocó frente a ella y alargó su mano tratando de coger la suya, pero Sofía la apartó como si su piel hubiera sido un hierro candente. Él frunció los labios y resopló, sin más remedio que aceptar su desplante.

—Sofía, tenemos que hablar —le pidió con voz suave, intentando que no hablara por él la impaciencia y las ganas de romperle la cara a aquel tipo que acababa de colocarse al lado de Sofía con actitud protectora—. ¿Te importa? —se dirigió ahora a él con tono seco—. Es una conversación privada.

—Ni yo tengo nada que hablar contigo, ni Javier tiene por qué irse —se le encaró ella.

—Mira, Sofía, sé que anoche me porté como un capullo, pero si me dejas explicarte...

—¡Me importa una mierda lo que tengas que decirme! —explotó ella—. Tus palabras se las lleva el viento, no tienen ningún valor para mí. En cambio, no habrá nada que pueda borrar lo que vi y lo que sentí anoche. No quiero volver a saber nada más de ti, ¿te enteras?

Sin embargo, Ángel no tenía intención ninguna de dar su brazo a torcer a la primera de cambio, así que avanzó otro paso, rehuyéndole ella en respuesta.

—Sofía...

—¡No te vuelvas a acercar a mí! ¿Es que necesitas que te lo deje más claro? —le gritó enfurecida, y esa misma furia la hizo girarse hacia Javier, le cogió la cara entre las manos y lo besó.

Se sintió sucia en cuanto sus labios se pusieron en contacto con los suyos, y los apretó para que sus pieles se tocasen lo mínimo posible, cerrando los ojos con fuerza mientras contaba los segundos... Iban tres... ¿serían suficientes? Pero fue al sentir los dedos de Javier que se aventuraban hasta su cintura cuando cortó abruptamente ese beso y se separó de él.

Se giró hacia Ángel, que había enrojecido de la rabia y tenía las manos apretadas en sendos puños, y lo miró con infinita frialdad.

—Ya te puedes largar —sentenció, recordándole el modo en que él la despachó a ella.

Alzó la barbilla y abrió aún más los párpados para sostenerle aquella mirada de ojos

bicolor que ardían; uno de furia y el otro de tristeza, a partes iguales... sentimientos encontrados y difíciles de conciliar, pero que sí podían coexistir en él y lanzarse sobre ella con demasiada facilidad, sin importar cuánto pudieran confundirla...

Esta vez no.

Sentía un nudo en la garganta, aunque se prohibió llorar, y aunque se arrepentía de haber besado a Javier cuya mirada notaba sobre ella, no iba a echarse atrás. Hubo un tiempo en el que creyó que podría perdonarle a Ángel cualquier cosa y, sin embargo, su pantomima con la modelo tenía el sabor de la más amarga traición, y su dignidad fue a parar al sucio suelo de aquella discoteca. ¿Después de haberlo querido toda la vida era eso lo que merecía, era ése el valor que le daba él a su amor?

En ese momento, el hombre de la grúa se acercó con un portafolio en la mano, rompiendo la escena de modo inconsciente.

—Señorita, ¿me firma la documentación? —le pidió alargándole un bolígrafo, ajeno a lo que sucedía.

Sofía tragó saliva y se obligó a desviar la vista de Ángel, cuya mandíbula parecía temblar de lo tenso que estaba, para prestarle atención al hombre que le alargaba los papeles.

—¿Sabe dónde tiene que llevarlo? —preguntó, tratando de parecer serena aunque su cabeza estuviese en plena batalla campal con su corazón.

—Sí, tranquila —respondió él con amabilidad—. Bastará con que los llame para avisarles de que voy para allá. Yo me marcho ya.

—Estupendo. —Sonrió ella, como pudo, tras devolverle los papeles. Luego se giró hacia Javier, dándole la espalda a Ángel de forma premeditada—. ¿Podrías hacerme el favor de llevarme a casa?

Decir que el joven estaba desconcertado era un eufemismo pero, al menos, no estaba enfadado con ella, que era lo que había esperar tras haberlo besado después de la charla que estaban manteniendo hasta que llegara la grúa.

—Sí, claro —dijo finalmente con voz queda.

Sin embargo, Javier no se movía y miraba alternativamente a uno y otro, como si estuviese esperando a que saliese el cartelito «fin» en aquel drama romántico. Hasta que Sofía se alejó un paso de Ángel, y otro más, sin ni siquiera girarse a mirarlo, y Javier obtuvo así el final esperado.

A ella le costó un mundo hacerlo. En esa ocasión, la cabeza había ganado la batalla, aunque, por desgracia, el corazón daría guerra durante mucho tiempo: no podía dejar de querer al hombre que había amado toda su vida de un día para otro.

Por suerte, Javier no dijo nada durante todo el trayecto, y ella, tras llamar a los del taller, no apartó la vista de la ventanilla por miedo a toparse con la suya. Aunque sabía que tendría que hacerlo... No merecía que ella lo hubiera utilizado de esa manera.

—¿En qué zona vives? —le preguntó él de pronto con tono monótono.

—Vivo en aquellos edificios, pero la primera calle es dirección prohibida —le indicó ella y asintiendo él con la cabeza al comprender, y al cabo de un par de giros, ella le señaló su portal—. Aquí es donde vivo.

Javier aparcó el coche y apagó el motor, y Sofía supo que debía enfrentar la situación que ella misma había provocado.

—Yo... lo siento mucho, Javier —comenzó a decirle—. Pensarás que soy una débil mental al decirte primero que no quería nada contigo y, de golpe y porrazo, besarte cinco minutos después.

—No creo que eso pueda considerarse un beso —replicó él, manteniendo la mirada hacia al frente a través del parabrisas, molesto—. Y si ese tipo se lo ha tragado es que es un imbécil.

—No importa si se lo traga o no —objetó ella—. El caso es que yo no tenía derecho a mezclarte en esto.

—Pues yo casi que te lo agradezco...

Los ojos de Sofía se abrieron como platos, y así los encontró Javier cuando se giró hacia ella.

—No sé qué habrá entre ese cantante y tú —continuó—, pero, por lo que he visto, es de las típicas historias que no terminan nunca.

—Te equivocas —sentenció, esforzándose para que no se le cortase la voz—. Entre él y yo no hay nada.

—La que te equivocas eres tú —replicó con una sonrisa de suficiencia—, y me darías la razón si te hubieras mirado en un espejo cuando lo observabas embobada mientras estaba revisando tu coche.

Sofía había abierto la boca con intención de protestar, aunque se quedó sin palabras al escuchar las suyas, sintiendo que enrojecía profundamente. Porque tenía razón... Porque, por un instante, le pareció ver a aquel Ángel que rozaba los dieciocho años, inclinado sobre el motor de un coche en el taller de su padre.

—Admiración, devoción y amor... Puede que no haya nada entre vosotros, pero, a ese tal Jano es al único hombre que podrías mirar de ese modo —concluyó Javier con un deje de resignación en sus ojos—. Y, al parecer, él también lo sabe —añadió, señalando hacia adelante.

Instintivamente, Sofía siguió el movimiento de su dedo, y se percató de qué era lo que había llamado la atención de Javier cuando llegaron: la moto de Ángel estaba aparcada a un par de coches de distancia.

Y ahí estaba su corazón, latiendo con fuerza y anunciando así la próxima batalla.

—Será mejor que me vaya —decidió Javier con una sonrisa que a Sofía, sorprendentemente, le pareció genuina—. La verdad, ha sido divertido el ver cómo me asesinaba con la mirada —reconoció, como si hubiera escuchado sus pensamientos aunque, de súbito su semblante se tensó—. No debería preocuparme por ti, ¿verdad?

Sofía pestañeó varias veces, pensativa, hasta que, alarmada, cayó en la cuenta de lo que quería decir.

—¿Qué? No, no —exclamó con insistencia—. Vale que fuera un macarra y no le importara darse de tortas con cualquiera, pero jamás le pondría la mano encima a ninguna mujer.

—Está bien —aceptó él—. Entonces, me marchó.

Sofía asintió un tanto incómoda, sin saber cómo despedirse. Tal vez con un «gracias». Pero antes de que ella pudiera decidir, él se inclinó y le dio dos besos en las mejillas.

—Ya nos veremos por la guardería —le dijo, guiñándole un ojo, y ella le sonrió mientras abría la puerta.

Esperó a verlo marchar, simplemente para dilatar el momento antes de enfrentarse a Ángel. Pero no iba a poder esquivarlo siempre, y la reciente victoria le dio fuerzas; sólo tenía que mostrarse firme ante él como hacía media hora.

Haciendo gala de toda su determinación, se dio la vuelta y entró en el portal. Estaba sentado en la escalera, con la cazadora colgada de la barandilla, y los brazos cruzados en

actitud de reproche.

—Deberíais arreglar esa cerradura —espetó él.

Sofía, sin embargo, lo miró con hastío.

—Lo comentaré en la próxima reunión de vecinos, ¿contento? —dijo con una amplia sonrisa llena de sarcasmo—. Ahora, si no te importa, me gustaría subir —añadió, agitando la mano de forma desdeñosa para que se apartara.

—Te dije que teníamos que hablar —respondió él, sin mostrar intención alguna de moverse—. Y no pienso irme de aquí hasta haberlo hecho.

Ella suspiró y apoyó la espalda en la pared, lo más alejada posible de él.

—Lo que tuvieras que decirme ya lo sé por mediación de tu amigo Darío, así que te lo puedes ahorrar.

De súbito, Ángel se levantó con rapidez, como impulsado por un resorte, y Sofía no pudo evitar dar un respingo al ver que caminaba hacia ella, sin detenerse hasta que apenas quedó un paso entre los dos. Pero no quería que creyese que la intimidaba, así que irguió la postura y colocó las manos a su espalda, lejos de su alcance.

—Sé que Darío te contó que me sentía culpable por la muerte de Juancar —comenzó a decirle con esa misma culpabilidad reflejada en sus ojos y su tono de voz—, al igual que las acusaciones de mi padre antes de echarme de casa.

Ángel cerró los ojos con fuerza, atormentado. Sin embargo, respiró hondo para, no sólo tomar aire, sino armarse de valor.

—Te juro que me hizo sentir como si lo hubiera matado con mis propias manos. Y pensar que te había arrebatado a tu hermano...

—Yo jamás hubiera pensado eso —espetó ella con rabia—. Y si realmente hubieras creído en mi amor por ti, ni siquiera se te habría pasado esa estupidez por la cabeza.

—En quien no creía era en mí, Sofía —exclamó él, golpeándose en el pecho—, sabes que nunca creí ser bueno para ti... un bueno para nada...

Sofía bajó la mirada, apretando los labios. A pesar del tiempo y de todo lo ocurrido, seguía odiando que dijera aquellas palabras.

—Siempre temí ser una mala influencia para ti, hacerte daño —continuó él—, y aquella noche se hizo realidad la peor de mis pesadillas.

—¡Tú no tuviste la culpa! —replicó, volviendo a mirarlo, furiosa y exasperada, apretando los puños en su espalda.

—No ha sido fácil darme cuenta de ello —reconoció, dándole así la razón—. Demasiado tiempo, dolor y lágrimas...

Sofía negó con la cabeza y apartó la mirada de él.

—¿Dolor y lágrimas, tú? No me hagas reír. —Sonrió con tristeza—. Ya vi cómo llorabas anoche mientras besabas a esa tipa.

—En ese caso, estamos en paz, ¿no te parece? —inquirió con resquemor, refiriéndose a su beso con Javier.

—Pues no te he visto muy afectado que digamos —alegó ella con sorna.

—¿Estarías más contenta si me hubiera liado a hostias con él? —le preguntó con la mandíbula apretada a causa de la furia, dando el paso que lo separaba de ella y agarrándola de los hombros.

Sofía quiso zafarse y se sacudió, escapando de él. Pero cuando trataba de alcanzar la escalera, Ángel aprisionó una de sus muñecas y tiró de ella, haciéndola retroceder hasta la pared. Luego colocó las manos a ambos lados de su cabeza y, aunque no llegaba a tocarla, Sofía se vio incapaz de liberarse de la prisión de su cuerpo y de lo que su cercanía

provocaba en el suyo.

Ángel se inclinó hacia ella ligeramente, con mirada intensa y perturbadora, y que de vez en cuando se deslizaba hacia sus labios.

—No deberían haber existido más besos que los nuestros —murmuró él de pronto, sorprendiéndola y estremeciéndola hasta el punto de temblarle el corazón.

—Tú decidiste que no fuera así —susurró por miedo a que le fallase la voz, y él cerró los ojos un instante, suspirando.

—Tienes toda la razón —admitió, volviendo a clavar su mirada en la suya, turbadora y profunda—, pero fue por cobardía, no porque no te quisiera.

Se inclinó un poco más sobre ella, y Sofía contuvo la respiración mientras su alma sufría las consecuencias de aquella batalla que se disputaba de nuevo entre su cabeza y su corazón que latía desbocado en su pecho. De pronto, sin pretenderlo, sus ojos viajaron hasta sus labios, momento justo que él eligió para humedecerse los... Sofía creyó que el corazón iba a estallarle en ese mismo instante.

—Eres la primera mujer a la que quise y, aun siendo un crío, supe que serías la única para mí —añadió para terminar de desarmarla—. Me fui amándote, sabiendo que no podría vivir sin ti, porque lo que yo he hecho todos estos años ha sido malvivir, penar... —murmuró con aquella voz grave que penetraba en cada rincón de su ser, y Sofía sentía su sangre acelerarse al ver que su rostro se iba acercando, que sus labios iban en busca de los suyos—. Quiero una vida de verdad, pero jamás lo será si tú no estás en ella.

Susurró sus últimas palabras sobre su boca, sólo un instante antes de capturarla con la suya en un beso intenso y profundo que anuló toda su voluntad. Se vio acunada entre los brazos de Ángel mientras sus labios se deleitaban con los suyos, en una caricia apasionada y llena de amor, que exigía pero que entregaba, y que causaba estragos a su paso.

Sofía no pudo contenerse y alzó las manos hasta su nuca, colgándose de él, y hundiéndose en su boca, dejándose arrastrar por ese torbellino que provocaba el tacto de su piel, su sabor, su aliento contra el suyo...

Y de pronto, su cerebro lanzó un contraataque a traición y de efecto aniquilador: la imagen de esos labios tan amados besando a otra mujer.

No pudo soportarlo. Colocó las manos contra su pecho y empujó con fuerza, apartándolo con brusquedad de ella.

—Pequeña... —murmuró aturdido.

—¡No! —exclamó ella en cambio, cubriéndole la boca con una mano mientras las lágrimas acudían a sus ojos sin previo aviso.

Ángel, con expresión descorazonada, trató de acariciarle la mejilla y enjugar aquel llanto, pero ella apartó el rostro de él, rehuyendo su contacto.

—No quiero que me toques —musitó Sofía, cerrando los ojos, mortificada—, no quiero que me beses, ni que me digas que me quieres. Me harías olvidar de un plumazo mi soledad, mi dolor de todos estos años, el tormento por el que me hiciste pasar anoche, y no te lo mereces.

Él alargó los brazos para coger su rostro, pero ella se dio la vuelta quedando contra la pared, dándole la espalda y cubriendo su cara con las manos. Intentaba contener los sollozos, hasta que sintió el cuerpo de Ángel presionar suavemente contra el suyo, inclinándose hasta apoyar su barbilla en la curva de su cuello. Luego tomó sus manos y las apartó de su cara, sosteniéndolas entre las suyas mientras sus brazos rodeaban su cintura, aprisionándola por completo.

—Y sin embargo, te amo —susurró contra su oído, haciendo que un quejido

escapase de la garganta de Sofía, acompañado por más lágrimas. Ángel suspiró con pesar y besó con dulzura su mejilla humedecida—. Yo no mereceré tu amor, pero tú sí mereces el mío; mereces que te adore y te anhele el resto de mi vida.

Sofía negó enérgicamente con la cabeza, y trataba de calmar sus sollozos con la intención de hablar, aunque Ángel se lo impidió.

—No me pidas que deje de hacerlo, Sofía —le dijo con voz suave, estrechándola un poco más fuerte—. Me gustaría complacerte, pequeña, pero tú mejor que nadie sabes que no puedo. Durante mucho tiempo luché contra el amor que despertaste en mí hace tantos años, y quise borrarlo de mi corazón cuando me fui. Y, en cambio, sigue latiendo por ti, siempre lo hará.

Una de sus manos abandonó su cintura para tomar su mejilla y girarle suavemente el rostro hacia él. Sofía no opuso resistencia, aunque seguía deshaciéndose en aquel llanto que a Ángel le estrujo las entrañas.

—No me atrevería a pedirte perdón —le confesó mientras la acariciaba con ternura—, pero me arrepiento profundamente de haberte causado tanto dolor —suspiró apoyando la frente contra la suya—. Y no importa que no lo aceptes; mi amor siempre será tuyo, y aquí estará para cuando quieras venir a buscarlo —dijo, llevándose la mano al corazón.

Sofía hizo de nuevo el intento de replicar, pero Ángel le cubrió los labios con los dedos.

—Tú me esperaste a mí, así que yo puedo esperarte, toda la vida si hace falta.

—Ángel...

Sin querer escucharla, deslizó los dedos hasta su nuca y la atrajo hacia él para darle un beso tierno y lento, que terminase de grabar en su piel sus palabras. Sofía no lo rechazó, pero no quiso tentar a la suerte y provocar que su resentimiento hablara por ella y le dijera que no lo quería... Por eso él nunca fue capaz de decírselo, porque, si lo escuchara de sus labios, la vida dejaría de tener importancia para él.

Se despidió de ella y de sus labios con una caricia más de los suyos. Luego besó también su frente y la soltó. Reuniendo toda la fuerza de voluntad de la que fue capaz, caminó hasta la barandilla para coger su cazadora y ponérsela mientras la observaba.

Sofía se había dado la vuelta y apoyaba la espalda en la pared. Rodeaba su cintura con un brazo mientras se tapaba la boca con la otra mano, escondiendo tras ella la mueca de tristeza que se dibujaba en su rostro.

Ángel se convenció a sí mismo de que hacía lo correcto marchándose. Tal vez hubiera podido convencerla, pero no era eso lo que él quería y, a la larga, ella tampoco. Estaba demasiado herida como para dejarlo pasar tan fácilmente y, a pesar del temor de que ella no lo aceptase nunca, prefirió confiar en que llegaría el día en que su amor sería más fuerte que el dolor y volvería a él para darles la oportunidad a los dos de amarse como no se les había permitido hasta entonces.

Sin apartar la vista de ella, caminó hacia la puerta y, antes de salir, la miró por última vez, queriendo transmitirle también así todo lo que quiso decirle con palabras y con sus besos, y supo que ella lo entendía al leer en sus ojos la lucha interna que se daba en su alma.

Cuando salió a la calle, sintió una punzada en el pecho al quejarse su corazón por alejarse de ella. Se esforzó en ignorarlo y caminó hacia la moto mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo.

—Dime, Ángel —respondió su representante—. ¿Cómo te ha ido?

—Mal, pero aún es pronto para rendirse —le dijo con seguridad.

—Ah... —Fue la escueta respuesta de Toni, a quien le sorprendía su entusiasmo—.

Entonces...

—Cuando llegue al hotel te lo explicaré con calma, pero voy a necesitar que me hagas un gran favor.

*capítulo veinticinco*



Aquel sábado, el timbre volvió a sonar a las diez de la mañana, tal y como lo estuvo haciendo a lo largo de toda la semana. Eso le había contado su madre...

—¡Sofía...!

—Sí, mamá, abro yo —respondió desde el comedor, levantándose de la silla ya con la intención de ir hacia la entrada.

—Dale propina al chico —le pidió ella aún desde la habitación—, es muy simpático.

Sofía obedeció y cogió algo de dinero antes de abrirle la puerta.

—¡Hola! —exclamó el joven que esperaba en el pasillo y que parecía sorprendido—. Por fin voy a conocer a la destinataria de tantas flores —le dijo, y Sofía no pudo evitar sonreír.

—¿Sabes si hay más? —preguntó bromeando mientras recibía el ramo y le alargaba el dinero de la propina.

—Me parece que éste es el último —contestó, divertido—. Además, hoy sí lleva tarjeta.

—Vaya...

—Gracias y que pases buen día —le deseó él, alejándose ya de la puerta.

—Igualmente —le respondió ella antes de cerrar.

Sofía observó la rosas que tenía entre sus manos; en esta ocasión eran blancas... había reservado sus favoritas para el final, pero le envió rojas, rosas, azules, y el día anterior, color coral.

Fue a la cocina a buscar un vaso alto para llenarlo de agua y meter aquel ramo de trece rosas. Después de cinco días, no le hacía falta contarlas, y sabía muy bien lo que significaba ese número. Luego volvió al comedor y colocó las flores en el aparador, en compañía de los otros cuatro ramos. Rebuscó entre las hojas y encontró la tarjeta. No dudaba que fuera él el remitente, pero leer su nombre y reconocer su letra hizo que le diera un vuelco el corazón.

«Me gustaría que miraras por tu ventana a eso de las diez de la noche. Te querré siempre. Ángel.»

Sofía suspiró profundamente, sujetando entre sus manos trémulas la tarjeta que volvió a leer, y a releer, sin entender su significado. No había vuelto a verlo, no hubo ninguna llamada, ni mensajes, pero aquellas flores enviadas día tras día consiguieron que no pudiera dejar de pensar ni un solo minuto en Ángel, ni en su última conversación, en sus últimos besos... Sabía que él no quería que fueran los últimos, y ella...

—¿De qué color son hoy? —preguntó su madre detrás de ella con tono pícaro, sorprendiéndola.

—Blancas —respondió en voz baja. Escondió con disimulo la tarjeta en el bolsillo delantero de sus vaqueros y se giró hacia ella.

—Muy bonitas —dijo mostrando su aceptación—. ¿Qué vas a hacer?

—Ir a comprar el pan —contestó como si no supiera a qué se refería, pero su madre se echó a reír.

Sofía iba a replicarle aunque, justo en ese momento, su móvil sonó. Era Diana.

—Hola —la saludó.

—Muy tranquila te oigo —le respondió su amiga—. Aún no has salido a la calle, ¿verdad?

—Iba ahora a comprar el pan —repuso extrañada.

—Pues, entonces, te llamo luego. No quiero chafarte la sorpresa —replicó con cierto retintín—. Te dejo que estoy en la clínica —añadió y, antes de que Sofía pudiera decir nada, colgó.

Sin entender a qué venía esa llamada, Sofía cogió su bolso y se guardó el teléfono.

—¡Mamá, ahora subo! —dijo en voz alta, pues su madre había vuelto a la habitación, tras lo que se marchó.

Seguía dándole vueltas a las palabras de Diana cuando salió a la calle, y tras dar un par de pasos, se topó de frente con la solución a aquel misterio.

En uno de esos grandes paneles de publicidad que había al borde del descampado se podía ver un gran cartel, aunque no anunciaba la empresa de turno. Sofía tuvo que apoyarse en un coche mientras lo leía...

Esa misma noche, a las diez, Extrarradio iba a dar un gran concierto en aquel mismo descampado, y al que estaban todos invitados. Y además, en letras rojas, mayúsculas y bien grandes, para que no se le escapase a nadie el dato, y menos a ella, se podía leer: «Para Sofía».

Se llevó una mano al pecho, comenzando a respirar con dificultad, bueno, no podía ni respirar, ni pensar, ni pestañear... ¿Por eso quería que se asomase a la ventana a las diez de la noche? ¡Iba a dedicarle un concierto entero! No lo podía creer... Pero, sólo tuvo que alargar la vista más allá del panel y convencerse de que así era. Varios tráileres estaban aparcados en mitad de aquel terreno baldío mientras decenas de hombres trabajaban para levantar el escenario más espectacular que jamás hubiera visto...

...Y todo por ella.



Aún faltaban algunas horas antes del concierto así que, tras darse una ducha, Ángel bajó al bar del hotel a tomarse algo con sus compañeros. Ya estaban esperándolo cuando llegó, incluso habían pedido un par de refrescos, aunque el único que estaba sentado en aquel sofá frente a una mesa baja era Raúl. Darío estaba de pie, alejado unos cuantos pasos, y estaba hablando con alguien por teléfono, aunque no parecía muy contento.

Ángel pidió también un refresco al camarero que se acercó cuando él se sentaba cerca de Raúl, y Darío se les unió momentos después mientras mascullaba una maldición.

—¿Problemas en casa? —le preguntó Ángel, preocupado.

—No —respondió demasiado rápido, haciendo una mueca al darse cuenta de que había dejado pasar la oportunidad de mentir y evitar el pertinente interrogatorio.

—Sabes que un no, en estos casos, no se acepta como respuesta —alegó Raúl con

sorna, inclinándose hacia adelante para apoyar los brazos en las rodillas y mostrar su interés—. Llevas desde que llegaste ayer de Pontevedra con el móvil en la mano, mirándolo una y otra vez. ¿Y no tiene que ver con tu casa...? Desembucha entonces.

—Es Vanessa, ¿verdad? —tanteó Ángel, y la cara de sorpresa de Darío no dejó lugar a dudas, haciendo que sus dos amigos se rieran.

—No me toquéis la moral, ¿vale? —refunfuñó, repantigándose contra el sofá y cruzándose de brazos.

—Habla de una vez —insistió Raúl, dándole un palmazo en la rodilla.

—No me coge el teléfono —dijo por lo bajo.

—¿Qué? —exclamaron sus dos amigos al unísono.

—Ya me habéis oído —replicó de mala gana.

—¿Pasó algo entre vosotros cuando dejaste a Sofía en su casa? —aventuró Ángel, que se esforzaba por no reírse para que no se enfadara más aún.

—Sí, se puede decir que pasó «algo» —respondió con ironía, resoplando.

—A saber qué le harías —se mofó su amigo, y la mirada asesina que le dedicó a cambio le invitó, y no muy amablemente, a que se callase. Así que tanto él como Raúl guardaron silencio a la espera de que dijera algo más.

Darío se inclinó hacia adelante, dio un sorbo de su vaso y lo volvió a dejar en la mesa, mirándolo pensativo.

—Conocí a su hijo —añadió de pronto, con un tono mucho más sosegado, y sorprendiéndolos.

—¿Tiene un hijo? —inquirió Raúl—. Bueno, es que cuando le llevé la ropa de Sofía, no entré. Le di el bolso y me fui.

—Se llama Alejandro —le confirmó—. Tendrá unos siete u ocho años, pero se le ve muy listo.

—¿Quién te impresionó más, la madre o el hijo? —se burló Ángel sin poder reprimirse más.

—Tú no deberías hacerte el gracioso —señaló, fingiendo hacerse el ofendido—. Menudo circo has montado para que luego Sofía no te haga ni puñetero caso.

—Es que cuento con ello —le respondió con un aplomo que los dejó sin habla—. Pero no me importa, insistiré hasta que me diga que sí —agregó convencido—. Y si lo que tú sientes por Vanessa va por donde yo creo que va, me entenderás perfectamente.

Darío lo miró unos instantes, considerando la opción de negarlo, pero decidió que hacerlo frente a sus mejores amigos era una tontería.

—Sí que te entiendo —admitió finalmente, y Ángel le sonrió.

—Y yo también, aunque no esté en vuestro pellejo —intervino Raúl para que quedara constancia.

—Ya te tocará, ya —se rió Ángel, golpeando su hombro.

—¿Y sufrir vuestro mismo calvario? —apuntó, palpándose la barbilla como si lo estuviera estudiando—. Va a ser que no —sentenció, echándose todos a reír.

—Así que aquí estáis —irrumpió de pronto Toni en el bar, acercándose a ellos un tanto ansioso—. Sabéis que esta noche tenéis un concierto, ¿no? —inquirió de mal talante—. Deberíais estar preparándoos para irnos ya y así empezar cuanto antes con la prueba de sonido.

—Tranquilo. —Ángel sacudió la mano como si no tuviera importancia lo que estaba diciéndoles—. Somos grandes... inmensos, ¿recuerdas? —bromeó, guiñándole un ojo.

—Los técnicos son los mismos de la otra noche y controlan bien el tema —le aclaró

Raúl al ver que Toni resoplaba con impaciencia.

—Me gusta más lo de que somos inmensos —agregó Darío con humor, provocando las risas entre sus compañeros.

—Pues yo preferiría que nos fuéramos ya, así que, si no os importa...

El manager extendió una mano en dirección a la puerta en una clara invitación y, finalmente, accedieron, poniéndose en pie.

—Vayamos a dar esa serenata —se cachondeó Darío, pasándole la mano a Ángel por la cabeza, despeinándolo.

—Quita —Ángel le apartó la mano de un manotazo aunque sonreía—, y esmérate que, tal vez, también esté tu dama —añadió, alzando las cejas varias veces, y su amigo levantó la barbilla en gesto vanidoso.

—Que se preparen...



Que Vanessa se enterase de lo del concierto era sólo cuestión de tiempo, máxime cuando era tan aficionada a la radio. Así que, después de comer, dejó a Alejandro con sus padres, y se fue a casa de Sofía. Diana acudió poco después de que ella llegara, y ambas se sorprendieron sobremanera al ver los ramos de rosas, a pesar de que su amiga se lo había dicho por teléfono a los dos.

Merche, por su parte, con toda la intención de dejarles algo de intimidad a las chicas, se fue a casa de una de las vecinas a ver la película de la tarde, así que Sofía decidió preparar café para las tres.

Se sentaron en la mesa del comedor para estar más cómodas, y Diana estaba sirviendo en las tazas cuando sonó un teléfono, el de Vanessa. Metió la mano en el bolso, que colgaba del respaldo de su silla, y lo sacó, limitándose a bajarle el volumen para que siguiera sonando y dejándolo en la mesa sin intención de cogerlo.

—No hace falta preguntar quién es, ¿no? —le cuestionó Diana, aunque hincó los codos en la mesa y se inclinó hacia delante para mirar el móvil y asegurarse de que era él.

—¿Y por qué no le contestas? —preguntó Sofía con curiosidad.

—Porque no quiero escuchar las tonterías que me va a poner como excusa —replicó, poniendo toda su atención en su taza y tratando así de que pasase desapercibida su desilusión.

—Ésa es la parte que no entiendo —reconoció su amiga—. Dices que vio a Alejandro, incluso habló con él y, en vez de salir corriendo como harían la mayoría de los tíos, Darío te dio uno de esos besos de película —añadió con cierto reproche en su voz.

—Tal vez es de efecto retardado —alegó ella, molesta—. Sólo salió corriendo un poco después.

—Ya te conté que Raúl me dijo que se marchaba por un imprevisto —agregó de pronto Diana, que bebía su café con la mirada perdida, como ausente.

—Pero ¿te dijo algo más? —insistió Sofía, tratando de recabar todos los detalles.

—No.

Su respuesta fue demasiado rápida y escueta, pero, lo que llamó la atención a sus amigas fue que, sin motivo aparente, enrojeció hasta las orejas.

—Espera, espera —exclamó Vanessa, arrebatándole la taza de las manos y

poniéndola en el platillo—. ¿A ti qué te pasa?

—A mí... nada —titubeó, intentado recuperar su café.

—Diana... —dijo Sofía con sonsonete—. Que ya nos conocemos, guapa. Yo creo que hace años que no te veía tan colorada.

—También hace años que ningún hombre me besaba —murmuró casi de modo imperceptible, pero el grito que dieron sus dos amigas le dejó claro que la habían oído perfectamente.

—¿Raúl te besó? ¿Cuándo? —la interrogó Sofía con impaciencia.

—Ni siquiera se le puede llamar beso, ¿vale? —replicó ella, queriendo quitarle importancia—. Es sólo que...

De pronto, lanzó un gruñido de exasperación mientras agitaba las manos.

—No es más que un guaperas insufrible que va de listillo y que a mí me pone de los nervios con sólo mirarle la cara —sentenció como si quisiera dejar constancia—. Ya me fastidió que viniera él en vez de Darío, y cuando le di tu ropa, pues no sabía si darle dos besos o simplemente la mano. Como es famoso tal vez tenía que hacer una venia —apuntilló haciendo una mueca desagradable y llena de ironía—. Pero, al final, ni una cosa ni otra porque él también se enredó y acabó dándome un pico.

—Pues menudo pico sería —se rió Vanessa—. Después de una semana aún estás atontada.

—No estoy atontada, ¿vale? —inquirió, molesta, aunque la cara de sus amigas le decían que no colaba—. Y si lo estoy, más me vale dejar de estarlo pronto —espetó con decisión y un deje de rabia—. No quiero saber nada de los hombres, ya lo sabéis, y menos aún de un famosillo que tiene en cada pueblo a no sé cuántas tías haciendo cola por él, esperándolo. ¡Y si no tengo razón, a ver por qué no le coges tú el teléfono a Darío!

Sus dos amigas se callaron un instante, observándola con una mezcla de sorpresa y comprensión.

—Creo que te equivocas, siempre lo has hecho —habló entonces Sofía con tono benevolente—. Sé muy bien lo que te hizo Alfonso, yo estaba allí, y haces bien en odiarlo —le aclaró—, pero, en lo que te confundes es en que no puedes odiar a todos los hombres del mundo porque ninguno de ellos es él. No digo que no haya capullos —añadió con rapidez al ver su intención de replicar—, pero alguno bueno hay.

—¿Te refieres a Ángel? —le preguntó, aunque no había reproche en su voz, sino un leve tizne de esperanza, y que no sólo sorprendió a Sofía sino también a Vanessa.

—¿Después de tantos años, vas a darle por fin el visto bueno? —quiso saber, sonriendo con diversión.

—Debes reconocer que se lo está currando —respondió Diana señalando hacia la ventana y con un tono mucho más sosegado al ver que la atención se desviaba de ella—. Aunque le daría un par de collejas por idiota. Jamás se me habría pasado por la cabeza que ése era el motivo por el que se fue —tuvo que admitir.

—¿Lo vas a perdonar de una vez? —le preguntó Vanessa a Sofía, sin rodeos, provocando que su amiga casi se atragantase—. ¡Venga ya! No me digas que no te lo estás planteando.

—No es tan sencillo —se defendió ella, disconforme.

—¿Es por orgullo o porque realmente no te fías de él? —demandó, un tanto incisiva.

—Te podría preguntar lo mismo —apuntó con suspicacia.

—Yo no me fío de Darío. Punto. Tema zanjado —repuso con firmeza—. ¿Y tú?

Sofía no contestó, pero le rehuyó la mirada.

—Tú no sabes cómo me sentí yo el domingo por la noche —murmuró.

—Exactamente, no, eso es cierto, pero creo que, tanto Diana como yo sabemos lo que es que nos traicione un hombre —le recordó, y cuando Sofia iba a contestarle, se lo impidió—. Sé que Ángel ha cometido muchos errores. Sin embargo, creo que, lo que te está intentando decir es que le des una oportunidad para demostrarte que puede hacer las cosas bien.

—¿Y si se vuelve a marchar? —espetó con los ojos enrojecidos y claramente afectada.

—Desde luego, si no vuelves con él, se marchará, y esta vez, será para siempre —añadió con rotundidad—. Has aguantado durante trece años sin saber si volvería.

¿También aguantarías sabiendo con certeza que no volverá nunca más?

Sofía no contestó, aunque a ninguna de sus amigas le hizo falta que lo hiciera al ver esa lágrima rodando por su mejilla.

*capítulo veintiseis*



A las diez en punto de la noche, Ángel pisó aquel escenario. Lo primero que buscaron sus ojos fue el edificio donde vivía Sofía y que estaba situado justo frente a él. Se le estrujó el corazón al comprobar que no había luz en su casa, pero se convenció a sí mismo de que eso no significaba que no estuviera allí, observándole en la penumbra.

Sí, seguro que estaba allí...

Con ánimos renovados, se adentró en el escenario mientras todo el gentío aplaudía y silbaba para darles la bienvenida. Normalmente, él les respondía con un escueto «buenas noches» e, inmediatamente después, daba comienzo el concierto, pero aquella noche era diferente.

Se colgó la guitarra al cuello y, sosteniendo el mástil con una mano y el micrófono de pie con la otra, caminó hasta el borde del escenario. Luego, cerró los ojos y respiró hondo, llenándose del aire de su tierra, a la que había renunciado injustamente. Cuando volvió a abrirlos, posó la vista en la gente que todavía gritaba; el descampado de la Pedrota estaba a rebosar...

Debido al contraste entre la oscuridad y los focos, no alcanzaba a ver sus caras, aunque sí podía sentir el calor con el que siempre le obsequiaban. Y de pronto, como si hubiera sido parte de un acuerdo tácito, aquellas voces se unieron en una sola, y empezaron a clamar por él, no por Jano, sino por él.

«Ángel, Ángel, Ángel...»

Con un nudo en la garganta y una sonrisa de emoción en la cara, se giró un instante hacia sus compañeros que lo miraban con orgullo. Entonces, se volvió de nuevo hacia el público, acercó la boca al micrófono y levantó los brazos con los puños cerrados.

—¡Buenas noches, Aldaia! —gritó, resonando su voz a través de los potentes altavoces, y rugiendo el gentío en respuesta.

Pero Ángel quería que se le escuchase con claridad, así que agitó ambas manos, pidiéndoles calma.

—Siempre he dicho que no soy bueno con las palabras —comenzó a hablar mientras lo escuchaban en silencio—. Y suelo recurrir a mis composiciones para expresar todo lo que siento, lo que temo, lo que espero. Esta noche, es una de esas ocasiones en las que voy a echar mano de mis canciones, pues no sé qué decir para que, la mujer que amo, entienda todo lo que me hace sentir.

—¡Sofía! —se escuchó de pronto una voz entre el público, y Ángel no pudo evitar reírse.

—Ya veo que lo sabéis —dijo, divertido—. Esperemos que también lo sepa ella... ¡Empezamos! —exclamó—. Gracias por acompañarme. ¡Disfrutad del espectáculo!



—Vaya tela... —murmuró Vanessa, dejándose caer en el sofá. Mientras, sus dos amigas seguían de rodillas sobre los asientos, con los codos clavados en el respaldo y las narices pegadas al vidrio.

Antes de que comenzara el concierto, decidieron moverlo y colocarlo bajo la ventana que daba al descampado y así no tener que verlo de pie. Sin embargo, Sofía no quiso abrir el cristal, a pesar de que Vanessa insistiese en que era una tontería.

—Qué pasada de concierto —añadió, impresionada, y frotándose las rodillas al estar tanto tiempo en esa postura—. Es mucho mejor que la actuación del otro día. Y son todo baladas y canciones de amor, eh, maja.

Le tiró del suéter a Sofía pero ella no se dio por aludida.

—¿Después de esto y de lo que ha dicho al principio delante de todo el pueblo, aún no te decides a asomarte? —le recriminó.

—No —le respondió un tanto seca, aunque sin apartar la vista de la ventana.

—Mejor me voy a por un poco de agua —resopló, peleándose con los zapatos para ponérselos.

—Ni se te ocurra encender la luz —le advirtió Diana.

—Otra parida más igual que lo de la ventana —espetó Vanessa girándose a mirarlas con impaciencia—. ¿Me explicas de una vez por qué tengo que darme de tortas con todos los muebles por tu capricho de no encender la luz? Seguro que Ángel sabe que Sofía está aquí.

—No es sólo por eso —objetó entonces su amiga, y la propia Sofía se volvió hacia ella, sorprendida. Diana, sin embargo, chasqueó la lengua con hastío—. ¿Es que no habéis visto «Un paseo por las nubes»?

—No me fastidies... —comenzó a farfullar Vanessa con incredulidad.

—Cuando Keanu Reeves le cantaba la serenata a Aitana Sánchez-Gijón, la señal para saber si aceptaba o no su amor era que ella encendiera la luz —le recordó de todos modos.

—¿Y tú no crees en los hombres? —se mofó, observándola de arriba abajo.

Diana le dedicó una mirada de reproche, con la que podría haberla fulminado, y devolvió la vista al concierto.

—Eso no significa que deje de soñar —dijo por lo bajo, aunque sus dos amigas la escucharon igualmente.

Sofía y Vanessa se miraron de reojo, aunque tampoco hacía falta más. Finalmente, ésta última se levantó y se dirigió a la cocina.

—Acabarás encendiendo la luz, ¿verdad?

Sofía dejó escapar un suspiro y se giró para hundirse en el sofá, echando la cabeza hacia atrás en el respaldo. Entonces, Diana se sentó a su lado y le tomó una mano.

—Contéstame a una pregunta —le propuso, asintiendo ella—. ¿Crees que Ángel podría hacer algo más para conseguir tu perdón? Hablo de cosas concretas, hechos —añadió al ver su intención de protestar—. Nadie puede asegurarte lo que pasará mañana, y los dos sabéis muy bien que la vida puede golpear donde más duele y hacer que lo pierdas todo.

Sofía irguió la postura y la miró, y el dolor que reflejaban sus ojos dejó de manifiesto que comprendía lo que Diana trataba de decirle.

—Creo que habéis perdido demasiado tiempo —continuó—, y lo único que debería preocuparte es el ahora.

—Él te quiere, tú le quieres; no importa nada más —sentenció Vanessa que estaba de pie frente a ellas y había escuchado gran parte de la conversación.

Sofía estaba a punto de hablar cuando, de pronto, la música cesó y se hizo un extraño silencio, así que las tres volvieron a colocarse en el sofá para mirar por la ventana.

—Parece que Ángel va a decir algo —murmuró Diana.

—Shhhh —la reprendió Vanessa.

—Estoy seguro de que todos recordáis vuestro primer beso de amor, ¿verdad? —le oyeron decir a Ángel, y cómo la gente respondía con gritos y silbidos—. La canción que vamos a tocar ahora no es nuestra, pero me hace revivir el que fue mi primer beso de amor cada vez que la escucho.

Y la guitarra de Ángel comenzó a sonar, reproduciendo las primeras notas de «Bed of roses». Sofía bajó la cabeza, apoyándola en sus brazos, y comenzó a llorar.



*«I wanna lay you down in a bed of roses*

*For tonight I'll sleep on a bed of nails*

*I wanna be just as close as your Holy Ghost is*

*And lay you down...»*

Eran las últimas estrofas de «Bed of roses» y la luz en casa de Sofía seguía sin encenderse, al tiempo que sus esperanzas comenzaban a esfumarse.

Sabía perfectamente que estaba allí, podía sentirla, y el hecho de que no se hubiera asomado sólo podía significar una cosa.

Ya le había dicho a Darío que contaba con ello, aunque no significaba que no fuera un trago amargo. Sin embargo, se había propuesto decirselo todo a través de sus canciones y aún le faltaba una cosa por hacer.

*«And lay you down in a bed of roses.»*

En cuanto terminó la canción y sin esperar los aplausos del público, se descolgó la guitarra y se la alargó a Raúl, quien estaba tan sorprendido como Darío por su actitud.

—Dadme un momento —les aclaró, tras lo que se fue a la parte trasera del escenario, bajando por la escalera metálica.

Raúl miraba atónito a Darío que tampoco entendía nada y al que empezaron a inquietarle los murmullos de la gente. Sin embargo, antes de que la cosa llegara a mayores, Ángel reapareció en el escenario y el público lo recibió con aplausos, alzando él una mano como agradecimiento. Luego se dirigió a sus compañeros y les entregó sendos pliegos.

—¿Qué es esto? —preguntó Darío, extrañado.

—¿Y tú has pertenecido a la *Filharmonía* de Galicia y no reconoces una partitura? —bromeó, y él le mostró una baqueta con gesto amenazador—. No pierdas el tiempo y échale un vistazo a la armonía y el ritmo, anda.

—Es genial —admitió entonces Raúl que ya estaba colocándola en una pequeña pinza con la que contaba el mástil del bajo.

—La tengo —le indicó también su otro compañero, enganchándola en uno de los soportes de la batería—. Qué calladito te lo tenías...

Con una sonrisa de reconocimiento en los labios, Ángel les alzó el pulgar y volvió a ocupar su puesto frente al micro, mientras la gente le aplaudía.

—Gracias, amigos —comenzó a decir, saludándolos—. En esta noche tan especial, quiero compartir con vosotros la primera canción que compuse, pero que nadie ha escuchado jamás, ni siquiera mis compañeros —añadió, señalándolos—. Espero que os guste. El tema se llama «Pequeña».

La gente comenzó a jalearle, agradeciendo la primicia de poder escuchar antes que nadie esa canción, pero en cuanto Ángel colocó la púa sobre las cuerdas, se hizo el más absoluto silencio, que sólo se vio roto por el sonido de aquella guitarra. Parecía que todos contenían la respiración y que sus corazones seguían el ritmo de aquel punteo... Hasta que Ángel comenzó a cantar y el público estalló en aplausos.

*«Tú. Mi pequeña, tú.*

*Con labios de miel y mirada de noche.*

*Mi pequeña, tú.*

*Que besas mi alma con sólo decir mi nombre...»*

En ese instante, el bajo de Raúl y la carismática batería de Darío se unieron a la melodía, y el gentío comenzó a vitorearlos ante la fuerza de su música.

*«Tú. Mi pequeña, tú.*

*Con piel de seda y dedos de fuego.*

*Mi pequeña, tú.*

*Acaricio el cielo al perderme en tu cuerpo...»*

Con el fin de aquella segunda estrofa, y muy poco a poco, contagiándose los unos a los otros, centenares de mecheros comenzaron a iluminar la noche. Asemejaba a un manto de estrellas que Ángel podría tocar con sólo alargar una mano, luceros titilantes que bailaban, que se mecían al ritmo de la música.

No era la primera vez que algo así ocurría en alguno de sus conciertos, pero Ángel sentía que la piel se le erizaba, que era el marco perfecto para esa noche en la que él abría su corazón de par en par. De pronto, a su espalda, la potente batería de Darío resonó con fuerza, marcando el inicio del estribillo...

*«Ámame*

*Libérame*

*Tú eres mi norte,*

*la luz en mi oscuridad.*

*Cautívame*

*Desnúdame,*

*de esta piel de espinas*

*y de mi fría soledad.*

*Es inútil que quiera alejarme.*

*Mi destino será siempre amarte...»*

Aprovechando el final del estribillo, Ángel se giró hacia sus compañeros, quienes lo miraban con preocupación. Sin embargo, él les sonrió. Era cierto que Sofía no había ido al concierto, ni siquiera se había asomado a la ventana, pero él tenía la certeza de que lo estaba escuchando, de que había podido decirle, a través de su música, lo que nunca fue capaz de expresar con simples palabras.

Así que les guiñó el ojo a ambos y se volvió hacia el micrófono para enfrentar la segunda parte de la canción.

*«Tú. Mi pequeña, tú...»*

Pero justo en ese momento, en el otro extremo del público, vio que aquellas luces se movían de forma más brusca, como si estuvieran apartándose, abriendo una especie de sendero.

Entonces la vio, era imposible no verla pues, al contrario que todos los allí presentes cuya ropa era oscura, ella vestía completamente de blanco.

Y Ángel no pudo contenerse...

—¡¡Sofía!! —la llamó con todas sus fuerzas.

Tuvo que dejar de tocar, imitándolo sus compañeros, y la mayoría de los mecheros se apagaron ya que sus dueños, curiosos e inquietos, se habían girado para ver qué sucedía. Ángel apartó ligeramente el micrófono y alargó un brazo, como si así pudiera hacer que llegase más rápido, y ella seguía abriéndose paso, gritando su nombre y alzando la barbilla para que la viera sonreír.

Y, de pronto, alguien la levantó en el aire y un grito le petrificó los pulmones ante el terror de caer y ser aplastada por tanta gente. Aunque se tranquilizó al escuchar la lejana risa de Ángel a través de los altavoces, comprendiendo lo que sucedía: la muchedumbre la iba arrastrando por encima de sus cabezas para llevarla hasta él.

Ángel miró a sus dos amigos y rió de nuevo, tratando de ocultar su nerviosismo. En cambio, Sofía había colocado los brazos en cruz, las piernas rectas y miraba al cielo, dejándose llevar por aquella marea que la conducía hacia el escenario... Parecía que fuese ella la estrella de rock... Y en cierto modo así era: ella era su estrella.

—Cuidádmela, chavales. Es lo que más quiero —les pidió a través del micrófono, entre divertido y muerto de miedo, y Darío aderezó el momento con un redoble de tambores, como si no contase ya con suficiente emoción.

Los brazos seguían alzándose para ir acogiendo el cuerpo de Sofía en su viaje, hasta que llegó a la valla de protección donde fueron los propios guardias de seguridad quienes la ayudaron a bajar y le permitieron pasar. Entonces, se acercó a Raúl para que se hiciera cargo de su guitarra, tras lo que caminó hasta el final del escenario. Uno de los guardias unió sus manos bajo el pie de Sofía y la alzó, siendo los brazos de Ángel los que la recibieron esta vez.

Tiró de ella para alejarse del borde un par de pasos y quedaron iluminados por la luz blanquecina del cañón. Allí, juntos, sobre aquel escenario, el tiempo se detuvo unos instantes, haciendo que el resto, a su alrededor, desapareciese, se silenciase, quedando únicamente ellos dos y el latido de sus corazones.

Ella, de blanco; él, totalmente de negro. Parecían las dos caras de una moneda y que no podían existir la una sin la otra, las dos partes de una misma esencia: luz y oscuridad; vida y muerte; ángel y demonio...

Como siempre, en aquella mirada bicolor, Sofía pudo leer acerca de dos sentimientos contrapuestos pero capaces de convivir en el alma de Ángel. Su ojo verde brillaba de puro amor, mientras que el pardo temblaba de profundo temor.

Y él hubiera querido preguntarle tantas cosas, y tenía tanto que decirle... pero, en vez de hablar, la acercó lentamente y dejó caer la cabeza sobre su hombro, ocultando el rostro en la delicada curva de su cuello, refugiándose en ella, rogando para que le diera cobijo.

Cuando Sofía lo rodeó con los brazos, el público, que los observaba en silencio, sobrecogido, estalló en aplausos y gritos, y Ángel rompió a llorar.

—Ángel... —le susurró al oído con ternura, acariciando su mejilla.

—Toda la vida no me va a bastar para conseguir que me perdones —murmuró contra su cabello—, pero déjame estar a tu lado y tratar de compensarte, día tras día, todo el daño que te he causado. Haré lo que sea...

Ella tomó sus mejillas y le obligó a levantar la cara y mirarla, enjugándole las lágrimas antes de dejar sus manos sobre sus hombros.

—¿Lo que te pida? —le preguntó con una expresión en su rostro que Ángel no era capaz de descifrar. De hecho, lo soltó y se alejó un paso.

Sin embargo, él no dudó en aceptar, aunque le aterrorizaba que le exigiera que la dejara para siempre, que no la buscara más. Si tratase de hacerlo, su corazón moriría en el proceso...

—Lo que sea —ratificó con voz grave y lleno de temor, con el alma en vilo a la espera de sus palabras.

—Dime que me quieres —le pidió de pronto, como si no lo hubiera hecho ya frente a cientos de personas. Pero ella quería que la mirara a los ojos mientras lo hacía.

Ángel no pudo reprimir un suspiro de alivio y alargó los brazos para dejar caer los dedos sobre sus suaves mejillas, clavando su mirada en ella.

—Te quiero —declaró en voz alta, para que lo escuchara Sofía y quien hiciera falta.

—Repítelo —le demandó entonces, y a él se le dibujó media sonrisa en los labios. Su pequeña...

—Te quiero —le repitió acercándose medio paso más, aunque sin que sus cuerpos se tocaran.

—Dilo otra vez...

Ahora, sí. Ángel le rodeó la cintura con las manos y la atrajo hacia él, casi con brusquedad, apretándola contra su pecho, tanto que, con seguridad, podía sentir su ansia y su desesperación, y sus rostros quedaron tan cerca que sus bocas estaban a punto de tocarse.

—Te quiero, te quiero, te quiero... —recitó con ojos anhelantes, sonriéndole Sofía con la mirada velada por las lágrimas.

—Bésame de una vez —le pidió.

Y él apesó sus labios con impaciencia y pasión. La estrechó aún más fuerte entre sus brazos, como si quisiera quedar grabado en su piel, a fuego a ser posible. Pero Ángel no era el único que ansiaba esa cercanía pues Sofía clavó los dedos en su espalda, exigiéndole que no se separase de ella. Sus bocas sólo osaron hacerlo cuando quedaron sin aliento. Fue entonces cuando se percataron de que todos les estaban aplaudiendo, y Sofía comenzó a mirar a su alrededor, cubriéndose la boca con una mano y con las mejillas de un sonrosado brillante.

—No me digas que te da vergüenza después de haberte convertido en la reina del *stage diving*. —Sonrió, pellizcándole la barbilla, aunque ella lo apartó de un manotazo. Sin embargo, no se dio por aludido y le rodeó el brazo con la cintura, apretándola contra él—. Debo acabar el concierto —le dijo—, y, como mi fan número uno que eres, ya sabes cómo terminan los conciertos de Extrarradio.

Ella sonrió con picardía.

—Quédate aquí, conmigo —le pidió con voz ronca, tocando suavemente sus labios con la punta de los dedos—. Quiero tenerte cerca.

Sofía cerró los ojos un instante, sintiendo que temblaba como una hoja debido a sus palabras y su tacto. No pudo negarse aunque hubiera querido, así que asintió. Entonces, Ángel recuperó su guitarra y se la colgó al cuello. Luego tomó la mano de Sofía y se acercó al micrófono.

—Démosle a la noche el final que se merece —anunció, alentándole el público con sus gritos, y Extrarradio comenzó a tocar «El fin».

Sofía apoyó ligeramente la mano sobre el hombro de Ángel y se deleitó del espectáculo de sus dedos viajando por las cuerdas del instrumento, pellizcándolas para que sonasen a su antojo, como sometidas a sus deseos.

Ángel, por su parte, se sentía volar, rodeado por lo que más quería: su público, sus compañeros, su música y, lo más importante, Sofía. Sentía su mano en su espalda, su calor a través de la camisa que llegaba directo a su corazón. De vez en cuando la miraba mientras la escuchaba tararear la canción, muy bajito, para que sólo la oyese él, y seguramente tendría cara de tonto, pero no podía evitar sonreír.

La canción terminó y una gran ovación se alzó entre los presentes. Ángel besó en los labios a Sofía antes de levantar los brazos y agradecerle a su público la fantástica noche con la que le había obsequiado.

—¡Hasta pronto! —exclamó emocionado, agitó su mano diciéndoles adiós, y luego cogió la de Sofía para retirarse del escenario.

Darío y Raúl habían hecho lo propio y ya estaban abajo, en la parte posterior, y Sofía no dudó en ir a abrazarles, sobre todo a Darío, a quien tenía tanto que agradecerle.

—Habéis estado estupendos —les dijo a ambos, y el batería hizo una mueca de disconformidad.

—Cualquiera lo diría —se quejó—. Ni siquiera has abierto la ventana. Te imaginaba encerrada en el baño y con tapones en los oídos —bromeó.

—Es que no nos gusta ponerlos las cosas tan fáciles —replicó, haciéndose la interesante y dejando un mensaje subliminal en el aire.

—¿Nos? —le cuestionó Darío, habiéndolo captado al vuelo.

Entonces, Sofía, con sonrisa pícara y una mirada de complicidad que sólo podía ver Ángel, caminó hacia él y se acopló entre sus brazos.

—Diana y Vanessa estaban conmigo —respondió, como si no tuviera la menor importancia.

—Estaban —repitió Darío, aun a riesgo de que se le viera el plumero.

—Se van a quedar a dormir, por si mi madre necesitase algo —contestó mirando a Ángel, como si esa información sólo pudiera serle útil a él, aunque la forma en la que se envararon sus dos compañeros hablaba por sí sola.

—¿Significa eso que esta noche eres toda mía? —preguntó Ángel por lo bajo, rodeándole la cintura con ambas manos y pegándola a él.

—Siempre seré toda tuya —murmuró ella en su oído en tono travieso—. Pero, sí, esta noche no pienso salir de tu cama.

—Y yo no voy a lamentarlo ni lo más mínimo —musitó con voz grave, girando el rostro para atrapar su labio inferior en un arrebato ardiente.

—¿Por qué no os vais al hotel de una santa vez? —farfulló Darío, de mala gana—. ¿No crees que te hemos aguantado la vela suficiente por hoy?

—Anda, vamos —le propuso Ángel a Sofía con sonrisa pícara, y ella asintió, aunque, cuando iba a despedirse de los chicos, su vista se dirigió un instante hacia su edificio.

—Alguien ha encendido la luz de mi habitación —dijo de pronto, aunque ninguno de los tres le dio mayor importancia a su afirmación—. Lo interesante sería saber cuál de las dos ha sido...

—¿Por? —preguntaron los tres al unísono, y Sofía puso los ojos en blanco.

—¿Es que no habéis visto «Un paseo por las nubes»? —les regañó.

Ángel se encogió de hombros sabiendo que la cosa no iba con él, así que tiró de Sofía con la intención de irse de allí. Se giró un instante para despedirse de sus compañeros, pero se arrepintió antes de hacerlo.

Raúl se palpaba la barbilla con gesto pensativo sin despegar los ojos de aquella ventana, y Darío sacaba su teléfono móvil, empezando a marcar.

♩ *capítulo veintisiete* ♪



Ángel le pasó un brazo por encima de los hombros a Sofía y siguieron aquel sendero flanqueado por vallas amarillas que llegaba hasta la carretera, donde aguardaban algunos coches de policía y más guardias de seguridad.

Saludándoles con un gesto de cabeza, Ángel se encaminó hacia la moto que tenía allí aparcada. Le dio uno de los cascos a Sofía, y se montó, aunque ella no se movía, se limitaba a mirarlo mientras se mordía el labio inferior. Entonces, Ángel alargó un brazo y atrapó su cintura, acercándola a él.

—Me muero por saber qué pasa en estos momentos por esa cabecita tuya —le dijo en un murmullo pícaro.

—No creo que sea el lugar más indicado para contártelo —repuso con sonrisa traviesa.

Él sonrió también pero se giró levemente, señalándose su propio oído. Sofía obedeció. Le apartó un mechón de pelo de la oreja y acercó sus labios.

—Vestido así y subido en esa moto, debes de ser el sueño erótico de muchas mujeres —susurró, y Ángel echó la cabeza hacia atrás rompiendo a reír.

—Puede ser —admitió, acercándose él ahora a su oído—, pero a mí sólo me interesa ser el tuyo.

—¿Y qué crees que estaba pensando? —le cuestionó con esa oscura mirada suya que a Ángel le hacía perder el raciocinio.

Capturó su labio inferior con los suyos y lo mordisqueó suavemente, sintiendo un leve gemido y su dulce aliento trémulo contra su boca.

—Pequeña... Vámonos, por favor —le pidió, sosteniendo sus mejillas y clavando su mirada ardiente en ella, y Sofía asintió, subiéndose en la moto sin querer perder más tiempo.

Ángel sintió un escalofrío recorrerlo por entero cuando la sintió apoyada contra su espalda. Luego le rodeó la cintura con ambos brazos, con fuerza, y él le apretó ambas manos con la suya, pidiéndole, rogándole que no se separase de él, que las mantuviera allí. Y aunque ansiaba llegar pronto al hotel, se tomó un par de segundos para grabar en su memoria aquel momento que, durante tanto tiempo, creyó que no se volvería a repetir.

Por suerte, a esas horas no había mucho tráfico y no tardaron en llegar. Aparcaron en el parking subterráneo del hotel y Ángel apenas había terminado de colocar el cepo a la moto cuando ya estaba arrastrando a Sofía hacia una columna, aprisionándola entre el hormigón y su cuerpo, reclamando su boca, en un ataque sin cuartel. Entonces, deslizó sus manos por su espalda, bajando hasta sus nalgas y apretándola sin piedad contra él.

—Ángel... —gimió ella, colocando las manos en su pecho para que se detuviera—. Contrólate. Debe haber decenas de cámaras.

—Me la sudan las cámaras —dijo con voz rasposa, como si sólo lo dominasen las

ansias—. Da gracias a que no quiero que la primera vez tras nuestra reconciliación sea contra la pared de un putito parking.

—¿Desde cuándo eres tan transgresor? —preguntó, riéndose al darse cuenta que estaba bromeando. De hecho, sólo le bastó empujarlo levemente para que se separara de ella.

—Soy un cantante de rock, pequeña —repuso sonriendo al verse descubierto—. De vez en cuando, tengo que hacer alguna payasada —añadió, guiñándole el ojo. Luego alargó la mano para que ella la tomase y se dirigieron al ascensor.

Tuvieron que hacer una parada en recepción para recoger la llave y allí, en el hall, se encontraron con un par de guardias de seguridad, y Sofía no tardó en reconocer a uno de ellos, con el que había hablado varias veces, y que también la reconoció pues sonrió ligeramente al verlos juntos.

—Buenas noches, señor Escudero —lo saludó cuando estaban a punto de pasar por su lado—. Señorita Ferrer —agregó, inclinando suavemente la cabeza.

—Buenas noches —le respondieron ambos con amabilidad, y para que no quedaran dudas, Ángel la tomó por los hombros y le besó la sien.

El viaje en ascensor fue un infierno para Ángel pues, a pesar de que iban solos, Sofía no le permitió acercarse. Lo empujó hasta un rincón y colocó los brazos extendidos frente a ella, como señal de advertencia. Después, señaló con el índice hacia arriba varias veces, a la cámara, y ambos rompieron a reír.

Sin embargo, cuando se abrieron las puertas, ella fue la primera que salió y echó a correr hacia la habitación, siguiéndola él, divertido, como si fuera un juego de niños. Sin embargo, Ángel no terminaba de abrir la puerta cuando Sofía se abalanzó sobre él. Lo empujó para que cerrase con la espalda y se colgó de su cuello, reclamando su boca.

—Para, pequeña —susurró él entre beso y beso—. Para —insistió, sujetándole las mejillas y separándolo de él.

Tenía los labios entreabiertos y la respiración agitada, y ese brillo en sus ojos que siempre le volvió loco.

—Ángel...

—Déjame disfrutar de este momento —le pidió, acariciándole los labios con el pulgar—. Me muero por estar dentro de ti —admitió ante la pregunta muda que leía en su mirada—, pero no es mi deseo lo único que quiero satisfacer. Mi corazón te necesita tanto como mi cuerpo.

Sofía sintió que se quedaba sin aire. Asintió suavemente y bajó las manos hasta los botones de su camisa oscura y comenzó a desabrocharlos lentamente, dejando al descubierto su torso. Ángel contenía el aliento mientras tanto, hasta que la vio inclinarse para depositar un suave beso sobre su pecho, justo sobre su latido, y él la estrechó con fuerza, abrumado.

Ella se dejó abrazar, correspondiéndole, y apoyó la mejilla sobre su torso, sintiendo su calor y aquel fuerte palpitar. Instantes después, giró su rostro, dejando que sus labios lo acariciaran y siguió desabrochando la camisa hasta el final, despacio. Luego le pasó las manos por los hombros y empujó la prenda hasta que la hizo caer al suelo.

—Te amo, Ángel —susurró contra su piel, haciéndolo gemir, y comenzó a depositar suaves besos como de mariposa, dulces, de esos que estremecían y lo dejaban indefenso, y que ascendían lentamente hacia su cuello.

Él apoyó la cabeza en la puerta y cerró los ojos, dejándola hacer, y notó que se ponía de puntillas para alcanzar con la boca su oído.

—Y quiero que tú me ames —musitó—. Con tu cuerpo y tu corazón... ámame.

Ángel dejó escapar un profundo suspiro antes de coger sus mejillas y buscar sus labios con los suyos. La quería tanto como la deseaba, y tenía que controlar las ansias de devorarla.

Sin abandonar su boca ni un instante, se impulsó separándose de la puerta y los condujo hasta el centro de la habitación aún a oscuras, quedando iluminados únicamente por la tenue luz de la luna que entraba por la ventana.

Tan despacio como lo hizo ella, empezó a desabrocharle la camisa, mientras seguía enloqueciéndola con las caricias de su lengua enredándose en la suya. Y, como si su propia excitación no fuera suficiente, introdujo los dedos por la abertura que dejaba la prenda desabrochada y se permitió jugar con la blonda que cubría sus pechos.

—Esta vez sí tengo condones —murmuró sin apenas dejar de besarla.

—Ahora ya no hay peligro —respondió ella casi sin pensar, sumergida en aquella nebulosa de sus besos.

—¿Ahora? —preguntó él, sin embargo—. ¿Cómo...?

—Shhh... Cállate —le exigió, quitándose ella misma la camisa y abrazándolo, pegándose a su cuerpo.

El calor de sus pieles unidas le impidió a Ángel hilar aquel pensamiento que tuvo que desechar. Los labios de Sofía volvían a buscar su torso, su cuello, y él lo arqueó dándole acceso, deseando sentir aquella deliciosa boca y que lo hiciera estallar de deseo.

—Acaríciame, Sofía —le pidió con la respiración agitada—. No dejes de besarme, por favor. Necesito sentirte sobre mi piel —le rogó, con voz ronca y profunda. Rodeó su cintura con las manos y la apretó contra él—. Temo morir si dejas de hacerlo.

—Entonces, siénteme —musitó, acariciando su espalda desnuda y deslizando su boca por su cuello hasta su pómulo, su barba, y dejando que su lengua jugar con la comisura de sus labios.

Ambos se buscaron en un beso fiero y lleno de necesidad. Sofía hundió sus dedos en su pelo negro y él los hizo resbalar por su espalda, hasta alcanzar el broche del sujetador del que no tardó en deshacerse, dejándolo caer al suelo.

La apretó contra él, sus pechos suaves y redondeados contra su torso, y su mano viajó hacia uno de ellos, queriendo disfrutar de la tersura de su piel. Ella gimió en respuesta, haciéndolo también gemir a él de satisfacción.

—No me basta únicamente con sentirte —musitó, separándose ligeramente de sus labios para mirarla a los ojos—, debes sentirme tú también.

Entonces, se inclinó sobre ella y le hizo arquear la espalda, elevándose su torso hacia él. Su boca fue al encuentro de uno de sus pechos y se deleitó en aquel guijarro en el que se había transformado su cima.

Sofía jadeó y le agarró el cabello entre sus puños, y él la obligó a arquearse un poco más contra él, como si estuviera tensando las cuerdas de su guitarra, tocándola con maestría, acariciándola hasta hacerla vibrar, besándola hasta provocar que se deshiciese en la más bella melodía.

De pronto, se irguió y la tomó por la nuca, reclamando su boca con exigencia mientras la hacía caminar hasta la cama. La dejó caer y él se dejó arrastrar con ella, apoyándose en los codos para no lastimarla. Y cortó el beso repentinamente, clavando sus ojos en los suyos con intensidad. El deseo y la pasión que Sofía vio en ellos le lanzaban un mensaje inequívoco, y Sofía se mordió el labio con anticipación.

Cerró los ojos mientras él se apartaba y notaba cómo le quitaba el pantalón y la ropa

interior, expectante ante el momento de sentir su boca sobre ella... y siempre era infinitamente mejor de que lo recordaba. Ángel era capaz de convertir aquella caricia tan íntima en algo sublime, porque la hacía arder, la obsequiaba con un placer indescriptible, sí, pero sentía sus manos y su boca haciéndole el amor con delicadeza, con dedicación, adorándola, queriendo entregárselo todo con sus caricias, sus roces, el duro tacto de sus dientes y la humedad de su lengua, su aliento cálido contra su piel...

Y aquella espiral de placer comenzaba a anudarse en su centro. Se sacudió de forma involuntaria y él le ancló la cadera a la cama con las manos. Y así supo que no iba a detenerse hasta que ella también se lo diera todo.

—Dámelo, pequeña, por favor —susurró contra su carne sensible, haciéndose eco de sus pensamientos, y ella gimió, queriendo alzar su cuerpo amarrado en busca de la ansiada liberación.

No pudo, no importaba cuánto tratara ella de alcanzarla; era él quien debía dejarla ir. Siguió torturándola y Sofía jadeaba frustrada, apretando las manos contra su pelo, exigiéndole un mayor contacto y, sin embargo, era Ángel quien tenía el poder para que aquel nudo repleto de su éxtasis se comprimiese más y más.

De pronto, una de sus manos liberó su cadera, pero, antes de que Sofía pudiera moverse, introdujo dos de sus dedos en ella, y los curvó ligeramente hacia arriba mientras recorría su interior, lentamente, casi una tortura, sin que su boca dejase de acariciarla ni un solo segundo... Fue como si el chispazo de un rayo la atravesara, y un grito se quebró en su garganta, haciendo que Ángel se deleitara en el sonido de su nombre, lleno de esos matices rugosos, redondeados y sinuosos a causa del orgasmo.

Sofía sentía que subía cada vez más, como si aquel placer pudiera lanzarla a los confines del infinito, sin saber cuándo se detendría. Notó que Ángel se retiraba, aunque sus dedos seguían haciendo su magia. Aunque, de repente, acusó de forma repentina su ausencia, y la frustración regresaba pues quería seguir ascendiendo en aquel placer sin límites... Hasta que, de modo inesperado, se vio otra vez llena de él, plena y completamente, y su miembro enhiesto comenzó a recorrerla muy despacio, sin permitir que aquel nudo terminara de expandirse.

—Ángel... —gimió ante tan sorpresiva invasión y que, en verdad, tanto ansiaba.

No supo ni cómo ni cuándo, tan sumida como se encontraba en el deleite que él le ofrecía, pero, en algún momento, se había despojado de toda su ropa y pudo notar la desnudez de su piel masculina y ardiente sobre la suya.

Lo atrapó, rodeándolo con las piernas, y clavó los dedos en su espalda, haciéndolo prisionero de su cuerpo, y Ángel se hundía cada vez más en ella.

—Sofía... —murmuró contra su oído—. Toma mi calor —añadió con un tizne de preocupación en su voz ronca por la pasión.

—Siempre fue suficiente —repuso ella—. Deberías saberlo ya.

Le cogió el rostro entre ambas manos y le hizo mirarla, y esos ojos extraños que tanto amaba ardían, por ella, igual que lo hacía su propia piel al sentir cómo recorría una y otra vez su interior.

—Sólo te necesito a ti, Ángel —le reiteró.

—Ya me tienes, pequeña... —Besó sus labios con dulzura—. Soy tuyo.

—Y yo, tuya —declaró ella, abrazándolo con fuerza, y alzando su pelvis hacia él, aumentando su contacto.

—Sí, mía... Mía para siempre —sentenció en un gruñido casi salvaje al reaccionar su cuerpo a los movimientos del de Sofía.

Y ella le exigía más, con sus caricias, sus miradas y sus besos hambrientos, así que profundizó más en su terso terciopelo, acunando con ambas manos sus caderas para engarzarla a él, encadenarla a su placer, a su alma, a su vida...

Cayeron juntos, sosteniéndose entre sus brazos, sin separarse ni un instante cuando el éxtasis estalló a su alrededor...

El amanecer sorprendió a Ángel, quien se despertó sobresaltado al sentir el calor de otro cuerpo cerca del suyo. Jamás compartió su cama con nadie, ninguna mujer se quedó a pasar la noche, ni él permaneció con ellas más de lo necesario, así que era una sensación extraña y desconocida... que se transformaba en pura dicha al percibir ese aroma de flor tan querido llenando sus fosas nasales.

Giró levemente la cara y la vio. Su cabello caía libre y suave sobre su espalda desnuda, tenía un brazo estirado, abrazándolo, y su precioso rostro, hacia él.

Se recreó en esa imagen unos instantes... Dios... la quería tanto, y nunca se perdonaría el haber sido tan estúpido, hasta el punto de estar a menos de un paso de perderla para siempre.

Sin poder reprimirse más, alargó la mano y le apartó un mechón que caía sobre sus ojos, con suavidad, aunque eso no impidió que se despertara. Sonrió al reconocer en su mirada la misma turbación que lo había asaltado a él, hasta que alzó la vista y se topó con su rostro, tornándose su expresión en radiante y risueña.

—Aturde, ¿verdad? —murmuró Ángel, acariciando su mejilla.

Pero, antes de que Sofía pudiera contestar, deslizó los dedos hasta su nuca y la atrajo hasta él, buscando aquel beso que lo convenciese de que todo era real.

—Es que es la primera vez que dormimos juntos —apuntó ella con tono travieso.

—Es la primera vez que duermo con alguien —le aclaró él, en cambio, en un tono grave que completaba el significado de sus palabras—. Nunca imaginé que me gustaría tanto —dijo ahora con voz más suave, y una leve sonrisa en sus ojos bicolor.

—Ah, ¿sí? —preguntó, coqueta, colocando las manos sobre su torso y apoyando la barbilla en ellas.

—Tanto que deseo todos mis amaneceres junto a ti —sentenció con voz ronca, clavando su mirada en ella—. Y mis anocheceres, y mi vida entera, Sofía.

—Ángel, yo...

—Esta vez no voy a pedirte que te vayas —añadió, tomando sus mejillas—. Voy a rogarte que te quedes.

Sofía no contestó. Alzó el rostro y lo besó, con todo el amor que hacía que le temblara el corazón en ese momento. Ángel la estrechó entre sus brazos y giró sobre su espalda para quedar encima de ella, sin dejar de besarla, sin dejar de acariciar esos labios que lo hacían estremecer.

—Mi pequeña... —murmuró sobre su boca—. Mi norte, mi luz en la oscuridad...

—Y tú eres un mentiroso —lo acusó, y aunque aquel tirón de su barba dejaba de manifiesto que estaba bromeando, Ángel no pudo evitar inquietarse—. Siempre dices que no eres bueno con las palabras y, que yo sepa, las letras de las canciones son «palabras» —añadió con una mueca traviesa, sabiendo que lo había puesto en un aprieto.

—Serás...

De pronto, en venganza, Ángel comenzó a hacerle cosquillas, y Sofía comenzó a retorcerse debajo de él.

—Sabes que tengo razón —alegó ella, riendo hasta las lágrimas—. ¡Para, Ángel!  
¡Para!

—Joder, qué susto me has dado —le reprochó, deteniéndose finalmente—. Ya pensaba que la había vuelto a cagar sin saber cómo.

—Tonto... —Lo miró ella con ternura, pasándole el pulgar por la frente fruncida—. La canción es preciosa.

—Y yo estoy convencido de que, lo que hace especiales mis canciones, mis «palabras» —apuntó con sonsonete—, es la música.

—En cualquier caso, sigo opinando que es una maravilla —concluyó, sonriéndole, tras lo que le dio un suave beso en los labios—. Gracias.

—No hay de qué —asintió, emocionado—. Es toda tuya.

—Te quiero, Ángel —susurró, tomando sus mejillas entre ambas manos, y él suspiro hondamente.

—¿Me quieres hasta el final? —le cuestionó entonces, sin entender ella el significado de su pregunta, y él chasqueó la lengua con disgusto—. Nunca sabré cuál es el momento adecuado —masculló de pronto, levantándose de la cama.

Aún más confusa que antes, Sofía se sentó y lo vio entrar en el cuarto de baño. Parecía que buscaba algo en su neceser, pero no debió encontrarlo pues no tardó en regresar con, aparentemente, las manos vacías.

Se sentó a su lado con la cabeza gacha y ella, preocupada, le alzó la barbilla para que la mirara. Como casi siempre, el color de sus ojos le hablaba de cosas diferentes. En esta ocasión había miedo, y anhelo.

—¿Qué pasa, Ángel? —quiso saber, comenzando a inquietarse.

Entonces, él tomó una de sus manos y, sobre su palma, colocó una pequeña cajita de terciopelo rojo.

—Ábrela, por favor —le pidió mientras Sofía reprimía una exhalación de asombro.

Contuvo el aliento intentando controlar el temblor de sus dedos y tratando de que sus deseos no alzasen el vuelo, temiendo que no fuera cierta la idea que se empeñaba en instalarse en su mente. Era demasiado pronto, y aquello no era más que un regalo.

La expectación en el semblante de Ángel la impulsó a abrirla de una vez y dejó escapar una exclamación al ver el contenido de la cajita.

Era un hermoso anillo de oro blanco que albergaba dos piedras preciosas en forma de lágrima de un color azul pálido, pero el metal se curvaba de manera tan deliciosa que se engarzaban la una con la otra, acoplándose como en un abrazo perfecto, divino e inquebrantable.

Sofía dejó la cajita sobre la cama, sin apenas atreverse a tocarlo porque aquel anillo podía convertir su sueño en realidad, y temía que fuese como una burbuja de jabón que explota con un simple roce. Luego alzó el rostro hacia Ángel, con la mirada velada por las lágrimas, y sin decidirse a preguntar qué significaba ese anillo por miedo a su respuesta.

—Ángel...

—Sí, significa lo que parece —declaró, con la voz impregnada de emoción contenida. Entonces, cogió una de sus manos y, tras besarle la palma, la colocó sobre su pecho—. ¿Lo notas? —preguntó, refiriéndose al galopante palpar de su corazón, y ella asintió, anhelante y temerosa de sus siguientes palabras—. Sin embargo, siempre necesitaré el tuyo cerca para seguir latiendo, igual que yo te necesito a ti para seguir viviendo. Por favor, Sofía, quédate a mi lado... Cásate conmigo.

Sofía se echó a sus brazos sin poder contener su llanto, y Ángel la abrazó con fuerza, profundamente emocionado, porque esas lágrimas le daban la respuesta que tanto ansiaba.

—Dime que sí, pequeña —le rogó de todos modos en un susurro, contra su cabello—. Dime que te quedarás conmigo.

—¿Adónde podría ir sin ti? —repuso ella, tragándose los sollozos mientras él la fundía contra su pecho—. Yo también te necesito, Ángel, también quiero una vida plena. Y si algo he aprendido en estos años es que sólo tú puedes hacerme feliz.

—Lo haré —le prometió con ardor, apartándola ligeramente para tomar sus mejillas y que lo mirara a los ojos—. Te juro que tu felicidad estará por delante de todo lo demás.

Sofía asintió, sonriente y buscó sus labios, dándole un sentido beso.

—¿Sabes lo que me haría muy feliz ahora? —le preguntó, mirándolo llena de emoción—. Que me pusieras mi anillo.

—Eres fácil de complacer —respondió él con sonrisa traviesa.

Entonces, sacó el anillo de la cajita y le tomó la mano derecha, colocándolo en el dedo anular.

—Te queda perfecto —murmuró satisfecho al haber acertado con la talla—. ¿Te gusta?

—Me encanta —asintió con una sonrisa que no dejaba duda alguna acerca de su felicidad—. El diseño es divino.

—A Juancar le habría gustado —dijo entonces, casi sin pensar.

—¿Cómo? —preguntó ella extrañada, y Ángel se rascó la cabeza, queriendo echar a andar con rapidez la maquinaria de su cerebro para pensar en algo.

—Una vez vimos uno parecido en una de las joyerías de la calle de La Iglesia —mintió, tratando de sonar convincente—. Le llamó mucho la atención.

—Pues es precioso —le confirmó ella—. Aunque te equivocas en una cosa —añadió un poco más seria, y mirándola él con prudencia, esperando a que prosiguiera—. No soy fácil de complacer —le advirtió con ojos pícaros.

Ángel se echó a reír y la tomó por los hombros para tumbarla en la cama, cayendo él sobre ella.

—Déjame intentarlo —murmuró sobre sus labios, justo antes de devorarlos.



Al levantar aquella persiana, lo embriagó una sensación agridulce. Era imposible evitar que su antigua vida se pasease por su mente, aunque había vivido más de un momento feliz en aquel ruinoso taller, de la mano de Sofía. Además, abrir aquella puerta era un símbolo, la de la nueva vida que se presentaba ante él, ante los dos, y sólo dependía de ellos que fuese un sendero lleno de dicha.

Le dio al interruptor de la pared por inercia, pero, como era lógico, no había electricidad, así que abrió la puerta de par en par para que entrase la luz y se ventilase aquel local que llevaba años cerrado.

Estaba prácticamente desierto y lo poco que había era carne de chatarrería. Su atención se centró en la puerta del fondo y hacia allí dirigió sus pasos.

La vieja salita... Seguía como antaño, a excepción de que había desaparecido la televisión. Sin embargo, el sofá seguía estando, o eso creía pues estaba cubierto por una sábana. La apartó con cuidado y conteniendo el aliento para no tragarse el polvo y no pudo reprimir una sonrisa al ver aquel mueble cochambroso... incluso estaba la manta, doblada sobre un reposabrazos. Se sentó y la madera envejecida crujió acusando su peso, y Ángel dejó caer la cabeza hacia atrás en el respaldo, dejando que su mente se recreara en el recuerdo de su primera vez con Sofía, aquel primer encuentro lleno de mucha inocencia, un tanto de osadía e infinito amor, tanto que había perdurado al paso de los años y la separación.

Sintió una punzada en el pecho... pasaría mucho tiempo hasta que no sintiera esa ola de culpabilidad al pensar en su marcha, en el dolor causado, pero el amor y la comprensión de Sofía estaban convirtiendo el oleaje en una inofensiva marejadilla.

Ya hacía quince días de su reconciliación, de iniciar el camino hacia la felicidad, y estaba deseoso de realizar todos los sueños que tenía en mente, con ella, siempre con ella...

Y aquel antiguo taller que no era más que un local sucio y mugriento podía ser un comienzo. Aunque, tal vez debería habérselo comentado a Sofía, al fin y al cabo...

—¿Amor? Ángel... ¿Estás ahí?

—¡Sofía! —exclamó, volviendo a la realidad, sobresaltado al escuchar su voz tan cercana, y viéndola entrar al instante en la salita. Estaba guapísima con aquella blusa rosada y esa minifalda vaquera que dejaba a la vista sus perfectas piernas.

Una sonrisa iluminó su bonito rostro y él alargó una mano para que se uniera a él. Se mordió el labio, como dudando, y finalmente aceptó. Aunque no pudo sentarse a su lado, Ángel tiró de ella y la hizo sentarse encima de él, a horcajadas sobre sus piernas, haciéndola reír. La postura hizo que la falda subiera más de la cuenta y él no perdió la ocasión de cubrir sus muslos con sus manos y disfrutar del tacto de su piel.

—Hola, preciosa —murmuró con aire pícaro antes de atrapar sus labios con pasión, en un beso lleno de necesidad, ávido, como si hiciera años que no lo hacía.

—Ángel...

—Dime que has cerrado la puerta con pestillo —susurró con mirada suplicante, ardiente.

—Sí —repuso ella en un gemido mientras él hundía su boca en su cuello—. Pero, amor...

—No me digas que pare —le pidió, mordisqueando la piel sensible bajo su oreja, sintiéndola temblar entre sus brazos—. Dos botones de la blusa desabrochados y acentuando tu bonito escote, y esa minifalda que me anima a perderme entre tus piernas... Reconoce que venías con toda la intención de seducirme.

—Es que hoy hace calor —se defendió, simulando un tono inocente, aunque ya había tomado el rostro de Ángel y lo apretaba contra ella, exigiéndole sus caricias.

—En eso tienes razón —alegó, alejándose de su cuello para terminar de desabotonar la blusa y comenzar a besar la piel que iba quedando al descubierto, deteniéndose en el valle de sus pechos.

De pronto, ella lo agarró del pelo y tiró con fuerza, con una advertencia en la mirada que a él lo hizo sonreír.

—¿Esta vez no quieres arriesgarte? —apuntó en tono travieso.

—El que se arriesga a tener que darse una ducha fría eres tú —respondió ella con sonrisa vanidosa.

Entonces, Ángel elevó ligeramente la cadera y metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón, sacando un preservativo. Sofía se lo arrebató de los dedos con mirada recelosa.

—¿Quién venía dispuesto a seducir a quién? —inquirió haciéndose la ofendida.

Ángel se quitó la camiseta y la cogió por las nalgas, apretándola contra él, y el gemido de ambos no daba lugar a dudas de lo que aquel contacto suponía para los dos.

—Definitivamente, soy yo el que ha caído en tus redes —admitió con voz grave y mirada incendiada—. Sabes muy bien el efecto que produces en mí, pequeña.

Mordiéndose el labio en gesto coqueto, Sofía bajó la mano, posicionándola entre los dos, directamente sobre su miembro hinchado, y presionó con intención deliberada, haciéndolo jadear.

—Sólo quería cerciorarme —musitó, pasándose la punta de la lengua por el labio, y Ángel volvió a gemir.

—Señorita Ferrer, está jugando con fuego —murmuró, llevando la boca hacia uno de sus senos, mordisqueando el tejido del sostén, hasta notar cómo se endurecía su cúspide.

—No, señor Escudero, lo que quiero es quemarme —susurró, moviendo las caderas hacia él, provocándolo aún más con sus movimientos. Pero él hizo escurrir una mano entre sus muslos llegando hasta el borde de su braguitas, deslizando dos dedos más allá del elástico, hasta su suave intimidad.

Un «sí» escapó de los labios de Sofía mientras echaba la cabeza hacia atrás y Ángel temió enloquecer ante su voz y sus gestos cargados de sensualidad.

—Que sea fuego, entonces —sentenció.

Sus ropas desaparecieron con rapidez de sus cuerpos y Ángel la hizo tumbarse sobre el sofá, cubriéndola por completo con su piel que clamaba por la suya y entrando en ella con lentitud, reprimiendo las ansias de poseerla con urgencia.

Se amaron como lo hicieran antaño, como si volvieran a descubrirse... Siempre había una caricia nueva que arrancase suspiros, una palabra de amor que decirse al oído para acelerar el latido del corazón, besos profundos con los que llegar al alma... Y el éxtasis de dos cuerpos que se empeñaban en otorgar al otro el máximo placer, de forma

desinteresada y generosa, convirtiendo de ese modo en inconmensurable el propio.

Ángel se retiró lentamente y se deshizo del preservativo. Luego se tumbó en el sofá haciendo que ella descansase sobre su pecho, cubriendo a ambos con la vieja manta, como otras tantas veces, y a pesar de la reticencia de Sofía.

—Estás temblando, cariño —le dijo él con ternura, frotándole la espalda con suavidad para que entrara en calor—. Te quiero —murmuró, besándole la frente.

—Y yo a ti, Ángel —respondió, abrazándose a él, suspirando—. ¿Sabes? Me lo imaginaba en el estercolero —apuntó de pronto, refiriéndose al sofá, y él no pudo evitar sonreír.

—Y yo, pero reconozco que me ha traído muy buenos recuerdos —añadió en tono pícaro.

—Ya me he dado cuenta —replicó ella, pellizcándole un brazo, haciendo que se quejara—. ¿Por eso me has hecho venir con tanta prisa?

—Nunca es lo suficientemente rápido cuanto se trata de hacerte el amor —susurró con voz ronca.

Y aunque parecía que, por un segundo, la había encandilado con sus palabras, pronto vio su intención de protestar, así que la besó, impidiéndole hablar.

—En realidad, quería hacerte una propuesta —reconoció, y ella lo miró seria, prestándole atención—. ¿Qué te parecería tener tu propia guardería?

Sofía abrió de par en par los ojos y la boca, impresionada, incluso apoyó los brazos en su pecho e irguió el cuello para mirarlo a los ojos.

—¿No te gustaría? —insistió, ante su silencio.

—Oh, sí, sí, claro —se apresuró a decir, reaccionando—. Pero... no sé...

Ángel chasqueó la lengua, temiendo que volvieran a la eterna discusión de los últimos días.

—Sofía, nos vamos a casar, ¿recuerdas? Lo mío pasará a ser tuyo —añadió con firmeza—. No veo el problema en que lo sea ya.

—No, no es eso... —le cortó ella, y él la miró con extrañeza—. Sé que te he dado el coñazo estos días, insistiendo en que no malgastes tu dinero en nosotras.

—Un tratamiento que haga que tu madre se levante de esa silla de ruedas no es malgastar el dinero, Sofía —apostilló él, un tanto molesto, y ella corrió a tomar sus mejillas y besarlo para tratar de evitar su enfado.

—Tienes razón —admitió—. Y te prometo que no te lo volveré a decir— le aseguró, y ahora, la mirada de Ángel fue de completa incredulidad—. No es que haya hecho sesiones de hipnosis —dijo, divertida—. Es sólo que yo haría lo mismo por ti si la situación fuera a la inversa. Te daría todo lo que tengo con tal de que fueras feliz.

Ángel dejó escapar el aire que retenía en los pulmones y le acarició la mejilla con ternura.

—Ya lo haces —murmuró, clavando sus ojos enamorados en ella—. Ya me haces inmensamente feliz.

—En cambio, yo... —titubeó—. Puede que uno de mis sueños haya sido tener mi propia guardería, pero es aún más importante mi sueño de estar siempre contigo.

—Mi amor...

—Cuando vuelvas a Madrid, quiero irme contigo —sentenció con decisión, y Ángel la miró espantado.

—Dios del Cielo... ¡Claro que vas a venir conmigo! —exclamó inquieto—. ¿Crees que me iría sin ti? Soy capaz de arrastrarte conmigo a cada dichoso concierto, a cada

actuación, aunque sea en el culo del mundo...

—¿Lo harías? —preguntó ella con un deje de ansiedad en su voz, y Ángel no lo podía creer.

Se sentó en el sofá y la hizo sentarse a su lado, queriendo que lo escuchase con atención.

—Sofía, puede que uno de mis sueños haya sido ser músico, pero es aún más importante mi sueño de estar siempre contigo —repitió sus mismas palabras—. Sé que no va a ser fácil, cuando empiecen las giras...

De pronto, ella se abrazó a él, sin dejarlo continuar, y Ángel pudo sentir la humedad de sus lágrimas contra su pecho.

—Por favor, Sofía —la consoló, empezando a acariciar su cabello y su espalda—. ¿En serio creías que te iba a volver a dejar?

—No lo sé —reconoció ella—. No quería planteármelo. Y cuando me has dicho lo de la guardería.

—Cariño, la guardería puede ser tuya, pero puedes contratar a gente que la dirija cuando nos vayamos, y que puede ser dentro de varios meses —le aclaró—. Sabes que aún no comenzamos con la grabación del disco nuevo, ni siquiera nos hemos puesto de acuerdo en las canciones que vamos a meter...

—Lo siento —murmuró, queriendo controlar las lágrimas—. De pronto me he visto anclada aquí, y tú, en cambio...

La respuesta de Ángel fue abrazarla con más fuerza. No podía culparla. Sabía que confiaba en él, pero el haberla abandonado, todo el dolor que le hizo pasar, había causado heridas que aún no terminaban de cicatrizar. Y debía ser paciente, darle tiempo... todo el que ella necesitase.

—Tranquila, te entiendo —dijo con suavidad.

—No, lo siento, de verdad —insistió, alzando la vista para mirarlo—. No tenía que haber reaccionado así. Ha sido estúpido...

—Has tenido miedo y tu reacción es más que comprensible —la interrumpió, mientras le acariciaba las mejillas aún húmedas—. Sé que no son más que viejos fantasmas que acabarán por desaparecer. Yo también tengo miedo de perderte —reconoció con pesar.

—No me perderás —repuso ella rotundamente—. Sé que todo lo haces para hacerme feliz, Ángel, y te quiero aún más por ello.

Él le sonrió y bajó el rostro para besar sus labios, apretándola contra él.

—Entonces, ¿vas a venir a todos mis conciertos? —preguntó travieso.

—A todos —afirmó ella—. Y como alguna *groupie* se te acerque más de la cuenta, se las verá conmigo —añadió amenazante, aunque claramente estaba bromeando—. Tanto Ángel Escudero como Jano son míos —sentenció, y él no pudo evitar sentir cierto orgullo entremezclado con vanidad y que le llenó el pecho.

—Doy fe de ello, preciosa —recitó con voz grave, y ella asintió satisfecha.

Ángel buscó sus labios para rubricar con un beso aquella promesa, pero su teléfono sonó en algún lugar, perdido entre sus ropas, y de hecho, le costó encontrarlo.

—Es Darío —dijo una vez lo halló, leyendo su mensaje—. Ya están en tu casa.

—Como que «ya» —repitió sin entender.

—Quiero llevar a tu madre al cementerio —le aclaró con total normalidad mientras comenzaba a vestirse. Sin embargo, Sofía se puso en pie y lo abrazó, estremecida por todos y cada uno de sus detalles, por sus esfuerzos por compensar su separación de tantos años.

—Gracias —murmuró, sintiendo los brazos de Ángel, rodeándola.

—No es nada, pequeña —le quitó importancia—. Además, es Darío quien la va a bajar en brazos —apuntó divertido, y ella fingió hacerse la indignada.

—Pobrecito...

—¡Venga ya! —exclamó él, retomando la tarea de vestirse, e imitándolo ella—. Tu madre va a ser como una pluma para sus bíceps y, además, le encanta ser el centro de atención. ¡Ah! Y si, como quien no quiere la cosa, Vanessa se enterase de lo buen chaval que es, pues mejor que mejor —añadió, alzando las cejas repetidas veces.

—¿Va en serio? —preguntó, de pronto—. Quiero decir...

—Yo diría que sí —asintió—. Jamás lo había visto así por ninguna mujer.

—Pues no lo va a tener fácil —le advirtió, haciendo una mueca de pesar.

—Darío no es de los que se rinde —le dijo, cogiéndola de los hombros y atrayéndola hacia él para besar sus labios—. ¿Estás lista?

Ella sonrió, asintiendo, dejándose guiar por él hacia la salida.

Hicieron el trayecto hasta casa de Sofía andando, y la gente con la que se cruzaban los saludaba con amabilidad y una pizca de orgullo en la mirada.

Cuando llegaban al portal del edificio, Raúl ya estaba abriendo la silla y Darío dejaba a su madre en ella con mucha suavidad. Sofía se acercó con premura a los chicos que la saludaron con cariño, mientras Ángel se inclinaba hacia Merche.

—Muchas gracias, hijo —le dijo con una sonrisa y lágrimas en los ojos, alargando su mano hasta su mejilla.

—No es nada —respondió con sinceridad—. Por suerte, tenemos a un cachas en el grupo —añadió guiñándole el ojo, justo en el momento en el que Darío cogía la silla y comenzaba a empujar, dejando de manifiesto que él se encargaba de ella.

Ángel le sonrió a Sofía, quien asintió, dándole la razón, y él alargó el brazo para volver a cogerla de los hombros.

Hicieron el corto trayecto hacia el cementerio bastante animados, sobre todo Merche y Darío, que no hacían más que charlar, aunque Raúl se mantuvo extrañamente callado, y echaba la mirada hacia atrás de vez en cuando.

Al llegar a la puerta, y como era costumbre, la señora Encarna estaba en su puesto de flores, y su rostro se iluminó al verlos llegar.

—¡Hola, Merceditas! —la saludó con entusiasmo, acercándose corriendo para darle un par de besos en las mejillas—. Hola, prenda —le dijo entonces a Sofía con una sonrisa—. Veo que venís muy bien acompañadas.

—¿Has visto? —exclamó Merche, visiblemente orgullosa.

—Y tú... Angelito.

Antes de que él pudiera replicar, se estaba acercando a él y le pellizcaba la mejilla con fuerza, como si fuera un reproche, para darle un par de besos después.

—¿Ya te habías olvidado de nosotros? —apuntó enfadada—. Me contó mi Luisito que el concierto estuvo de maravilla.

—Gracias, señora Encarna —respondió él, rascándose la nuca, un tanto azorado, y viendo a sus dos amigos de reojo mientras reprimían la risa. Luego arreglarían cuentas.

—¿Qué va a ser? —preguntó de pronto la florista.

—Margaritas —contestó Ángel sin titubeos, y tanto Sofía como Merche se giraron a mirarlo—. No estaréis pensando en claveles, ¿verdad? —añadió haciendo una mueca—. Hasta los querubines le van a tomar el pelo allí, en el Paraíso.

Sofía soltó una risita y miró a su madre, quien permanecía en silencio, pensativa, como si estuviera planteándose lo firmemente, así que Ángel le alargó un billete a la señora

Encarna a cambio de un bonito ramo de margaritas. Luego le hizo una señal a Darío quien comenzó a empujar de nuevo la silla de ruedas, por lo que se despidieron de la florista.

No tardaron en llegar a la tumba de Juancar. A Ángel le invadió de nuevo la tristeza al ser consciente de que los restos de su querido amigo descansaban tras aquella lápida, pero sabía perfectamente que no era lo que él querría.

Darío dejó a Merche cerca del nicho, y Sofía se colocó a su lado. Ángel decidió sentarse en el banco y, tras él, como muestra de respeto y queriendo quedar el margen en ese momento tan íntimo, aguardaron sus compañeros, en silencio.

Sofía quitó las flores del búcaro que ya estaban marchitas y las sustituyó por las margaritas, y Merche no hacía más que acariciar con ternura la foto de Juancar. Parecía murmurar algo, así que su hija, tras tirar las flores al cubo de la basura, se sentó al lado de Ángel.

Él la miró. Tenía los ojos vidriosos, la vista fija en la lápida, y se percató de que, con el dedo pulgar, no hacía más que acariciar las lágrimas de su anillo. Ángel sabía que no era conocedora de su verdadero significado pero, tal vez, aquella mentira piadosa que le dijo acerca de que a Juancar le habría gustado la sortija al haber visto de niños una parecida, la unía de algún modo a su hermano.

De pronto, Merche se besó la yema de los dedos y la pasó por encima de la fotografía, tras lo que se giró a su hija. Sus ojos estaban tristes y, sin embargo, parecía serena y tranquila.

—Vámonos, cariño —le dijo, aunque, antes de que ella se levantara del banco, Darío acudía en su ayuda, acompañado de Raúl. Cuando el batería comenzó a empujar la silla, Merche estiró el brazo hacia atrás y le dio un par de palmaditas en la mano, como agradecimiento.

Entonces, Sofía se puso en pie y se colocó entre las piernas de Ángel quien aún seguía sentado. Colocó los brazos en sus hombros y se inclinó a darle un breve pero dulce beso en los labios.

—¿Estás bien? —le preguntó, un tanto inquieta, y él le tomó la cintura con ambas manos, acercándola a él.

—¿Y tú?

—Muy bien —repuso, sonriente, jugueteando con el cabello de su nuca.

—Entonces, yo también —respondió él a su vez, con otra sonrisa, y ella le tiró de la barba haciendo un mohín.

—Anda, vamos. Quiero ayudar a Raúl con la silla.

—Olvídate —alegó él con tono divertido—. Darío quiere llevar a tu madre a comer y a no sé qué sitios más.

—Veo que lo tenéis todo planeado —apuntó ella, mirándolo de reojo.

—Casi, y lo que no, pues lo veremos conforme vaya llegando, ¿no? —preguntó con cierta cautela, añadiendo así un mayor significado a sus palabras.

—Claro que sí —murmuró ella, abrazándolo, y Ángel la rodeó con sus brazos—. Mientras estemos juntos, que venga lo que tenga que venir.

—Nunca más te dejaré sola —sentenció rotundamente—. Te lo juro, Sofía.

La joven le cogió las mejillas y le hizo mirarla.

—Te lo juro —le repitió, para que viera en sus ojos toda la seguridad con la que se lo decía.

—Más te vale cumplir tu palabra —le advirtió ella, alzando un dedo, aunque su tono resultó ser menos serio de lo que debería.

—No quiero perderte, ¿recuerdas? —le dijo con deje travieso—. Además, ya me veo a Juancar con su alitas, bajando de su nube y cortándome los...

Sofía le tapó la boca con los dedos, mirando a su alrededor, y soltó una carcajada, contagiándolo a él.

—No creo que eso fuera muy propio de un ángel.

—Aunque sería propio de él —añadió, asintiendo ella para darle la razón.

Ángel se puso en pie, capturando los labios de Sofía mientras lo hacía, en un beso lleno de todo el amor que sentía por ella.

—Vamos —decidió, pasándole un brazo por encima de los hombros.

Echaban a andar cuando su mirada se detuvo un instante en la fotografía de Juancar.

Tal vez fue una mala pasada de su imaginación, o un rayo de sol que se reflejaba en la superficie, pero un pequeño destello brilló desde la sonrisa traviesa de su amigo. Una risa amortiguada escapó de labios de Ángel, y Sofía lo miró.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió, besando su frente—. Que te quiero, y que nunca más volveré a estar solo.

FIN

## Agradecimientos

Es muy posible que esta novela jamás llegue a sus manos, pero mi primer agradecimiento es para Inma Roldán, quien fue mi tutora mientras realicé las prácticas del CAP en el instituto Beatriu Civera del Barrio del Cristo. Por su ayuda inestimable y sus consejos. Gracias también a todos los profesores del centro, quienes me trataron como a uno más; y en especial para los alumnos de 1º y 3º de ESO en el curso lectivo 2008-2009 con quienes tuve la fortuna de compartir esta experiencia. Por permitirme enseñarles y, lo mejor, aprender con ellos. Por obsequiarme con esa vivencia tan inspiradora.

A Romina, Elena y Vanessa, mis queridas «lectoras 0», por animarme capítulo tras capítulo a continuar. Por vuestro entusiasmo y, lo más importante, vuestro cariño. ¡Es mutuo!

A Yolanda, porque desde que te conté el año pasado esta nueva idea que martilleaba en mi cabeza, no has parado de alentarme a escribir esta historia, a pesar de que el giro era de 180º.

A mi marido y mi hija, como siempre, porque sin ellos no sería quien soy.

A Alexia Jorques por esa maravillosa portada que tan bien refleja la esencia de la novela. Por tu profesionalidad y generosidad. Espero volver a trabajar contigo muy pronto.

A ti, por haberme dado la oportunidad de alcanzar nuevas metas y abrir nuevos senderos... ¿Los recorres conmigo?

Próximamente

Serie Extrarradio 2



La historia de Vanessa y Darío no tuvo muy buen comienzo que digamos. Acostumbrado a tener a cualquier mujer que se le antojara, el batería de Extrarradio vino a darse cuenta tarde de que la amiga de Sofía no era una fan más. Y aunque en un principio ella se dejó deslumbrar por el «ídolo», no dudó en hacer prevalecer sus propios deseos y poner a aquel hombre de cuerpo de infarto en su sitio.

Ahora, el deslumbrado es él, y cree haber encontrado en Vanessa la mujer con la que descubrir plenamente ese sentimiento llamado amor del que sólo ha conocido el lado amargo. Aunque, para ello, primero tendrá que demostrarle que hay mucho más allá de lo que cuentan las revistas de él.

Vanessa es madre soltera, por lo que hace mucho tiempo que dejó de creer en el Príncipe Azul; desde luego, no está sentado tras una batería ni aparece en las revistas del corazón, cada semana con una mujer diferente.

¿Conseguirá Darío que deje atrás sus miedos? ¿Podrá Vanessa confiar plenamente en él?

No te pierdas su historia, llena de romanticismo, pasión y... ¿traición?



Ya a la venta

## MI CORAZÓN EN TUS MANOS – La Saga de Los Lagos I

Cuando la Princesa Gabrielle descubre que debe casarse con el desconocido Rey Nicholas en busca de una alianza que proteja su Reino de los ataques invasivos del Rey Balkar, piensa que su vida se acaba de convertir en un infierno. Su querida prima, la Princesa Claire, decide acompañarla a conocer a su futuro esposo al Reino de Los Lagos, donde se encontrará con el Príncipe Erick, el primo del Rey, quien no puede evitar interesarse en ella sin saber que alguien más ha puesto sus ojos en Claire.

Pero ambas jóvenes no han realizado ese viaje solas. Dada la amenaza que pesa sobre el Reino de Asbath, Jordan, el guardia personal de la Princesa Gabrielle también las acompañará con la intención de protegerla. Aunque será él mismo quien deba protegerse de la atracción que despierta en él la Princesa Agatha, la hermana del Rey Nicholas, surgiendo entre ellos sentimientos encontrados a la vez que prohibidos.

Historias de amor tan distintas... aunque hiladas bajo un mismo designio:  
Los inexorables dictados del corazón.



## ENTRE EL SOL Y LA LUNA – La Saga de Los Lagos II

La vida sigue tras los últimos acontecimientos sucedidos en el Reino de Los Lagos, aunque nadie dijo que fuera a ser sencillo.

Erick vive preocupado por el embarazo de Claire; Agatha angustiada por no poder darle un hijo a Jordan; y Gabrielle debe enfrentarse a un parto inesperado y prematuro, un nacimiento que marcará un antes y un después en su vida... y en la de todos.

Porque una ancestral profecía marcó el Fin de los Días desde el inicio de los tiempos, y para algunos, el heredero de Los Lagos y Asbath es realmente el Hijo de la Sizigia, aquel que vendrá a destruir el Mundo.

Así lo creen en el lejano y desconocido Reino de Häe, cuyos soberanos harán hasta lo imposible para detener el apocalipsis que los amenaza. No dudarán en destruir el Reino de Los Lagos, todo su mundo, con tal de que prevalezca el suyo. Y para ello, contarán con unos aliados cuyas ansias de venganza pueden ser tan mortíferas como la peor de las profecías.



### SIZIGIA – La Saga de Los Lagos III

La Szigia es el momento mágico en el que la Luna, en su fase de Plenilunio, está directamente en línea con la Tierra y el Sol, entrando en perfecta conjunción, oposición y armonía todos los orbes... el eclipse perfecto... Fue señalado desde tiempos inmemoriales en la Profecía del Fin de los Días, anunciando un apocalipsis cuyo inicio vendrá marcado por el nacimiento de un niño justo en el momento de la Szigia: Ilsik de Los Lagos y Asbath.

Desde entonces, los Reyes de Häe, con ayuda de Hrodgar y Moira, acechan tras los muros de Adamón, a la espera del momento idóneo para evitar que se cumpla esta profecía. Y, para ello, no dudarán en arrasar Los Lagos, en un intento de que su dios, el Astro Sol, reine para siempre.

Sin embargo, nadie en Los Lagos es consciente de la letal amenaza que pende sobre ellos. ¿Cómo defenderse entonces? ¿Cómo evitar que el Reino de Häe lleve a cabo sus planes de destrucción si ignoran que el peor de los enemigos ha traspasado sus murallas hasta lo más profundo del reino?

Amor, pasión, traición y un desafío mortal...

Se acerca la Szigia... la lucha entre las Fuerzas del Bien y del Mal.



## Sobre la autora



Juani Hernández nació en 1976 en Aldaia (Valencia), aunque pasó la mayor parte de su infancia en Picassent (Valencia).

Casada con un chileno, parte de su corazón reside en Chile, su otra patria, donde vivió durante casi dos años, y a la que no descarta volver para quedarse definitivamente.

Finalizó la carrera de Arquitectura Superior en la Universidad Politécnica de Valencia, aunque circunstancias personales le han mantenido alejada de su profesión.

Su primera incursión en la novela romántica fue «Mi corazón en tus manos», la primera parte de la saga de Los Lagos y que fue publicada en diciembre de 2013. Tras haber finalizado esta saga, está trabajando en una serie de tres novelas de género contemporáneo, la serie Extrarradio.

Actualmente vive en Aldaia, donde su principal ocupación es ser madre y esposa, aunque siempre se las ingenia para hacerse con un buen puñado de ratos libres y seguir escribiendo.

Más información en:

[www.facebook.com/Juanihernandezautora](http://www.facebook.com/Juanihernandezautora)

@JuaniHdezAutora

Para más información sobre la Saga de Los Lagos:

[www.lasagadeloslagos.blogspot.com](http://www.lasagadeloslagos.blogspot.com)

Y búscanos también en el grupo de facebook de “La saga de Los Lagos”